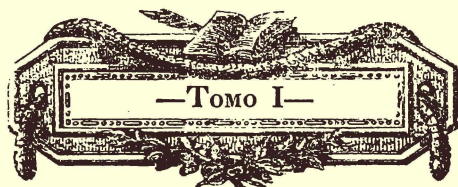


MOSAICO LITERARIO

REDACTADO POR

T. A. W. y M. N. V.



BUENOS=AIRES.

—
IMPRENTA REPUBLICANA,
CALLE DEL RESTAURADOR ROSAS NUM. 194.

—
1848.



Mosaico Literario.

◆◆◆

ALMANAQUE.

◆

—4 DE MARZO—

- Años 253—Muerte de S. Lucio Papa. . .
- ” 1484—Muerte de S. Casimiro, hijo del Rey de Polonia,
canonizado por Leon X.
- ” 1519—Fernando Cortes, desembarca en la costa de
Méjico.
- ” 1793—Muerte del Duque de Penthiore, abuelo de Luis
Felipe, actual Rey de los franceses.

◆◆◆

NAVEGACION AEREA.

MEMORIAL DEL S. D. PEDRO MONTEMAYOR A S. M.
DOÑA ISABEL II.

“Señora: D. Pedro Montemayor vecino de Medina-Sidonia, provincia de Cadiz, á los R. P. de V. M. con el debido respeto espone: que despues de diez años de asiduo trabajo y de repetidas esperiencias, ha encontrado resolucion al problema de la navegacion atmosférica, por medio de una máquina muy sencilla á que llama Eolo, porque con ella la gravedad vence al viento, proporcionando un punto de apoyo

tan sólido, que pasa de 17,000 lb. la fuerza que puede considerarse reunida en este punto segun los principios de mecánica y de física. El Eolo, pues, Señora, domina completamente la atmósfera, y se distingue de todos los otros medios empleados para conseguirlo, en que tiene punto de apoyo y un motor sin peso bastante poderoso para salvar la distancia que separa á Cadiz de Madrid en el corto tiempo de diez horas, no consumiendo mas fuerza que la de dos hombres que ejecuten á la voz del director las maniobras propias de cada caso particular.

Con él tomará el pabellon de Castilla posesion de un nuevo elemento, al modo que en los tiempos de Da. Isabel I tomó posesion de un nuevo mundo, y el que espone, pobre tambien y desvalido como Cristobal Colon, implora en este siglo la soberana proteccion de V. M. confiado en que su súplica no puede ser desatendida por la ilustre descendiente de aquella reina que en el siglo XVI costeó la expedicion de ese atrevido navegante, aun empeñando para ello sus alhajas. No se pide ahora tanto Señora, pues con menos de 15,000 pesos fuertes se puede construir un Eolo capaz de ser armado con dos cañones de á cuatro giratorios, sin que por eso pierda nada de su velocidad; pero el que espone ha consumido el pequeño capital de que podia disponer en las costosas esperiencias hechas para obtener ese resultado, y hoy, reducido á los productos de su bufete de abogado, bien escasos en este juzgado de primera instancia de entrada.—A V. M. rendidamente suplica se digne tomar bajo su real protección este invento y mandar que se le anticipen algunos fondos con los cuales pueda construir un pequeño Eolo capaz de contener al menos tres hombres y el lastre ó estiba indispensable para la estabilidad, en cuyo caso izando el

pabellon de Castilla en la popa del mismo, tendrá el alto honor, si V. M. lo permite, de besar su real mano, despues de haber probado la verdad de lo que deja espuesto, navegando desde Cadiz á Madrid, y atracando en el balcon principal de ese real palacio, á menos que V. M. no tenga á bien mandar otra cosa á este su fiel vasallo y humilde servidor que ruega á Dios guarde la preciosa vida de V. M. muchos años para bien de la monarquía. Medina-Sidonia 29^o de Octubre de 1847.—Señora—A L R. P. de V. M. *Pedro Montemayor.*”

(*El Herald*)

EL JUDIO ERRANTE.

Ah ! ¿ cuándo vendrá la muerte
 Con su guadaña feroz ?
 Maldigo mi mala suerte !
 Maldigo la fiera voz
 Que misteriosa me manda
 —Anda ! anda !
 De Paris á Peñaranda.

Siempre el pueblo en la opresion,
 Siempre al borde del abismo ;
 Fué su tirano Neron,
 Bonaparte fué lo mismo
 Y lo mismo fué Cutanda.
 —Anda ! anda !
 De Paris á Peñaranda.

Aliviad, gran Criador,

Del pobre pueblo las penas ;
 Cese ya vuestro rigor,
 Romped las viles cadenas,
 Pero el Señor no se ablanda.

—Anda! anda!

De París á Peñaranda.

Siempre de los pueblos fieles
 Los clamores voy oyendo ,
 Y en sus dolores crucles
 Está siempre repitiendo
 La clerical propaganda.

—Anda! anda!

De París á Peñaranda.

Dormir quiero algunos ratos,
 Señor, yo andaré despues :
 O prestadme otros zapatos
 Que ya me duelen los piés,
 No es muy justa mi demanda ?

—Anda! anda!

De París á Peñaranda.

Tengo frio y voy al tröte,
 —Anda! anda! perillan :
 —Un capote!—No hay capote,
 —Pues un gaban.—No hay gaban.
 —Hay siquiera una bufanda ?

—Anda! anda!

De París á Peñaranda.

Señor, mirad mi agonía,
 Calmad ya mis aficciones ;

Un momento de alegría :
 Siquiera de rigodones
 Quiero bailar una tanda.
 —Anda ! anda !
 De Paris á Peñaranda.

Señor !—Anda !—Qué tormento !
 —Anda !—Ya estoy moribundo.
 —Anda !—No mas un momento,
 Que doy vueltas por el mundo
 Lo mismo que una zaranda.
 —Anda ! anda !
 De Paris á Peñaranda.

Señor !—Anda !—Que quizás !
 Me va á dar un patatus,
 —Anda !—Ya no puedo mas:
 Aunque se empeñe Jesus
 No quiero pasar de Arganda
 —Anda, pues, chisgaravis,
 Anda ! anda !
 De Paris á Peñaranda,
 De Peñaranda á Paris.

(*El Fandango.*)

BIOGRAFIA

ZORRILLA (D. JOSE.)

Nació en Valladolid en Febrero de 1817 y es hijo de D. José, y Da. Nicomedes Reinal. Recibió su primera educación en el real Seminario de Nobles de Madrid y siguió iue-

go sus estudios para la carrera de Leyes en las Universidades de Toledo y Valladolid, comenzó á darse á conocer con su celebrada é inspirada composicion poética á la muerte de D. Mariano José de Larra. Luego dió al "Artista" y otros periódicos varias de sus bellas producciones: y últimamente ha dado desde entonces acá varias piezas dramáticas y ha publicado muchos tomos de Poesias líricas que le han grangeado una grande y mercedida celebridad.

ISABEL II.

DETALLES SOBRE SU VIDA PRIVADA.

Madrid, Setiembre 12 de 1847.

Quizá os admirareis de que de algun tiempo á esta parte no se hable aquí de Cortes, ni de constiucion, ni de *pronunciamientos* á nombre de la libertad, ni de la resistencia pública á la marcha de los diferentes ministerios que se suceden todos los meses, y que gobiernan cada uno á su modo.

Se diria que los españoles de la época están casi todavia lo mismo que estaban los de ahora doscientos años. De rodillas ante todos los reyes, vuelven hoy sus ojos humildes y sus manos suplicantes á su joven reina Isabel, como en otro tiempo los volvian hácia Maria Luisa y el Príncipe de la Paz, hácia Fernando y Calomando. ¿Que hace la reina? ¿Que quiere la reina? La reina ha llamado á Narvaez: *ha hecho bien*. La reina ha despedido á Narvaez: *ha hecho muy bien*. La reina ha llamado á Espartero: *¡ bravo, bravo, bravísimo!* ¿Qué traje llevaba ayer S. M.? ¿A quien saludó? ¿Quien ha ido á palacio? ¿Quién tiene allí influencia? He aqui la política actual de Madrid, y he aqui por que

son preciosos los detalles de la vida de esta Reina, que gobierna sin conmoverse una vasta monarquía.

Isabel se levanta muy tarde, porque se acuesta á las tres ó cuatro de la mañana. Cena poco antes, á las dos. En las audiencias que dá S. M. ya se sabe que hay que esperar una ó dos horas mas allá del instante señalado; la misma conducta observa aun con sus ministros. Continuamente los hace retirar sin haberlos recibido, y los hace llamar á la una ó dos de la mañana.

La reina oye con atención lo que le dicen sus ministros: pero nada la conmueve ni le interesa tanto como los actos de beneficencia que se le proponen, la recompensa de los rasgos de virtud y de valor que se presentan á su generosidad. En tales circunstancias, Isabel concede siempre mas de lo que se le pide. Dotada de un corazón de ángel y de una gracia infinita, se enternece y da todo lo que puede.

A pesar de esta esquisita sensibilidad, la joven reina no teme nada, y su valor es á toda prueba, pues gobierna por sí misma un tiro de dos ó cuatro caballos, monta bien, y á cada paso desafía chanceando los mejores ginetes de su comitiva á que hagan lo que ella hace, ó á que cabalguen en ciertos caballos que ella sola se cree capaz de domar. Su prima hermana, la infanta Da. Josefa, hija del infante D. Francisco de Paula, que acompañaba las mas veces á la reina en sus paseos á caballo, le respondió un día: "Mi querida, tus caballos conocen que eres reina y te obedecen en todo."

Isabel ama la música y no se contenta con oirla. En los conciertos que dá en su palacio, canta diversos aires españoles con toda la gracia de una andaluza.

El tocador es tambien una de las aficiones de la joven reina y le gusta mucho conversar sobre este ramo con las

damas de su corte, á quienes muestra todas las cosas que le vienen de Paris.

Durante la infancia algo achacosa de la reina Isabel, su madre no queria que la modista le ajustase el talle. La reina Cristina mandaba "No la ajustéis" y la reina Isabel decia en baja voz, sin que la oyera su madre. "Ajustad, ajustad bien."

La vida activa de la reina Isabel le ha dado fuerza y salud. En el último periodo de su mansion en la Granja, se presentó un dia á caballo, con una amazona de cachemira blanca, y monillo aurora bajo; llevaba en la cabeza un sombrero blanco adornado con plumas del mismo color, cuyos extremos descendian por un costado hasta tocar con los hombros. Me es imposible daros una idea de su gracia y elegancia en aquel dia; pero si á lo dicho añadís una estatura elevada, la frescura de diez y seis años y medio y la robustez de diez y ocho á veinte, quizá os aproximareis á la verdad.

Cuando se le habla de los peligros que pueden amenazar al trono, se rie y dice: Ocupaos, señores del pais y de vosotros mismos; por lo que á mi respecta, me importa muy poco el ser reina y mucho menos gobernar. A nosotros los reyes nunca nos falta con que vivir modestamente y hacer felices á algunos. Pensad en lo que debéis hacer por mi amada España despues de mi reinado, pues, tengo un presentimiento de que este no será de mucha duracion.

Pero los españoles esperan que no será así, Isabel, jóven y animosa, no es capaz de obandonarlos; por el contrario, á medida que pasen los años, irán desenvolviendose en ella las qualidades sérias que exige el gobierno de sus numerosos vasallos.

(Del Progreso de Chile.)

DISCURSO

PRONUNCIADO POR M. ALFONSO LAMARTINE,
EN EL MOMENTO DE DAR SEPULTURA AL CA-
DAVER DE M. AIME MARTIN.

Señores:—

Hémos aquí junto á la tumba del autor de *Pablo y Virginia* y de los *Estudios de la Naturaleza*, con el objeto de colocar al discípulo al lado del maestro.

Jamas he hablado delante de un sarcófago. Cuando el hombre entra á la inmortalidad por esta puerta misteriosa, creo que no debe seguirlo ningun ruido de la tierra, exepito el ruido de los pasos de sus amigos que lo acompañan hasta el umbral. Entre estas dos vidas, de las cuales la una comienza y la otra acaba al borde de esta fosa, hay un abismo que no puede salvar ninguna palabra humana. En este límite de lo infinito todo parece pequeño, aun lo que hay de mas grande en el hombre: sus afectos y sus dolores. Calle-mos pues al mirar el lado eterno de este sepulcro.

Pero al mirar su lado terrestre digamos á los que sobreviven quien fué el hombre que vamos á sepultar aquí, en medio de la estimacion universal de sus contemporáneos, de la benévola memoria de su siglo, y del inconsolable pesar de sus amigos.

Con una palabra se refiere toda la vida de Aimé Martin: fué un literato, en la antigua y grande significacion de la palabra. Es decir, que despues de haber arrojado una mirada sobre todas las ocupaciones, sobre todas las ambiciones, sobre todas las glorias que se ofrecen á un hombre de talento en su entrada á la vida, solo una encontró digna de

él; cultivar su pensamiento, perfeccionar su inteligencia, engrandecer, ennoblecer, elevar, divinizar su alma y devolverla á su Creador mas luminosa, mas pura, mas santa que lo que la habia recibido de sus manos. Descubrir á Dios en sus obras, hacerlo comprender, adorar, bendecir en su creacion, esta fué su tarea. Toda su vida no fué mas que trabajo. Y este trabajo no fué mas que un acto de fé en la Providencia, en la tierra y en la inmortalidad fuera de la tierra. Si la tumba pudiese engañar las esperanzas del hombre de bien, ningun mortal hubiese sido mas abatido que él por la nada. Pero el que no engaña el instituto de un mosquito no engañará el presentimiento del justo: no dudemos que ha entrado en posesion de sus esperanzas y en el goce de su fé.

¿Cuál era su filosofía? Vosotros lo sabeis, vosotros que como yo habeis recogido en sus libros ó en sus conversaciones las confianzas de su alma. Su filosofía era la sabiduría tradicional del género humano despojada de los errores de cada siglo y de cada secta, la filosofía que sale de la razon humana y viene á depositarse en el Evangelio como en un gran receptáculo comun á todas las morales para fluir de él por diversos canales (creciendo y purificándose siempre), en las ideas, en las costumbres, en las instituciones de un mundo indefinidamente perfectible. Aime Martin habia encontrado en la misma vida la ocasion, y, por decirlo así, la filiacion de sus ideas. Casóse con la viuda de Bernardino de Saint-Pierre; ¡ai!... dos veces viuda hoy de dos nobles amigos y digna por sí misma de tal alianza con pensamientos y con génios que ella habia sido creada para comprender y á quienes era digna de inspirar.

Hacia el fin de sus dias, Juan Jacobo Rousseau en sus

paseos solitarios y en herborizaciones en los contornos de Paris, habia derramado su alma en la de Bernardino de Saint-Pierre. Ya á su vez el autor de *Pablo y Virginia* derramó la suya en el corazon de Aimé Martin, su mas caro discípulo. De modo que por una cadena no interrumpida de conversaciones y de recuerdos eslabonados, el alma de Aimé Martin habia contraido parentesco con las almas de Fenelon, de J. J. Rousseau y de Bernardino de Saint-Pierre: sociedad espiritualista, generacion intelectual de Platon cuyos nombres habria sido muy dulce á nuestro amigo prever que serian pronunciados, sobre su sepúlcro como los de sus padriños en la inmortalidad.

Su vida privada no fué mas que una larga série de amistades. Contó siempre entre las mas ilustres la de M. Lainé, aquel ministro filósofo, digno, si lo hubieran permitido los tiempos, de ser llamado en un dia en vuestra historia el Torgot de la libertad.

Y entre estas amistades ; no debe contarse en la primera clase, la que contrajo con este valiente general Gazan, cuyas lágrimas veis caer sobre estos tres montones de ceniza, que á un tiempo están delante de vosotros— á quien con la admirable prevision de su corazon escogió para esposo de su hija adoptiva, y que le volvió en sentimientos filiales cuanto que él la habia dado de felicidad con una esposa justamente adorada ?

En fin, vosotros todos que con vuestra presencia aqui atestiguis el afecto que os unió á su memoria . . . ¿ hay uno solo entre vosotros que no diga en su corazon: "nos ha abandonado uno de nuestros mejores amigos ?"

En cuanto á mí : á quien una amistad mas íntima y mas privada todavia, ligaba hace veinte años á este hermano de

mi eleccion y de mi corazon, puedo decir que encierro con él en ese sepúlcro una parte de los mejores dias de mi existencia pasada ; de mis mas sublimes conversaciones en el mundo ; de mis mas caras esperanzas de reunion en el seno de Dios, que ha creado la amistad para hacer soportable la tierra y que ha creado la muerte para hacer mirar mas allá de la tumba.

(*Del mismo.*)

NUEVO DICCIONARIO.

Alma—Nombre que se dá á la muchacha que le hace á uno perder la chaveta.

Amor—Un privilegio para todos los disparates que puedan decirse, para todas las locuras que puedan cometerse.

Atolondramiento—Gracia, chiste, garbo ; por traslacion : almibar de la tertulia, sal y pimienta de la sociedad.

Amabilidad—Una persona que á todo responde *asi es*.

Aficionado—Un hombre que ni es poeta, ni pintor, ni músico, pero que no obstante hace malos versos, dá su opinion sobre pinturas, y no pierde concierto ni opera.

Bancarrota—Nuevo método para enriquecer.

Botánico—Uno que se deleita tanto con los yuyos como el usurero con el oro.

Boticario—Un hombre que mezcla drogas cuyas cualidades y virtudes rara vez conoce para que operen en constituciones, que conoce aun menos.

ANECDOTAS.

PADRE, HIJO Y ESPIRITU SANTO.

Cuando Luis XIV distribuia grados de Caballero de la

Orden del *Espíritu Santo*, fué solicitado con muchísima instancia por un noble, rogándole que lo comprendiese en el número de los que iban á recibir tal gracia. El Cardenal de Richelieu acompañó la negativa, diciendo :—“ Me admiro de que el Señor Conde quien no ha servido ni al *Padre*, ni al *Hijo*, tenga pretensiones al *Espíritu Santo*. En efecto el Conde jamas habia servido á Henrique IV, ni en las guerras de Luis XIV.

EL MEDICO Y EL ALBEITAR.

Cierto Medico decia en una reunion adonde se hallaba un Albeitar, que una de las grandes dificultades que se tocaba en su profesion, era la de descubrir las enfermedades en los niños, pues que no podian en cierta edad explicar sus males. “ Pues Señor,” dijo el Albeitar, “ las dificultades de Vd. no son mayores que las mias; á fé que mis enfermos son tan incapaces como los de Vd. de decir que es lo que les duele ” “ Ah ! ” dijo el Medico, “ ya veo que estoy perdido, si se viene Vd. con su *caballería*, contra mis *infantes*.

EL JUGADOR.

Un tatur enseñaba á un niño á contar, y le repetia desde *uno hasta diez* : pero al fin distraido, al llegar á *siete* en vez de seguir, *ocho nueve &c.*—prosignió, *siete, zota, caballo y rey* !

LA EDAD DE NAPOLEON.

La noche antes de la toma de *Milan*, el general Bonaparte, siendo General en Jefe del Ejército de Italia, fué convidado á cenar en casa de una señora de alto rango. La conversacion en la mesa fue muy variada, y al fin recayó

sobre la edad de Napoleon. La señora al preguntarle su edad, agregó con mucha gracia que le parecía muy joven aun para haber ganado tantos laureles!

“A la verdad, señora, replicó Napoleon,” no soy muy viejo ahora, en la ocasión presente no cuento sino 25 años, pero seré mucho mas dentro de 24 horas: mañana ya tendré Milan (*Mille ans*) mil años, la pronunciacion siendo igual en frances.

OJO.

Leemos lo siguiente en un Diario provincial frances.

Los viageros han de tener mucho cuidado de ver muy bien á quienes entregan sus valijas &ca., pues hace pocos dias que un caballero al bajar de un coche, encomendó su esposa al cuidado de un extraño, y hasta ahora nada se sabe de ella!

UN DIA DE PASEO.

Salimos limpios.....volvimos sucios.
 Salimos sanos.....volvimos enfermos.
 Salimos frescos.....volvimos ébrios.
 Salimos riendo.....volvimos llorando.
 Salimos á tomar aire.....volvimos llenos de polvo.
 Salimos con dinero.....volvimos sin un real!

UNA PREGUNTITA A LAS SEÑORAS.

Preferis un hombre sin *corazon*, á un hombre sin *cabeza*?....O en otras palabras,—no pudiendo conciliar ambas cosas, ¿ con cuál os casaríais, con un hombre de *buen corazon*, ó con uno de *buena cabeza*?—pensadlo bien!

ALMANAQUE.

—II DE MARZO—

- 1314—Suplicio de Jacobo Molais, gran Maestre de los Templarios.
- 1597—Toma de Amiens por los españoles. La ciudad fué rescatada el 25 de Septiembre siguiente, por el Mariscal Biron.
- 1649—Tratado con que se termina la primera guerra de la Fronde en Francia.
- 1672—Primera representacion de la famosa comedia de Moliere—*Femmes savantes*.
- 1718—Muerte de Fagon, primer médico de Luis XIV. Su tesis al recibirse, fué sobre la *circulacion de la sangre*, idea monstruosa para la época.
- 1732—Muerte de Chirac, primer médico de Luis XV.
- 1794—Instalacion de la Escuela Politécnica en Francia.
- 1809—Muerte de Sainte Croix, historiador frances.

—NADA—

No os alarmeis señores lectores del *Mosaico Literario*. Todo lo que voy á deciros es *nada*. Pero diciendoo *nada*, os digo algo, y peor sería si no digese *nada*, sobre *nada*, ó si mejor os place, sobre cosa alguna. Pero me direis, vuestra esterilidad mental debe ser de lo que no hay, si solo dices *nada*; si os habeis puesto á escribir para nosotros, y ahora nos vienes con *nada*. ¿Lo creis así?—pues ved lo que son

las opiniones. Yo por mi parte creo que hoy, *nada* es el todo. Y sino que es lo que en corro os contestan todos vuestros amigos? ¿Qué haces Juan?—*nada*, ¿qué se dice Señor D. Pedro?—*nada*, no sé nada. Ya lo veis *nada, nada y nada*. Valganos Dios, cuanto *nada!* pues señor á fin de que no se vuelva todo *nada*, es preciso escribir, aunque sea sobre *nada*, y advertireis que así lo hago, pues ésto se vá volviendo un puro *nada*.

Notaré que no andais muy errados (ésta no la dejará pasar algun chusco) y dirá *herrados?* gracias á Dios que no andamos; no andais muy errados digo, en ésto de la esterilidad. Y yo tampoco, (para que no os ofendais) no voy muy errado al decir que hoy todo es *nada*, miento, que hoy *nada* es el todo—A la prueba—¿No podremos reducir la mayor parte de las voluminosas publicaciones que todas partes nos llegan,—á *nada?* Qué es lo que hay en los mas de los pomposos versos con que en su inmensa bondad nos abruman nuestros poetas modernos?—*nada*. ¿Qué ganamos con leerlos?—*nada*, absolutamente *nada*. Cuantas gentes hay en el mundo que no han sido *nada*, que han llegado á ser algo, y despues han vuelto á quedar en *nada*: y cuantos han tenido alguna cosa, y hoy no tienen *nada*. ¿Qué tenemos nosotros en nuestro decantado *Mosaico Literario?*—*nada*. ¿Y qué tendremos si no nos quebramos la cabeza en proporcionarnos algo?—*nada*.

Qué hicieron los Howden y los Walwski con su mision—*nada*.

¿Qué hay las mas veces en esas bonitas y bien peinadas cabezas, que tan amenudo trastornan las vuestras?—*nada*. ¿Qué en los teatros, en los paseos?—*nada, nada y nada*.

Por otra parte, ¿hay algo mas triste que verse un hom-

bre pobre y enfermo?—*nada*. ¿Mas duro que el corazón de un usurero, mas cruel que el NO de una niña, mas doble que un diplomático, mas liviano que promesas de amor, mas pesado que ciertos sermones—*nada* (á no ser vuestro artículo, direis) por decontado que *nada*.

Pero donde *nada* ejerce mas su poderio, donde *nada*, es realmente el *todo*, es en el bello sexo, todas éllas son una *nada*, ó si gustais, una *monada*; pero vaya que un *mo* mas ó menos no es *nada*. Con una *nada* nos alhagan y engañan, con *nada* levantan la batería de sus encantos, una *nada* las incomoda, y con *nada* están otra vez contentas, cuando se juntan hablan mucho y no dicen *nada*. Pero con una mirada nos anonadan, nos sepultan en la *nada*.

Ya veis pues que *nada* está en todo, y que al fin todo es *nada*. *Nada* como la gracia de Dios está en todas partes. ¿Qué hacen los tenderos hoy?—*nada*. ¿En que se ejercita el jóven D. Fulano?—en *nada*.

¿Podeis imaginaros algo mas ingenioso que el Quijote de Cervantes; mas sentimental y patético que los *Misterios* de Sue?—*nada* por supuesto, *nada*.

En fin, como dije yo, todo es *nada*. El mismo Adán al revés es *nada*. Direis que éste pensamiento no es original, pues sí que lo es, como quien no dice *nada*. A lo menos protesto que a nadie se lo he oido, ni lo he leído jamas en parte alguna, aunque os admireis que á nadie se le haya ocurrido antes. Ni yo mismo me podré persuadir que á mi me estuviese reservado el hacer tan grande descubrimiento—Pero así es, si nadie aparece que pueda contradecirme—Sin duda que á fuerza de tanto escribir *nada*, ví que *nada* al revés era *Adán*, por consiguiente *Adán* vuelto otra vez es *nada*.

Finalmente para decirlo todo de una vez, (pues ya estais cansados de tanto *nada*,) Dios hizo el mundo de la *nada*; y cuanto hay, ha habido y habrá, es, ha sido y será *nada*. Todo lo que yo sé, y otros muchos saben es *nada*.—Pues bien, basta: si comprendeis ahora, Señores, el valor, la entidad de éste *nada*, empeñaos en que no se quede nuestro trabajo en *nada*, (que en vuestra mano está) y yo cesaré de incomodaros con mis observaciones sobre *nada*. ¡Y me preguntareis por qué he escrito tanto, y al fin no he dicho *nada*? No que ya lo estais adivinando pero por si acaso dudais, yo os lo diré—Es para que nos favoreçais con cuanto encontréis útil, instructivo y agradable, ayudándonos así en la empresa de ser útiles á nuestra Patria;—para que escribais Señores sobre cualesquiera punto artistico, literario ó científico;—para probaros, en fin, que no teneis disculpa sino contribuis á hermostear las páginas del *Mosaico Literario*, cuando yo que no sé *nada*, que no valgo *nada*, he podido escribir un artículo, aunque malo, sobre *NADA*.

J. A. W.

Descubrimiento Médico.

EL CLOROFORME,

Nuevo agente anæsthético mas eficaz que el ether sulfúrico, por J. Y. S. & ca.

En la primera reunion de invierno de la Sociedad Médico-quirúrgica de Edimburgo, que tuvo lugar el 10 de Noviembre último, tuve oportunidad de llamar la atencion de los miembros hacia un nuevo agente que estaba empleando

yo hacia algun tiempo, con el objeto de producir insensibilidad al dolor en la práctica quirúrgica y obstétrica.

Este nuevo agente anasthético es el cloroforme, cloroformyla, ó perclóride de formyla. Su composicion se espresa por la fórmula química de C_2HCl_3 . Puede obtenerse por varios procederes, como haciendo obrar leche de cal, ó una solucion acuosa de alcali cáustico, sobre el chroral, destilando alcohol, espíritu pyroxilico, ó acetona con elóride de cal; haciendo pasar una corriente de gas cidorino por una solucion de potasa cáustica, por espíritu de vino &c. El cloroforme resultante, obtenido por estos procederes, es un liquido pesado, claro, transparente, con una gravedad especifica tan alta como 1,480. No es inflamable. Se evapora prontamente, y hierve á 141°. Posee un olor agradable, fragante, semejante al de alguna fruta, y un gusto sacarino y agradable.

Como agente anasthético inspirado, posee, en mi opinion, todas las ventajas del éter sulfúrico, sin sus principales desventajas.

1. Para producir el efecto anasthético se requiere una cantidad mucho menor de cloroforme que de éter—siendo por lo comun bastante de 100 á 120 gotas de cloroforme, y con algunos pacientes mucho menos. He visto á una persona de constitucion fuerte caer en completa insensibilidad con siete inspiraciones de 30 gotas solamente de líquidos.

2. Su accion es mucho mas rápida y completa, y por lo general mas permanente. Casi siempre he visto que bastan de diez á veinte inspiraciones—á veces menos. Desde entonces el tiempo del cirujano queda libre, y, abreviado ó mas bien destruido ese estado preliminar de escitacion que pertenece á todos los agentes narcóticos, el paciente no tie-

ne el mismo grado de tendencia á la alegría y á la conversacion.

3. Muchos de aquellos que conocen, por previas experiencias, las sensaciones producidas por la inspiracion del éter, y que luego han respirado el cloroforme, han declarado fuertemente que la inspiracion é influencia del cloroforme es mucho mas agradable que la del éter,

4. Creo que, considerada la pequeña cantidad requerida, en comparacion con el éter, el uso del cloroforme será de menos costo que el del éter—mucho mas desde que hay probabilidades de que los medios de hacerlo serán simplificados y abarataados.

5. Su perfume no es desagradable, sino al contrario; su olor no se adhiere á los vestidos del asistente, ni se exala en una forma desagradable de los pulmones del paciente, como con tanta frecuencia sucede con el éter.

6. Requiriendose en mucha menos cantidad, es mucho mas transportable que el éter sulfúrico

7. No se necesita para emplearlo ningun inspirador ó instrumento. Un poco de líquido derramado en el interior de una esponja hueca, ó en un pañuelo, ó un pedazo de género de hilo ó de papel; y puesto bajo la boca y las narices, de modo que sea completamente inspirado, basta generalmente, en uno ú dos minutos, para producir el deseado efecto.

He tenido oportunidad de usar el cloroforme con éxito completo en muchas operaciones quirúrgicas, (remocion de tumores, de huesos cariados, amputacion parcial del dedo grande del pié) y en sacar dientes, abrir abscesos para anular el dolor en la dysmenorhea y en la nevralgia en dos ó tres casos en que tuve que hacer profundas y dolorosas gavano-punturas para el tratamiento de la hidropesia del ovario, y

en la remocion de un tumor fibroso muy grande de la pared posterior del útero por emicleacion, &c.

Lo he empleado tambien en la obstetricia, con éxito completo. La señora á quien fué administrado por primera vez durante el parto, habia antes dado á luz perforando el craneo del niño despues de un trabajo de tres dias. En este, que era su segundo parto, vinieron los dolores quince dias antes del tiempo debido. Tres horas y media despues que empezaron, antes que se completase la dilatacion del hueso uteri, la puse bajo la influencia del cloroforme, empapando con la cantidad del liquido contenida en una cuchará de té un pañuelo, envuelto en forma de embudo, y con la parte abierta del embudo colocado bajo su boca y narices. En consecuencia de la evaporacion del fluido, fué renovado una vez en diez ó doce minutos. El niño nació á los veinticinco minutos despues de haber empezado la inspiracion. La madre permaneció despues en un estado soporoso por mas tiempo del que generalmente ocurre despues de empleado el éter. El lloro del niño no la despertó, como sucede siempre; y pasaron algunos minutos despues de expelida la placenta, y de llevado el niño á otro aposento, antes que despertase la paciente. Entonces se dió vuelta, y me dijo que "habia gozado de un sueño reparador, y que en verdad, bien lo necesitaba, porque estaba muy fatigada, pero que ahora tenia mas fuerzas para entrar en el trabajo que la esperaba." Yo traté de evadirme de entrar en conversacion con ella, porque creo que la mayor quietud posible forma uno de los principales secretos del provechoso empleo del éter ó del cloroforme. En seguida, volví á observar, que temia que "el sueño hubiese contenido los dolores." Poco despues, la nodriza trajo el niño del cuarto inmediato, y no fué poco difícil

convencer á la sorprendida madre que el trabajo habia concluido completamente, y que el niño que se la presentaba era realmente su propio hijo vivo.

Tal vez me será permitido agregar, que despues de publicar mis observaciones sobre la inspiracion del éter en la obstetricia, hace siete ú ocho meses, y de llamar entonces por primera vez la atencion de la profesion sobre su grande, uso y su importancia en los partos naturales ó morbosos, lo he empleado, con raras excepciones, en todos los casos á que he sido llamado, y con el mas delicioso resultado. Y no tengo la menor duda, de que dentro de algunos años su empleo se hará general. Los parteros se opondrán á él, pero creo que nuestros pacientes mismos impondrán su uso á la profesion. Nunca he tenido el placer de observar una série de curaciones mejores y mas rápidas, ni presencié nunca ningun resultado desagradable para la madre ó para el niño, al paso que veo una inmensa suma de dolor y de agonía de las madres evitada con su empleo. Yo creo en conciencia, que la alta mision del médico tiene dos objetos principales y distintos, aliviar el sufrimiento, y conservar la vida humana.

En algunas observaciones que publiqué en *Monthly Journal of Medical Science*, de setiembre 1847—pág. 154, relativas á las condiciones para obtener la segura eterizacion en la cirugia, tuve ocasion de insistir sobre los tres puntos principales que siguen :—Primero, el paciente debe ser mantenido, en cuanto se pueda, en un estado de absoluta quietud y libre de todo estímulo mental, tanto durante el acto de la eterizacion, como despues de recobrase. Debe prohibirse estrictamente toda clase de preguntas y conversaciones. De este modo se evita toda tendencia al incitamiento, y se consigue con mas felicidad y certeza el efecto propio de la

inhalacion del éter. Y, en segundo lugar, con el mismo objeto, el primer estado de alegría se evitará enteramente, ó al menos se reducirá á su menor límite impregnando todo el aire espirado con el vapor del éter cuanto pueda soportarlo el paciente, y haciendole pasar á los pulmones por la boca y por las narices, de manera que rápidamente y de una vez produzca su completo efecto anæsthético sobre el paciente, siendo un error muy comun, pero realmente imperdonable, poner una dósis de vapor imperfecta y escitante, en lugar de una completa y narcótica. Muchos de los casos desgraciados que ocurren deben atribuirse indudablemente al descuido de esta simple regla; si algo hay digno de reprobacion no es el principio de la eterizacion, sino el modo de ponerlo en práctica. Pero, en tercer lugar, cualquier medio ó método de eterizacion que se adopte, la condicion mas importante que se requiere para obtener un resultado satisfactorio y completo de su empleo en la cirujia, consiste en determinar obstinadamente que se evite dar principio á la operacion, y no aventurarse nunca á aplicar el cuchillo, hasta tanto que el paciente esté bajo la influencia plena del vapor del éter, y *enteru é indudablemente soporizado por él,*"

Llenando estas indicaciones, el empleo del cloroforme evidentemente ofrece grandes y decisivas ventajas en rapidéz, facilidad y eficiencia sobre el empleo del éter. Cuando se use en la cirujia, aconsejaré que se administre en un pañuelo, teniéndolo en forma de copa el que lo administre, y la parte abierta de la copa colocada sobre la boca y la nariz del paciente. En la primera, ó en las dos primeras inspiraciones, debe tenerse á distancia como de una pulgada del rostro, y en seguida cada vez mas cerca. Para efectuar un efecto anæsthético pleno y perfecto especialmente cuando la

operacion ha de ser fuerte, debe echarse en un pañuelo de una vez una cucharada de té pura del cloroforme, é inmediatamente aplicado al rostro del enfermo. Generalmente, sobreviene pronto un sueño con ronquidos; y cuando esto sucede, es una perfecta prueba de la presencia de la insensibilidad completa. Pero muchos pacientes están completamente anæstético sin este síntoma.

Como una ilustracion de la influencia de este nuevo agente anæsthético, voy á elegir y registrar aquí las notas de dos operaciones practicadas con él, el viernes pasado, por el Profesor Miller—el primero en la Enfermeria Real, el otro en practica privada. Las notas y observaciones están expresadas en las mismas palabras del Sor. Miller.

Primer—Caso.—Un muchacho de cuatro ó cinco años de edad, con necrosis de uno de los huesos del antebrazo. No hablaba mas que en Gaelico (dialecto escoces). No habia medio, por consiguiente, de explicarle lo que se queria que hiciese. Al acercarse á su rostro un pañuelo en que se habia echado unas gotas de cloroforme, se asustó é hizo fuerza por escaparse. Sin embargo, fué contenido por el Dr. Simpson, y obligado á inspirar. Despues de algunas inspiraciones cesó de gritar y de moverse, y cayó en un sueño profundo, y con ronquidos. Practicose entonces una profunda incision en el hueso malo; y, con la ayuda de las tenazas, se estrajo casi todo el radius, en el estado de sequestrum. Durante esta operacion, y el subsiguiente exámen de la herida con el dedo, no se dió la mas ligera muestra de sufrimiento de dolor. Siguió durmiendo profundamente, y en este estado se le volvió á llevar á su cama. Media hora despues, se le halló en la cama, en el estado de un niño que despierta de un sueño agradable, con los ojos claros y ale-

gres, con placentera expresion en el rostro, completamente desemejante de lo que se encuentra despues de una eterizacion ordinaria. Preguntado por un intérprete Gaélico que se halló entre los estudiantes, aseguró que no habia sentido ningun dolor, y al presente no lo sentia. Cuando se le hizo ver su brazo herido, lo miró con mucha sorpresa, pero ni gritó ni expresó de otro modo la menor alarma.

Segundo—Caso—“Una dama joven deseaba hacerse abrir un tumor debajo del ángulo de la quijada. Se empleó el cloroforme en corta cantidad, salpicando con una esponja comun de operaciones. En mucho menos de un minuto quedó profundamente dormida, sentada en una silla, con los ojos cerrados, y con su expresion de rostro habitual. El tumor fué estirpado, y la herida cosida, sin que se manifestara ni se sintiera ningun dolor. Sus sensaciones, segun dijo ella despues, habian sido de la naturaleza mas agradable; y la facilidad de manejarla durante la operacion fué tan perfecta como si hubiera sido una muñeca de cera.

Ninguna enfermedad, vómitos, dolor de cabeza, salivacion, ni opresion de pecho, ocurrió en ninguno de estos casos. Una ó dos veces tuvo lugar una tos de carraspera, en las primeras respiracions.” Edimburgo, Noviembre—1847.

(The Lancet)

EL BRASERO.

Dirán que soy friolero,
Que soy un pierzo, un apero;
pero
Júrole á usted por mi honor

Que no hay un mueble mejor
que el *brasero*.

Si el termómetro requiero,
Apunta dos bajo cero ;
pero
Del termómetro me rio,
Que me preserva del friq
mi *brasero*.

Si está el carbon muy entero,
Me dá un tufo que me mero ;
pero
Se echa un cuarto de alhucema,
Y no hay quien el tufo tema
del *brasero*.

Fama cual otros no espero
Revolviendo el mundo entero ;
pero
Me bebo alegre una azumbre
Mientras revuelvo la lumbr
del *brasero*.

Y asando estoy con reposo
En las ascuas de un hermoso
pero
Mientras se quema la pata
Y huye bufando la gata
del *brasero*.

No tengo un gran cocinero
Ni mesa del alto clero ;
pero

Cómo á gusto en la tarima .
Que suelo poner encima
del *brasero*.

Es mueble antiguo, somero,
De mal tono, chapucero ;
pero
A toda la vecindad
Me reúne en sociedad
el *brasero*.

La chimenea yo infiero
Que dá mayor reberbero ;
pero
Inspira mas confianza,
Mas intimidación la usanza
del *brasero*.

Es el pudor muy severo
De la muchacha que quiero :
pero
¡ Qué delicia ! alza la ropa
Por no quemarla en la copa
del *brasero*.

Y aguarda, que en el tintero
Me dejo el mas lisongero
; Las *manipobras* que consiente
La *camilla*, confidente
del *brasero* !

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

LA JAQUECA.

Ningun otro recurso saca á las mugeres de todos sus apuros tan airosamente como la jaqueca. Como esta enfermedad no presenta ningun síntoma aparente, pueden fingirla con facilidad y sin riesgo: con decir, *estoy con jaqueca*, todo queda acomodado.

Pero supongamos que no sea mas que una ficcion, ¿quien puede desmentir al cráneo de una muger, cuyos huesos impenetrables desafian al acto y la observacion? Asi pues la jaqueca, en nuestra opinion, es la reina de las enfermedades, el arma mas agradable y terrible, que las mugeres suelen emplear contra sus maridos.

Verdad es que hay hombres tan violentos y faltos de delicadeza, que convencidos de las tretas femeninas se lisonjean de que no los cojen en este lazo ordinario; pero todos sus esfuerzos, todos sus racionios, todo en fin, viene abajo con la mágia de estas tres palabras: *estoy con jaqueca*. Si un marido se queja, aventura una reconvention, una advertencia, y trata en fin, de oponerse al poder de este árbitro matrimonial, es hombre perdido.

Figurémonos una muger jóven, recostada en un sofá, reclinada suavemente la cabeza en uno de los almohadones, con el brazo colgando, un libro á sus pies y una taza de té sobre una mesita. . . . Representémonos en seguida un *patanazo de marido*, que despues de haber dado cinco ó seis paseos por el cuarto, se para, vuelve á dar más paseos, vuelve á pararse, vuelve á andar, vuelve. . . . hasta que la pobre enferma; pobrecita! arquea las cejas, dando á entender, que el ruido que hace aquel patan le causa un martirio. En una palabra se arma el marido de todo su valor y vá á dar un

asaltó para ver si es una ficción; "Pero' muger será verdad que tienes jaqueca ?

A esta pregunta la jóven levanta un poco la cabeza con languidez, levanta un brazo que vuelve á caer sobre el sofá, levanta unos ojos amortecidos, levanta... en fin, levanta todo lo que puede levantarse; y dirigiendo al soslayo una mirada lánguida, suspira y se queja con un *hilito* de voz.

¡ Ah! ¿ quién puede resistir á esto? ... ¿ No siente cada cual una voz interior que le dice? ¡ y si realmente está enferma ?

Así es que casi todos los maridos dejan el campo de batalla, saliendo sin meter ruido, mientras con el rabo del ojo sus mugeres los miran marchar de puntillas y cerrar poquito á poco la puerta del cuarto, que será respetado como sagrado. He aquí la jaqueca, verdadera ó fingida, apoderada ya de toda la casa.

Desde este momento empieza á hacer su papel la jaqueca, sobre cuyo tema saca una muger mil variaciones á cual más bonitas. Recorre todos los tonos y con solo la jaqueca una muger hace desesperar á su marido, porque la jaqueca ataca á la señora, cuando le da la gana ó lo quiere ella, y hay jaquecas de cinco días, de diez minutos, periódicas ó intermitentes....

A veces el marido encuentra á su muger tendida en cama con un dolor insóportable, anquilada y cerradas todas las persianas de su cuarto. Desde la guardilla hasta el sótano toda la casa está en un profundo silencio y nadie se atreve á menear una paja. Viendo esto el marido, sale de su casa, mas cuando á poco vuelve á ella, le dicen que se ha largado la señora.... A las tantas entra esta muy fresca y

rosada....Ha-ha....Mira, mono mio, apenas saliste tú, entró el médico....me aconsejó que hiciera ejercicio y me ha ido muy bien ha-ha-ha.

Otro día el marido quiere ir á ver á su muger que está retirada....“¡Por Dios, Señor, le advierte la criada de mano, toda azorada, no entre V. que mi ama está con jaqueca! ¡pero qué jaqueca! nunca jamas la ha tenido tan fuerte, ¡como que ahora mismo ha mandado llamar al médico!

En fin, si la muger, temiendo algunas intenciones hostiles de parte de su marido, quiere hacerse tan inviolable como las leyes mismas, tramoya un pequeño concierto de jaqueca. Se vá á la cama con muchísimo trabajo; da unos ayes que parten el alma; hace con gracia mil gestos y contorciones con tal destreza, que parece no tener un solo hueso en todo su cuerpo.

Ahora bien, ¡cómo puede haber un hombre tan grosero y cruel que atormentase á una muger tan adolorida?

¡O preciosa jaqueca! ¡protectora de los amores! tributo conyugal, escudo en que vienen á espirar todos los deseos maritales! ¡O poderosa jaqueca! ¡Es posible que los amantes no te hayan celebrado aun, personificado y divinizado! ¡Bendita sea la primera mollera que te concibió! ¡Infamia al médico, que contra tí hallase un preservativo! Si, tú sola eres el único mal, de que no se quejan las mugeres, acaso en agradecimiento á los bienes que les proporciona. ¡O engañosa jaqueca! ¡O encantadora jaqueca!

(De un periódico de New York)

ALMANAQUE.

—18 DE MARZO—

1152—Divorcio de Luis el Joven, rey de Francia, y Eleonor de Guienne. Seis semanas despues, ella se casó con Enrique Duque de Normandia, despues rey de Inglaterra, y llevó al matrimonio la misma dote que el rey de Francia le habia devuelto con escrupulosidad.

1526—Francisco I rey de Francia recobra su libertad habiendo permanecido un año y veinte dias desde que fué tomado prisionero en la batalla de Pavia el 24 de Febrero de 1525.

1719—Juan Gesner, célebre botánico amigo de Linnæo, nació en Zurich. Murió el 6 de Mayo de 1790.

1768—Muerte de Laurentino Sterne, escritor ingles.

1793—Batalla de Neerwinden, pérdida en la frontera belga por Dumauriez contra los austriacos.

1805—Napoleon acepta la corona de Italia.

ENSAYO HISTORICO

SOBRE LA VIDA DEL EXMO. SEÑOR

Don Juan Manuel de Rosas,

GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE LA PROVIN-
CIA DE BUENOS AIRES:—POR EL SEÑOR D. FE-
DRO DE ANGELIS.

BUENOS AIRES—*Imprenta del Estado*—1880.

INTRODUCCION.

Por grande que sea el peligro de un escritor al bosquejar la vida de un hombre sentado en la primera silla del estado, no hemos trepidado en arrostrarlo, considerando esta tarea, no como un homenaje al mérito de un individuo, sino como un servicio hecho á la causa pública.

Cuando el espíritu de partido se empeña en desfigurar todos los objetos, en minar todas las reputaciones, y semejante á la vara de Tarquino, dirigir sus golpes contra los caracteres mas eminentes, importa muchísimo trastornar tan culpables maquinaciones, y probar que no es tan fácil denigrar á los que se hicieron acreedores á la estimacion general.

Hubieramos deseado que una pluma mas diestra nos hubiese exonerado de este trabajo; no porque desconfiemos de la causa por la que abogamos, sino porque nuestra mediocridad no perjudique á la importancia del asunto. Como no pretendemos ofrecer al público una obra completa, esperamos que se dignará acoger con favor este ensayo, y que su indulgencia estimule el patriotismo de hombres mas ilustrados para que lo perfeccionen.

ENSAYO HISTORICO.

D. JUAN MANUEL DE ROSAS, elevado poco há á la primera magistratura de la provincia, nació en Buenos Aires en 1793, de una familia rica y respetable. Uno de sus antepasados (1) figura con honor en la historia de nuestro país, que gobernó á nombre de los reyes católicos, recogiendo las bendiciones de todos, hasta de las mismas tribus indígenas que nuestros opresores, en su necio orgullo, miraban como inferiores á la especie humana.

Destinado á reemplazar al gobernador SALCEDO, cuya administracion habia sido una cadena de infortunios, cortó los abusos, contuvo las aspiraciones de la corona de Portugal en la Banda Oriental, y fué el primero que entabló relaciones amistosas con los indios.

(1) D. DOMINGO ORTIZ DE ROSAS, Mariscal de campo de los Ejércitos de FELIPE V., Gobernador y Capitan General de Buenos Aires, que pasó despues de Presidente á Chile.

Otro de sus mayores (2) continuó su obra, sin poderla consolidar. Menos feliz que su predecesor, fué víctima de su celo por la prosperidad de un país que enriquecía con su industria y defendía con su espada. La tradición de sus hazañas se conserva todavía entre los sencillos habitantes del campo que, semejante á los montañeses de Escocia, se complacen en perpetuar el recuerdo de los tiempos pasados.

D. Leon Rosas se esforzó en imitar tan nobles ejemplos: destinado á la carrera de las armas, antes que estuviese en estado de consultar su inclinacion, recibió un despacho de cadete á los 7 años por la costumbre que prevalecía entonces de recompensar en los hijos los servicios del padre. Al entrar en la adolescencia, buscó la ocasion de hacerse acreedor á esta gracia. D. JUAN DE LA PIEDRA, superintendente de la costa Patagónica, fundó en 1779 una colonia cerca de *Puerto Deseado*, con miras de estender las fronteras del sur. Esta avanzada, establecida en el desierto, puso á nuestros soldados en contacto inmediato con los indios. La pruden-

(2) *D. CLEMENTE LOPEZ DE OSORIO, abuelo materno de D. Juan Manuel de Rosas, fué Comandante General de Campaña en 1765, y mandó en jefe una expedicion á Misiones, estando de gobernador el Sr. BUCARELI. Como militar era querido, y disfrutaba de una grande reputacion por su valor y virtudes. Dueño de grandes establecimientos rurales, fué uno de los mayores hacendados de nuestra provincia. Sorprendido por los indios, en una de sus estancias situada en el Rincon del Salado, donde este rio desemboca en la mar, fué inmolado el 13 de Diciembre de 1783 en union de su hijo D. Andres.*

cia exijia contemporizar con ellos, por ser tan numerosos, y por estar dotados de ese valor audaz que los convierte en enemigos temibles, cuando se les concita con actos de rigor.

Estos fueron sin embargo, los que adoptó el señor de la Piedra, y el MARQUEZ DE LORETO, recién promovido al virreinato de Buenos Aires, segundó sus planes, esperando señalar con algún hecho extraordinario la primera época de su administracion. Franqueó, pues, todos los recursos para una expedicion al sur; que debía espelar á los indios de las intermediaciones de la nueva colonia.

D. Leon Rosas, que á la sazón era un simple oficial subalterno, marchó con las tropas de la Piedra; que lejos de sojuzgar á los indios, como se lo habian propuesto, fueron sorprendidas y derrotadas. Hecho prisionero, el señor Rosas fué llevado al desierto, donde permaneció algun tiempo. Los indios, que no habian olvidado la proteccion que siempre encontraron en la familia de este jóven, lo miraron con cariño, y á pesar del espíritu de venganza que los animaba contra sus enemigos, cedieron á los consejos del Señor Rosas, y entraron en tratados con el gobierno de Buenos Aires. Este servicio fué recompensado con el empleo de administrador de las haciendas de la corona, que desempeñó hasta 1809, en que se decidió á renunciarlo, para atender á dos grandes establecimientos heredados por su muger.

La revolucion, que estalló el siguiente año, agitó profundamente al país, é hizo que los esclavos fuesen menos dóciles á la voz de sus amos. Muchos propietarios, y D. Leon Rosas entre ellos, no hallaron más remedio contra un mal cuyos progresos amagaban sus fortunas, que ir á establecerse en sus estancias. D. JUAN MANUEL, el primogénito de los varones, pasó sus primeros años en las sacas del campo, que

contribuyeron á robustecerlo : y este desarrollo precoz de sus fuerzas físicas, despertó tambien su inteligencia. Frequentaba la escuela de D. Francisco X. Argerich, cuando se verificó la primera invasion de los ingleses en este país, que puso en armas á todos sus habitantes. El jóven ROSAS de edad de solo trece años, se arrojó intrépidamente entre los combatientes, y peleó al lado del mismo general Liniers. Fué éste su primer paso en una carrera que debia recorrer con tanto brillo. Cuando se pensó en organizar otros regimientos para premunirse contra la segunda expedicion al mando del general Whiteloke, se enroló voluntariamente en el cuerpo de Miqueletes de caballería, uno de los mas distinguidos por su bizarría y disciplina.

D. Leon Rosas, obligado á regresar al pueblo para velar sobre la educacion de su tierna y numerosa familia, descubriendo en su primogénito una buena índole y una singular aptitud para el manejo de cualquier negocio, no trepidó en confiarle la direccion de su valioso patrimonio. Si debe parecer extraño que un jóven de 14 años llegue á ser el administrador de los bienes de su familia, no lo es menos, verle renunciar tan temprano á los goces de la vida, para arrostrar todo género de privaciones. Su casamiento con DA. ENCARNACION EZCURRA, señora de un raro mérito, y digna bajo todos aspectos de esta alianza, vino á suavizar tan laboriosa existencia. Los jóvenes cónyuges se animaban mutuamente á no desistir de su empresa, que los ocupó hasta el año de 1815. Fué entonces, que D. JUAN MANUEL pidió el auxilio de su hermano D. Prudencio, no para descansar, sino para fundar otros establecimientos. El padre, á quien devolvió una fortuna doble de la que le habia confiado, quiso fomentarlo con un capital en dinero y en ganados ; pero él reusó

estas ofertas, diciendo que no necesitaba mas caudal que el de sus brazos y sus conocimientos.

Efectivamente se dedicó á un nuevo género de industria, que en pocos años lo hizo uno de los primeros labradores del pais. Nuestros campos no ofrecian entonces otro aspecto que el de una inmensa estancia cubierta de ganado. Los primeros establecimientos que interrumpieron esta monotonia, fueron los del SEÑOR ROSAS; que puede considerarse como el *Triptolemo* de esta provincia. Por sus incesantes cuidados, millares de árboles sombrean ahora un suelo espuesto otro tiempo á los rayos del sol, y ricas mieses hermocean campos antes estériles y desiertos.

Los sucesos del año 20 sorprendieron al SEÑOR ROSAS en estas modestas faenas. ¿Y qué corazon podia permanecer insensible á los infortunios de la patria? ¿Ni quién puede hoy recordarlos sin estremecerse?

Cuando se comparaban las fuerzas de que podia disponer la provincia, con los elementos de oposicion que la amagaban, era imposible no alarmarse por su suerte. La discordia que reinaba entre nosotros paralizaba la marcha de la administracion, y le arrebatava todos los medios de defensa. El crédito estaba agotado, el espíritu público abatido, la confianza no existia, y el valor mismo, que parecia deber ser inagotable en un pueblo valiente y generoso, se habia encorvado bajo el cúmulo de tantas desgracias.

La defeccion del último Ejército del Sr. General Belgrano habia relajado los vínculos de la disciplina militar: los oficiales se veian obligados á contemporar con sus soldados, para que no los abandonasen; y ésta insubordinación era aun mas notable en los cuerpos de Milicias, que mejor organizados hubieran sido mas que suficientes para contener á los

agresores. Pero el ciudadano, llamado al servicio en momentos de tanto peligro, conservaba una gran parte de su independencia, en qué hacía consistir los derechos del hombre libre, y cuyo sacrificio le parecía aun mas penoso que el de su propia vida. Todas estas causas influían siniestramente en la moral del Ejército: así es, que las derrotas de las *Cañadas de Cepeda, de la Cruz*, produjeron mas consternacion que sorpresa.

Estos dos triunfos habian levantado el ánimo de nuestros opositores, y ya no se veía lejano el tiempo en que fuese preciso optar entre el oprobio y la desesperacion. En este terrible conflicto, el Cabildo confió la salud de la Patria á un jóven que se habia distinguido en la guerra de la Independencia. Cualquiera otro hubiera vacilado en admitir este cargo: pero DORREGO, en quien habia caido la eleccion, arrojó esta inmensa responsabilidad; y tendiendo la vista á su rededor para calcular sus recursos, se fijó en un individuo que podia prestarle la mas activa cooperacion.

En medio del espíritu de insubordinacion que se habia manifestado en todas las clases, por la insuficiencia de las leyes, la debilidad ó tolerancia de los magistrados, solo existia en la provincia una autoridad que fuese respetada, y que sin embargo no emanaba de ningun poder, y era la de D. JUAN MANUEL DE ROSAS. Desde que se habia resuelto á vivir en sus tierras, habia sentido la necesidad de grangearse la afeccion de los habitantes del campo, sobre los cuales habia tomado cierto ascendiente, participando en sus trabajos, mezclándose en sus diversiones, auxiliándoles en sus desgracias: mostrándose en fin, justo, humano y compasivo con todos. Su casa se convirtió en asilo para los desvalidos.

En un pais falto de las ventajas de la instruccion, y cu-

yas costumbres se resienten todavia de nuestra imperfeccion social, un exceso de severidad lo es tambien de injusticia, puesto que las faltas, cuando no son repetidas, deben mirarse mas bien como vicios de la sociedad, que de los individuos. Antes de declarar á los hombres responsables de sus extravios, es menester enseñarles á evitarlos. Al paso que las cárceles y los castigos confirman á la juventud en todos sus errores, una vida arreglada y laboriosa ahoga en su corazon el gérmen corruptor del vicio, é innumerables serían los ejemplos que podriamos citar de los que volvieron á la buena senda, por los paternales cuidados del SEÑOR ROSAS.

Quando en Junio de 1820 recibió los despachos de capitán de milicias, el momento no era favorable para enrolarse en el ejército. Sin embargo, afligido del estado de su pais, admitió este empleo, y en poco tiempo montó, equipó y armó á sus espensas un numeroso cuerpo de caballería, compuesto en gran parte de sus propios jornaleros, á cuya cabeza marchó para reunirse al Gobernador en campaña. Este refuerzo reanimó el corage del Ejército, que se mostró dispuesto á restablecer su reputacion. Despues de algunos dias de marcha alcanzó al enemigo el 12 de Agosto en San Nicolas, donde tuvo lugar un primer combate, que se continuó en Pavon. Estas acciones, en que el SEÑOR ROSAS peleó con un valor extraordinario, fueron gloriosas para nuestras tropas. No así despues: el Gobernador avanzó hasta el Rosario, en donde mandó al SEÑOR ROSAS que regresase al sur, para ocuparse en organizar al quinto regimiento de campaña dándole los despachos de Comandante de éste cuerpo.

El Gefe contrario, informado de esta separacion, cargó y triunfó en el Gamonal, á pesar que las fuerzas del SEÑOR ROSAS fueron reemplazadas con otras mas numerosas. Ese

revés trastornó el plan de campaña del Sr. Dorrego, y le obligó á retirarse precipitadamente á Areco, de donde espidió circulares á los Gefes de las Milicias para que se le incorporasen con sus tropas. El SEÑOR ROSAS se rindió á las órdenes del Gobernador, trayéndole 600 voluntarios: pero lejos de desear que se encarnizase la lucha, se proptoso aprovechar alguna ocasion favorable para aconsejar que se estipulase una paz honrosa.

Pero otros acontecimientos se preparaban en la Capital. La Sala de Representantes se reunió el 26 de Diciembre, y elevó al mando al General D. Martín Rodriguez. Apenas su autoridad se proclamaba en la Provincia, cuando un movimiento tumultuario, encabezado por el segundo tercio cívico, estalló en la Ciudad, y obligó al nuevo Gobernador á invocar el apoyo de las Milicias. El SEÑOR ROSAS, que conforme á las órdenes recibidas marchaba á Areco, al llegar al Puente de Marquez recibió una carta del General Rodriguez, en que solicitaba su auxilio para vengar este ultrage. El SEÑOR ROSAS con aquella severidad de principios que le es tan característica, no quiso deferir á una simple comunicacion confidencial, y aguardó que se le mandase oficialmente ponerse á las órdenes del nuevo Gobernador.

Bastó su presencia para restablecer el órden en la Capital, donde entró el 5 de Octubre al frente de un regimiento de colorados, que imitando el noble arrojo de su gefe, espusieron sus vidas por restablecer el imperio de las leyes, en que se apoyó el gobierno, que habia estado hasta entonces á merced de los acontecimientos. Su primer acto fué recom pensar los servicios del SEÑOR ROSAS, enviándole el despacho de coronel de caballería de línea. Ningun desórden mancilló este triunfo: las tropas que acompañaron al gobernador

de Buenos Aires observaron la mas estricta disciplina, y aunque fueron recibidas á balazos, y quedasen tendidos en las calles mas de cien colorados, no se entregaron á ninguna venganza. El día mismo de su entrada renació la confianza de los ciudadanos, que se felicitaban por el término de tantos desastres.

Sin embargo restaba mucho que hacer. Nuestras disensiones con las provincias limítrofes estaban aun pendientes, y el contraste que sufrimos en el Gamonal inspiraba temores fundados por la continuacion de la guerra.

De todos modos importaba salir cuanto antes de semejante incertidumbre. El gobierno confió al SEÑOR ROSAS tan árdua mision, y la poca esperanza que se tenia de llegar á un allanamiento hizo que se tomasen medios para prepararse á entrar en campaña. El plenipotenciario marchó á la cabeza de su regimiento, que representaba la vanguardia del ejército, al mando del mismo gobernador. Todos confiaban en el SEÑOR ROSAS, cuyo crédito se había aumentado por las pruebas recientes de su lealtad, de su valor, y de su inteligencia.

No obstante las muchas dificultades, que presentaba un convenio entre los pueblos acostumbrados á mirarse con recelo, bastó una entrevista del SEÑOR ROSAS con el EXMO. Sr. gobernador de Santa Fé, para echar los cimientos de una reconciliacion franca y duradera.

Fué entonces cuando se estrecharon entre los dos gefes esas relaciones amistosas, que tantos acontecimientos, ya prósperos, ya desgraciados han contribuido á fortalecer, y que nada podrá aflojar.

La paz con Santa Fé terminó una era de desastres para nuestra Provincia, cerrando el círculo fatal de las revolucio-

nes, que recorriamos desde mucho há, y que detuvo al pais en sus adelantamientos. Los enemigos de nuestra independencia se regocijaban de vernos luchar con nuestros propios hermanos, y contaban con la prolongacion de nuestras contiendas para volvernos á esclavizar. Amagados por nuestros enemigos esteriore, teniamos que defendernos contra esas tribus belicosas, que bajo distintas denominaciones nos rodean, y que, enemigos de todo freno, lograron conservarse independientes durante el largo periodo de la dominacion española en el nuevo mundo. Despertándose al ruido de nuestras disenciones, creyeron llegada la oportunidad de talar nuestros campos. La convencion con Santa Fé, que probablemente ignoraban, no los contuvo en sus incursiones, y cuando el pueblo se preparaba á celebrar tan fausto acontecimiento, algunas partidas de indios invadieron los departamentos del centro. El SEÑOR ROSAS, á quien se le habia confiado la defensa de las fronteras del sur, avanzó á la cabeza de un regimiento y de un cuerpo numeroso de paisanos armados, para cubrir los puntos mas espuestos: pero órdenes terminantes del Sr. Gobernador le obligaron á suspender su marcha.

El SEÑOR ROSAS ocupó una posicion ventajosa en el Saladillo, á 14 leguas al S. O. de Lobos, aguardando la llegada del cuerpo principal del Ejército. Su campamento fué el punto de reunion de las milicias, cuyo número aumentó tanto, que fué preciso licenciar una parte de ellas como superfluas. El nombre de este gefe estaba en todos los labios, y sus hazañas pasadas eran una prenda de seguridad para el porvenir.

Entretanto el gobernador D. Martin Rodriguez reunia fuerzas para romper las hostilidades. Dividió su Ejército en

dos columnas, destinando al coronel Ortiguera á rechazar á los Ranqueles en el S. O., mientras que el mismo gobernador marchaba al sur á atacar á los Pampas. Para que estas disposiciones surtiesen su efecto, se requerian grandes acopios de armas, de municiones, de caballos y de víveres; y fué precisamente lo que se descuidó. Además de esto, en vez de concentrar las fuerzas, para que el ataque fuese mas vigoroso, las diseminaron en varios puntos.

Las circunstancias hubieran favorecido este plan, puesto que una sola tribu nos hostilizaba, y de consiguiente no habia motivo para proyocar á las demas. De todos modos convenia exceptuar á los Pampas, que eran los mas dóciles, y mejor dispuestos á relacionarse con nosotros. Consultando el SEÑOR ROSAS la utilidad que resultaría á la Provincia, se habia esmerado en cultivar su amistad, y habia llegado á inspirarles alguna confianza. Muchos Pampas se habian decidido á fijarse en las tierras de los *cristianos*, á quienes ya no miraban con su acostumbrada repugnancia. El SEÑOR ROSAS pidió, pues, que se les respetase; mas, lejos de adoptar tan sábios consejos, el gobernador Rodriguez marchó al Tandil, sorprendió y acuchilló á los indios en Chapuleufú. Los que sobrevivieron á esta carnicería, volvieron sobre sus agrosos y los siguieron hasta la frontera.

La expedición del S. O., por estar mal montada, y no tener víveres mas que para 15 dias, regresó despues de haber recorrido el Tandil: y lo mismo hizo la vanguardia, al mando del SEÑOR ROSAS, que se habia avanzado hasta la Sierra de la Ventana, sin poderse encontrar con los indios.

El SEÑOR ROSAS, cuyos consejos se habian desoido, hizo cuanto pudo para reparar estos desaciertos. Envió órdenes á los mayordomos de las estancias circunvecinas, para abas-

tecer de ganado al Ejército. Mas á pesar de toda la actividad que se empleó en esta operacion, sus efectos fueron tan escasos, que no pudiendo aguardar por mas tiempo los auxilios, fué menester resolverse á volver atras.

El SEÑOR ROSAS, que no quiso abandonar su puesto, porque no se le imputase alguna oposicion á servir bajo las órdenes del Sr. Ortiguera, de quien solo tenia motivos para apreciarlo, se retiró á la conclusion de esta campaña; y lo que mas lo estimuló á tomar esta resolucion fué ver que sus servicios no eran agradecidos, sea que se les considerase inútiles, ó mas bien por la libertad con que se espresó sobre las faltas que se habían cometido.

Pero un triste presentimiento amargaba su corazón en el silencio de la vida privada. No dudaba que los Pampas, que se había tenido la imprudencia de provocar, atacarian nuestras estancias, echándose tal vez con mas furor sobre las suyas, para vengarse del que había sido su abogado, y que ellos debian creer autor de los planes del Sr. Rodriguez. Mas á pesar de esta prevision, no logró sustraerse de su total ruina; y antes que pudiese transportar, como se lo había propuesto, su hacienda de los Cerrillos á los campos de San Martin y Guarani, los indios atacaron á sus establecimientos, y le sacaron mas de 26,000 cabezas de ganado. El SEÑOR ROSAS sobrellevó con resignacion esta desgracia; y solo sentia verse arrebatado sus caudales en el momento en que mas los necesitaba, para llenar los compromisos contraidos con Santa-Fé, al firmar las convenciones que cortaron las desavenencias del año 20.

Sin embargo tocó todos los resortes, y pudo cumplir satisfactoriamente la parte que le cupo en estas importantes transacciones; como consta de los documentos honoríficos

que le fueron librados en Santa-Fé, á donde fué personalmente á recibirlos, segun lo habia prometido.

Poco despues de su regreso de aquella ciudad, la provincia de Buenos Aires se halló nuevamente espuesta á una invasion de indios, que habian llegado á ser muy temibles, por la desmoralizacion del Ejército, la dispersion de las Milicias, y un terror pánico que se habia apoderado de los habitantes.

Entraron por seis puntos; y lo hicieron con tanto acierto que se hubiera creido mas bien que ejecutaban el plan de un general, que las distintas órdenes de sus caciques. En todos los ataques rechazaron á las numerosas divisiones de la frontera, que se replegaban en desorden hácia los parages mas habitados. La campaña no ofrecia el menor abrigo, y los indios que entraron por Lobos, avanzaron por el Durazno hasta 15 leguas de la Capital, de resultas del contraste que sufrió en el Monte la fuerza del Coronel La-Madrid. El SEÑOR ROSAS, que se hallaba en los Cerrillos, voló á Camarones para ofrecer sus servicios al Coronel Arévalo, que con solo 300 hombres estaba en los campos de Callejas. No desconocia éste gefe la necesidad de obrar, pero sus recursos eran tan exíguos, y sus soldados estaban tan abatidos, que nadie se atrevia á abandonar su posicion. Enjambres de indios bien armados, bien montados, y engreidos con sus últimos triunfos, recorrían el territorio.

El SEÑOR ROSAS y el Coronel Arévalo, á quienes se les habia incorporado un sin número de paisanos armados, marcharon á Arazá, donde se trabó una accion formal, en que los indios fueron acuchillados, y completamente desechos; dejando todo su botin que consistia en una numerosa caballada, y mas de 150,000 cabezas de ganado. Esta victoria reveló

á los campesinos un secreto, que habian ignorado hasta entonces; á saber, que los peligros disminuyen cuando se saben arrostrar con valor.

Al examinar los tres primeros años de la vida pública del SEÑOR D. JUAN MANUEL ROSAS, es imposible no admirar su denuedo en los combates, su firmeza en los reverses, su infatigable actividad en llevar adelante cualquiera empresa. Dificil era aparecer en la escena política en una época mas desastrosa. Cuando nuestro Ejército recorría triunfante las orillas del Pacífico, proclamando la Independencia de dos grandes Repúblicas, nuestro pais luchaba con toda clase de infortunios. El gobierno sin energía, y sin recursos, nada hacía para sacarlo de una situacion tan degradante, y los ciudadanos preferían sacrificar sus fortunas antes que renunciar sus opiniones.

Al salir de estas grandes catástrofes, todos se afanaban en reparar sus quebrantos. Nadie habia perdido mas que el SEÑOR ROSAS: de sus ricas estancias, de sus vastos acopios de granos, de tantos brazos y caudales empleados en el cultivo de sus tierras, solo quedaban algunas reliquias. Pero lo que nadie podía arrebatárle era su actividad, y sus vastos conocimientos en todos los ramos de la industria rural. Igualmente hábil en el pastoreo y en la agricultura, poblaba sus estancias, hacía sementeras, y á fuerza de cuidados y de perseverancia logró restablecer y aun acrecentar su fortuna.

La mejor prueba de lo que puede el trabajo en un suelo tan privilegiado como el nuestro, es la que ofrecen los resultados obtenidos por el SEÑOR ROSAS. La invasion de los indios en 1821 destruyó sus establecimientos, y bastaron tres años para que volviesen á ser los mas florecientes de la Provincia. Sus sembrados que ocupaban una gran estension,

producían mas de 15,000 fanegas de trigo y maiz, sin incluir los productos de otras culturas. Tanto prosperidad le atrajo la admiración de sus amigos y la envidia de sus émulos.

Su benevolencia no tenía límites. ¡Cuántas veces no se le ha visto abandonar sus tareas, por amparar á un desgraciado, proteger á un huérfano, transar un pleito! ¡Qué hay que extrañar, que esta conducta le hubiese grangeado la estimación de los habitantes de la campaña! Los que piensan que la popularidad del SEÑOR ROSAS no sea duradera, no saben, ó aparentan ignorar que se funda en beneficios, á que los individuos corresponden á veces con ingratitud, pero que los Pueblos olvidan difícilmente.

Por su intervención en los asuntos generales y particulares de la Provincia había adquirido un conocimiento exacto de su territorio; y no se le ocultó que la línea de frontera era insuficiente para garantírnos de los indios. Una parte de los terrenos recién poblados quedaba afuera de sus antiguas guardias, y por consiguiente desamparada en caso de un ataque; y los mismos establecimientos internos no estaban bastante abrigados, para que fuesen invulnerables. Generalmente hablando, estas avanzadas no tenían suficiente union, para presentar una barrera impenetrable.

La falta de seguridad cerca de las fronteras rechazaba las poblaciones hácia el centro, y disminuía considerablemente la estension territorial de la provincia. El gobierno del Sr. Las Heras sintió toda la gravedad del mal, y se propuso remediarlo. Los temores de un rompimiento con el Brasil hacían mas urgente esta medida: antes de empeñarnos en una guerra exterior, dictaba la prudencia asegurar nuestras propiedades, y era demasiado tarde para estender y fortificar las actuales fronteras. La construccion de nuevas

guardias, era una operacion larga y dispendiosa, que no podia llenar las necesidades del momento. Convenia, pues, tocar otros resortes de un efecto mas pronto, y no menos eficaz. El SEÑOR ROSAS, miembro de la comision encargada de proyectar un nuevo deslinde, opinó que se debia tratar con los indios, para pacificarlos y atraerlos á nuestras estancias. El gobierno adoptó este consejo, á pesar que le pareciese dificil en su ejecucion: no concibiendo como se llevarian á efecto dos operaciones tan incompatibles; á saber, ocupar los terrenos de los indios, y solicitar su alianza. Efectivamente solo el SEÑOR ROSAS, por su génio creador, y por el grande influjo que ejercia sobre aquellas tribus, pudo encargarse de una empresa tan gigantezca.

Siempre se trató de sojuzgar á los indios, mas por primera vez se pensó en colonizarlos; y el resultado de este nuevo plan excedió todas las esperanzas. Conducidos los indios por sus caciques, se transportaron á nuestras estancias y chacras, donde se ocupaban en labrar la tierra, herrar ó apartar ganado, en cazar nutrias, en hacer ladrillo. Las mugeres trasquilaban ovejas, hilaban, tegian gergas, y abandonaban su natural pereza, para participar en las faenas de una vida activa y laboriosa: y si las convulsiones políticas provocadas por la revolucion del primero de Diciembre, no hubiesen trastornado este plan, forzando á los indios á volver á la vida militar, hubieran continuado fertilizando nuestros campos, y olvidando sus costumbres belicosas.

Los eminentes servicios del SEÑOR ROSAS, á pesar de la importancia y utilidad que tenian para el pais, solo le proporcionaron persecuciones y disgustos. Los ociosos le reprochaban su contraccion al trabajo; los intrigantes su ódio á las revoluciones; los discolos la sencillez y la severidad de

sus costumbres; y no faltaban hombres *ilustrados* que le hacian un cargo de su interés hácia los indios.

El SEÑOR ROSAS nunca contestó á sus detractores; limitábase á confundirlos con la práctica de todas las virtudes y con su respeto inalterable á las instituciones del país. Un hecho ignorado, y que merece no serlo, es que, perseguido durante la administracion del Sr. Rivadavia, el SEÑOR ROSAS desalentó siempre á los que venian á solicitarle, para que les ayudase á efectuar un cambio en el gobierno, haciendo uso de medios ilegales.

“No soy juez del primer magistrado de la República, contestaba con firmeza este virtuoso ciudadano: mientras que los Representantes del Pueblo no revoquen sus poderes, mi deber es obedecerle.”

Estos mismos principios dirigieron su conducta en nuestras últimas emergencias, que ya habia previsto: y si el gobernador Dorrego hubiese oido sus consejos, nos habriamos quizá librado de una gran conflagracion. El SEÑOR ROSAS no ignoraba el complot del Ejército, ni la repugnancia de sus gefes á someterse á la autoridad legal del Sr. Dorrego: y aunque no pudiese designar positivamente quien capitanearia esta insurrección, no dudaba que estallaría. En sus conferencias con el mismo Sr. Dorrego insistió fuertemente en que el gobierno atendiese á la pronta organizacion de las Milicias, que consideraba como el único baluarte contra la insubordinacion del Ejército. Viendo que no se tomaba medida alguna para conjurar la tormenta, pidió su dimision, que no le fué admitida. Dos dias antes del funesto primero de Diciembre, tuvo la última entrevista con el finado Gobernador en la fortaleza, le manifestó sus recelos, y representó de nuevo la necesidad de armar á la Campaña. Pero ya era tarde. Poco

despues tuvo el dolor de saber del mismo Sr. Dorrego que sus tristes presentimientos se habian realizado, y que ya no quedaba mas apoyo al gobierno legitimo de la provincia, que su espada, la cooperacion del SEÑOR ROSAS, y la fidelidad de los Milicianos. En este terrible lance, en que se trataba nada menos que de resistir á una revolucion fraguada en el misterio, favorecida por un partido poderoso, y sostenida por un ejército aguerrido, el SEÑOR ROSAS no trepidó un instante; y cerrando el corazon á cualquiera otra consideracion, solo pensó en llenar sus deberes.

Séanos permitido suspender aquí nuestra tarea. El último periodo de la vida del SEÑOR ROSAS es tan fértil en acontecimientos, que pretender detallarlos todos, sería exceder los límites que nos hemos prescripto. Nos propusimos escribir un ensayo, y nó una historia: dejamos á escritores mas hábiles la responsabilidad de esta tarea.

Al reunir los rasgos principales de la carrera política y militar del SEÑOR ROSAS, hemos tenido que hacer un esfuerzo, por no caer en la exageracion que naturalmente inspira la contemplacion de virtudes tan eminentes. El SEÑOR ROSAS es un excelente ciudadano: desdeña la gloria comprada con la sangre, detesta los honores adquiridos con los crímenes, desprecia las riquezas que no se ganan con el trabajo. Su vida pública no presenta hecho alguno que esté en oposicion con estos elogios; y si no temiesemos ofender su modestia, encontraríamos en su vida privada muchas pruebas que los confirman.

Sus detractores han podido prodigarle ultrages, pero ninguno de ellos se atrevió á citar una sola accion que fuese reprehensible. ¿Qué podrian decir que no lo desmintiesen mil testigos? Adorado de sus deudos, querido de sus amigos, ve-

nerado de sus familiares, nada sería comparable á su dicha, si no hubiese tenido la noble ambicion de ser útil á su patria. ¿Se le obligará á arrepentirse?...; ARGENTINOS! Sed justos y agradecidos, si quereis ser libres y felices.

SECCION DE MEDICINA.

ABOLICION DEL DOLOR EN LAS OPERACIONES QUIRURGICAS.

Al fin se ha realizado el pensamiento de Morton; simplificar la cirugía, quitándole una de las cosas que causan mas terror en ella; los medios con que se ha conseguido llenar este objeto, son la respiracion del ether sulfúrico y la de cloroforme ó hipercloreto de formyl. El primero hace algun tiempo que nos es conocido: el segundo acaba de ser aplicado por los Sres. Dres. Jwksbury, Perez, Alvear y los Profesores Balcarce y Santillan en los tres casos siguientes.

1.º Una jóven de 18 años de edad, escrofulosa, teniendo un acceso frio en la parte lateral izquierda del cuello, se le aplicó el cloroforme. Al minuto y medio ó dos minutos de estarlo respirando tuvo los fenómenos siguientes: un poco de tos seguida de ligeros movimientos convulsivos de la dilatacion de las pupilas, pulso mas lento y mas blando, terminando todo por un sueño profundo y apasible. Se procedió á hacer lentamente la abertura del tumor, sin que la enferma hiciese el mas pequeño movimiento que expresase dolor. Pocos momentos despues de operada y curada, la paciente despertó lentamente sin tener conciencia de lo que se le habia hecho. Los efectos del cloroforme, desaparecieron sin dejar rastro alguno á medida que se disipaba el sueño.

2. ° Un soldado de la Guardia Argentina, teniendo un bubon que habia sido incompletamente abierto, respiró del mismo modo el cloroforme. Habian pasado cuatro minutos y sus efectos no aparecian. Como el frasco que lo contenia habia sido destapado muchas veces se creyó que se habia debilitado. Fué renovado, y al minuto y medio de esta segunda aplicacion apareció el sueño, precedido tambien de tos, movimientos convulsivos, &c. Se introdujo una sonda y se dilató la abertura del bubon. El enfermo no manifestó sensibilidad alguna.

3. ° Eugenio Carriso, Granadero del mismo regimiento teniendo dos bubones, de los que uno estaba supurado, fué sujetado el mismo dia al cloroforme. A los dos minutos de respirarlo, sintió los mismos fenómenos, y quedó sepultado en un sueño completo. Se le abrieron los dos bubones sin que le causasen sensacion de ningun género. El estado de sueño completo duró como cinco minutos, volviendo de él lentamente con una locuacidad razonada y contestando acorde à las preguntas que se le hacian, sin embargo de que la relajacion general, la dilatacion de las pupilas, y el mantener los ojos cerrados, manifestasen todavia la influencia del cloroforme. La insensibilidad estaba en razon directa de la profundidad del sueño.

El cloroforme de que se ha hecho uso en estos tres experimentos ha sido preparado en Inglaterra. Algunos Señores Farmacéuticos de esta ciudad, han ensayado extraerlo, pero aunque no lo han conseguido todavia, no ha sido por carecer de luces y asiduidad, sino por falta de elementos propios: la mala calidad del chloruro de cal que existe hoy es una de las causas. Sin embargo creemos poder asegurar, que dentro de muy pocos dias se levantarán estas dificultades y

obtendremos el cloroforme puro. Los procederes que han seguido hasta ahora son los de Liebig y Damas.— P.

Buenos Aires, 15 de 1848.

CARTA DE UN FLACO.

Incalculables progresos
 Voy haciendo cada dia
 En esto de anatomía
 A puro tentarme huesos.

Con ellos noches enteras
 Paso haciendo evoluciones;
 Ya marchan por escalones,
 Ya desfilan por hileras.

Y en tan fiero desbarato
 Hecho mi cuerpo un ovillo,
 Suelo encontrarme un tovillo
 Allá junto á un homoplato.

Dan en jugar del vocablo
 Muchos, diciendo que excedo,
 Por muy *agudo*, á Quevedo,
 Por *sutil*, al mismo diablo.

La gente al verme se asombra
 Como ando al sol por la villa
 Y que en lugar de sombrilla
 Con el baston me hago sombra.

Ya conocees á Esquivel
 Pintor, que no hay en la corte,
 Quien un retrato que importe.
 No encomiende á su pincel.

Pues este, por demostrar
Un día su industria estraña,
Quitó á una escoba la caña
Y en ella empezó á pintar.

Y siendo yo original,
Mi retrato verdadero
Bosquejó de cuerpo entero
De tamaño natural.

El médico me receta
Baños frios todo el año :
Yo le obedezco, y me baño
En un cañon de escopeta.

Pero al salir de las aguas
Tiritando, de contado
Me acuesto, bien arropado
Con la funda de un paraguas.

Si doy así en consumirme
Tal vez no vuelvas á verme,
Pues vendré á desvanecerme,
Ya que no venga á morirme.

Siguiendo la antigua usanza,
Para entonces ya he mandado,
Que mi cuerpo embalsamado
Entierren en una lanza.

En cuanto al descanso eterno
Del alma, vivo seguro,
Que el que es espíritu puro
Como yo, no va al infierno.

SEGOVIA.

ALMANAQUE.

—25 DE MARZO—

LA ANUNCIACION—Esta voz expresa el anuncio del angel Gabriel á la Virgen Santísima de la encarnacion. En éste dia se celebra la fiesta que data desde la época mas remota del cristianismo.

1221—Ocupa Roberto de Courtenay el trono de Constantinopla.

1792—La ley respecto á la ejecucion de la pena de muerte en Francia. La Asamblea Constituyente habiendo reducido la pena de muerte, solamente á la privacion de la vida, sin todos los tormentos aplicados anteriormente, adopta el método de la decapitacion, propuesto por uno de sus miembros—Guillotín, médico de mucha capacidad.

1802—Tratado entre la Francia (República), la Inglaterra, la España, y la República de Batavia, conocido con el nombre de tratado de Amiens.

—MAYO—

Dos horas hacía que mi cabeza reposaba entre mis manos, y una especie de letargo tenia adormecido mi pensamiento; era uno de esos momentos en que la vida parece que fatigada se detiene á tomar nuevas fuerzas y seguir despues en su penosa tarea: dos jóvenes conversaban alegremente cerca de mí, y al despedirse, uno de ellos usó de la

fórmula vulgar y filosófica,—*hasta mañana*; luego levanto la cabeza y me encuentro solo, y como si aún permaneciese el eco de las palabras que se pronunciaron, volvió á resonar en mis oídos, *mañana*.....

Cuando los primeros días de la infancia pasan como la purpúrea nube que el viento arrastra por los transparentes desiertos del firmamento, ó cual sonido armonioso que el aire recoge en sus pliegues imperceptibles, sembrando en su tránsito un encanto indefinible y puro; entónces el corazón engalanado con las frescas flores de la inocencia, rebosando en esa tierna ignorancia que hace brotar lágrimas del estéril párpado del anciano, late tranquilo sin pensar en *mañana*, indiferente se pasea sobre las ruinas de los recuerdos, y desdeñoso mira ese porvenir que se muestra á veces en el lejano horizonte de su pensamiento, en el presente que saborea, reconcentrada está su corta existencia; qué le importa el *mañana*, si la aurora siempre lo encuentra tranquilo, reposando en la indolente confianza de su edad!.....

Ley es de la naturaleza, que todo marche hasta cierta altura para descender luego á la tumba—La niñez engendra la juventud, es el *mañana* de la infancia: las facultades intelectuales se desarrollan de tal modo en esta edad, que no le basta el Universo, busca inquieta ese no se qué que lo atormenta, pero fatigado de su inútil tarea, dice tal vez *mañana*.....

Las pasiones principian á germinar en el corazón tierno é inocente de esa jóven; vedla pura como un serafín, ingénua y candorosa como las primeras ideas de un niño, solo conocia los esquisitos placeres de su edad, mas un pensamiento fugaz é incomprensible como el misterio, cruzó rápido por su mente, y un suspiro se desliza de su pecho y vá á

posarse sobre sus párpados; busca entonces inquieta ese vano é incierto deseo que la persigue, pero cansada se duerme, diciendo—*tal vez mañana*.....

Treinta y cinco inviernos han pasado sobre la cabeza de ese que fué niño, mil veces han pasado por sus labios las sílabas del *mañana*;—*miradlo*:—su respiracion es oprimida; su mirada ardiente está fija en la tierra ó la dirige al Cielo; sus manos fatigadas parece que buscan algo; sobre su frente escritas se ven ya bastantes páginas del lúgubre episodio de su vida;—¿por qué esa respiracion pesada? ¿Por qué esa mirada ardiente fija en la tierra ó dirigida al Cielo; sus manos que buscan? ¿Por qué esos signos trazados sobre su frente?.....Es, que su corazon se halla, cual otro Laocoon, envuelto por los infernales monstruos de la desesperacion y el dolor, y su vista busca en la tierra ese asilo de la desgracia, esa noche sin *mañana*, ese pasado sin porvenir; es que sus manos encallecidas por el trabajo, anhelan el reposo; por que sobre su frente han pasado fuertes borrascas, desastrosas tempestades, y jamás ha lucido para ella ese *mañana*, término incierto de sus ardientes deseos.....

La vida es un relámpago que brilla en la profunda noche de la eternidad, y el cuerpo que anima ese fuego pasajero, llámase *existencia*. En tan fugaz momento mil sueños, delirios mil, agitan sin cesar al hombre; los desconocidos resortes que mueven la máquina pensadora, son cual las olas del Oceano, que vienen á estrellarse una tras otra en el escollo del desengaño—Amor, gloria, fama, honores y renombre, móviles poderosos del corazon humano, ¿qué son? Embriagante licor que nos hace soñar despiertos, vaso de acíhar en cuya superficie nadan algunas gotas de miel, obscura noche que no tiene *mañana*—La NADA—ved ahí la fatal

sentencia que el implacable destino graba con caracteres indestructibles sobre todas las cosas.....

La nieve de los años viene al fin á coronar la frente del anciano; las señales que la mano del tiempo ha puesto sobre ella, muestran esa lucha incesante entre deseos siempre renacientes y esperanzas siempre engañosas; como un soldado cubierto de heridas se arrastra en busca de un asilo que mitigue sus dolores, así él marcha, sostenido solo por el exceso mismo del dolor, y vá á golpear con la frente la puerta de esa morada que se llama *tumba*.....

Después de un combate tan enegernizado, en que la existencia se ha gastado, como una lima de acero, ó que cual otro Jacob, el hombre ha luchado contra una sombra, las afecciones del corazón principian á caer marchitas, dejando desnudo y estéril el árbol que hermooseaban. De suerte que la realización de ese *mañana ó esperanza* que anhelante trataba de encontrar en las mil peripecias del drama de su vida, no es otra cosa que el eco de una palabra que se oyó ahora mil ochocientos años bajo el hermoso Cielo del Asia, y que fué á perderse mas allá del firmamento.....

¡ Ah! ¡ y es esta la vida?.....¡ Nacer! llorando— ¡ Crecer! siempre entre lágrimas y sollozos— ¡ Morir! y también llorando— Sentir que el corazón se rompe contra la ponderosa mole del dolor, y en vanos é impotentes esfuerzos tratan de reunir sus fragmentos imperceptibles en la dorada copa de la *esperanza*— Mecerse en la cima de las ilusiones, niños con la frente ya calva, llena de arrugas, y la cabeza encanecida, teniendo á la cabecera el fantasma invisible del **DESENGAÑO**;— Caminar sobre el polvo inerte de seres que el corazón veneraba, arrastrándose lentamente por el vasto cementerio del mundo, detenidos por un cadáver ó una tum-

ba,—y caer á su vez envueltos en el manto del olvido, pi-
diéndole aún á la muerte ese *mañana*, que tampoco ella po-
día darle.....Si, ésta es la vida.....

El Escéptico.

BIOGRAFIA

MEMORIAS DE MADAMA DE STAEL.

Esta admirable muger, cuyo nombre antes del matrimo-
nio, era Ana Luisa Necker, nació en Paris en el año de 1768.

Era hija del célebre Ministro Necker, y de Susana
Curchod—Nacida de tales padres, y sus juveniles ideas asi-
ciadas con las de Marmontel, Diderot, St. Lambert, Thomas,
y todas las capacidades de Paris, que formaban el círculo de
sus padres, no es de estrañar que haya adoptado esos princi-
pios á que se ha ceñido en todas sus obras.

La primera que publicó, consistia de tres cuentos, y vió
la luz en 1785.

A ésta siguió en 1786 una comedia, *La Sofía*. En 1787
dos tragedias *Juana Grey* y *Montmorency*. Mas la primera
obra que fijó su reputacion, fué la de *Cartas sobre las obras
y carácter de Rousseau*. Poco antes de esto, por influjo de
la madre, dió su mano, pero no su corazon, al Baron de
Holstein, Embajador Sueco en Paris, de quien tuvo dos hijas
y dos hijos.

En 1790, Madama de Staël acompañó á su padre á su
casa de campo en Copet; pero al año volvió á Paris, y tomó
una parte activa en ios asuntos políticos.

Formó relación con Talleyrand, y Sieyès, Lafayette, Narbonne, Lameths, Barnave, y otros de los principales en el partido de la Constitución Legislativa. En 1793 se vió precisada á huir con su esposo á Copet, para evadirse de los Revolucionarios; pero en 1795 volvió á Paris, donde publicó sus *Pensamientos sobre la paz*.

Habiendo muerto la madre, se retiró á Lausanne, y allí compuso la primera parte de *Influencia de las pasiones, sobre la felicidad individual, y de las Naciones*.

Esta apareció en Paris en 1796, y la segunda parte en 1798. Escribió tambien una obra llamada *La Influencia de las Revoluciones sobre la Literatura*; y una pieza dramática titulada *El sentimiento secreto*. En 1802 salió la *Del fina*, novela muy célebre. En 1803 fué desterrada por Bonaparte á cuarenta leguas de Paris. Al año de haber muerto su padre, publicó las *Memorias de Mr. Necker*. Para distraer un tanto su pensamiento de la muerte de su padre, fué á Italia, donde reunió materiales para su acreditada obra *Corina à Italia*. Despues fué á Jena, allí formó su *Germania*. Esta obra se imprimió en Paris, pero antes de aparecer en público, todos los ejemplares fueron destruidos por órden de Bonaparte, por cuya razon Madama de Staël pasó á Inglaterra, donde publicó su obra tanto en ingles como en frances.

Con la Restauracion de Luis XVIII, terminó el destierro de Madama de Staël, cuya casa en Paris vino á ser la reunion de los literatos y políticos de mas nombre de su época.

Despues de una larga enfermedad, esta célebre y admirable muger, murió el 15 de Julio de 1817; pero tuvo la satisfaccion antes, de ver á su hija mayor unida al Duque de Broglie.

NO MAS RECLAMACIONES.

DIALOGO ENTRE UN SUSCRITOR Y UN REDACTOR.

SUSCRITOR—Servidor de Vd., señor redactor. Yo desearia que se insertasen en el periódico de Vd., de que soy suscriptor, dos ó tres cosillas que aquí traigo.

REDACTOR—No hay inconveniente; mas con tal que á nadie ofenda, porque estoy cansado de reclamaciones.

S.—Lo que yo escribo me parece que á nadie puede incomodar.

R.—Eso nos parece á todos, señor mío, pero es tanta la delicadeza y suspicacia de las gentes, que todo les hace cosquillas. Veámos eso que Vd. trae.

S.—Esto primero es la narracion sencilla de un caso ocurrido anoche cerca de mi casa, dice así:

“Anoche á cosa de las once y media se abrió la puerta de la taberna sita en la calle de Santa María del Arco, y de ella salió un hombre en traje militar, que se paró en la esquina de enfrente á leer un papel. No pudiendo conseguirlo por la escasa luz del farol, se dirigió á una vecina que estaba tomando el fresco en su ventana, y le pidió el favor de que sacase la luz. Mientras la buena muger iba por ella, de una bohardilla inmediata que al parecer habita un valenciano, arrojaron algunas inmundicias que cayeron sobre el militar, el cual naturalmente prorrumpió en algunas imprecaciones. A este tiempo pasaba un hombre, que despues se supo llamarse Juan Álvarez, y creyendo que las espresiones del militar se dirijian contra él, sin pararse en otra cosa, le acometió con un puñal de Albacete, hiriéndole por bajo del hueso de la cadera, de un golpe que le atravesó el uniforme y el

tahali del sable. Acudieron algunas gentes, y un cirujano que se buscó le hizo la primera cura, asegurando que la herida no era peligrosa, pero al ser conducido al hospital espiró el desgraciado.

“La policía no ha podido haber al agresor á pesar de las señas que dió de él un zapatero viejo que le vió acometer.”

R.—Muy bien. ¿Y Vd. llama á eso una relacion sencilla que no puede dar lugar á ninguna queja?

S.—Yo tal creo.

R.—Pues yo no creo tal; y lejos de eso, vaya Vd. contando las reclamaciones que produciria esa noticia si se imprimiera.

Reclamacion de la comision de rótulos de las calles, por haberse llamado calle de Santa Maria del Arco, nombre antiguo, á la calle del Arco de Santa María, nombre nuevo.

Reclamacion del tabernero, por haberse dicho que su puerta se habia abierto á las once y media, siendo así que está mandado cerrarla á las once, y que aun faltaba minuto y medio para esta hora.

Reclamacion de cada uno de esos cuerpos militares de esta plaza, guardia nacional é individuos de clases pasivas, por haberse dicho que uno *con trage militar* salia á deshora de una taberna.

Reclamacion de los faroleros, zeladores de alumbrado etc., etc. por haber llamado *escasa* á la luz del farol.

Reclamacion de tres maridos zelosos, un tutor fiero y un padre gruñon, sobre que se diga qué muger era la que estaba en la ventana, porque el público no entienda que eran sus respectivas pupilas, hijas ó esposas.

Reclamacion de la que verdaderamente se halló en el

lance, por haberla llamado buena muger, siendo así que es una señora viuda de un corregidor, ó de un coronel, ó de un veinte y cuatro de Sevilla.

Reclamacion del inquilino de la bohardilla, diciendo que él no es capaz de echar inmundicias sobre nadie, y que el mundo será el articulista y toda su casta.

Reclamacion de todos los valencianos residentes en Madrid por sí y á nombre de todos los naturales del reino de Valencia, diciendo que se les insulta con decir que un valenciano arrojó inmundicias, y probando que aquella provincia se ha distinguido siempre por su amor á la libertad.

Reclamacion con siete mil y tantas firmas de otros tantos individuos que se llaman *Juan Alvarez*, protestando que ninguno de ellos fué el agresor de que se trata.

Reclamacion de varios patriotas, que se insertará en el *Eco del Comercio*, diciendo que lo referido es una sátira contra D. Juan Alvarez Mendizabal.

Reclamacion de la ciudad de Albacete, asegurando que allí no se fabrican puñales, como que son armas prohibidas.

Reclamacion del gremio de sastres, diciendo que no hay uno del oficio capaz de hacer un uniforme que llegue mas abajo del hueso de la cadera.

Reclamacion de varios guarnicioneros, pidiendo se esplique que si el puñal atravesó el tahalí del militar herido fué porque el arma era muy buena, y no porque el tahalí fuese malo.

Reclamacion de ciento veinte y ocho cirujanos, jurando que ninguno de ellos fué el que curó al herido y se equivocó en su pronóstico; pues cualquiera de los reclamantes hubiera anunciado la muerte del paciente como debe hacerse, por la seguridad que hay de enviarle al otro mundo á fin de justificar el acerto.

Reclamacion del director y empleados del hospital contra la intencion oculta del articulista de hacer ver que basta que un herido vaya camino del hospital para que espire al instante.

Reclamacion de la policia, diciendo que se arguye de poco diligente.

Reclamacion del zapatero de viejo, diciendo que es maestro examinado de obra prima, y que no es capaz de delatar á nadie, y que ha sido nacional de ambas épocas y perseguido por los realistas.

Y por último otras muchas que yo no puedo preveer ahora.

S.—Pues amigo, si Vd. cree que ha de venir toda esa nube sobre mi pobre noticia, la retiro y renuncio á escribir para siempre.

R.—Hará Vd. muy santamente; y crea que el no escribir es el único modo de evitar reclamaciones.

(El Estudiante.)

DE LA HISTORIA DE LOS GIRONDINOS
(POR LAMARTINE.)

LUIS XVI.

Este jóven príncipe habia sido educado en una completa separacion de la Corte de Luis XV. Aquella atmósfera que habia infestado á todo su siglo, no pudo llegar á su heredero. Mientras Luis XV convertia la corte en lupanar, su nieto, educado en un rincon del palacio de Meudon por maestros piadosos é ilustrados, crecia en el respeto á su ran-

go, en el terror del trono, y en un amor religioso al pueblo que estaba destinado á gobernar. El alma de Fenelon parecia haber atravesado dos generaciones de reyes en aquel palacio donde habia dado lecciones al duque de Borgoña, para inspirar todavia la educacion del descendiente real. Lo que estaba mas cerca del vicio coronado en el trono, era tal vez lo mas puro que habia en Francia. Si el siglo no hubiese sido tan diabolico como el rey, á aquel objeto se habria dirigido su amor; pero habia llegado á un punto de corrupcion en que la pureza parece ridícula, y se reserva el desprecio para el pudor.

Casado á la edad de veinte años con una hija de Maria Teresa de Austria, habia permanecido el jóven príncipe, hasta su exaltacion al trono, en aquella vida de contraccion doméstica, estudio y retiro. Una paz vergonzosa aletargaba la Europa. La guerra ejercicio de los príncipes, no habia podido acostumbrarle al contacto de los hombres, ni darle el hábito de mandar. El campo de batalla, teatro de los grandes actores, no le habia presentado á las miradas de su pueblo. Ningun prestijio, sino el de su nacimiento, resaltaba en él. El horror que se tenia á su abuelo era toda su popularidad. Tuvo algunos dias la estimacion, jamas el favor de su pueblo. Honrado é instruido, llamó cerca de si la probidad y las luces en la persona de Turgot. Pero con el sentimiento filosófico de la necesidad de reformas no tenia el alma del reformador, ni su juicio, ni su audacia. Sus hombres de estado tampoco. Suscitaban todas las cuestiones sin resolverlas; acumulaban las tempestades sin darles impulso. Las tempestades iban á volverse contra ellos. De Maupeou á Turgot, de Turgot á De Calonne, de este á Necker, de Necker á Malesherbes, fluctuaba de un hombre

de bien á un intrigante, de un filósofo á un banquero : el espíritu de sistema y de charlatanismo no podía suplir al espíritu de gobierno. Dios que habia dado muchos hombres de ruido á esta época en la Francia, le negó un hombre de Estado: todo era promesas y engaño. La corte gritaba, la nación se impacientaba, las oscilaciones se hacian convulsivas; Asamblea de Notables, Estados Generales, Asamblea Nacional, todo estalló entre las manos del rey: de sus buenas intenciones nació una revolucion mas ardiente y mas irritada que si hubiera nacido de sus vicios. El miraba ya esta revolucion, cara á cara en la Asamblea Nacional: en sus consejos ningun hombre capaz, no ya de resistirle, sino de comprenderla. Los hombres verdaderamente fuertes querian mas ser ministros populares de la nación que escudos del rey.

Mr. de Montmorcin era todo del rey, pero carecia de crédito sobre la nación. El Ministro no tenia ni iniciativa ni resistencia. La iniciativa estaba en los Jacoyinos y el poder ejecutivo en las asonadas. Al rey, sin órgano, sin atribuciones y sin fuerza, no quedaba mas que la odiosa responsabilidad de la anarquia. Era el blanco á que todos los partidos asestaban el odio ó el furor del pueblo. Tenia el privilegio de todas las acusaciones. Mientras que desde lo alto de la tribuna Mirabeau, Barnave, Pétion, Lameth, Robespierre amenazaban elocuentemente al trono, folletos infames, diarios facciosos, pintaban al rey como un tirano mal encadenado que se embrutecia en el vino, que se sometia ciegamente á los caprichos de una muger sin pudor, y conspiraba en el fondo de su palacio con los enemigos de la nación. En el triste sentimiento de su acelerada caída, la virtud estoica de este príncipe bastaba á la tranquilidad de su conciencia, pero no bastaba á la firmeza de sus resoluciones. Al salir.

de un consejo de ministros, donde cumpliera lealmente las condiciones constitucionales de su papel de teatro, buscaba inspiraciones mas íntimas ó en la amistad de servidores fieles, pronto á sacrificarse por él, ó en la persona de sus enemigos mismos, admitidos furtivamente á sus confianzas. Los consejos sucedian á los consejos, y se contradecian en sus oidos, como los resultados se contradecian en sus actos. Sus enemigos le sugerian concesiones y le prometian una popularidad que se les hacia desde que querian entregársela. La corte le predicaba un vigor que ella no tenia sino en su vano delirio; la reina, el valor de que rebotaba su alma; los intrigantes la corrupcion; los tímidos la fuga. El ensayaba uno tras otro y simultaneamente todos estos partidos. Ninguno era eficaz; el tiempo de las resoluciones útiles habia pasado. La crisis era sin remedio. Era preciso optar entre el trono y la vida. Queriendo conservar los ambos, estaba escrito que habia de perder uno y otro.

Si nos colocamos por el pensamiento en la situacion de Luis XVI, y nos preguntamos cual era el consejo que hubiera podido salvarle, responderemos con desaliento: ninguno. Hay circunstancias que enlazan los movimientos de un hombre en una red tal, que, cualquiera direccion que tome, cae en la fatalidad de sus culpas ó en las de sus virtudes. Esta era la situacion de Luis XVI. Toda la desapopularizacion de la magestad real en Francia, todos los yerros de las administraciones precedentes, todos los vicios de los reyes, todas las afrentas de las cortes, todos los agravios del pueblo; recaian, por decirlo así, sobre su cabeza, y marcaban su frente inocente para la espiacion de muchos siglos. Las épocas tienen sus sacrificios, como las religiones. Cuando ellas quieren renovar una institucion que ya no les cau-

dra, amontonan sobre el hombre en quien la institucion se personifica todo el odio y todo el castigo de la institucion misma, y presentan en ese hombre una victima al tiempo: Luis XVI era esa victima inocente, pero cargada con todas las iniquidades de los tronos, y llamada a ser inmolada en castigo de la monarquía. Este era el rey.

(Del Arucano.)

¡ HUERFANOS LOS DOS !

A MARIA.

— Hay para los dos un cielo,
Para los dos un consuelo,
Un manto para los dos.

(M. DE LOS S. ALVAREZ.)

Ay! del que gime y suspira
Y una lágrima no mira
Derramar en su dolor!
Y en su destino infelice
Vé una muger que le dice—
Huérfanos somos los dos.

Ay! del que el nombre querido
De sus padres ha perdido
Y mendiga compasion!
Maldicion!! . . . Estrella impia!
Lloro contigo Maria. . . .
Huérfanos somos los dos.

Una pesada cadena
 De infortunios nos condena
 Nuestra existencia de amor.
 Mas los fieros anatemas
 A mi lado no los temas. . . .
 Huérfanos somos los dos.

Cuando tus lánguidos ojos
 Me revelan los sonrojos
 De tu angelical candor,
 Y tú, lloras, alma mía,
 Digo en mi horrible agonía :—
 Huérfanos somos los dos.

Mas hay en la vida humana
 Una esencia soberana.
 Que rige nuestra razón.
 Y nos destina en su gracia
 A amarnos en la desgracia
 Eternamente los dos.

G. V.

◆◆◆◆◆
 ANECDOTAS.

◆◆◆◆◆
 VOLTAIRE.

La *Enriade* de Voltaire se publicó en Londres en 1726.
 Un griego Dodiehi, habiendo leído por casualidad los prime-
 ros versos de este poema :—

*“ Je chantes le combats, et ce Roi généreux
 Qui força les Français à devenir heureux.”*

dijo al autor: "Yo soy del país de Homero, quien jamás empezaba sus poemas con enigmas. Voltaire conoció que la censura era justa, y substituyó:—

"Je chante ce hero, qui regna sur la France

Et Par droit de conquête, et par droit de naissance."

PRUEBA DE QUE UNO PUEDE SER SU PROPIO ABUELO

Había una viuda y su nuera, y un hombre y su hijo. La viuda casó con el hijo, y la nuera con el hombre. La viuda era pues, madre del padre de su marido; por consiguiente abuela de su marido. Tuvieron un hijo de quien ella era bisabuela. Ahora pues, como el hijo de una bisabuela debe ser ó abuelo ó tío abuelo, no hay duda que éste hijo era su *propio abuelo*.

—Preguntáronle á un marido que acababa de acompañar al cementerio el cadáver de su muger:—¿Cómo vá Señor D. Fulano?—No va mal, respondió con estraña distraccion; el paseo que acabo de dar me ha mejorado: no hay cosa como el aire del campo.

MAXIMAS.

Si no las meditas, de nada te sirven las máximas.

Antes de recibir un favor piensa que lo has de pagar ó ser ingrato.

Nada es mas fácil que vivir en paz, sino quieres reñir.

Por bueno que sea un Médico, has por no necesitarle.

Lee con método y no perderas tiempo.

Obedece á la autoridad que es lo mas fácil.

ALMANAQUE.

—1.º DE ABRIL—

Este puede llamarse el día de los *Inocentes*, entre los Ingleses y Franceses—Los primeros le dan el nombre de *April-fool day*, tienen por costumbre dar toda clase de chascos y chanzas ; los Franceses le dan el nombre de *un poisson d'Avril*—286 (año Romano 1037.) Diocleciano, Emperador, asocia á Maximiano al imperio.

1406—Roberto III Rey de Escocia, murió en Rothsay.

1431—Muerte de Jouvenal, magistrado frances ; fué Preboste del Comercio en el reino de Carlos VI.

1548—Muerte de Segismundo I, llamado el Grande, rey de Polonia.

1810—Casamiento de *Bonaparte* con *María Luisa*, Archiduquesa de Austria—La union civil tuvo lugar en *St. Cloud*, la entrada solemne á Paris, y la ceremonia se celebró el día siguiente en la Capilla del *Louvre*. *Napoleón José*, fué el fruto de este matrimonio ; nació el 20 de Marzo de 1811, é inmediatamente creado Rey de *Rosía*, título que perdió desde que su padre fué depuesto. Luisa, la ex-Emperatriz recibió el título de Archiduquesa de Parma, en el norte de Italia.

MARIA,

ó

El Pañuelo Azul.

POR ÉTIENNE BÉQUET.

A fines de Octubre del año pasado, volvía á pié de Orleans al Castillo de Bardi. Delante de mí, y por el mismo camino, marchaba un regimiento de la guardia estrangera. Había alargado el paso para oír la música militar que tanto amo, pero la música callaba: solo algunos golpes del tambor venian de cuando en cuando á marcar el paso uniforme de los soldados.

Despues de una media hora de marcha, ví al regimiento entrar en un pequeño llano rodeado por un bosque de pinabetes. Pregunté á un oficial que conocia si iban á hacer el ejercicio. No, me dijo, se va á juzgar y probablemente á fusilar á un soldado de mi compañía, por haber robado al paisano que le hospedaba. Como! le dije, se le va á juzgar, á condenar y á ejecutar sobre la marcha? Si tal, repuso, esas son nuestras capitulaciones. Esta palabra no tenia réplica para él, como si se hubiese previsto todo en las tales capitulaciones, la falta y el castigo, la justicia y la humanidad.

Por lo demas, añadió el Capitan, si teneis curiosidad, voy á hacer que os hagan lugar. No será largo. Yó que siempre he sido ávido de esos tristes espectáculos por que imagino que voy á aprender lo que es la muerte en el rostro de un moribundo, seguí al Capitan.

El regimiento se habia formado en cuadro; detras de la segunda línea y á la orilla del bosque, algunos soldados ca-

baban una fosa. Mandábalos un sub-teniente (por que en un regimiento se hace todo con órden) hay cierta disciplina para abrir el sepulcro de un hombre.

Ocho oficiales estaban sentados sobre tambores en el centro del cuadro, un noveno á la derecha y mas adelante escribia sobre sus rodillas algunas palabras, pero con negligencia, y simplemente para que un hombre no fuese fusilado sin algunas fórmulas.

Llamóse al acusado. Era éste un jóven de alta talla, de rostro noble y manso. Una muger se adelantó con él, solo testigo que deponia en aquel asunto.

Pero cuando el Coronel quiso interrógár á la muger: —Es inútil, dijo el soldado, voy á confesarlo todo; he robado un pañuelo á esta Señora.

El Coronel— Vos, Piter! vos pasabais por un buen muchacho.

Piter—Es verdad, mi Coronel, siempre he tratado de contentar á mis gefes, asi es que no he robado para mi, he robado para Maria.

El Coronel—¿Quién es esa Maria?

Piter—Es Maria la que vive allí abajo... en mi pueblo... cerca de Areneberg... donde hay aquel gran manzano... Ay! ya no la volveré á ver!

El Coronel—No os comprendo, Piter, explicaos.

Piter—Pues bien mi Coronel, leed esa carta... y le entregó la carta siguiente cuyas palabras todas están presentes en mi memoria.

“Mi buen amigo Piter—

“Aprovecho la oportunidad del recluta Arnold que se ha alistado en tu regimiento para enviarte esta carta y un

bolsillo de seda hecho á propósito para tí. Mucho me he ocultado de mi padre para hacerlo, porque me riñe siempre de que te ame tanto y me dice que no volverás. ¿No es verdad que volverás? Además aun cuando no volvieres yo te amaría siempre. Me he prometido á tí el día que alzaste mi pañuelo azul en el baile de Areneberg para dármelo.

“Cuando te volveré á ver eh? Lo que me dá mucho gusto es que me dicen que eres estimado de tus superiores y querido de los demas. Pero todavía te quedan dos años. Has pronto el servicio porque entonces nos casaremos. Adios mi buen amigo Piter.

“Tu querida Maria.

“P. D.—Trata de enviarme también alguna cosa de Francia, no por miedo que te olvide, sino para llevarla conmigo. Besaras los que me envíes, y estoy segura que al punto encontraré la señal de tus besos.”

Cuando la lectura hubo concluido, Piter volvió á tomar la palabra—“Arnold, dijo, me entregó esta carta ayer noche, mientras me daban mi boleta de alojamiento. Toda la noche no he podido dormir, pensando en mi pueblo y en Maria. Me pedía alguna cosa de Francia. No tenía dinero, he empeñado mi salario de tres meses para mi hermano y mi primo que han vuelto al hogar hace algunos días. Esta mañana cuando me he levantado para partir, he abierto mi ventana. Un pañuelo azul colgaba de una cuerda, se parecía al de Maria, el mismo color, y las mismas rayas blancas. He tenido la debilidad de tomarlo y meterlo en mi bolsillo. He bajado á la calle, estaba arrepentido, iba á volver á la casa, cuando esta Señora ha corrido tras de mí. Se ha hallado el pa-

ñuelo, esta es la verdad. La capitulacion quiere que me fusilen. Hacedme fusilar, pero no me desprecieis.”

Los jueces no podian encubrir su emocion; sin embargo cuando se tomaron los votos fué condenado á muerte por unanimidad. Piter oyó su sentencia con sanfre fria, luego acercándose á su Capitan le suplicó que le prestase cuatro francos, este se los dió. Le vi en seguida volverse hácia la muger á quien habian devuelto su pañuelo azul, y oí estas palabras: “ Señora, aquí teneis cuatro francos, no sé si vuestro pañuelo vale mas, pero aun cuando asi fuese, lo pago bastante caro para que me perdoneis el resto.

Y volviendo á tomar entonces el pañuelo lo besó y lo entregó al Capitan—Mi gefe, le dijo, dentro de dos años volvereis á nuestras montañas, si vais del lado de Areneberg, preguntad por Maria, entregadle ese pañuelo azul, pero no la digais como lo he comprado. En seguida se arrodilló, rogó á Dios, y caminé con paso firme al suplicio.

Yo me alejé entonces y me metí en el bosque para no ver el fin de aquella cruel tragedia. Algunos tiros de fusil me anunciaron bien pronto que todo habia concluido.

Volví una hora despues, el régimiento se habia alojado; todo estaba en silencio: pero al costear el bosque para tomar de nuevo el camino, apercibi á algunos pasos delante de mí trazas de sangre y un montoncillo de tierra recién removida. Tomé una rama de pinabete, hice con ella una especie de cruz y la coloqué sobre la tumba del pobre Piter; olvidado hoy de todos excepto de mi y tal vez de Maria.

(*Bibliothèque choisie du Constitutionnel.*)

DIARIO DE LAS SOLTERONAS.

AÑOS.

- A los 13—Desea llamar la atencion de los hombres—ya es tiempo, desde los 7 años bailaba polka &a.
- “ 14—Empieza á tener ya su idea de la pasion tierna.
- “ 15—Siéntela con mas vehemencia.
- “ 16—Habla de la soledad del bosque. . . de los amantes de novela. . . de amor desinteresado &a. &a.
- “ 17—Se cree enamorada perdida de algun buen mozo que la adula.
- “ 18—Ya se dá mas importancia, pues se fijan mas en ella.
- “ 19—Empieza á ser coqueta (algunos creen que desde los 13 lo ha sido) porque la distinguen.
- “ 20—Las modas en todo su furor.
- “ 21—Mas confianza en sus atractivos y espera una suerte brillante.
- “ 22—Desprecia á uno porque no usa jopo!
- “ 23—Juguetea y se chancea mucho con los mosos.
- “ 24—Empieza á estrañar que no se ha casado yá.
- “ 25—Mas circunspeccion en su conducta.
- “ 26—Cree que una buena fortuna no es cosa despreciable, y olvida los amores del bosque y todos esos disparates de la niñez.
- “ 27—Prefiere la sociedad de hombres de peso.
- “ 28—Desea estar casada (á que edad no lo desean) y retirada yá de los bailes &a.
- “ 29—Casi pierde la esperanza de llegar á ese estado tan deseado.
- “ 30—Mucho teme que la llamen solterona.

- “ 31—Aumento de lujo, los hombres empiezan á decir
ya es madurita.
- “ 32—No gusta de los bailes porque no halla buenos
compañeros.
- “ 33—Estraña mucho que los hombres se alejen de la
sociedad de las señoras, para ir á disparatear
con las muchachuelas.
- “ 34—Aparenta buen humor en sus conversaciones con
los hombres.
- “ 35—Se desespera cuando oye que alaban á las jóvenes.
- “ 36—Se pelea con una amiga íntima porque se casa.
- “ 37—Se disgusta al ver que no ocupa el mismo lugar
que antes en la sociedad.
- “ 38—Se complace en hablar del desgraciado casamien-
to que ha hecho su amiga.
- “ 39—El mal humor y la desesperacion se aumenta.
- “ 40—Muy amiga de meterse en todo, empieza á ser in-
soportable.
- “ 41—Si es rica *par dernier resort*, enamora algun jó-
ven sin fortuna.
- “ 42—Sale mal, y maldice á todos los hombres.
- “ 43—Crece la rabia, (pero aun hace diligencia.)
- “ 44—La disgustan los modales del dia, los mozos son
muy atrevidos, no son como los de su tiempo.
- “ 45—Se siente *fuertemente* inclinada á un jóven de 18
años.
- “ 46—Su abandono casi la vuelve loca.
- “ 47—Empieza á *canjarse* de la vida ; se entrega al rapé.
- “ 48—Pone todo su afecto en algun perro ó gato.
- “ 49—Recoge en su casa alguna parienta pobre, la hace
que cuide sus perros, y la gruñe todo el dia.

“ 50—Aborrece el mundo, habla pestes de todos y al fin aburrída la pobre parienta tiene que dejarla, pues nadie puede vivir con ella.

**A UN ORADOR CONTRAHECHO,
ZAZOSO Y SATIRICO.**

SONETO.

Botija con bonete clerical,
Que viertes tu doctrina á borbollon ;
Falto de voz, de afectos, de mocion,
Lleno de furia, ardor y ódio fatal :
La cólera y despique por igual
Dividen en dos partes tu sermon,
Que por tosco, punzante y sin razon,
Debieras predicárselo á un zarzal.
Qué prendas de orador en tí se ven ?
Zazoso acento, gesto pastoril,
El metal de la voz cual de sarten,
Tono uniforme cual de tamboril.
Para orador te faltan mas de cien ;
Para arador te sobran mas de mil.

FRAY DIEGO GONZALEZ.

ALMANAQUE.

—8 DE ABRIL—

- 1341—Petrarco fué coronado en este día en Roma, con laurel, (*) con la mayor pompa y magnificencia. Si el talento ha de premiarse como las proezas del soldado, justo es que el laurel ciña las sienes del poeta como las del héroe. Los amigos de Petrarco vertieron lágrimas de gozo; y aunque él mismo se hallaba como en una especie de extásis, sintió que semejantes honores eran incapaces de ofrecer una perfecta felicidad. “Me ruborizaba” decia “de los aplausos del pueblo, y las inmerecidas alabanzas que me prodigaban.” Sentimientos propios de un hombre tan religioso; y que en otra ocasion decia;—“*Leamos á los historiadores, los poetas y los filósofos; pero dediquemos nuestro corazon al Evangelio de Jesu-Cristo, en quien solo reside la verdadera sabiduria y una perfecta felicidad.*”
- 1364—Muerte de Juan II llamado *el boeno*.
- 1518—Descubrimiento de Méjico, por Velasquez.
- 1735—Muerte de Leopoldo Francisco Ragoczi, príncipe de Transilvania.

(*) *Segun la ficcion poética, Dafne, hija del Río Pe-neus, fué convertida por los Dioses en laurel, para librarla de la persecucion de Apolo, que la seguia por la orilla de ese rio. “Ya que no puedes ser mi esposa” dijo, seràs mi laurel;” y desde entonces se consagrò el laurel al dios de la poesia. Despues se generalizó la costumbre de coronar á los poetas con él.*

1826—La Cámara de Pares de Francia rechaza el proyecto de ley, relativo al restablecimiento del derecho de primogenitura.

1839—Ratificación en Londres, del tratado definitivo de separación y de paz entre Bélgica y Holanda, y de reconocimiento de Bélgica por todas las Potencias.

BIOGRAFIA

DE APOLINARIA ZALABARRIATA.

Entre las personas que murieron en aquella época de sangre y de terror en que nuestros padres luchaban por obtener la Independencia de su Patria, todo buen patriota recordará ciertamente con particularidad á la desventurada Apolinaria Zalabarríata, conocida mejor quizá, por el nombre de LA POLA, que fué sentenciada á muerte por Zamano, General Español, y ejecutada con aquel que debia ser su esposo. Esta jóven pertenecía á una familia respetable de Bogotá y se distinguía por sus modales, talento y hermosura.

Entusiásticamente decidida por la causa de la libertad, se dedicó á la peligrosa tarea de obtener y transmitir al General Bolívar inteligencias secretas respecto á la fuerza, disposiciones y planes de operacion del ejército Realista.

Obtenia estas importantes noticias de los mismos Oficiales Españoles, en la tertulia que tenia en su misma casa, y á la que asistía mucha Oficialidad Española, que deleitados escuchaban la conversacion de esta amable jóven. Estos nada sospechaban de ella, y por consiguiente averiguaba, me-

ramente como por curiosidad, el estado de sus respectivos regimientos; y preguntando por sus compañeros ausentes, lo graba saber donde se hallaban sus puestos avanzados.

Puntualmente enviaba la relacion de todos los conocimientos que obtenia por un mensajero de su confianza: mas desgraciadamente una de sus comunicaciones fué interceptada y el mensajero viéndose sentenciado á muerte, y por obtener el perdon que se le ofrecia, descubrió á esta jóven Patriota. Fué condenada á morir fusilada, como lo fué tambien su amante, aunque á éste no se le pudo probar complicacion alguna. Ambos fueron puestos en capilla, por espacio de doce horas antes de la ejecucion; pero ni aun esta corta suspension hubiese habido, á no ser que Zamano creia que con tal medida podria descubrir quienes eran sus cómplices. Nada omitió para ver si lograba que ella confesase quienes eran. Por una parte su confesor la amenazaba con eterna condenacion si le ocultaba algo, y por otra la ofrecian indulto para ella y su amante, si confesaba quienes estaban complicados en la empresa. A pesar de todo esto sostuvo que jamas habia tenido inteligencia con persona alguna sino con el mensajero.

Los amantes fueron pues conducidos al dia siguiente al banquillo. Cuando el piquete de Granaderos que se destina para la ejecucion se aproximó, y se preparó á hacer fuego, se voivia á ofrecer el perdon bajo la misma condicion, mas de nuevo lo despreció, declarando sin la mas mínima indicacion de temor, que aun cuando tuviera complices, jamas se envileceria descendiendo al grado de venderlos por salvarse. Habiendo notado que su amante vacilaba, y que parecia que iba á hablar, por un temor natural al ver la muerte tan cercana, y por tener que renunciar al mundo en la flor de su

edad, (y con él, á la posesion de su futura consorte,) ella le imploró como por última gracia, que si efectivamente la amaba, diese á conocer, muriendo, que habia sido digno de su eleccion, asegurándole que jamas debia esperar del tirano Zamano, por mas confesiones que hiciese, el perdon que se le ofrecia; y recordándole que debia de acompañarle el consuelo que la misma suerte aguardaba á la que él amaba.

La tropa se preparó á cumplir su terrible deber—Entonces por primera vez pareció estar algo conmovida, y exclamó: “¡Cruelles verdugos, tendreis valor de asesinar á una muger!”... Cubriose el rostro con la manta, y al hacerlo se vió la inscripcion “VIVA LA PATRIA,” bordado en letras de oro—La señal se dió, que privó de la existencia á esta heroica jóven, y á su desgraciado amante, víctimas de tan bella causa—¡ Honor á la memoria de su heroico patriotismo!

No nos ha parecido fuera de lugar al tratar de ésta heroica jóven, insertar á continuacion la cancion que perpetua su memoria.

LA POLA.

¡ Granadinos ! la Pola no existe
 Por la Patria su muerte llorad !
 Por la Patria á morir aprendamos
 Y su muerte juremos vengar.

Por las calles y al pié del suplicio
 Asesinos, gritaban ¡ temblad !
 Consumad vuestro horrible atentado,
 Ya vendrá quien lo sepa vengar.

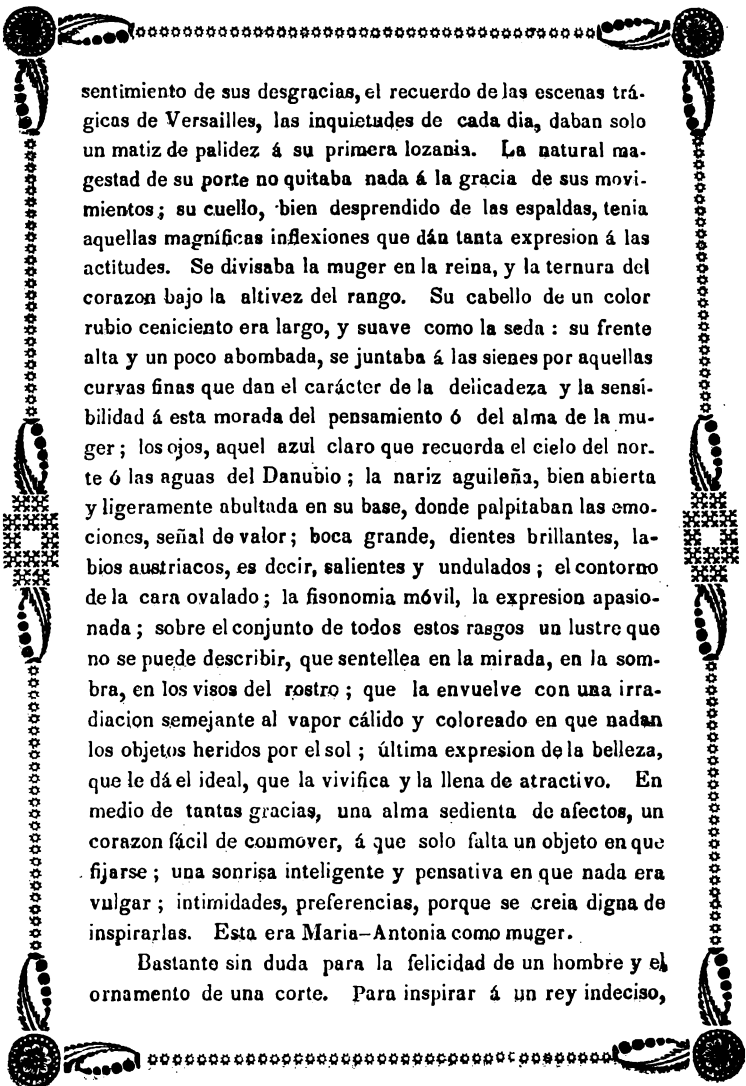
Ni el temor, ni alagüeñas promesas
 Un momento me harán vacilar,
 Por la Patria gustosa yo muero,
 ¡ Oh cuan dulce es por ella espirar !

Y volviéndose al pueblo le dice :
 Pueblo ingrato ya voy á espirar,
 Por salvar tus sagrados derechos,
 Tal infamia podreis tolerar ?

DE LA HISTORIA DE LOS GIRÓNDINOS
 POR LAMARTINE.

MARIA ANTONIA.

La reina habia sido criada por la naturaleza para contrastar con el rey, y para excitar el interes y la compasio n de los siglos hácia uno de aquellos dramas de Estado á que parece faltar algo cuando los infortunios de una muger no los completan. Hija de Maria Teresa, habia principiado su vida en las borrascas de la monarquia austriaca. Era uno de aquellos niños que la Emperatriz tenia de la mano cuando se presentó suplicante á sus fieles húngaros, cuyas tropas gritaron : *Muramos por nuestro rey Maria Teresa.* Su hija tenia tambien corazon de rey. Llegada á Francia, su hermosura, entonces en todo su esplendor, deslumbró al reino. Era grande, gentil, flexible; verdadera tirolesa. Los dos niños que habia dado al trono, lejos de marchitarla, añadian á la impresion de su persona aquel carácter de magestad maternal que tanto sienta á la madre de una nacion. El pre-



sentimiento de sus desgracias, el recuerdo de las escenas trágicas de Versailles, las inquietudes de cada día, daban solo un matiz de palidez á su primera lozania. La natural magestad de su porte no quitaba nada á la gracia de sus movimientos; su cuello, bien desprendido de las espaldas, tenia aquellas magníficas inflexiones que dán tanta expresion á las actitudes. Se divisaba la muger en la reina, y la ternura del corazon bajo la altivez del rango. Su cabello de un color rubio ceniciento era largo, y suave como la seda: su frente alta y un poco abombada, se juntaba á las sienes por aquellas curvas finas que dan el carácter de la delicadeza y la sensibilidad á esta morada del pensamiento ó del alma de la muger; los ojos, aquel azul claro que recuerda el cielo del norte ó las aguas del Danubio; la nariz aguileña, bien abierta y ligeramente abultada en su base, donde palpitaban las emociones, señal de valor; boca grande, dientes brillantes, labios austriacos, es decir, salientes y undulados; el contorno de la cara ovalado; la fisonomia móvil, la expresion apasionada; sobre el conjunto de todos estos rasgos un lustre que no se puede describir, que sentellea en la mirada, en la sombra, en los visos del rostro; que la envuelve con una irradiacion semejante al vapor cálido y coloreado en que nadan los objetos heridos por el sol; última expresion de la belleza, que le dá el ideal, que la vivifica y la llena de atractivo. En medio de tantas gracias, una alma sedienta de afectos, un corazon fácil de conmover, á que solo falta un objeto en que fijarse; una sonrisa inteligente y pensativa en que nada era vulgar; intimidades, preferencias, porque se creia digna de inspirarlas. Esta era Maria-Antonia como muger.

Bastante sin duda para la felicidad de un hombre y el ornamento de una corte. Para inspirar á un rey indeciso,

para hacer la salud de un Estado en circunstancias difíciles, era menester mas; se necesitaba el génio del gobierno; la reina no lo tenia. Nada habia podido prepararla al manejo de las fuerzas desordenadas que se agitaban al rededor; lá desgracia no le habia dado el tiempo de la reflexion. Acogida con embriaguez por una corte perversa y una nacion ardiente, habia debido creer en la eternidad de aquellos sentimientos. Se adormeci6 en las disipaciones de Trianon. Habia oido los primeros hervores de la tempestad sin creerla peligrosa; se fiaba del amor que inspiraba y del que ella misma sentia. Pero la corte se volvi6 exigente, la nacion hostil. Instrumento de las maniobras de la corte sobre el corazon del rey, primero habia favorecido, luego combatido todas las reformas que podian precaver 6 diferir las crisis. Su política no era mas que infatuacion; su sistema un abandono alternativo á todos los que le prometian la salud del rey. El conde de Artois principe jóven, caballeresco en las formas, habia llegado á dominarla: él contaba con la nobleza, hablaba de su espada, se reia de la crisis, despreciaba aquel ruido de palabras, intrigaba contra los ministros, denigraba las transacciones. La reina, desvanecida con las adulaciones de toda esta caterva, impulsaba al rey á que retirase mañana las concesiones de hoy. Sentíase su mano en todos los traqueos del gobierno. Los salones eran el foco de una conspiracion perpetua; la nacion lo percibi6 al fin, y hubo de aborrecerla. Su nombre se hizo para el pueblo la fantasma de la contra-revolucion. No se tarda en calumniar lo que se teme. Pintábanla como una Mesalina; circulaban folletos infames; se daba crédito á las anécdotas mas escandalosas. Podia ser acusada de ternura; de depravaci6n no. Bella, jóven, y adorada, si su corazon no fué siempre insensible, sus sentimien-

tos misteriosos, inocentes acaso, no dieron nunca motivo de escándalo. La historia tiene su pudor; no lo violaremos nosotros.

EL POETA Y EL PASTELERO.

Escribió cierto poeta
 Una obrita en lindos versos,
 Haciendo grandes elogios
 De un vecino pastelero.
 Y éste para no mostrarse
 Ingrato ni desatento
 Quiso hacerle de su mano
 Un pastel con todo empeño :
 Luego notando el poeta
 Que en el fondo había puesto,
 El papel que contenia,
 La produccion de su ingenio,
 Dándose por ofendido,
 Le reconvino muy sério ;
 Mas pudo calmar su enojo
 Con decirle el pastelero :—
 “ Amigo, estamos iguales
 “ Pues entrambos hemos hecho
 “ Tú, versos sobre pasteles,
 “ Yó, pasteles sobre versos.”

PABLO DE IRICA.

Mis Entretenimientos.

VERSOS

DE

JUAN FRANCISCO SEGUI.

AL EXMO. SEÑOR GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE LA PROVINCIADA ENTRE-RIOS, BRIGADIER D. JUSTO JOSE DE URQUIZA.

EXPRESION DE SIMPATIA.

BUENOS AIRES—FEBRERO 26 DE 1848.



—ADVERTENCIA—

Lejos de mi la idea de creerme poeta—Mis versos no son mas que el fruto de algunas horas de descanso consagradas á llenar algunas exigencias de la juventud—Justo apreciador del exclusivo homenaje que se debe al talento, y con el noble orgullo de poder distinguir las hermosas producciones del genio, de los furros poéticos, con que nos abrumba la mediocridad, no he podido confundir mis humildes y casi improvisados trabajos con las acabadas creaciones del Vate—Es por esta razon que anticipo mi juicio á las razonables observaciones que pudieran hacérseme—La misma denominacion “Entretenimientos” que los encabeza, dá á conocer la naturaleza de estos ensayos que ofrezco al Público, mas por acceder á las repetidas instancias de mis amigos, que por adquirir una reputacion, un nombre. . . La mejor prueba, que pudiera exigírseme á este respecto, es la indiferencia suma con que he oido los inmerecidos elogios que algunas han creido deber á mi amor propio—Me habrán tenido quizá por muy vano y tambien por muy necio, pero sin tener la pretension de desengañarlos, puedo asegurar con toda franqueza, que el mayor enemigo de mis versos soy yo mismo.

Buenos Aires, Febrero 18 de 1848.

JUAN FRANCISCO SEGUI.

MIS ENTRETENIMIENTOS.

NUMERO 1.

Mi Laud.

En horas de dolor, horas crueles .
 Busqué de mi laúd en los acentos,
 No coronas de místicos laureles,
 Sino el eco de puros sentimientos.

Canté porque sentí—canté movido
 Unas veces de amor, otras de pena :
 Canté á mi patria con acento erguido,
 Y de gloria y honor la canté llena.

Yo la canté porque la ví tan bella
 Con frente pura de esplendor bañada ;
 Porque la ví tras luminosa estrella
 Del porvenir en la mansion velada.

Luchando sola con audaz gigante
 La contemplé de admiracion pasmado :
 De dos colosos la miré triunfante,
 Y hasta el Cielo llegó mi canto osado.

En mis versos de amor tal vez dulzura
 No hallarán las hermosas, pero al menos

Hallarán la verdad sencilla y pura
Que buscan con ardor los pechos buenos.

Verán un hombre que al cantar sentia :
Verán un hombre á quien amor devora :
Verán un hombre con estrella impía,
Triste en la oscuridad, triste en la aurora.

Tambien á Dios canté por que su nombre
Yo gravado lo ví sobre natura,
Y aunque su gran poder mi mente asombre,
Siempre lo he de cantar con lengua pura.

El Cielo, el mar, y la florida tierra
De mi laud las cuerdas excitaron,
Pero al amor que el corazon encierra,
De mi laud las cuerdas escucharon.

Por eso canté mas al mundo humano,
Y casi me olvidé del mundo inerte :
Quise sondear su misterioso arcano
Preguntando á la vida y á la muerte.

Es muy hermosa natura,
Rico de flores el suelo,
Bellas las luces del Cielo,
Bella del mar la region ;
Mas bello, empero, es el hombre
Que disfruta de la vida,
Y á quien alumbra encendida
La antorcha de la razon.

Pequeño mundo, reasume
 Del universo viviente,
 Y del mundo que no siente,
 Cuanto quiere darles Dios :
 Con la sola inteligencia
 Del Criador la obra domina,
 Y también la voz divina
 Responder suele á su voz.

Por eso del hombre canté la existencia ;
 Por eso inspirado su suerte canté ;
 Feroz, despiadada, si abjura su creencia ;
 Feliz, duradera, si alienta su fé.

¡ Maldito el impio ! mil veces mi acento,
 ¡ Maldito el impio ! se oyó repetir ;
 Y el éco del justo que vive en tormento,
 ¡ Maldito el impio ! mil veces decir.

¡ Maldito el egoista ! ¡ maldito el vicioso !
 Doblado ante el ara de impura beldad,
 Que en goces nefundos el tiempo precioso
 Mal gasta y eclipsa la luz de la edad.

¡ Maldito el impio ! mil veces mi acento
 ¡ Maldito el impio ! se oyó repetir ;
 Y el éco del justo que vive en tormento,
 ¡ Maldito el impio ! mil veces decir.

No es extraño que ofendido
 De ese mundo alborotado,
 Del desierto haya buscado

La quietud y soledad :
 Por eso es que mis acentos
 Se han oído en las praderas,
 Y del Rio en las riberas
 He llorado mi horfandad.

Y mirando el horizonte
 Reclinado sobre flores,
 He cantado los amores
 Y la vida del pastor ;
 Y el Mantuano caramillo
 Me ha prestado su ternura,
 Y he cantado de natura
 La hospitalidad mejor.

Y por último las glorias
 De la humana inteligencia,
 Cuando ciñe de la ciencia
 La diadema sin igual ;
 Y descubre iluminada
 El imperio de altos mundos
 Y los abismos profundos
 Del imperio terrenal.

Nada pido á mi patria, nada al Cielo
 Si mi laúd un premio ha merecido ;
 Solo á las bellas del platino suelo
 La postrimer de sus miradas pido.

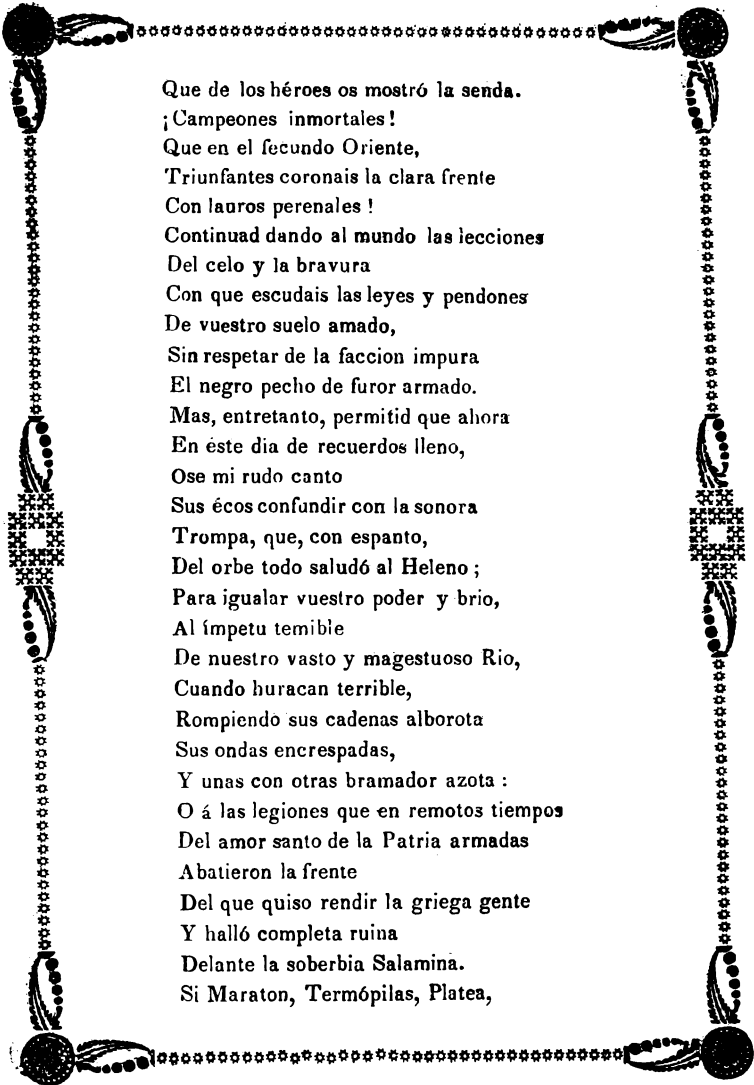
FEBRERO 18 DE 1848—

Composicion Patriótica,

RECITADA EN EL TEATRO DE LA VICTORIA LA
 NOCHE DEL DIA 5 DE OCTUBRE DE 1844,
 EN LA FUNCION DE AFICIONADOS QUE TU-
 VO LUGAR A BENEFICIO DE LA GUERRA.

—♦♦♦—

¡ Gloria sin fin á los heróicos heçhos
 Del pueblo belicoso
 Que de honor en los campos sus derechos
 Rescató con la sangre derramada,
 De mil hijos ilustres, en la guerra
 Que la Argentina tierra,
 Contra el déspota odioso
 Gefe de la anarquía ensangrentada,
 Sostiene vengadora,
 Y ver espera terminada ahora—
 ¡ Salud bravos Atletas! que de Marte
 Imitais la virtud y la constancia,
 Y cuybs pechos son duro baluarte
 Dó sin vida se estrella la arrogancia
 Del hombre maldecido,
 Que en Diciembre infeliz de cruel memoria,
 Manchó del Plata la gloriosa historia.
 Prestad en esta noche vuestro oído
 A los vivos acentos que resuenan
 En loor vuestro, y recibid la prenda
 De nuestra gratitud, de la de Rosas,



Que de los héroes os mostró la senda.
¡Campeones inmortales!
Que en el secundo Oriente,
Triunfantes coronais la clara frente
Con lauros perenales !
Continuad dando al mundo las lecciones
Del celo y la bravura
Con que escudais las leyes y pendones
De vuestro suelo amado,
Sin respetar de la faccion impura
El negro pecho de furor armado.
Mas, entretanto, permitid que ahora
En éste dia de recuerdos lleno,
Ose mi rudo canto
Sus écos confundir con la sonora
Trompa, que, con espanto,
Del orbe todo saludó al Heleno ;
Para igualar vuestro poder y brio,
Al ímpetu temible
De nuestro vasto y magestuoso Rio,
Cuando huracan terrible,
Rompiendo sus cadenas alborota
Sus ondas encrespadas,
Y unas con otras bramador azota :
O á las legiones que en remotos tiempos
Del amor santo de la Patria armadas
Abatieron la frente
Del que quiso rendir la griega gente
Y halló completa ruina
Delante la soberbia Salamina.
Si Maraton, Termópilas, Platea,

Leúctres y la famosa Mantinea
 Nombres son de recuerdos lisongeros
 Y monumento alzado
 A Grecia, y á sus ínclitos guerreros;
 Tucuman, ambas Piedras, Ayacucho,
 Los gigantícos Andes,
 Máypu, Córdoba, Salta, San Lorenzo
 Pago-Largo, el Arroyo y Monte Grandes,
 Sauce, Sancala, y el Quebracho-Herrado
 Costa-Brava, Ituizango. . . no me es dado
 Nombrar tantos parages que hoy aclaman
 La heroíca resistencia
 De los hijos del Sud esclarecidos,
 Que la vil insolencia
 De los usurpaderes enfrenaron,
 Salvando nuestra cara Independencia.
 Si Leonidas, Temistocles, Milciades,
 El gran Epaminondas, Alcibiades
 Viven en la memoria de los hombres
 Los celebrados nombres
 Del gran Rosas, de Lopez, de Belgrano,
 Del fuerte Oribe y del leal Pacheco,
 De Urquiza esclarecido veterano,
 De Brown, Echugüe, Aldao y Benavides,
 Y de tantos y tantos Adalides
 Que en sus cenos encierra
 La americana tierra,
 Gravados se verán con letras de oro
 En el libro de gloria destinado
 Al puro patriotismo,
 A la noble virtud, al heroísmo

Aun brillan, como antorchas luminosas
 En ambos lados del undoso Plata
 Las señales de sangre y de victoria,
 Con que nuestras falanges belicosas
 El porvenir sellaron y la gloria
 Del nombre americano
 Rompiendo el cetro del feroz tirano.
 Hoy del mundo á la faz tambien se ostentan
 Cargadas de laureles inmortales,
 Y en la region del Uruguay aumentan
 De los patrios anales
 Las páginas ilustres, anhelando
 Porque llegue el momento
 De castigar el necio atrevimiento
 De la inicua faccion que allí se encierra.
 Poniendo fin á la sangrienta guerra.
 Mientras, empero, llega el claro dia
 En que gocemos de la paz hermosa,
 El ardor segundemos á porfia
 De nuestros denodados defensores,
 Y veremos abierta la honda fosa,
 Digno premio del cielo á los traidores.
 A la faz del antiguo y nuevo mundo
 Juremos disputar al Extrangero
 Nuestro suelo querido
 Palmo á palmo—á su yugo; ódio profundo,
 Y el coloso atrevido
 Besaré el polvo inmundo
 Al golpe del acero
 Que el Argentino blandirá guerrero.
 Triunfaremos del Támesis umbrío

Del enturbiado. Sena,
 Y libres de su bárbara cadena
 Coronados de honores y de gloria
 Descenderemos al sepulcro frio
 Sin olvidarnos la celosa historia.
 ¡ Extranjeros! oid el patrio acento.
 Los que supieron en batallas tantas
 A los tiranos su poder mostrando
 Comprar la libertad y sus laureles,
 Apareciendo de valor portento ;
 A mi voz siempre fieles,
 Vuestra ambicion y orgullo
 Al lado, sepultar, del fiero bando
 Sabrán vuestros dicerios despreciando.
 Levantado vereis del Héroe ilustre
 El brazo poderoso
 Que toda usurpacion y rebeldia
 Contendrá victorioso,
 Previniedo á los hombres y naciones
 Que el Plata proceloso
 El fuego apagará de sus cañones ;
 Y al choque de sus ondas encrespadas
 Caerá en su seno la enemiga armada.
 ¡ Hijos de la República Argentina !
 Del Gran Rosas seguid el alto ejemplo,
 Que delante del sud veloz camina
 De la inmortalidad al sacro templo.

OCTUBRE 1. ° de 1844.

EN EL ALBUN

DE LA SEÑORITA DOÑA

Manuelita Rosas y Ezcurra.

—◆◆◆—
 “ No se escriben solo amores
 “ En el Albun de una hermosa.

ANTI-B. DE LOS H.

¡ Bella jóven ! tu hemosura
 Que la canten trovadores,
 En cuya alma la natura
 Derramó de los amores
 La poética ternura.

—
 Que yo oscuro, y peregrino,
 Hombre raro, aunque sensible
 Solo busco en mi camino
 Descubrir el gran destino
 De éste mundo incomprendible.

—
 Pláceme del recio viento
 Los horrisonos bramidos,
 Los volcanes encendidos,
 Que del alto firmamento,
 Con los rayos confundidos
 De natura son portento.

Y del Cielo las estrellas
Revestidas de esplendor :
De las aves las querellas,
De las flores el olor,
Y la faz pintada de ellas.

De los campos la verdura :
De las fuentes la pureza :
De los cerros el altura :
De los prados la belleza :
De los bosques la espesura.

Y del Plata entumecido
Los enérgicos clamores ;
Y el acento repetido,
Con que anuncia sus furores
Al extraño maldecido.

De los hombres las acciones
De valor, de patriotismo ;
Y los bélicos pendones
Con que humilla su heróismo
La altivez de cien naciones.

Y ese génio venturoso
Que en las márgenes descuella
Del gran Plata caudaloso,
Cual se eleva palma bella
Hasta el astro luminoso.

De las luces la victoria :
De las artes el encanto,

Dó se bebe la alta gloria,
Que del hombre enjuga el llanto
En la vida transitoria.

Y el apreciable candor
Que adorna tu juventud,
Como al prado tierna flor,
Arrancando á mi laüd
Esta trova en tu loor.

¡ Oh jóven bienhadada ! derramé el justo Cielo
En tu alma los placeres con pródiga efusion :
No lloren, no, tus ojos la ausencia del consuelo,
Que prometió mil veces al puro corazon.

Hermosa guirnalda corone esa frente
Dó el astro del dia vertió su fulgor :
Tu cándido pecho respire el ambiente,
Que exhala en la aurora purísima flor.

Y á las aves
La armonia
La arpa mia
Robará.
Y tu nombre
De ventura
Con dulzura
Cantará.

FEBRERO 14 DE 1848.

ALMANAQUE.

—22 DE ABRIL—

- 1509—Muerte de Enrique VII Rey de Inglaterra. Por medio de su casamiento con Isabel de York, puso fin á la sangrienta lucha de la *Rosa colorada y la Rosa blanca*.
- 1663—Acta que hace de la *sociedad Real* en Inglaterra, una corporacion—Esta sociedad, es un cuerpo de personas eminentes por su saber; la instituyó Carlos II,—tuvo su origen en la reunion de vários hombres de luces en Londres, que convinieron en reunirse una vez por semana en 1645. Los miembros de ésta asociacion, añadian á sus nombres las iniciales F. R. S. *Felloso of the Royal Society*—Miembro de la Sociedad Real.
- 1796—Primera batalla de Mondovi (primera campaña de Italia)
- 1834—Tratado de alianza entre Francia é Inglaterra España y Portugal.

—29 DE ABRIL—

- 1630—Muerte de Teodoro d'Aubigné, amigo mas bien, que súbdito de Enrique IV Rey de Francia.
- 1676—Muerte del ilustre almirante Holandes, Ruyter.
- 1792—Sentencia de Ankarstroem, asesino de Gustavo III Rey de Suecia.
- 1822—Reconocimiento de NUESTRA INDEPENDENCIA, por los Estados Unidos.
- 1826—Constitucion dada á Portugal por D. Pedro Emperador del Brasil.

PASCUAL BRUNO.

POR ALEJANDRO DUMAS.

I.

Si hay alguna ciudad predestinada, esa ciudad es Palermo! Situada bajo un Cielo siempre puro, sobre un terreno fértil, en medio de campos pintorescos, abriendo su puerto á un mar que revuelve olas azules, protegida al norte, por la colina de santa Rosalia, al oriente por el cabo Naferano, ceñida á todos lados por una cordillera de montañas que rodea la vasta llanura en que está sentada, jamas odalisca bizantina ó sultana egipcia, se contempló con mas molicie, con mas languidez y delicia en las aguas de Cirenaica ó del Bósforo, de lo que lo hace, vuelta de cara hácia su madre, la antigua hija de Caldéa. Así es que en vano ha mudado de señores; sus señores han desaparecido y ella ha quedado; y de sus varios dominadores, seducidos siempre por sus halagos y su hermosura, la esclava reina solo ha conservado collares por únicas cadenas. Verdad es tambien que los hombres y la naturaleza se han reunido para hacerla magnífica entre las ciudades magníficas: los griegos la han dejado sus templos, los romanos sus acueductos, los sarracenos sus castillos, los normandos sus basílicas, los españoles sus iglesias, y como la latitud á que está situada permite á toda planta florecer en ella, á todo árbol aclimatarse allí, reúne en sus espléndidos jardines la adelfa de la Laconia, la palma de Egipto, la higuera de la India, el aloe de Africa, el pino de Italia, el ciprés de Escocia y la encina de Francia.

Y asi es tambien que nada hay mas hermoso como los dias de Palermo, como no sean sus noches; noches de Orien-

te, noches transparentes y embalsamadas, en que el murmullo del mar, el susurro de las brisas, el rumor de la ciudad parecen un concierto universal de amor, en que cada objeto de la creacion, desde la ola hasta la planta, desde la planta hasta el hombre, exhala un misterioso suspiro. Cuando se sube á lo alto de la *Zisa* ó á la azotea del *Palazz Reale*, cuando Palermo duerme, se cree estar sentado á la cabecera de una virgen que sueña de amores.

En la hora á que los piratas de Argel y los corsarios de Tunez salen de sus guaridas, despliegan al viento las velas triangulares de sus faluas berberiscas, y ronchan la isla, como en torno de un redil las hienas de Zahara ó los leones del Atlas;—; Ay entónces de las ciudades imprudentes que se duermen sin fanales y sin vias en la orilla del mar, porque sus habitantes se despiertan á las llamaradas del incendio y á los gritos de sus esposas y de sus hijos, y antes de que les haya llegado socorro, los buitres de Africa se habrán echado á volar con sus presas! Luego, cuando despunte el dia, verán las alas de sus buques blanquear al horizonte y desparecer detras de las islas de Perri, de Favignana, y de Lampedusa.

Sucede á veces tambien que el mar toma un matiz lívido, que la brisa se aploma, que la ciudad calla, y es que algunas nubes sangrientas que corren rápidamente del mediodia al septentrion han pasado por el firmamento, y que esas nubes anuncian el *jaloque*, aquel *Khamfin* (1) tan temido de los

(1) *Es aquel viento abrasador que en nuestras provincias del mediodia se llama solano y que con tanta frecuencia sopla en Sevilla. En algunas partes se llama tambien siroco.*

(NOTA DEL TRADUCTOR)

árabes, ardiente vapor que nace en las arenas de la Libia y que los vientos de sudeste impelen á Europa. . . . Al punto todo se doblega, todo sufre, todo se queja ; la isla entera gime como cuando amenaza el Etna ; hombres y animales buscan con zozobra un abrigo, y cuando le han hallado, se tienden jadeando, porque aquel viento rinde todo valor, paraliza toda fuerza, enerva toda facultad. Entonces Palermo resuella con trabajo como un agonizante, y esto dura hasta el momento en que un aire mas puro, que viene de la Calabria, vuelve sus fuerzas á la moribunda que palpita á aquel soplo vivificador, se reanima á la existencia, respira con tanto placer como si saliera de un desmayo y vuelve al siguiente dia, indiferente á lo pasado y descuidado del porvenir, á su vida de delicias y holganza.

Era una tarde del mes de setiembre de 1803 ; el jaioque habia reinado todo el dia, pero al ponerse el sol, el Cielo se habia despejado, el mar habia vuelto á tomar su color azul y algunas bocanadas de una fresca brisa soplaban del archipiélago lipariota. Esta mudanza atmosférica ejercia, como ya hemos dicho, su benéfica influencia sobre todos los seres animados, sacándolos de la especie de letargo en que yacian ; cada cual creia asistir á una segunda creacion, con tanto mas motivo cuanto Palermo es un verdadero Eden.

Entre todas las hijas de Eva que, en aquel paraíso en que moran, hacen del amor su principal ocupacion, una habia que hará un papel demasiado importante en el curso de esta historia para que no llamemos sobre ella y sobre el sitio que habitaba, la atencion de nuestros lectores. Salgan pues con nosotros de la puerta de San Georgio ; dejen á la derecha Castello-a-Marc, vayan directamente al muelle, sigan por un buen trecho la playa, y hagan alto en aquella deliciosa villa

que se alza á la orilla del mar, y cuyos mágicos jardines se estienden hasta el pié del monte *Pellegrino*: —aquella es la quinta del príncipe de Carini, virey de Sicilia por Fernando IV, que ha vuolto á tomar posesion de su hermosa ciudad de Nápoles.

En el piso principal de aquella elegante quinta, en un cuarto cuyas paredes están cubiertas de raso azul celeste, cuyas colgaduras están prendidas con cordones de perlas, y cuyo techo está pintado al temple; una muger, vestida solo de un sencillo peinador, está tendida en un sofá, los brazos caidos, la cabeza echada atras y destrenzada la cabellera. Hace un momento hubieramos podido tomarla por una estatua de mármol, pero un ligero estremecimiento ha corrido por todo su cuerpo; sus mejillas empiezan á colorearse, sus ojos acaban de abrirse; la maravillosa estatua se anima, suspira, extiende la mano hácia una campanilla de plata puesta sobre una mesa de mármol de Carrara, la agita iudolentemente, y como rendida por el esfuerzo que ha hecho, se deja caer sobre el sofá. No ha faltado sin embargo quien oiga el sonido argentino; ábrese una puerta, y una jóven y linda camarera, cuyo desaliñado trage anuncia que ha sentido como su señora el influjo del viento africano, entra en la estancia.

—Eres tú, Teresa? dice languidamente su señora, volviendo la cabeza. Dios mio!...esto es morirse...habrá de estar soplando siempre ese jaloque?

—No señora, ya ha pasado, y ya se empieza á respirar.

—Traeme frutas y helados, y dame un poco de aire.

—Obedeció Teresa estas dos órdenes con toda la prontitud de que la dejaba capaz un resto de flojedad y desazon. Puso los refrescos sobre la mesa y fué á abrir la ventana que daba sobre el mar.

—Mire vucencia, señora condesa, dijo la camarera, mañana tendremos un día magnífico; la atmósfera está tan despejada que se ve perfectamente la isla de Alicudi, aunque ya empieza á caer de tarde.

—Si, si, ese aire me hace mucho bien. Dame el brazo Teresa, voy á probar si puedo llegar hasta el balcon.

Acercose la camarera á su señora, que dejó en la mesa el sorbete que apenas habian tocado sus lábios, y apoyándose en sus hombros se dejó llevar hasta el balcon.

—Ah! dijo aspirando la brisa de la tarde, como se siente el alma renacer á este delicioso frescor. Traeme ese sillón y abre la otra ventana que dá sobre el jardín.—Bien! Ha vuelto de Montereale el príncipe?

—Todavía no.

—Me alegro, porque no quisiera que me viese así pálida y descompuesta.

Debo estar feísima.

—Nunca ha estado tan interesante mi señora la condesa, y estoy segura de que en toda esa ciudad que descubrimos desde aquí, no hay una sola muger que no tenga envidia de mi hermosa señora.

—Hasta la marquesa de Rubini? hasta la princesa de Butera?

—A nadie esceptuo.

—El príncipe te paga para que me adules, Teresa?

—Juro á vucencia que no digo mas que lo que pienso.

—Oh! que dulce es vivir en Palermo! dijo la condesa respirando con todo su pecho.

—Sobre todo para la que tiene veinte años y es rica y hermosa, continuó Teresa sonriendo.

—Tú completas mi pensamiento, y para que nada falte

á mi felicidad, quiero ver á todos felices alrededor de mi.
Para cuando tus bodas ?

Teresa no respondió.

—No estaba todo dispuesto para el domingo que viene ?
continuó la condesa.

—Si señora, respondió la camarera suspirando :

—Pues bien ?.... No estás ya decidida ?....

—Si señora, si.

—No quieres á Cayetano ?

—Si, creo que es un hombre de bien y que me hará feliz.... además, este casamiento es un medio de quedarme siempre al lado de mi señora la condesa, y esto es lo que yo deseo.

—Pues entonces porqué suspiras ?

—Perdóneme vuecencia.... es un recuerdo de nuestra tierra.

—De nuestra tierra ?

—Si señora. Cuando vuecencia se acordó en Palermo de que habia dejado una hermana de leche en el pueblo de que era señor su padre, y me escribió que viniese á reunirme con ella estaba yo para casarme con un mozo de Bauso.

—Pues por qué no me lo digiste ? El príncipe por recomendacion mia, le hubiera recibido en su casa.

—Oh ! él no hubiera querido entrar á servir ; era demasiado altivo para eso.

—De veras ?

—Si señora. Ya habia reusado una plaza en los *campieri* del príncipe de Goto.

—Con que era un caballero, un noble, ese mancebo ?

—No señora ; no era mas que un simple montañés.

—Como se llamaba ?

—Oh! no creo que mi señora la condesa te conozca, dijo al punto Teresa.

—Y sientes haberle perdido.

—Qué se yo? Lo único que sé es, que si fuera su mujer, en vez de ser la muger de Gaetano, tendría que trabajar para vivir, lo que se me haría muy cuesta arriba, sobre todo, saliendo de casa de mi señora la condesa á quien quiero tanto y que es tan buena para mi.

—Me acusan sin embargo de que soy violenta y orgullosa. . . . Es verdad Teresa?

—Vucencia no puede ser mejor conmigo; esto es todo lo que yo sé.

—Esa nobleza palermitana es la que lo dice, por que los condes de Castelnuovo fueron ennoblecidos por Carlos V, al paso que los Ventimille y los Partanna se precian de descender de Tancredo y Roger. Pero no es por eso por lo que me quieren mal las mugeres; estas disfrazan su odio bajo la capa del desden, y me aborrecen por que Rodolfo me ama y por que envidian el amor del virey. Por eso hacen cuanto pueden por quitármele, pero no lo conseguirán porque yo soy mas hermosa que ellas. Carini me lo dice todos los dias, y tú tambien, lisonjera.

—Yo sé quien es aqui mas lisonjero que su excelencia y que yo.

—Quien?

—El espejo de mi señora la condesa.

—Loquilla!—Enciende las bugías de mi psiquis (1) Hízolo así la doncella.—Ahora, cierra esa ventana y déjame: por la del jardin entra bastante fresco.

(1) *Espejo de cuerpo entero.*

El Anciano del Cementerio.

La vertu seule fait le bonheur et la gloire de l'homme.

M. DE L.

Los desengaños de la amarga vida
 Víctima del dolor me condugeron
 A la ciudad desierta, donde mora
 De lo *que fué* levísimo recuerdo.

En mi cansado llanto yo pidiera
 A los vivos un plácido consuelo ;
 Y, no habiendo alcanzado me dirijo
 De la muerte cruel al vasto reino.

Una noche de invierno opaca y triste
 Encamino mis pies con paso lento,
 A la mansion, dó el ignorante vulgo
 Se llena de sorpresa y torpe miedo.

El día que á esta noche precediera
 Día fué para mi de nieblas lleno,
 Y precursor de la callada noche
 Testigo de mis penas y lamentos.

Al acercarme á la ciudad umbria
 Donde buscaba á mi pasión consuelo,
 Las enlutadas puertas se separan
 Y rechinan sus gonces con estruendo.

Mil sombras de gigantesca figura
 Al pórtico se agolpan con empeño,
 Y alargando sus manos me convidan
 A aceptar de su corte los obsequios.

Tantas figuras agrupadas miro
 Que lleno de terror, por un momento,
 Volver pasos atrás quiero temblando,
 Pero escucho la voz de los espectros.

“¡ Hombre infeliz! á quien la suerte trae
 “De la salud al suspirado puerto!
 “No pierdas la esperanza, con que vienes
 “De mitigar, al fin, tu amargo duelo.

“ Entra con paso firme, y examina
 “La frente de esos altos mausoleos:
 “¡ Vanidad, vanidad. . .! triste soberbia,
 “Que al fin derroca el poderoso tiempo.”

Desapareció la numerosa turba
 Al callar los enfáticos acentos,
 No de otra suerte que agrupadas nubes
 Desparecen con rígido pampero.

El calor recobré y el alma llena
 De tristeza y mortal desasociado,
 Una Capilla ví que iluminaba
 De agonizante luz débil destello.

Lugar era de llanto, donde el hombre
 Religioso lloraba de sus deudos,

La existencia fugaz, y fervoroso
Imploraba perdón para los muertos.

Al travez de la luz divisé al punto
Un altor y del *Justo* el sacro leño,
Una tumba, un cadáver que infundia
Pavor con su terrífico silencio.

Se miraba con letras funerales
Enfática inscripcion en un extremo:
"Como sombra mis dias han pasado,
"Y yo seco me miro, como el heno.

A los pies del cadáver respiraba
Un anciano con rostro macilento,
Y de sus ojos cóncavos vertia
Lágrimas que corrian por su pecho.

Cubria la cerviz larga melena
Emblanquecida, cual nevado invierno,
Y sus trémulas manos elevaba
Lleno de compusion hasta los Cielos.

En la puerta mil golpes repetidos
Su ferviente plegaria interrumpieron,
Se dirigió hácia mi, y estas palabras
Escuché de su labio casi yerto.

—"Estas horas al plácido descanso
"Consagra el hombre, y al dorado sueño ;

—“ Pero no yo, le dije, que aun dormido

“ Gusto de amargas penas el veneno.

—“ Mortal ¿sois desgraciado?—“ Fuílo siempre

“ Desde que ví la luz que alumbra el Cielo.

—“ ¡ Os negó la fortuna los favores

“ Qué tanto anhelan los humanos pechos ?

—“ Jamas mi pecho amó, ni amará el oro

“ Que es solo el patrimonio de los necios.

—“ ¡ Buscáis ¡oh jóven! con afán prolijo

“ De la hermosura los alhagos tiernos ?

—“ Jamas podria una muger hermosa

“ Satisfacer mi corazon sediento

“ No es para mí el amor....—“ ¡ La gloria entónces

“ El ídolo será de vuestro afecto ?

—“ ¡ Anciano venerable! dó reside

“ El trono busco con ferviente anhelo.

“ Su amor me tiene aquí, donde he oído

“ A mi vos responder vagos acentos.

—“ ¡ Y qué es la gloria que los hombres aman

“ Sino sombra fugaz, delirio, sueño ?

“ Esa gloria del mundo apetecida

“ ¡ No es mil veces del justo vilipendio ?

“ Adorad la virtud, y esa alma inquieta

“ Conseguirá, por fin, dulce sociogo.

“ Fijad la vista-en la soberbia frente

“ De esos palacios que el orgullo necio,

“ Erigió á la memoria y á los manes
 “ De los que ya no son y una vez fueron —
 “ El hombre religioso gloria pura
 “ Llamará siempre la del alto Cielo.

“ Los restos de los seres racionales,
 “ Que aquí yacen en fúnebre silencio,
 “ Conseguirán la verdadera gloria
 “ Si sus almas la obtienen del Eterno;

“ Gloria que el Cielo liberal promete
 “ A la virtud de sus humildes siervos :
 “ Adorad la virtud, y esa alma inquieta
 “ Conseguirá, por fin, dulce socioego.”

Calló el Anciano, se ocultó á mi vista
 Y la luz exhaló su último aliento.
 Opacas nubes de vapor enchidas
 Lanzaron á su vez el ronco trueno,

Y tempestad horrisona estallando
 El espacio pobló de mil espectros.
 Yo pasé suavemente las tinieblas
 Guiado del meteoro de los Cielos.

Consolado en mis penas recordaba,
 Del Anciano el sublime pensamiento—
 “ Adorad la virtud, y esa alma inquieta
 “ Conseguirá, por fin, dulce socioego.”

JUNIO 6 DE 1844.

La vida humana.

A MI AMIGO DON MARCOS SASTRE.

¿ Me pides Marcos, que con triste canto
Las amarguras pinte de la vida
Que arancó de mi pecho amargo llanto

Tantas veces en hora maldecida ?
¿ No basta aun la funeral historia
Del primer hombre, y su infeliz caída,

Para que nunca olvide tu memoria,
Que todo en la mansion de los errores
Es ilusion y pompa transitoria ?

¿ Donde están ya los plácidos amores
Que formaban la paz del Paraíso
De nuestro primer padre en los albores ?

¿ Dó, Marcos, dó hallarás el dulce hechizo
De la amistad, regalo que la mano
Generosa de Dios al hombre hizo ?

¿ Donde está aquel poder tan soberano

Con que el hombre del mundo disponia
 Cuando el mundo escuchaba acento humano ?

Cuando pronta la tierra producia
 Los zazonados frutos y las flores,
 Que, cual tributo, á su señor rendia ?

¡ Edad, edad feliz dó los amores
 Que causan ahora repetidos liantos
 Dulces eran sin pena, ni temores !

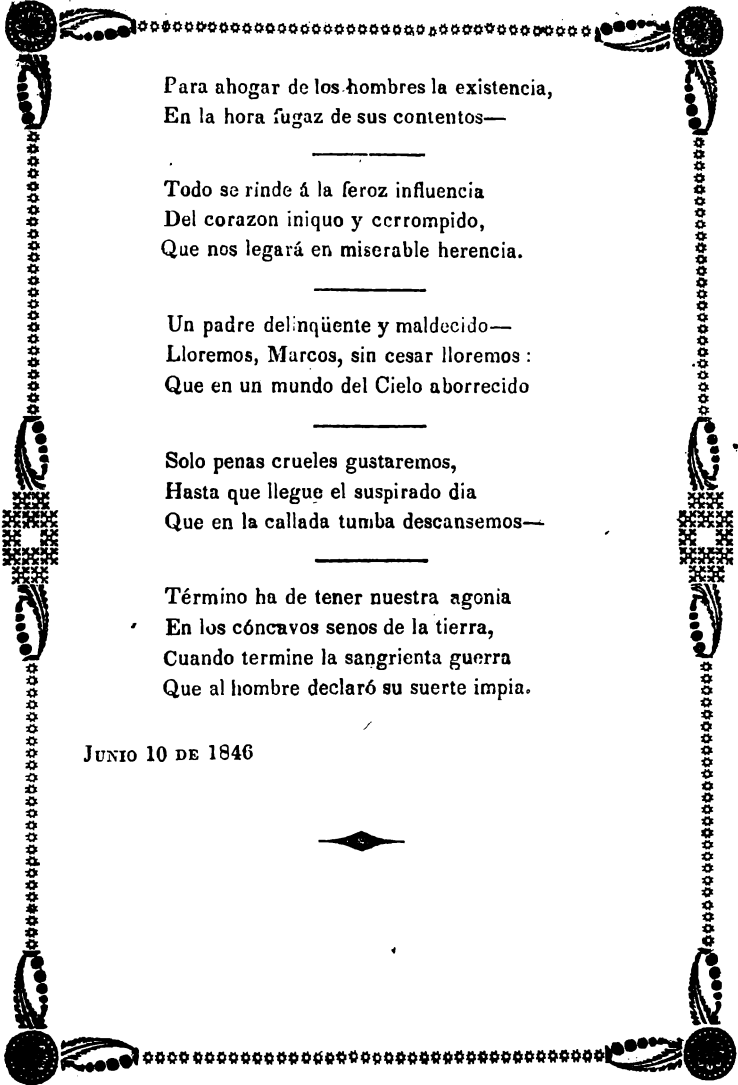
¡ Edad feliz en que sublimes cantos
 Hijos del corazon sencillo y puro
 Se elevaban al *Santo de los Santos* !

Pero ¡ ay ! rindióse impenetrable el muro
 De la amable virtud y el siglo de oro
 Fuése, solo quedando el hierro duro !

Quedó el siglo ¡ oh dolor ! de amargo lloro
 Del mísero mortal para la vida
 Que desaparece, cual fugaz meteoro—

Nuestra madre comun endurecida
 No escucha nuestras penas y lamentos,
 Sino es con sudor humedecida—

Se ligan los contrarios elementos



Para ahogar de los hombres la existencia,
En la hora fúgaz de sus contentos—


Todo se rinde á la feroz influencia
Del corazón iniquo y cerrompido,
Que nos legará en miserable herencia.

Un padre delincente y maldecido—
Lloremos, Marcos, sin cesar lloremos :
Que en un mundo del Cielo aborrecido

Solo penas crueles gustaremos,
Hasta que llegue el suspirado día
Que en la callada tumba descansemos—

Término ha de tener nuestra agonía
En los cóncavos senos de la tierra,
Cuando termine la sangrienta guerra
Que al hombre declaró su suerte impia.

JUNIO 10 DE 1846



ALMANAQUE:

—6 DE MAYO—

Este es el día elegido por los Griegos para la fiesta de Job,
célebre por su paciencia, constancia, piedad y virtud.
1525—Toma de Roma y muerte del Condestable de Borbón.
1705—Muerte de Leopoldo 1.º Emperador de Alemania.

Un Médico en sociedad.

A MI AMIGO EL SEÑOR DON LUIS PIÑEIRO.

Tú amas Lino, como yo
Esa ingrata sociedad
Y tu generosidad,
Tambien le quieres probar.
Pues mira nuestra mision
Es grande, excelsa, sublime,
Pero el mundo la deprime
Con rigidez infernal.

Es fruto de maldicion
El hombre que á otro hombre cura,
Solo llanto y amargura
Gusta el infeliz aquí.
Para él todo está prohibido
Patria, sociedad, amor,
Todo, menos el rigor
Le vedan con frenesí.

Y ese hombre está colocado
 Entre la nada y el ser
 Entre el dolor y placer,
 Entre el morir y el vivir ;
 Y es á los ojos del mundo
 Un ente sin corazon,
 Un esclavo sin razon
 Despreciado por servil.

Cuando hieres ¿ hombre noble ?
 ¿ Quién juzga de tu dolor ?
 ¿ Quién conoce tu amargor
 Cuando haces apurar la hiel ?
 Nadie : y el mundo entretanto
 Te apellida su verdugo
 Porque á tu estrella no plugo
 Que les ofrecieras miel.

Si el aspecto de la muerte
 Ha secado tus megillas,
 Y si enjutas y amarillas
 Las ha dejado el pesar :
 Si rugosa y abatida
 Contempla el hombre tu frente
 Que agobiada tristemente
 Al Cielo no osa mirar.

Cree ver al torpe verdugo
 Que le depara el destino,
 Y se aparta del camino
 Volviendo su torba faz :
 Y tú . . . estas colocado
 Entre la nada y el ser,

Entre el dolor y el placer . . .
Y tú . . . das vida quisaz.

Maldicion ! qué te ha valido
El pasar tu edad florida
En tu mesa carcomida
Estudiando sin cesar ?
; Qué te ha valido el disgusto
De verte siempre rodeado,
De un osario : y angustiado
Tenerlo que contemplar ?

Qué el pasar dias tras dias
Observando á un moribundo
Para despues en el mundo
Salvar la vida á un millar ?
Si los hombres han de verte
Como un castigo del Cielo,
Como el presagio del duelo,
Como el presagio del mal ?

Qué te ha valido tu llanto
Cuando siendo aún criatura
Tus padres con amargura
; Ay ! tuviste que dejar
Para ser útil al mundo,
A ese mundo que te befa
Y que ni siquiera os deja
Tus angustias mitigar ?

; Maldicion ! mas te valiera
Que con dura mano fuerte
Te sofocara la muerte
Al instante de nacer ;

O que tu madre cansada
De vuestro llanto inocente
Con mano fría, inclemente
Te hiciera desaparecer.

Aun no es esto lo mas : hay desventuras
Que tienes que pasar.
Agotaste la copa de amargura ?
Pues se ha vuelto á llenar

Las bellas te miran
Con ojos esquivos,
No tiene atractivos
El hombre del mal,
Y tal vez pasando
Un hombre te grita
Mil veces maldita
La que te dió el ser,
Infame asesino
Me debes mi padre
Maldita la madre
Que un monstruo crió

Y el médico ha llorado, como el hijo,
El padre que murió ;
Y en recompensa la familia dijo :
“ Este hombre lo perdió. ”

• Aun no es esto lo mas : hay desventuras &a.

Por fin llega el instante en el que cesan
Los azares terribles de la vida,
El hombre nécio con sosiego muere,
Y de este mundo y del pesar se olvida.

Ignora que la muerte se aproxima,
Y se rie tal vez de la sentencia :
Siempre espera vivir : y como en sueños
Sufre de la guadaña la violencia.

No así ese hombre, que por bien del hombre
Conoce de la muerte el lento paso
El infelice no siente la angustia,
Siente en el cuello el corredizo lazo.

Terrible es la agonía y él la espera,
Cierto el trance fatal y lo conoce,
Quizá es la última vez que delirando
Ver su ángel, su querida crea : y goce.

El vé cuan afanosos le rodean
Sus padres, sus hermanos, sus amigos,
Y piensa en luctuosa despedida
Que ván á presenciar como testigos.

Compara, y juzga de su mal la altura,
Mide tranquilo su doliente estado
Que hoy dia vivirá, sabe : y mañana
Estará só la tierra sepultado.

Aun no es esto lo mas : hay desventuras &c.

Sonó la fatal campana,
El hombre no existe ya,
Se acabó ya la existencia
Del que iba siguiendo al mal :
Y ni una lágrima vierten
Por su muerte prematura,
Y ni una rosa deshojan
En su fria sepultura.

M. E. PIZARRO.

PASCUAL BRUNO.

(CONTINUACION)

Teresa obedeció y salió del cuarto. Apenas la condesa la hubo visto desaparecer, fué á sentarse en frente de su espejo, se miró en él y empezó á sonreír.

Porque en efecto era una maravillosa criatura aquella condesa Emma, ó mas bien Gemma, porque desde su infancia habian añadido sus padres una G á su nombre, de modo que merced á esta añadidura, se llamaba *Joya*. Ciertamente que no habia andado muy acertada en limitar la antigüedad de su nobleza á una firma de Carlos V, porque en su delgado y flexible talle se reconocia la antigua Griega, en sus negros y rasgados ojos la descendiente de los Arabes, y en su blanco y terso cutis la hija de las Galias. Igualmente podia pues blasonar de descender de un arconte de Atenas, de un emir sarraceno ó de un capitán normando; era una de aquellas bellezas como las que se ven, primeramente en Sicilia y luego en una sola ciudad del mundo, en Arles, donde la misma mezcla de sangre, el mismo cruzamiento (1) de las razas reúne á veces en una sola persona estos tres tipos tan diferentes. Y por eso, en vez de llamar en su auxilio, como habia pensado al principio, el artificio del tocador, hallóse

(1) *Esta voz no se halla en el diccionario, pero la hemos formado por analogía con otras de su especie, por no hallar ninguna con que expresar sin circunloquios la misma idea. Creemos lícito formar voces que hacen falta y no repugnan á la índole de nuestra lengua.*

NOTA DEL TRADUCTOR.

Gemma tan hechicera en aquel natural desaliño, que se estuvo contemplando por un buen rato con una sincera admiración, y como debe mirarse una flor que se inclina sobre un arroyo; y aquella admiración no era orgullo sino adoración al señor que quiere y puede crear cosas tan bellas. Quedóse pues así como estaba;—y en efecto, qué peinado hubiera hecho lucir mas sus cabellos que aquella soltura que los permitía ondear en toda su espléndida riqueza? Qué pincel hubiera podido añadir una sola línea al arco puro de sus cejas de terciopelo? Y qué carmin hubiera osado rivalizar con el coral de sus húmedos labios, vívidos como el fruto del granado? Empezó como hemos dicho, en vez de aderezarse, á mirarse al espejo sin mas pensamiento que el de verse, y poco á poco cayó en una distracción profunda y estática, porque á la par de su rostro, y como un fondo para aquella cabeza angélica, el espejo que estaba delante de la ventana abierta, reflejaba el azul del Cielo, y Gemma sin objeto, sin motivo, anegándose en una felicidad vaga é indefinida, se entretenía en contar en aquel cristal las estrellas que aparecían sucesivamente, y en darles nombres á medida que despuntaban en el éter. . . . De pronto le pareció que una sombra extraña se colocaba delante de aquellas estrellas, y que una forma humana se destacaba detras de ella; volvió rápidamente la cabeza y vió un hombre de pié en el balcon. Levantóse Gemma y abrió la boca para dar un grito, pero el incógnito, precipitándose en la estancia, cruzó ambas manos y con voz suplicante:—En nombre del Cielo, la dijo, no griteis, señora, porque por mi honor os juro, que nada tenéis que temer y que no quiero haceros ningun daño! . . .

II.

Gemma cayó desfavorida en su sillón, y á aquellas palabras, siguió un momento de silencio, durante el cual tuvo tiempo para echar una rápida y tímida ojeada, sobre el recién llegado que acababa de introducirse en su cuarto de un modo tan singular.

Era un joven de 25 á 26 años, que parecia pertenecer á la clase del pueblo; llevaba un sombrero calabrés, rodeado de una ancha cinta que caía flotando sobre sus hombros, una chaqueta de pana con botones de plata, un calzon de lo mismo con adornos iguales; ceñía su cintura una de aquellas fajas de seda encarnada con bordados y rapacejos verdes, como las que se fabrican en Mesina á imitación de las de Levante: en fin, unos botines y unos zapatos de cuero completaban aquel traje montañés, que no carecía de elegancia, y que parecia escogido de intento para hacer resaltar las buenas proporciones del cuerpo del que le habia adoptado. Por lo que hace á su rostro, presentaba una agreste belleza, las facciones fuertemente marcadas del hombre del Sur, sus ojos grandes y osados, sus cabellos y barba de azabache, su nariz de águila y su dentadura de chacal.

Probablemente no hubo de tranquilizar mucho á Gemma este exámen, porque el extranjero la vió alargar el brazo hácia la mesa, y adivinando que buscaba la campanilla de plata que estaba sobre ella —

—No me lo ha oído vucencia, señora? la dijo, dando á su voz aquella expresion de dulzura infinita á que tan fácilmente se presta la lengua siciliana. Yo no quiero hacer á vucencia ningun daño, y lejos de eso, si me concede la merced que vengo á pedirla, la adoraré como á una mado-

na. . . Ya sois hermosa como la madre de Dios. . . sed buena tambien como ella.

—Pero en fin, qué me quereis? dijo Gemma con voz trémula todavia, y cómo os introducis en mi cuarto á estas horas?

—Si yo le hubiera pedido una entrevista á vuescencia, noble, rica y amada, por un hombre que es casi un rey, es acaso probable que me la hubiese otorgado á mí, pobre y desconocido? Decídmelo, señora. . . ademas, aun cuando vuescencia hubiera tenido esa bondad, podia tardar en responderme y yo no tenia tiempo para aguardar.

—Qué puedo hacer por vos? dijo Gemma tranquilándose por momentos.

—Todo, señora, porque vuescencia tiene en sus manos mi desesperacion ó mi felicidad, mi muerte ó mi vida.

—No os comprendo, esplicaos.

—Vuescencia tiene en su casa una muchacha de Bauso.

—Teresa?

—Si, Teresa, prosiguió el jóven con voz trémula. Esa muchacha va á casarse con un lacayo del príncipe Carini, y sin embargo, me estaba prometida.

—Ah! sois vos?

—Si, conmigo se iba á casar cuando recibió la carta en que la llamaba vuescencia. Prometió que me sería fiel, que hablaria de mí á su señora, y que si vuescencia la negaba su solicitud, volveria á buscarme. Yo la aguardaba en esta confianza, pero así pasaron tres años, y como ella no volvia he venido yo. Al llegar lo he sabido todo, y he resuelto venir á echarme á vuestros pies y á pedirlos mi Teresa.

—Teresa es una muchacha á quien yo quiero bien, y de quien no quiero separarme. Gactano es criado del príncipe, y casándose con él se quedará en mi casa.

—Si esa es una condicion indispensable, yo entraré en casa del príncipe, dijo el jóven haciéndose notable violencia.

—Teresa me habia dicho que no queriais servir.

—Es verdad, pero sin embargo, si es preciso, haré ese sacrificio por ella... solo si fuera posible, preferiria una plaza entre sus campieri ó entre sus lacayos.

—Bien está, hablaré al príncipe, y si consiente....

—El príncipe querrá todo lo que vuesaencia quiera, señora. Vuesaencia no suplica, sino manda, ya lo sé.

—Pero quién me responderá de vos?

—Mi eterna gratitud, señora.

—Pero es preciso que yo sepa quien sois.

—Soy un hombre cuya felicidad y cuyo infortunio podeis labrar, señora. Para qué he de decir mas ?

—El príncipe me preguntará vuestro nombre.

—Qué le importa mi nombre? Le conoce él por ventura? El nombre de un pobre montañés de Bauso ha llegado jamas á los oidos de un príncipe?

—Pero yo soy de esa tierra; mi padre era conde de Castelnovo y habitaba una fortaleza á un cuarto de legua del pueblo.

—Ya lo sé, señora, respondió el jóven con voz sombría.

—De modo que yo debo conocer vuestro nombre precisamente. Decidmele y entónces veré lo que debo hacer.

—Creame vuesaencia, señora condesa, mas vale que no le diga. Que importa como me llamo? Yo soy hombre de bien, haré feliz á Teresa, y si es preciso perderé mil vidas que tuviera, por el príncipe y por vuesaencia.

—Extraña tenacidad! pero precisamente tengo tanto mas empeño en saber vuestro nombre, cuanto ya se le he preguntado á Teresa y tampoco ha querido decirmele. Os prevengo, sin embargo, que nada haré sino con esa condicion.

—Lo queréis, señora?

—Lo exijo.

—Señora, yo os lo ruego por última vez! . . .

—O decid quien sois, ó salid! dijo Gemma haciendo un ademán imperioso.

—Yo me llamo Pascual Bruno, respondió el jóven con una voz tan serena que hubiera podido creerse que toda agitacion habia desaparecido en él, si al verle tan pálido no hubiera sido fácil adivinar lo mucho que sufría interiormente.

—Pascual Bruno! exclamó Gemma retrocediendo con su sillón, Pascual Bruno! Seriais por ventura el hijo de Antonio Bruno, cuya cabeza está expuesta en una jaula de hierro en el castillo de Bauso?

—Soy su hijo.

—Y sabéis por qué está allí la cabeza de vuestro padre, decid?—Pascual quedó en silencio.—Lo sabéis? continuó Gemma, pues bien, es porque vuestro padre intentó asesinar al mio.

—Todo lo sé, señora, y sé tambien que cuando os paseaban de niña por el pueblo, vuestras doncellas y vuestros pages os enseñaban aquella cabeza diciendos que era la de mi padre que habia intentado asesinar a vuestro; pero lo que no os decian, señora, es que vuestro padre habia deshonrado al mio.

—Mentis!

—Castiguéme Dios, señora, si no digo la verdad; mi madre era hermosa y honrada; el conde la amó y mi madre resistió á todas las proposiciones, á todas las promesas, á todas las amenazas, pero un dia en que habia ido mi padre á Taormina, la hizo robar por cuatro hombres, llevar á una casa que le pertenecia entre Limeró y Furnari, y que ahora es una posada. . . . Y allí! . . . allí, señora! . . . la violó.

—El conde era señor y dueño del pueblo; sus habitantes le pertenecian de legítimo derecho, con vidas y haciendas, y demasiado honor hacia á vuestra madre pensando en ella?... .

—Mi padre no pensó así, segun parece, dijo Pascual frunciendo las cejas, y fué sin duda porque habia nacido en Strilla, en el territorio del príncipe de Moncada Saterno, por lo cual se atrevió á herir al conde.—La herida no fué mortal... tanto mejor! mucho tiempo lo he sentido, pero ahora, con vergüenza lo digo, me alegro de que no le matara.

—Si no me es infiel mi memoria, no solo fué ajusticiado vuestro padre como asesino, mas tambien vuestros tres tios están en presidio.

—Habian dado asilo al asesino, le defendieron cuando fueron los esbirros á prenderle; la justicia los consideró como á cómplices y los envió, á mi tio Plácido á Favignana, á mi tio Pietro, á Lipari y á mi tio Pepe á Vulcano. Yo por mi parte era demasiado niño, y aunque preso con ellos, me devolvieron á mi madre.

—Y qué fué de ella?

—Murió.

—Donde?

—En la montaña, entre Pizzo de Goto y Nisi.

—Por qué salió de Bauso?

—Por que no viéramos, siempre que pasábamos por delante del castillo, ella, la cabeza de su marido, yo, la cabeza de mi padre. Sí, allí murió, sin médico, sin confesor; fué enterrada lejos del campo santo, y yo fui su único sepulturero... Entonces, señora,—yo espero que me lo perdonareis,—sobre la tierra recientemente removida, hice el juramento de vengar á toda mi familia, á la cual sobrevivía yo

solo, por que no contaba ya á mis tios como de este mundo, sobre vuesañcia, señora, que erais la única de la familia del conde. Pero ¿qué quereis? . . . Me enamoré de Teresa, dejé mis montañas por no ver mas la tumba á la que conocia que era perjuro; bajé á la llanura, me acerqué á Bauso, y aun hice mas: —cuando supe que Teresa dejaba el pueblo para entrar á vuestro servicio, señora, pensé en entrar yo tambien á servir al conde. Por mucho tiempo me indignó esta idea, pero al fin, me acostumbré á ella. Me decidí á veros, os he visto, y aquí estoy sin armas y suplicante, delante de vos, condesa, á quien no debia volver á ver sino en calidad de enemigo.

—Bien conoceis, respondió Gemma, que es imposible que el conde admita en su casa á un hombre cuyo padre ha sido ahorcado y cuyos tios están en presidio.

—Por qué no, señora, si ese hombre consiente en olvidar que todo eso ha sido hecho injustamente ?

—Estais loco ?

—Sabeis, señora condesa, lo que es un juramento para un montañés ? Pues bien ! yo quebrantaré mi juramento. Sabeis lo que es la venganza para un Siciliano ? pues bien ! yo renunciaré á mi venganza . . . Nada deseo tanto como olvidarlo todo . . . no me obligueis á recordarlo.

—Y en ese caso, qué hariais ?

—No quiero pensar en ello.

—Bien está ; tomaremos nuestras medidas con arreglo á esos pensamientos.

—Yo os suplicó, señora condesa, sed bondadosa conmigo ; ya veis que hago todo lo que puedo por seguir siendo hombre de bien. Una vez en casa del príncipe, una vez casado con Teresa, yo respondo de mi . . . Además, nunca mas volveré á Bauso.

—Imposible.

—Señora condesa, vos habeis amado!—Gemma sonrió desdeñosamente—Debeis saber lo que son zelos... debeis saber lo que hacen sufrir, y como siente uno mismo que se vuelve loco... Pues bien! yo amo á Teresa, estoy zeloso, y coaozo que perderé el juicio si se celebra esa boda, y entonces...

—Y entonces?

—Entonces!... guay no me acuerde de la jaula en que está la cabeza de mi padre, de los presidios en que viven mis tios y de la tumba en que duerme mi madre.

Oyóse en aquel momento al pié de la ventana un grito particular, que parecia una seña, y casi en el mismo instante resonó el retintin de una campanilla.

—Ahi está el príncipe, exclamó Gemma.

—Si, si, lo sé, murmuró Pascual con sordo acento, pero antes de que él llegue á esa puerta, tiempo teneis señora, para decirme *si*. Yo os lo ruego, yo os lo ruego! Concededme lo que os pido, dadme mi Teresa y hacedme entrar en casa del príncipe.

—Dejadme pasar, dijo Gemma imperiosamente dirigiéndose hácia la puerta; pero lejos de obedecer á está orden, abalanzóse Bruno á eila y echó el cerrojo.

—Osariais detenerme? continuó Gemma tirando del cordon de la campanilla.—A mí, socorro, socorro!!...

—No griteis, señora, dijo Bruno conteniéndose aun, por que ya os he dicho que no quiero haceros daño.—Oyóse en esto al pié de la ventana otro grito semejante al primero—Bien, bien, asi; lealmente velas, hijo mio! dijo Bruno. Si, sé que el conde vá á llegar; ya oigo sus pisadas en el corredor. Señora, señora, aun os queda un momento, un segundo, y todas las desgracias que preveo no sucederán...

—Socorro, Rodolfo! A mí, socorro!!

—Con que no teneis corazon, ni alma, ni piedad para vos ni para los otros, dijo Bruno metiéndose las manos en el pelo y mirando la puerta que cimbreara con ímpetu por fuera.

—Estoy encerrada! continuó la condesa, cobrando aliento con el socorro que le llegaba, encerrada con un hombre que me amenaza. A mí, Rodolfo! A mí, socorro!!

—No amenazo, suplico.... Todavía suplico....peor pues, vos lo quereis!....

Lanzó Bruno un rugido como un tigre y se precipitó sobre Gemma sin duda para hacerla pedazos entre su manos, por que como habia dicho estaba sin armas en efecto. Abrióse en el mismo instante una puertecilla falsa disimulada en el fondo de la alcoba, sonó un pistoletazo, la estancia se llenó de humo. Gemma cayó desmayada.

Cuando volvió en sí estaba en los brazos de su amante: sus ojos discurrieron con espanto por todo el cuarto, y apenas pudo articular una palabra—

—Donde está ese hombre? dijo.

—No sé; preciso es que le haya errado respondió el príncipe, por que mientras yo pasaba por encima de la cama, el saltó por la ventana y como te veía sin sentido, no pensé en él sino en tí; preciso es que no le haya acertado, repitió recorriendo el cuarto con la vista; y sin embargo, es muy particular, no veo la bala en la pared.

—Haced que le persigan, exclamó Gemma, y no haya tregua ni piedad para ese hombre, príncipe, por que ese hombre es un bandido que queria asesinarme.

Hiciéronse aquella noche las mas activas pesquisas en la quinta, en los jardines y en la playa, pero inútilmente; Pascual Bruno habia desaparecido.

Al día siguiente hallaron los criados del príncipe un rastro de sangre que empezaba al pie de la ventana y se perdía en el mar.

III.

Al rayar el día, salieron del puerto las lanchas, según costumbre, y se dispersaron por el mar. Una de ellas sin embargo, á cuyo bordo iban solo un hombre y un muchacho de doce á catorce años parándose á vista de Palermo, arrió su vela para ponerse al paio, y como aquella inmovilidad en un sitio poco favorable para la pesca hubiera podido excitar sospechas, el muchacho se ocupó en componer sus redes; por lo que hace al hombre, estaba tendido en el fondo del barco, apoyada la cabeza en uno de sus bordes, y parecía engolfado en una profunda meditacion. De cuando en cuando sin embargo cogía, como por un movimiento maquinal agua del mar en la palma de su mano derecha, y dejaba gotear aquella agua sobre su hombro izquierdo ceñido de una venda ensangrentada. Entonces se contractaba su boca con una expresion tan singular, que no hubiera sido fácil distinguir si le daba aquella expresion la risa ó el mas agudo dolor. Aquel hombre era Pascual Bruno, y aquel muchacho era el que, apostado al pié de la ventana, le habia dado dos veces con un grito la señal de la fuga. A primera vista se le reconocia por hijo de un clima mas ardiente que aquel en que pasaban los sucesos que vamos refiriendo; en efecto, aquel muchacho habia nacido en las costas de Africa, y he aquí como se habian hallado él y Bruno.

Hacia un año poco mas ó menos que unos corsarios argelinos, sabiendo que el príncipe de Moncada Paterno, uno de los mas ricos señores de la Sicilia, volvia en una pequeña

ALMANAQUE.

—13 DE MAYO—

- 1213—Sumision de Juan Rey de Inglaterra al Papa Inocencio III.
 1704—Murió el célebre orador frances Bourdaloue.
 1832—Fallecimiento del ilustre Cuvier.

La Campana.

A MI AMIGO D. DEMETRIO CÁBRERA, EN LA MUERTE DE SU SEÑORA MADRE.

*Del tiempo es grito, en voz de monasterios,
 Y es ¡uy! de Cementerios.*

MATA.

Demetrio amigo, á vuestra madre amada
 Buscáis llorando con filial empeño;
 Basta infeliz! murió la desdichada,
 Mostró el destino su iracundo ceño. . . .
 ¡ Murió !. . . ; silencio, no turbeis su sueño!

Bibró de muerte la fatal campana,
 Triste presagio de amargura y duelo,
 Núncio final de la existencia humana,
 Terrible llanto del maldito suelo,
 Eco mortuorio de la voz del Cielo!

Sonó : el tañido misterioso hiende
 De los espacios la invisible rueda ;
 Fatídica verdad que inmoble pende
 De un campanario, y el destino veda :
 Su voz resuena y augurando queda.

Murió !...silencio !...en el sepulcro mora,
 Ultimo lecho de la raza humana ;
 ¿ Creis volverá si vuestro amor la llora ?...
Murió!...escuchad...¡gran Dios! es la campana,
Murió! repite con su voz insana.

Y la campana, Señor,
 Tambien anuncia una fiesta,
 Y tiene como una orquesta
 Ecos de vivas tambien ;
 Y llama al templo á los fieles
 A rezar, yo nada entiendo,
 Mas que hay en ella comprendo
 Vida y muerte, mal y bien.

Acaso tiene ese bronce
 Una esencia indefinida
 Que dá la muerte y la vida
 Con su metálico son ?
 Acaso algun ser velado
 En su cóncavo se esconde,
 Y al grito, airado responde,
 De la enlutada creacion ?

Acaso es caos donde pugna
 El no ser y el ser del hombre,
 Porque no tiene otro nombre

El misterio del mortal ;
Y ya el no ser á lo criado
Lleva su voz compasada,
O dá el ser á lo que es nada
Naciendo un hombre vital ?

Acaso es la llave mística
Que abre un sepulcro á la muerte,
O es el génio que convierte
Un sentimiento en pasion ?
Acaso es máquina, Cielos,
Dó las pasiones combaten,
Como en torbellino latén
Del hombre, en el corazon ?

Acaso es que su tañido
Cuando vibrante resuena,
Nuestro espíritu condena
A vivir en ilusion ;
Y el oido amedrentado
Bebe el éco que agoniza,
Y en el alma se desliza
Cuando sueña una creacion ?

Repicar en una fiesta,
Despues anunciar la muerte. . . .
Sí, sí, comprendo, la suerte
En ella está del mortal :
Que canta, y llora, y se alegra,
Vuelve á llorar todo el dia,
Se anochece en una orgía
Y despues vá á un funeral.

Al fin comprendo que arrastrar debemos
 Tras las pasiones que en el pecho luchan ;
 Flores y espinas por do quier tenemos,
 Lloros y cantos por do quier se escuchan.

Venid, Demetrio, de la vida humana
 Juntos lloremos la infelice suerte,
 Hasta que anuncie la fatal campana
 Del uno de ambos la inefable muerte.

PEDRO RIVAS.

AGOSTO 15 DE 1847.

PASCUAL BRUNO.

(CONTINUACION)

embarcacion de Pantelleria á Cátama, acompañado solo de una docena de hombres de su comitiva, se emboscaron detras de la isla de Porri, distante como á dos millas de la costa. El barco del príncipe, como lo habian previsto los piratas, pasó entre la isla y la playa, pero en el momento en que le vieron internado en el estrecho, salieron con tres lanchas de la pequeña ensenada en que estaban escondidos, y á fuerza de remos procuraron cortar el paso al barco del príncipe. Este mandó al punto enderezar hácia la costa y fué á encallarse en la playa de Fugallo. Como apenas habia tres pies de agua en el punto donde encalló el barco, el príncipe y su comitiva saltaron al mar, levantando sus armas sobre sus cabezas, y esperando llegar á la aldea que veian como á cosa de media legua sin hacer uso de ellas ; pero apenas hubieron desembarcado cuando otra cuadrilla de corsarios que, proveyendo este ardid habia subido en un bote el Bufaidone,

salió de entre los juncos que en medio de los cuales corre el río, y cortó al príncipe la retirada con que contaba. Trávose al punto la lid, pero mientras los campieri del príncipe sostenían aquella primera arremetida, llegaron todos los demas, y siendo ya evidentemente inútil toda resistencia, rindióse el príncipe con su gente á los enemigos, pidiendo que les dejasen la vida y prometiendo pagar un rescate por si y toda su comitiva. Apenas acababan los prisioneros de entregar sus armas, cuando se vió á lo lejos una muchodumbre de labradores que acudian armados de escopetas y de dalles. Los corsarios, dueños de la persona del príncipe y habiendo por consiguiente conseguido el objeto que se proponian, se embarcaron con tal precipitacion que dejaron en el campo de batalla tres hombres de su tripulacion que creian muertos ó mortalmente heridos.

Entre los que acudian en auxilio del príncipe se hallaba Pascual Bruno, á quien su vida nómade conducia indistintamente ya á una ya á otra parte, y á quien su inquieta condicion impelia á toda empresa arriesgada. Llegado que hubieron á la playa que habia sido teatro de la refriega, hallaron los labradores un criado del príncipe Paterno muerto, otro ligeramente herido en un muslo, y tres corsarios bañados en su sangre, pero que todavia respiraban. Dos balazos hicieron pronto justicia de dos de ellos y un pistoletazo iba á enviar al tercero á reunirse con sus compañeros de desgracia. Cuando Bruno, viendo que era un niño, separó el brazo que iba á matarle y declaró que tomaba al herido bajo su proteccion. Eleváronse algunas reclamaciones sobre aquella mansedumbre, que pareció muy intempestiva; pero cuando Bruno soltaba una palabra era hombre que la sostenia á todo trance. Armó su carabina, declaró que saltaria

la tapa de los sesos al primero que se acercara á su protejido, y como todos sabian que era muy capaz de llevar á efecto su amenaza, le dejaron coger al muchacho en brazos y alejarse con él. Dirigióse Bruno inmediatamente á la costa, saltó en un bote en el que hacía habitualmente sus excursiones aventureras, y que manejaba con tal destreza que parecia obedecerle como un caballo bien domado, desplegó su vela y singló con direccion al cabo de Aliga-Grande.

Apenas vió que el bote seguía su rumbo, y que no necesitaba ya de piloto, ocúpese en su herido que seguía desmayado. Levantó el alquicel blanco en que estaba embozado, soltó la faja de que pendía aun su cimitarra, y vió á los últimos rayos del sol en occidente que la bala habia dado entre la cadera derecha y las costillas y habia salido por junto á la columna vertebral; la herida era peligrosa, pero no de muerte.

La brisa de la tarde, la sensacion de frescura producida por el agua de mar con que lavaba Bruno la herida, hicieron al muchacho volver en sí: pronunció sin abrir los ojos algunas palabras en una lengua desconocida, pero Bruno, sabiendo que el efecto habitual de un balazo es causar una sed violenta, adivinó que pedía de beber y acercó á sus labios una calabaza llena de agua. Bebió el muchacho con ansia, exhaló algunos quejidos mal articulados, y cayó de nuevo en su desmayo. Tendióle Pascual con sumo tiento en el fondo de su bote, y dejando la herida al aire libre, continuó estrujando sobre ella de cinco en cinco minutos su pañuelo empapado en agua del mar, remedio que los marinos creen eficaz para todas las heridas.

Hácia la hora del toque de oraciones, se hallaron nuestros navegantes en la embocadura del Ragusa: el viento so-

plaba de Africa, con lo que no tuvo Pascual mas que hacer una ligera maniobra para penetrar en el rio, y tres horas despues, dejando á Modica á la derecha, pasó bajo el puente echado sobre el camino real que va de Noto á Chiaramonti. Siguió aun la corriente como una media legua, pero cesando entonces el rio de ser navegable, escondió su lancha entre las adelfas y los papiros que cubren sus orillas, y cogiendo al muchacho en brazos, se internó con él por aquellos campos. Llegó en breve á la entrada de un valle, y habiendo penetrado en él, no tardó en hallar á su derecha y á su izquierda la montaña tajada perpendicularmente como una pared y abierta de trecho en trecho, por que en aquel valle están los restos de una antigua ciudad de Trogloditas, primeros habitantes de la isla á quienes civilizaron las colonias griegas. Entró Bruno en una de aquellas cavernas, que comunicaba por medio de una escalera con un piso superior, en el cual solo entraba el aire por un agujero cuadrado en forma de ventana. Un lecho de juncos estaba dispuesto en un rincon; tendió Bruno sobre él el albornoz del muchacho y le acostó encima; luego, bajando para encender lumbre, volvió á subir al punto con una rama de pino encendida que metió en una grieta de la pared, y sentándose sobre una piedra, junto á la cama del herido, aguardó á que volviera en sí.

No era aquella la primera vez que visitaba Bruno aquel escondrijo; muchas veces en aquellos viajes sin objeto que emprendia por Sicilia para distraer su solitaria vida, calmar la actividad de su espíritu y ahuyentar sus malos pensamientos, habia ido á aquel valle y habitado aquella estancia labrada en la roca hacia tres mil años. Entregábase allí á aquellas vagas é incoherentes cabilaciones que son habituales á los hombres de imaginacion á quienes falta la ciencia.

Sabia que una raza borrada de la faz de la tierra habia labrado en remotos siglos aquellas solitarias moradas, y fiel á las supersticiones populares creia, como todos los habitantes de aquellas cercanias, que aquellos hombres eran encantadores, pero esta creencia lejos de auventarle de aquellos sitios tan temidos, le atraia á ellos insensiblemente. Habia oido contar en su juventud multitud de historias de escopetas encantadas, de hombres invulnerables, de viajeros invisibles, y su alma agena á temor y ansiosa de todo lo maravilloso, no tenia mas que un deseo, el de hallar un ser cualquiera, hechicero, mago ó demonio que, mediante un pacto infernal, le concediese un poder sobrenatural que le diese la superioridad sobre todos los demas hombres. Pero siempre habia evocado en vano las sombras de los antiguos habitantes del valle de Módica; ninguna aparicion habia respondido á sus deseos, y Pascual Bruno continuaba siendo, con harto dolor de su corazon un hombre como los demas hombres, á excepcion sin embargo de la fuerza fisica y de la destreza, que pocos montañeses poseian ni con mucho en tan alto grado como él.

Una hora poco mas ó menos hacia que estaba engolfado Bruno en sus vagos pensamientos al lado de su jóven herido, cuando salió éste de la especie de letargo en que yacia sumido; abrió los ojos, miró en derredor de sí con una expresion de delirio, y fijó su mirada en el que acababa de salvarle, pero sin saber aun si veia en él un amigo ó un enemigo. Durante este exámen y por un vago instinto de defensa, echó mano el muchacho á su cintura para buscar su fiel cimitarra, pero no encontrándola, exhaló un suspiro.

—Sufres? le dijo Bruno empleando para hacerse entender aquella lengua franca que es el idioma universal de

las costas del mediterráneo desde Marsello hasta Alejandría, desde Constantinopla hasta Argel, y con ayuda del cual se puede dar la vuelta al antiguo mundo.

—Quién eres? respondió el muchacho.

—Un amigo.

—Luego no estoy prisionero?

—No.

—En ese caso, como estoy aquí?

Pascual se lo contó todo y el muchacho le escuchó atontadamente, luego, cuando el narrador hubo terminado su relación, clavó sus ojos en los de Bruno y con un acento de profunda gratitud—

—Entonces, le dijo, pues me has salvado la vida, sin duda quieres ser mi padre?

—Sí, dijo Bruno, quiero serlo.

—Padre, dijo el herido, tu hijo se llama Alí; y tú, como te llamas?

—Pascual Bruno.

—Alá te proteja! dijo el muchacho.

—Deseas algo?

—Sí, agua; tengo sed.

Cogió Pascual una taza de barro, escondida en un hueco de la peña y bajó á sacar agua de un manantial que corría junto á la habitación;—de vuelta en ella echó los ojos sobre el alfanje del muchacho, y vió que ni siquiera había pensado éste en acercarle á su lecho.—Tomó Alí con ansia la taza y la apuró de una vez.

—Alá te dé tantos años felices cuantas gotas de agua había en esta taza! dijo el moro devolviéndosela.

—Eres un buen muchacho, dijo Bruno; date prisa á restablecerte pronto y cuando estés curado, podrás volver á Africa.

Restablecióse el muchacho y se quedó en Sicilia porque había cobrado tal cariño á Bruno que nunca quiso abandonarle. Desde entonces vivió siempre con él, acompañándole en sus cacerías por las montañas, alludándole á dirigir su barca en alta mar y pronto á morir á una señal del hombre á quien llamaba su padre.

Habíale seguido la víspera á la quinta del príncipe de Carini, donde le esperaba al pié de las ventanas de Gemma, y él era el que había dado los gritos de alarma;—el primero cuando el príncipe llamó á las verjas del jardín, y el segundo cuando entró en la villa. Iba ya á subir al cuarto para darle auxilio por si le había menester, cuando vió á Bruno precipitarse por la ventana; siguióle en su fuga, llegaron ambos á la playa, saltaron en el bote que tenían amarrado á ella, y como no podían de noche engolfarse en alta mar sin escitar sospechas, se contentaron con ir á confundir con las lanchas de los pescadores que aguardaban á que rayase el alba para salir del Puerto.

Durante aquella noche, pagó Alí á Pascual todos los tierros desvelos que de él había recibido en una circunstancia semejante, porque el príncipe Carini había hecho buena puntería, y la bala que buscaba en la pared había casi atravesado el hombro de Bruno, de modo que no tuvo Alí mas que hacer una ligera incision con su alfange para extraerla por el lado opuesto á aquel por donde había entrado. Todo esto hizo el jóven africano sin que Bruno se ocupase en ello en lo mas mínimo; la única señal de atencion que daba á su herida era, como ya hemos dicho, humedecerla de cuando en cuando con agua del mar, mientras que el muchacho hacía como que estaba componiendo sus redes

—Padre, dijo de pronto Alí suspendiendo aquella fingida ocupacion, tiende la vista hácia la tierra.

—¿Qué hay?

—Un tropel de gente.

—Dónde?

—Allá á lo lejos, en el camino de la iglesia.

En efecto, un numeroso gentío seguía la tortuosa vereda por donde se sube á la cima de la montaña santa, Bruno conoció que aquel grupo era una comitiva nupcial que se encaminaba á la capilla de santa Rosalia.

—A tierra y rema con brio! exclamó poniéndose en pié.

Obedeció el muchacho, cogió un remo con cada mano y pareció que el ligero bote volaba sobre la superficie del mar. A medida que iban acercándose á la orilla, tomaba el semblante de Bruno una expresion mas terrible; en fin, cuando no estuvieron ya mas que á distancia de sobre media milla....

—Teresa es! exclamó con un acento de desesperacion imposible de imaginar; han acelerado la ceremonia, no han querido aguardar hasta el domingo, han temido que la robe-se en ese tiempo!....Dios me es testigo de que he hecho cuanto he podido porque todo esto acabase bien....Ellos no han querido....ay de ellos!!....

Dichas estas palabras, Bruno, ayudado por Allí izó la vela de su barco, que doblando el monte Pellegrino, desapareció al cabo de dos horas detras del cabo de Gallo.

IV.

Pascual Bruno no se habia engañado. La condesa temiendo alguna tentativa de su parte, habia hecho adelantar tres dias el casamiento, sin decir palabra á Teresa de su entrevista con su amante, y por una particular devocion los es-

posos habian elegido para celebrar sus bodas la capilla de santa Rosalía, patrona de Palermo.

Uno de los rasgos característicos de Palermo, ciudad toda de amor, es haberse puesto bajo la proteccion de una santa jóven y bonita. Santa Rosalia es en Palermo lo que San Genaro es en Nápoles, la omnipotente dispensadora de los beneficios del Cielo, pero se aventaja á San Genaro en ser de estirpe francesa y real, pues desciende en línea recta de Carlomagno (1), como lo prueba su árbol genealógico pintado encima de la puerta exterior de la capilla, árbol cuyo tronco sale del pecho del vencedor de Vitikind y despues de haberse dividido en varias ramas, reúne sus ramales en la cima, para dar nacimiento al príncipe de Sinebaldo, padre de Santa Rosalia. Pero toda la nobleza de su sangre, toda la opulencia de su casa, toda la hermosura de su persona no tuvieron ningun poder sobre la jóven princesa; abandonó á la edad de diez y ocho años la corte de Roger, é impulsada hácia la vida contemplativa, desapareció de improviso sin que nadie supiese que habia sido de ella, hasta que despues de muerta la hallaron hermosa y rosada como si todavía viviera, en la gruta que habia habitado y en la misma actitud en que se habia dormido con el casto é inocente sueño de los escogidos.

Estaba labrada aquella gruta en las entrañas del monte Evita, tan célebre en la historia de las guerras púnicas por

(1) *Creemos inútil recordar á nuestros lectores que no escribimos aquí un curso de historia y que referimos una tradición. Sabemos muy bien que Carlomagno era de raza teutónica y no de linaje francés.*

N. DEL AUTOR.

las posiciones inexpugnables que ofreció á los Cartagineses ; pero en el día la montaña profana ha mudado de nombre. Su estéril cabeza ha recibido el bautismo de la fé, y se llama el monte Pellegrino, palabra que, en su doble significacion quiere decir igualmente la colina Preciosa ó el Monte del Peregrino. En 1624, cuando la peste desolaba á Palermo, invocó el pueblo á Santa Rosalia ; sacaron el maravilloso cuerpo de la gruta, lleváronle con gran pompa á la catedral de Palermo, y apenas las sagradas reliquias hubieron llegado á los umbrales del monumento medio cristiano, medio árabe, construido por el arzobispo Gualtero, cuando por mediacion de la santa arrojó Jesu-Cristo de la ciudad, no solo la peste, mas tambien la guerra y el hambre, como lo atestigua el bajo relieve de Villa Reale, discípulo de Canova. Entonces fué cuando agradecidos los palermitanos, transformaron en iglesia la gruta de Santa Rosalia, establecieron el magnífico camino que conduce á ella, y cuya construccion parece contemporanea de aquellas épocas en que una colonia romana echaba un puente ó un acueducto de una montaña á otra, como la firma granítica de la metrópoli. REMPLÁZOSE en fin el sacro cadáver con una graciosa estatua de mármol, coronada de rosas y tendida en la actitud en que murió la santa en el sitio mismo en que fué hallado su cuerpo, y enriqueció ademas la excelente obra del artista una régia ofrenda. Carlos III de Borbon la dió un manto de tisú de oro, valuado en cien mil reales, un collar de diamantes y magníficas sortijas: y queriendo añadir los honores de la caballeria á las riquezas mundanas, obtuvo para ella la gran cruz de Malta, que todavia ostenta pendiente de una cadena de oro, y la órden de Maria Teresa, que es una estrella rodeada de laureles con esta divisa—*Fortitudini*.

La gruta es una escavacion abierta en un núcleo primitivo cubierto de capas calcáreas, de cuya bóveda penden brillantes estaláctitas; á la izquierda hay un altar á cuyo pié está tendida la estatua de la santa, que se vé por entre un enrejado de oro, y detras del altar corre la fuente en que bebía. El pórtico de esta iglesia natural está separado de ella por un intervalo de tres ó cuatro pies, por el cual penetra la luz entre multitud de festones de yedra, de modo que los rayos del sol separan como una cortina luminosa al celebrante y á los fieles.

En aquella iglesia se desposaron Teresa y Gaetano.

Terminada la ceremonia, bajó la boda á Palermo, donde esperaban varios carruages á los convidados para conducirlos á la aldea de Carini, feudo de su casa, de donde tomaba el príncipe Rodolfo su apellido y su título. Habíanse hecho allí por disposicion de la condesa todos los preparativos de una magnífica comida, á que habian sido convidados todos los labradores de aquellas cercanias, y aun de dos ó tres leguas á la redonda, de Montereale, de Capaci y de Favarotta, y entre todas aquellas lindas aldeanas, rivales en coqueteria, hacíanse notar las de *Piana de Greci* por su traje moraita, que han conservado religiosamente, aunque la colonia que se le ha legado y que le habia recibido de sus padres ha abandonado hace ya mil doscientos años el suelo natal por una nueva patria.

Veian multitud de mesas puestas en una llanura sombreada por grandes robles verdes y copados pinos, embalsamada por la flor de los naranjos y los limoneros, y rodeada de setos de granados y higueras chumbas, doble beneficio de la providencia que, pensando en el hambre y en la sed del pobre, ha sembrado aquellos árboles como un maná sobre

toda la superficie de la Sicilia. Llegábase á aquella llanura por un camino rodeado de aloes, cuyas gigantes flores, que parecen vistas de lejos, lanzas de guerreros árabes, contienen un hilo mas brillante y mas sólido que el del cáñamo ó el lino; y mientras á la parte de mediodía limitaba la perspectiva el palacio, sobre cuya azotea se destacaba la cordillera de montañas que separan la isla en tres grandes regiones, al occidente, al norte y al este, á la extremidad de los tres valles se veía tres veces repetido aquel magnífico mar de Sicilia que á juzgar por sus variados matices, hubiera podido creerse que se veían tres mares distintos, porque merced á un efecto de luz producido por el sol que empezaba á desaparecer bajo el horizonte, hácia la parte de Palermo tenía un color azul celeste, al rededor de la isla de las Muge- res arrastraba eses de plata, mientras se estrellaban como polvo de oro en las rocas de San Vito.

Al llegar á los postres y cuando el festin nupcial estaba mas animado y brillante, abriéronse las puertas del palacio, y Gemma, apoyada en el brazo del príncipe, precedida por dos criados con sendas hachas encendidas, y seguida de una numerosa servidumbre, bajó la escalera de mármol de la *villa* y se adelantó á la llanura. Quisieron los labradores ponerse en pié, pero el príncipe les hizo señal de que no se movieran; Gemma y él empezaron á dar vuelta á las mesas y se detuvieron en fin detras de los novios. Tendió entonces un criado una copa de oro, Gaetano la llenó de vino de Siracusa, el criado presentó la copa á Gemma; Gemma propuso un brindis por la felicidad de los nuevos esposos, llegó á sus labios la copa de oro y se la pasó al príncipe, quien, apurándola de una vez, echó en ella una bolsa llena de on-

zas, (1), é hizo que se la llevaran á Teresa, como regalo de bodas. Resonaron en el mismo instante los gritos *viva el príncipe de Carini! viva la condesa de Castelnuovo!*, la llanura se iluminó como por encantamiento, y se retiraron los nobles huéspedes dejando en pos de sí, como una celeste vision, luz y alegría.

Apenas entraron en el palacio con su comitiva, cuando empezó una brillante serenata, todos los jóvenes dejaron las mesas y acudieron al sitio preparado para el baile. Iba Gaetano, segun costumbre establecida en semejantes casos, á abrir el baile con su nueva esposa, y ya se acercaba á ella para darla la mano cuando apareció en la llanura un forastero que venia por el camino de los Aloes;—aquel forastero era Pascual Bruno, vestido con el traje calabres que ya hemos descrito por menor, solo que á la sazón llevaba un par de pistolas y un cuchillo en la faja, y que su chaqueta, colgada de su hombro derecho, como un dorman de húsar, dejaba ver la manga ensangrentada de su camisa. Teresa fué la primera que le vió; lanzó un grito, y clavando en él sus ojos con espanto, quedó pálida y yerta como á vista de una aparicion sobrenatural: todos se volvieron hácia el recién venido, suspensos y silenciosos, preveyendo que iba á pasar alguna escena terrible. Pascual Bruno se acercó á Teresa y parándose en frente de ella, cruzó los brazos y la miró de hito en hito.

—Sois vos, Pascual? dijo Teresa temblando.

—Si, yo soy, respondió Bruno con ronco acento; he sabido en Bauso, donde os aguardaba, que ibais á casaros en

(1) *Moneda de valor de tres ducados.*

Carini, y creo haber llegado á tiempo para que bailemos juntos la primera tarantela.

—Ese es un derecho del novio, interrumpió Gaetano acercándose.

—Es un derecho del amante, respondió Bruno. Vamos, Teresa ; bien creo que esto es lo menos que podeis hacer por mí.

—Teresa es mi muger, exclamó Gaetano alargando el brazo hácia ella.

—Teresa es mi querida, dijo Pascual congiéndola una mano.

—Socorro ! gritó Teresa.

Gaetano cogió á Pascual por el cuello, pero en el mismo instante lanzó un grito y caló con el cuchillo de Pascual clavado hasta el puño en el pecho. Hicieron los hombres un movimiento para precipitarse sobre el asesino, que sacó impávido una pistola del cinto y la montó ; luego hizo señal con ella á los músicos de que empezasen á tocar la tarantela. Obedecieron ellos maquinalmente ; todos los demas estaban inmóviles.

—Ea, Teresa, dijo Bruno.

—Teresa no era ya un ser vivo, sino un autómeta cuyo resorte era el miedo : obedeció, y aquel horrible baile junto á un cadáver duró hasta el último compas. Detuviéronse en fin los músicos, y como si solo aquella armonia hubiera sostenido á Teresa, cayó de mayada sobre el cuerpo de Gaetano.

—Gracias, Teresa, dijo Bruno mirándola con ojos secos : esto es todo lo que queria de tí. Y ahora, si hay aquí alguno que desee saber mi nombre para que nos veamos en otra parte, sepa que me llamo Pascual Bruno.

—Hijo de Antonio Bruno, cuya cabeza está en una jaula de hierro en el castillo de Bauso, dijo una voz.

—En efecto, respondió Pascual; pero si deseais volverla á ver, daos prisa: porque no estará allí mucho tiempo, y os lo juro.

Dichas estas palabras desapareció Pascual sin que nadie pensase en seguirle, además, ya fuese efecto de temor, ya de interés, todos se ocupaban en Gaetano y Teresa.

El estaba muerto,—ella estaba loca.

El domingo siguiente era el día de la fiesta de Bauso, todo el pueblo respiraba alegría, todas las tabernas estaban llenas de bebedores, en todas las esquinas disparaban los muchachos cohetes y carretillas. Las calles estaban alfombradas de flores y llenas de bullicio, y entre todas, la que subía al castillo estaba atostada de gente reunida para ver á los mozos tirar al blanco. Durante su residencia forzada en Sicilia, el rey Fernando IV había fomentado con gran empeño esta diversion, y muchos de los que á la sazón se entregaban á aquel ejercicio, habían tenido recientemente, bajo las órdenes del cardenal Ruffo, ocasion de desplegar su destreza sobre los patriotas napolitanos y los republicanos franceses; pero por el momento el blanco era una tarjeta y el premio una copa de plata. Estaba colocado el blanco directamente debajo de la jaula de hierro en que estaba la cabeza de Antonio Bruno, á la que no se podía llegar mas que por una escalera que, desde el interior de la fortaleza, conducía á una ventana, fuera de la cual estaba clavada aquella jaula. Las condiciones del certámen eran sumamente sencillas; bastaban, para tomar parte en él, echar en la caja comun, que debía servir para pagar el costo de la copa de plata, la módica suma de dos carlinos por cada tiro que se que-

ria disparar, y en cambio se recibía un número sacado á la casualidad, que fijaba el turno de cada cual ; los menos diestros tomaban hasta diez, doce ó catorce balas, al paso que los que contaban con su habilidad se limitaban á tomar cinco ó seis. En medio de todos aquellos brazos tendidos y de todas aquellas voces conusas, alárgose un brazo que echó dos carlinos y sonó una voz que pidió una sola bala :—todos volvieron al punto la vista, admirados de aquella pobreza ó de aquella confianza. Aquel tirador que pedía una sola bala, era Pascual Bruno.

Aunque hacia cuatro años que no había parecido por el pueblo, todos le reconocieron, pero ninguno le dirigió la palabra ;—como sabían que era el mas hábil cazador de la comarca, no se admiraron de que hubiese tomado una sola bala :—ésta tenia el número 11. Empezó la lucha.

Seguian á cada tiro grandes risotadas ó aclamaciones y á medida que iban acabando las primeras balas, iban siendo menos estrepitosas las carcajadas. Por lo que hace á Pascual, apoyado en su carabina inglesa, triste y pensativo, no parecia tomar la menor parte en el entusiasmo ni en la algazara de sus compañeros. Llególe en fin su vez y le llamaron por su nombre ; estreméciase y levantó la cabeza como si no esperara aquella llamada, pero serenándose al punto, fué á ponerse detras de la cuerda tirante que servia de barrera. Seguianle todos con los ojos en el colmo de la ansiedad ; ningun tirador habia escitado tanto interes ni producido semejante silencio en el concurso.

Conocíase que el mismo Pascual estaba muy penetrado de toda la importancia de la prueba que iba á hacer, porque se colocó bien á plomo, adelantó la pierna izquierda, y cargando el cuerpo sobre la derecha, hizo con suma detencion

la puntería; luego levantó lentamente sin desviarle un ápice de la línea recta, el cañon de su carabina. Todos le seguían con la vista, y no sin gran sorpresa le vieron pasar de la altura del blanco, y subiendo mas y mas la puntería, no detenerla hasta quedar frontera á la jaula de hierro;—hecho esto, quedaron por un momento el tirador y la escopeta inmóviles como si fueran de piedra. Salió en fin el tiro, y derribada la cabeza de la jaula de hierro (1), cayó desde lo alto de la tapia al pié del blanco!... Un estremecimiento universal circuló por todos los presentes, y ninguna aclamacion saludó aquella prueba de destreza. En medio de aquel silencio fué Pascual Bruno á recoger la cabeza de su padre, hecho lo cual tomó, sin decir una palabra ni volver atras la vista una vez siquiera, el camino que conducia á las montañas.

V.

Apenas habia transcurrido un año desde los sucesos que hemos referido en el capitulo anterior, y ya en toda la Sicilia, desde Mesina á Palermo, desde el Cefaru hasta el cabo Pasaro, eran célebres las proezas del bandido Pascual Bruno. En los países como la España y la Italia, donde la mala organizacion de la sociedad tiende siempre á rebajar á los que han nacido en baja cuna, y donde el alma no tiene alas para levantar el cuerpo, una inteligencia elevada es una desgracia para un hombre oscuro. Como éste hombre tiende siempre á salir del círculo político é intelectual en que le ha encerrado la casualidad, como camina sin cesar hácia un fin

(1) *Las jaulas de hierro en que se exponen las cabezas de los reos en Italia no tienen enrejado.*

del que le separan mil obstáculos, como ve siempre la luz y no está destinado á alcanzarla, empieza por esperar, y acaba por maldecir. Entonces entra en rebelion contra aquella sociedad para la cual ha hecho Dios dos porciones tan ciegas, una de felicidad, otra de amarguras; declárase activamente contra esa parcialidad celeste, y se establece por su propia autoridad el defensor del desvalido y el enemigo del poderoso. Por esta razon son tan poéticos y tan populares al mismo tiempo el bandido español y el italiano.—Porque en primer lugar, casi siempre los ha arrojado fuera de la senda comun algun grande infortunio, y porque siempre ademas, tiende su puñal y su carabina á restablecer el equilibrio divino, roto por las instituciones humanas.

No se admirará pues el lector, que con sus antecedentes de familia, su carácter osado y emprendedor, su destreza y la fuerza extraordinaria, haya llegado tan pronto Pascual Bruno á adquirir la especie de singular importancia á que aspiraba. Considérese ademas que, si nos es lícito decirlo así aquel hombre se habia constituido en juez de la justicia; no se cometia en toda la Sicilia, y especialmente en Bauso y sus cercanias, un solo acto arbitrario que pudiese libertarse de su tribunal, y como casi siempre sus sentencias pesaban sobre los fuertes, tenia en su favor á todos los débiles. Así por ejemplo, cuando algun señor rico imponia un arrendamiento exhorbitante á algun pobre Colono cuando estaba á punto de descomponerse alguna boda por la avaricia de alguna familia; cuando caia sobre algun inocente alguna sentencia inicua, Bruno apenas le daban parte de estas cosas, se echaba su carabina al hombro, soltaba sus cuatro perros corsos que formaban toda su cuadrilla, montaba en su caballo del valle del Noto, medio árabe y medio montañes, como el salia de la pe-

queña fortaleza de Castelnovo de la que habia hecho su residencia habitual, iba á ver al señor, al padre ó al juez, y el arrendamiento se modificaba y la boda se hacia, y el inocente era puesto en libertad. Fácil es pues comprender que todos aquellos hombres en cuyo auxilio habia acudido, le pagasen su felicidad en amor á su persona, y que toda empresa dirigida contra él se malograba sin remedio, merced á la agradecida vigilancia de los labradores, que le avisaban inmediatamente, por ciertas señas convenidas de antemano entre ellos, los peligros que le amenazaban.

Luego tambien empezaban á circular de boca en boca estraños rumores relativos á aquel hombre porque cuanto mas sencilla es la gente, mas tendencia tiene á creer maravillas. Decíase que en una noche de tempestad, durante la cual habia temb'ado toda la isla, Pascual Bruno habia hecho pacto con una bruja, y habia obtenido de ella, á trueque de su alma, la facultad de ser invisible y de transportarse en un momento de uno á otro extremo de la isla, como tambien la de no poder sucumbir al plomo, al hierro, ni al fuego. El pacto, decian, debia durar tres años, no habiéndole firmado Bruno con otro objeto que con el de llevar á cabo una venganza, para la cual era suficiente este breve plazo. Pascual por su parte lejos de desvanecer estas sospechas, conociendo cuan favorables le eran, procuraba por el contrario fomentarlas por todos los medios posibles. Sus numerosas relaciones le habian muchas veces puesto en el caso de hacer creer en su invisibilidad, enterándole de circunstancias que nadie podia presumir que le fuesen conocidas. La rapidez de su caballo, con el cual se hallaba por la mañana á distancia increíble del sitio en que le habian visto por la noche habia convencido al pueblo de su estraordinaria facultad

locomotriz, y en fin, una circunstancia, de la que habia sacado partido con la habilidad de un hombre superior, no habia dejado duda de su invulnerabilidad. Esta circunstancia fué la siguiente—

El asesinato de Gaetano habia sido muy sonado, y el príncipe de Carini habia dado órdenes á todos los Comandantes de destacamentos de que procurasen apoderarse del asesino, que á decir verdad ofrecia á los que le perseguian grandes probabilidades de ser cogido, por la osadía de su conducta. A consecuencia de estas órdenes, habian transmitido dichos Comandantes sus instrucciones á sus agentes, y el alcalde de Spadafora recibió aviso una mañana, de que Pascual Bruno habia aparecido por el pueblo durante la noche con direccion á Davieto. Pusó las dos siguientes varios hombres emboscados junto á la carretera, persuadido de que volveria por el mismo que habia seguido al ir, y que para su regreso se aprovecharia de la oscuridad.

Cansados de haber velado dos noches seguidas, á la mañana del tercer dia, que era un domingo, se reunieron los milicianos en un figon situado á veinte pasos del camino; estaban almorzando cuando les anunciaron que Pascual Bruno bajaba muy descuidado la montaña por la parte de Davieto. Como no tenian tiempo para volver á su emboscada, aguardaron donde estaban, y cuando le vieron como á unos cincuenta pasos del meson, salieron y se formaron en batalla delante de la puerta, aparentando sin embargo que no hacian alto en él. Vió Bruno todos aquellos preparativos de ataque sin darse por entendido y, en vez de volverse atras, lo que le hubiera sido muy fácil, echó su caballo á galope y continuó su camino. Cuando los milicianos vieron cual era su intencion prepararon sus armas, y en el momento en que pasaba

por delante de ellos, le saludó toda la compañía con una descarga cerrada, pero ni el caballo ni el jinete fueron heridos, antes bien uno y otro salieron sanos y salvos del torbellino de humo que los había rodeado por un momento. Miráronse unos á otros los milicianos, menearon la cabeza y fueron á contar al alcalde de Spadafora lo que acababa de sucederles.

Aquel mismo día se estendió por Bauso la fama de aquella aventura, y algunas imaginaciones mas calientes que las otras empezaron á pensar que Pascual Bruno estaba encantado, y que el plomo y el hierro se aplastaban y se embotaban en su cuerpo. Al siguiente día, una prueba irrecusable confirmó esta asercion: hallóse colgada á la puerta del juez de Bauso la chaqueta de Pascual Bruno atravesada de trece balazos; y llenos sus bolsillos con las trece balas aplastadas. No faltaron hombres de provecho, entre otros el señor Cesar Alletto escribano de Calvaruso, de quien hemos recibido todos estos pormenores, que sostuviesen que el mismo bandolero, habiendo escapado milagrosamente de la descarga, y queriendo sacar partido de aquella circunstancia, había colgado su chaqueta de un árbol y disparola los trece balazos con que estaba acribillada; pero no por eso quedó menos convencida la mayoría del encantamiento de Bruno, con lo que aumentó considerablemente el temor que ya inspiraba. Aquel temor era tal; y Bruno estaba tan convencido de que de las clases inferiores se había comunicado á las superiores, que, pocos meses antes de la época á que hemos llegado de esta narracion, habiendo necesitado para una de sus obras filantrópicas (tratábase de reedificar una venta incendiada) doscientas onzas de oro, se dirigió al príncipe de Butera para obtener esta suma, indicándole un punto de la montaña á donde iria á recojerla, excitándole á que no dejase de hacerlo

ALMANAQUE.

—20 DE MAYO—

- 1497—Américo Vespucio, nativo de Florencia salió en éste día de Cadiz en un viaje de descubrimiento, y siendo hombre de buenos conocimientos publicó las primeras ocurrencias de sus viajes, logrando por éste y otros medios rastreros, legar su nombre al Nuevo Mundo, en perjuicio del ilustre Colon, su verdadero descubridor, aun que hace mucho tiempo que se ha hecho manifiesto este engaño, el tiempo parece haberle dado su sancion, y esta parte del globo conserva aun el nombre de América.
- 1506—Murió en Valladolid, en la provincia de Leon, Cristóbal Colon; el célebre navegante Genovés que descubrió el Nuevo Mundo.
- 1559—Ingreso del poeta Inglés Spencer en la Universidad de Cambridge.
- 1820—Ejecucion de Sand, asesino de Kotzebue
- 1834—Muerte del General Lafayette.

¡VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!
¡MUERAN LOS SALVAGES UNITARIOS!

DISCURSO

*PRONUNCIADO EN LOS EXAMENES PUBLICOS DADOS
POR EL COLEGIO FILANTROPICO BONAERENSE EN
EL TEATRO ARGENTINO, EN EL ACTO DE MATE-
MATICAS, POR SABINIANO KIER.*

Al presentarme ante el respetable Público que me escucha, á tratar de una materia que ha causado la felicidad de las naciones, y de cuyos principios han brotado tantos y tan

dificiles artes ; me lleno de temor y sobresalto ; y estos se aumentan, Señores, cuando traslusco el sumo interés que teneis vosotros que cunda y se propague una ciencia tan importante como lo son las Matemáticas. Porque á la verdad, Señores, estoy desprovisto de aquellas dotes que son necesarias para el feliz resultado de tan ardua empresa ; vuestra justicia Público ilustrado, en vista del corto tiempo que practico estudio tan difícil, os hará disimular las faltas que cometiere.

Una sola satisfaccion me reanima, y es la conviccion de mi conciencia de no haber omitido ningun género de empeño por corresponder á vuestras esperanzas, y al deseo de nuestro pais por el progreso de la juventud porteña en aquellos ramos que aumentan su grandeza, el tiempo corroborará esta mi decision, y mi constancia me hará llegar al termino que aspiro de ser útil á la sociedad Argentina, y remunerar su solicitud por nuestra felicidad. Debo tratar del Algebra, mas antes de comensar á desempeñar mi encargo, probaré que entre los inventos de los hombres, ninguno mas provechoso que las Matemáticas, siendo la parte mas esencial el Algebra.

Dos son los elementos que constituyen la grandeza de los pueblos : las ciencias, ó el poder de las armas, ¿ y qué ramo científico, Señores, podemos encontrar que no tenga directa ó indirectamente dependencia de las Matemáticas ? Qué ciencia, cuyos principios, cuya marcha deductiva no se vinculisen con los principios con la marcha Matemática ? La navegacion primer descubrimiento por el progreso de las sociedades, á quién debe su invencion ? La Astronomía que fija el derrotero de los astros, sus movimientos elípticos, sus trazos parabólicos, habria jamas llegado á tan alto grado de

estimacion sino hubiera dependido de las Matemáticas? ¿Si ellas no la animasen y fortaleciesen? El comercio, Señores, que tantos bienes causa á los pueblos, cómo se hubiera basado? ¿Cómo se determinarían los contratos especulativos, sin el auxilio de esta ciencia tan poderosa? ¿Cómo se valorarian las relaciones monetarias para la celebridad y valor de los convenios mercantiles? En este ramo, Señores, quedarían los pueblos aislados, sin él decaería la industria, la miseria fuente de desórdenes reinaria, y las sociedades en continua lucha; labrarian su desgracia, hasta su misma ruina. La Geografía! Cuanto debe á las Matemáticas! Los movimientos planetarios, sus efectos, el espacio de los pueblos, la forma elíptica de la tierra y en fin la Geografía toda, como regulariza su marcha? ¿A quién debe sus nuevos inventos? ¿El auge que cada dia adquiere ocupando un puesto eminente en el templo de la civilizacion? Yo confieso, Señores, que sin las Matemáticas se hubieran destruido, aniquilado principios tan profundos, ciencia la mas importante. Por último, la Historia, esa antorcha de los tiempos, lumbre de la verdad, ara de la justicia, sin las Matemáticas hubiera merecido estos dictados? Hubiera podido causar el embelezco que engendra, al descuajar, por decirlo así, las negras consecuencias del vicio y las sublimes recompensas de la virtud? Hubiera demarcado las edades, hubiera descripto su base, fijado su cómputo sin el socorro de las Matemáticas? Decíadlo vuestra ilustracion, Señores, porque mi fallo no carecerá hoy de imparcialidad. Paso en silencio su eficacia sobre la Física, sobre la Medicina, ciencias tan importantes, y que cada vez tienen diversas aplicaciones, todas debidas al progreso de las Matemáticas. Los nuevos inventos, esos descubrimientos prodigiosos que parecen superar la intelligen-

cia, y el poder de los hombres hubieran jamas retoñado? Veríamos surcar al hombre el Oceano aereo y arrebatara á las aves aquella cualidad que las distingue de los demas seres, para facilitar sus relaciones por el engrandecimiento del género humano? ¿Desenderia acaso á examinar las entrañas de los profundos mares? ¿Contemplaria con orgullo haber estancado la fuerza de las aguas, y que sentado en medio de ellas mil naves surcar sobre su cabeza? Yo veo, Señores, que los matemáticos enseñoreándose de la adfosfera y de los mares, de las entrañas de la tierra y de sus tesoros, pueden justamente exclamar con las Matemáticas *cælum petimos ipsum* podemos desafiar al mismo Cielo!

Es incuestionable el poder de esta ciencia en la consecucion del éxito feliz de las batallas, empeñarme en demostrarlo sería, Señores, herir vuestra ilustracion, ó suponeros ignorantes de verdad que resplandece mas que la luz del medio dia.

Luego concluyo que las Matemáticas animan y corroboran las sociedades, y sin ellas jamas se hubieran cubierto de belleza aquellos objetos que arroban y embelesan nuestra imaginacion y nuestros sentidos.

No ignorais, Señores, que varias son las ramificaciones de esta ciencia, bien conoceis la utilidad de la Aritmética, pero sus principios tienen por base, cálculos limitados y hay ciertas ecuaciones que la Aritmética recurre al Algebra para encontrar un resultado satisfactorio. Las ecuaciones de segundo grado, cómo se resolverian poseyendo aisladamente conocimientos Aritméticos? Las leyes del desenvolvimiento de los polinomios, cómo se fijarian? ¿Esas divisiones que nos dan cálculos infinitos, cómo nos satisfarian? Mas no consisten en esto solamente sus ventajas, los cálculos

Algébricos son indeterminados y una de sus fórmulas abraza todos los casos que se nos ofrecieran de la misma naturaleza. Si buscamos rapidéz en las operaciones, donde la encontraremos con mas prontitud que en el Algebra? ¿Si queremos aplicaciones mas generales, quién las posee en un grado mas perfecto, mas ventajoso que la misma Algebra? Su marcha precisa y analítica, nos hace comprender exactamente su mérito incuestionablemente superior á la Aritmética; examinad las fórmulas de las proporciones, observad los principios de las progresiones, de las ecuaciones diversas, y conoceréis entónces su preeminencia. La prodigiosa invencion de los logaritmos que causó un trastorno universal, es una prueba auténtica de su magnificencia y sola ella ha inmortalizado al célebre matemático Neper.

Sin los cálculos Algébricos, qué sería de la Geometría? la medicion de las áreas, las relaciones de los cuerpos, serían difíciles de determinarse á no ser por el Algebra que es la dorada llave de este suntuoso alcazar. Abrid, Señores, las páginas geométricas del inmortal Abelino Diaz, y respondedme entónces, qué sería de la parte que versa sobre la estension, sin el socorro de la parte literaria? ¿Cómo determinaríamos la aplicacion de la pantometra, de la escala del agrimensor, del compas de cuatro puntos, de los eges de adsisas y ordenadas, á no ser los principios algébricos?

Todas las ciencias exactas que son entiplazadas con la Geometría, superan sus dificultades recurriendo al Algebra. La arquitectura, cómo determina sus proporciones que son esenciales á su mérito? Un solo ejemplo Geométrico, sería indisoluble por sí: luego la parte mas importante es sin duda el Algébra.

He tratado suficientemente sobre la grandeza de las

Matemáticas, sobre la utilidad y aplicaciones algébricas : daré principio al desempeño de mi encargo. Pero antes, concidípulos, permitidme que os impela á seguir el estudio de una ciencia de quien depende la felicidad de las sociedades. La Patria vela incesantemente sobre vosotros, y de vuestro empeño todo lo espera. Sabed que con este estudio recogeréis zasonados y abundantes frutos, frutos con que llenareis á sus aspiraciones y que os harán estimar mas la misma libertad, frutos, de quien dependen la paz, la grandeza de los pueblos, y el poder fisico y moral á que ellos aspiran. El padre de la Patria nuestra, el magnanimo Rosas, ha sabido franquearos las puertas de vuestro engrandecimiento, de vuestra felicidad.

El se ha constituido vuestro Mecenas, sedle gratos, remuneradle con vuestra asiduidad en el estudio, porque ánsia colocar á la sociedad Argentina en el apogéo de la grandeza, porque la Patria sea respetada de todo el mundo ; sea feliz. Contribuid con vuestra aplicacion á que se realicen ideas tan sublimes, proyectos tan elevados. ¡ Solemne es vuestro compromiso ! ¡ Sagradas vuestras obligaciones !

Empapaos en los principios matemáticos. Creedine, que si la Europa hace nuevos é importantes descubrimientos, se deben solo á la tenacidad con que se dedica al estudio de esta ciencia tan ventajosa. ¡ Pretended esta corona jóvenes ! la conseguireis, porque la naturaleza fué pródiga con vosotros, dotándoos de gran inteligencia y suma penetracion, y hareis que nuestra Patria que hoy dá un clásico ejemplo de virtud y valor á las naciones del Viejo Mundo ; sea luego espectable, porque su hijos dedicándose á las ciencias exactas, la coloquen en la cumbre de la grandeza.

He dicho—

PASCUAL BRUNO.

(CONTINUACION)

exactamente á fin de que, durante una noche que designaba al príncipe, pudiese ir por ella ; en caso de no ejecucion de este aviso, que podia muy bien pasar por órden, Bruno prevenia al príncipe que se preparase á una guerra abierta entre el rey de la montaña y el señor de la llanura, pero que si por el contrario, tenia éste la suma bondad de hacerle aquel préstamo, le devolveria fielmente sus doscientas onzas de oro, sacándolas de la primera suma que arrebatase á la real hacienda.

El príncipe de Buttera era un de aquellos tipos como ya no existen en nuestras épocas modernas, un digno heredero de los antiguos señores Sicilianos, arrojados y caballerescos como aquellos Normandos que fundaron su constitucion y su sociedad. Llamábase Hércules, parecia vaciado en el mismo molde que su antiguo patron. Acogotaba á un caballo recio de un puñetazo, partia sobre su rodilla una barra de hierro de media pulgada de grueso y doblaba un peso duro. Un suceso en el que habia manifestado una sangre fria singular, le habia hecho el ídolo del pueblo de Palermo ; en 1770 de una gran carestia de pan en la ciudad, hubo una furiosa asonada ; apeló el gobernador á la *última ratio*, el cañon estaba asestado sobre la calle de Toledo, el pueblo se abalanzaba sobre el cañon, y el artillero con la mecha en la mano, iba á hacer fuego sobre el pueblo, cuando fué el príncipe de Buttera á sentarse en la boca de la pieza como hubiera podido hacerlo en un sillón, y pronunció desde allí un discurso tan elocuente y sensato, que el pueblo se retiró en el mismo

instante, y el artillero la mecha, y el cañon volvieron vírgenes al arsenal. Pero ño era este el único motivo á que debia su inmensa popularidad.

Iba todas las mañanas á pasearse por el terrado que dominaba la plaza de la Marina, y como al rayar el dia se abrian para todo el mundo las puertas de su palacio, hallaba siempre en él numeroso concurso de pobres de ambos sexos; llevaba generalmente para aquella vuelta un gran chaleco de ante, cuyos enormes bolsillos llenaba todas las mañanas su ayuda de cámara de carlinos y de medios carlinos, que desaparecian hasta el último en aquel paseo; y esto con un modo de decir las cosas que no se parecia á los usos de nadie, de modo que siempre parecia dispuesto á aporrear á los que daba limosna.—Excelentísimo señor, decia una pobre muger rodeada de su familia, tened compasion de una pobre madre con cinco hijos.—Buena razon! respondia el príncipe colérico; te los he hecho yo acaso!—Y con un ademan amenazador dejaba caer en su delantal un puñado de monedas.—Señor príncipe, decia otro, no tengo que comer.—Majadero! respondia el príncipe disparándole un puñetazo que le lartaba por ocho dias, hágo yo pan? lárgate á casa del panadero. (1)

Así era que cuando el príncipe paseaba por las calles, todas las cabezas se descubrian; una sola palabra le hubiera bastado para alzarse Rey de Sicilia, pero jamas se le ocur-

(1) *Los que deseen mas amplios pormenores acerca de este hombre singular, cuya memoria se conserva en Sicilia tan reciente como si hubiera muerto ayer, consulten los animales y entretenidos recuerdos de Palmieri de Macçiche.*

N. DEL AUTOR.

rió intentarlo, limitando su ambicion á ser príncipe de Butera, lo que no valia menos seguramente.

Esta liberalidad habia hallado sin embargo un censor en la misma casa del príncipe: éste censor era su mayordomo. Ya conocerá el lector que un hombre del carácter que hemos procurado bosquejar, debia aplicar sobre todo á sus conuites aquel lujo y aquella magnificencia que le eran tan naturales. Tenia en efecto, literalmente hablando, mesa abierta, y todos los dias reunia en su casa veinte y cinco ó treinta convidados por lo menos, entre los cuales siete ú ocho le eran desconocidos, al paso que otros por el contrario acudian á ella con una regularidad propia de mendigos que ván á tomar la sopa á la puerta de un convento. Figuraba entre estos últimos un cierto capitán Altavilla, que habia ganado sus charreteras siguiendo al cardenal Ruffo de Palermo á Nápoles, y que habia venido de Nápoles á Palermo con una pension de mil ducados. Desgraciadamente el capitán tenia el defecto de ser un si es no es jugador, lo que hubiera hecho insuficiente su retiro para la satisfaccion de sus necesidades, á no haber hallado dos medios muy ingeniosos, merced á los cuales la pension que cobraba del gobierno era la parte menos importante de sus rentas; el primero de estos medios, y este ya lo hemos dicho, estaba al alcance de todo el mundo,—el primero de estos medios, repito, consistia en comer todos los dias en casa del príncipe, y el segundo en meterse religiosamente todos los dias, despues de comer, su cubierto de plata en el bolsillo... Duró esta industria algun tiempo sin que nadie echase de ver aquella sustraccion cotidiana, pero por muy bien abastecidos que estuviesen los aparradores del príncipe, llegóse en fin á notar que se formaban en ellos intervalos vacios. Recayeron inmediatamente sobre

el "Santa-fede" (1) las sospechas del mayordomo ; expió-le con atencion, y una vigilancia de dos ó tres dias le bastó para convertir sus sospechas en certidumbre. Procedió inmediatamente á dar parte al príncipe, quien reflexionó un momento y acabó por responder, que mientras el capitan parásito no se llevase mas que su cubierto, no habia nada que decir ; pero que si echaba el guante á los del que tenía al lado, trataría de tomar una providencia. Siguió pues el capitán Altavilla siendo uno de los mas asiduos comensales de S. E. el príncipe Hércules de Buttera.

Hallábase éste en Castrogiovani, donde tenia una "villa" cuando le llevaron la carta de Bruno : leyóla y preguntó si el mensajero aguardaba la contestacion, y habiéndole respondido que no, metióse la carta en el bolsillo como si tal cosa.

Llegó la noche designada por Bruno ; el sitio que él indicaba estaba situado en la falda meridional del Etna, junto á uno de aquellos mil volcanes apagados que deben su llama de un dia á su llama eterna, y cuya efimera existencia ha bastado para aniquilar ciudades. Llamaban aquel volcan Montebaldo, porque cada una de aquellas terribles colinas ha recibido un nombre al salir de la tierra. A diez minutos de camino de su base se alzaba un árbol colosal y solitario, llamado el "Castaño de los cien Caballos", porque al rededor de su tronco, que tiene 178 pies de circunferencia, y bajo su ramaje, que forma él solo un bosque, pueden ponerse á cubierto cien ginetes con sus cabalgaduras. En

(1) *Dàbase este apodo á los que siguieron al cardenal Ruffo á la conquista de Nápoles.*

las raíces de aquel árbol iba á buscar Pascual la suma que habia pedido prestada, para lo cual salió á las once de la noche de Centorbi, y á las doce empezó á la luz dé la luna, á distinguir el árbol gigantesco y la casita construida entre los diferentes pies del árbol que sirve para encerrar á la inmensa cosecha de sus frutos. A medida que se iba acercando, creia Pascual divisar una sombra en pié junto á uno de los cinco troncos que reciben sus jugos de la misma raiz. Pronto aquella sombra tomó un cuerpo; paróse el bandido y montó su carabina diciendo—

—Quién vive?

—Quién ha de ser? un hombre! respondió una voz sonora; creis que el dinero se habia de venir él solo?

—No ciertamente, repuso Bruno, pero nunca pude creer que el que le trajera tendria ánimos para aguardarme.

—Eso quiere decir que tú no sabes quien es el príncipe Hércules de Buttera.

—Cómo! es V. E. señor? dijo Bruno, echándose la carabina al hombro y adelantándose hácia el príncipe con sombrero en mano.

—Sí, yo soy, buena pieza; yo que me he hecho cargo de que un bandido podia tener necesidad de dinero como otro hombre cualquiera, y que no he querido cerrar mi bolsa ni á un bandido; solo que se me ha antojado traérsela yo mismo, á fin de que no creyese el bandido que se la daba por miedo.

—V. E. es digno de su reputacion, dijo Bruno.

—Y tú, eres digno de la tuya? preguntó el príncipe.

—Eso depende de la que tengo en el ánimo de V. E., porque ciertamente debo tener muchas.

—Vaya, continuó el príncipe, veo que no careceis de

chispa ni de resolucion ; á mi me gustan los hombres de carácter, donde quiera que los encuentro. Escucha ; quieres trocar ese vestido calabrés por un uniforme de capitán é ir á hacer la guerra á los Franceses ? Yo me encargo de levartarte una compañía en mis estados y de comprarte las charreteras.

—Gracias, señor excelentísimo, gracias, dijo Bruno ; esa oferta es propia de un príncipe magnífico ; pero tengo que llevar á cabo cierta venganza que me tendrá todavía por algun tiempo en Sicilia. En seguida allá veremos.

—Bien está, dijo el príncipe, yo no te obligo ; pero creedme, mejor harías en aceptar.

—No puedo, señor.

—En ese caso, ahí tienes la bolsa que me has pedido ; llévatela con mil diablos, y trata de evitar que te ahorquen delante de mi puerta. (2)

Bruno tomó el peso de la bolsa en su mano.

—Me parece que esta bolsa pesa mas de lo justo.

—Es que no he querido que un bellaco como tú hiciese alarde de haber limitado una suma á la liberalidad del príncipe de Buttera, y que en vez de las doscientas onzas que me pedías, te traigo trescientas.

—Sea cual fuere la suma que ha tenido á bien V. E. traerme, señor, le será fielmente devuelta.

—Yo doy, pero no presto, dijo el príncipe.

—Y yo tomo prestado ó robo, pero no mendigo, dijo

(2) *En Palermo se ejecutan las sentencias de muerte en la Plaza de Marina, en frente de la puerta del palacio del príncipe de Buttera.*

N. DEL AUTOR.

Bruno. Tomad pues vuestra bolsa, señor; ya veré de dirigirme al príncipe de Ventimille ó de la Cattólica.

—Vaya hombre, será como tu quieras, dijo el príncipe. En mi vida he visto bandido mas caprichoso que tú; cuatro tunos de tu especie me harian perder la chaveta, y por lo tanto me voy. Adios.

Adios príncipe! santa Rosalia guarde á vuescencia! . . .

Alejóse el príncipe, metidas las manos en los bolsillos de su chaleco de ante, y silvando su “canzoneta” favorita. Bruno quedó inmóvil, mirándole alejarse y solo cuando le hubo perdido de vista se retiró él por su lado, lanzando un suspiro.

Al dia siguiente recibió el dueño de la venta incendiada, las trecientas onzas del príncipe de Buttera, por mano de Ali.

VI.

Poco tiempo despues de la escena que acabamos de referir, supo Bruno que iba á salir de Medina para Palermo un convoy de dinero, escoltado por cuatro gendarmes y un sargento. Aquel dinero era el rescate del príncipe Moncada Paterno, el cual rescate, á consecuencia de una combinacion “financiera” que hace mucho honor á la fecunda imaginacion de Fernando IV, iba á engrosar la real hacienda napolitana, en vez de ir, como era su primitivo destino, á dar consigo en el tesoro de Casuaba—Véase aquí, á mayor abundamiento la historia de este suceso tal cual me ha sido referida en los sitios; como es no menos curiosa que auténtica, creemos que merece la pena de ser contada, con tanto mas motivo cuanto dará una idea del modo cándido como se perciben las contribuciones en Sicilia.

Ya hemos dicho en la primera parte de esta historia co-

mo el príncipe de Moncada Paterno habia sido apresado por unos corsarios berberiscos junto á la aldea de Fugello, volviendo de la isla de Pantellería; lleváronsele con toda su comitiva á Argel, y allí se fijó amigablemente el valor del rescate de la suma de quinientos mil pesos (2,500,000 francos de Francia), pagaderos la mitad antes de su partida, y la otra mitad despues de su regreso á Sicilia.

Escribió el príncipe á su mayordomo dándole parte de la situacion en que se hallaba y mandando que le enviase sin demora los doscientos cincuenta mil pesos, en cambio de los cuales debia recibir su libertad. Como el príncipe de Moncada Paterno era uno de los señores mas ricos de la Sicilia, no fué difícil completar la suma que inmediatamente salió para Africa; fiel entonces á su promesa, cual verdadero sectario del Profeta, puso el Dey en libertad al príncipe de Paterno, sobre su palabra de honor de enviar antes de un año los doscientos cincuenta mil pesos restantes. Volvió el príncipe á Sicilia donde se ocupaba en recoger en su principado el dinero necesario para su segundo pago, cuando una orden de Fernando IV fundada en el motivo que estando en guerra con la regencia, no queria que sus súbditos enriqueciesen á sus enemigos, intimó al príncipe que entregase los susodichos doscientos cincuenta mil pesos en el tesoro de Mesina. El príncipe de Paterno, que era un hombre de honor y un súbdito fiel, obedeció á la orden de su soberano y á la voz de su conciencia, de modo que el rescate le costó setecientos cincuenta mil pesos, de los cuales dos tercios pasaron á manos del corsario infiel, y la otra tercera parte fué á Mesina á poder del príncipe de Carini, mandatario del pirata cristiano. Aquella suma era la que el virey enviaba á Palermo, corte del gobierno, bajo la escolta de cuatro gen-

darmes y un sargento ; este último estaba encargado además de entregar de parte del príncipe una carta á su muy amada Gemma, en la que decia que fuese á reunirse con él en Mesina, donde debian retenerle algunos meses mas los cuidados del gobierno.

La tarde en que debia pasar el convoy por junto á Bauso, soltó Bruno sus cuatro perros corsos, atravesó con ellos el pueblo de que habia llegado á hacerse el señor, y fué á emboscarse á la vera del camino real entre Divieto y Spadafora. Una hora con corta diferencia que estaba aguardando, cuando oyó el sonido de las ruedas de una galera y pasos de caballos que se acercaban : miró si estaba bien cebada su carabina, se aseguró de que su cuchillo no estaba pegado á la vaina, dió un silbido, al cual acudieron los perros á echarse á sus pies, y esperó de pié en mitad de la carretera. Pocos minutos despues apareció el convoy en el recodo que hacía el camino en aquel sitio y llegó como á distancia de cincuenta pasos del que le aguardaba ; solo entónces le vieron dos gendarmes y gritaron : quién vive ?—Pascual Bruno, respondió el bandido y á un silbido particular, los perros enseñados á ello, se precipitaron sobre la pequeña escolta.

Al oír el nombre de Pascual Bruno, huyeron despavoridos los cuatro gendarmes, y los perros, por un movimiento natural, persiguieron á los fugitivos. El sargento, abandonado por los suyos, desembainó su sable y arremetió al bandido.

Echóse Pascual su carabina á la cara con la misma sangre fria y la misma lentitud que si se hubiera preparado á disparar sobre un blanco cualquiera, decidido á no hacer fuego hasta que estuviese el enemigo á distancia de diez pasos, cuando en el momento en que apoyaba el dedo en el ga-

tillo, el hombre y el caballo cayeron de repente al suelo,—y era que Alí había seguido á Bruno sin decir palabra, y viendo que el sargento cerraba sobre él, habíase arrastrado como una culebra sobre sus rodillas y desgarrado al caballo con su alfanje,—por lo que hace al sargento, habíale cogido tan despavorido la caída que había dado con la cabeza en una piedra al caer y estaba desmayado.

Acercóse Bruno después de haberse cerciorado de que nada tenía que temer por aquella parte; llevóle, ayudado por Alí, al carruaje que escoltaba un momento antes, y poniendo las riendas de los caballos en las manos del jóven árabe, le mandó que condujese la galera y el herido á la fortaleza. El por su parte se acercó al caballo desgarrado, sacó la carabina de la silla á que estaba sujeta, registró las pistoleras, cogió un rollo de papel que había en ellas, llamó con un silbido á sus perros que volvieron relamiéndose el morro ensangrentado, y siguió la presa que acaba de hacer.

Luego que llegó al patio de la pequeña fortaleza, cerró la puerta detrás de sí, cogió sobre sus hombros al sargento que seguía desmayado, le llevó á su cuarto y lo tendió sobre un colchon donde él mismo acostumbraba echarse vestido; luego ya fuese por olvido, ya por imprudencia, dejó en un rincón la carabina que había quitado de la silla y salió de la estancia.

Cinco minutos después abrió los ojos el sargento, tendió la vista en derredor de sí, se halló en un sitio que le era desconocido y, creyéndose bajo el influjo de un sueño, se palpó de pies á cabeza para ver si estaba despierto: entonces fué cuando sintió un agudo dolor en la frente, echó á ella la mano y retirándola llena de sangre conoció que estaba herido. Aquella herida fué un rayo de luz para su memoria: acordó-

COMPOSICION PATRIOTICA

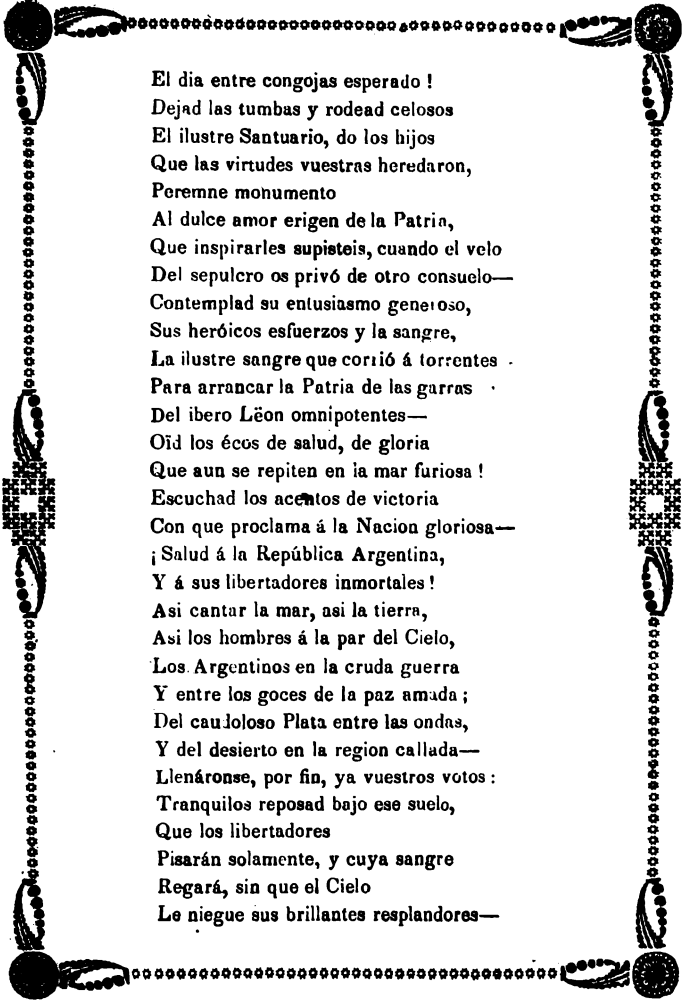
AL

Sol de Mayo.

RECITADA EN EL TEATRO DE LA VICTORIA EN LA NOCHE DEL
DIA 25 DE MAYO DE 1840.

¡ Yo te saludo padre de los astros!
 ¡ Antorcha de la tierra y de los Cielos!
 Salúdante los bosques, las llanuras,
 Los rios, y corrientes arroyuelos—
 Los encumbrados cerros de los Andes
 Inclínanse á tu vista, y los tiranos
 No osan temer tus rayos soberanos—
 Tú, para siempre, el velo tenebroso
 Rastgaste, que encubria el don precioso
 Que el Eterno con manos liberales
 Regalára á los míseros mortales—
 En este hermoso día
 De gloria y de consuelo,
 Tu luz del alto Cielo
 Alumbrar quiso de la patria mia
 La libertad que descendiendo al suelo
 Que el Pacifico baña
 Sublevó las colonias de la España—
 Himnos de amor y gratitud entona
 En medio de su gloria enaltecida
 La América del Sud, á quien pregona
 Todo un mundo con bélico entusiasmo;
 Y que un tiempo cruel envilecida

De Europa es hoy admiracion y pasmo—
 ¡ Tiempo infeliz, aborrecido tiempo!
 Que tres siglos corrió de amargo llanto
 Para los hijos de la Patria mia
 Contemplando su mísera agonía—
 ¡ Dias de humillacion y de ignominia!
 ¡ Ojalá ni el recuerdo merecierais
 A los hijos del Sud! ¡ ojalá fuerais
 Menos testigos de su humilde suerte!
 Ocultad vuestra frente, que os maldice
 En su justo furor la Nacion fuerte
 Tres centurias envuelta
 En las densas tinieblas de la muerte—
 Pero no . . . presentaos á mi memoria:
 Yo os invoco . . . venid . . . las densas sombras
 Desplegad á la vista de las luces
 Con que Mayo alumbró los corazones
 De los que en sus pendones
 Vieron inscripto el sacrosanto nombre
 Que veces tantas invocára el hombre—
 Hoy que aclamamos el feliz momento
 Que inaugurára el celebrado imperio
 De la noble igualdad, y el vencimiento
 Que salvó la mitad de un hemisferio—
 Un solo dia atravesando siglos,
 Y una generacion y otra alumbrando,
 Presenta el espectáculo grandioso
 Del Sol en su apogeo esplendoroso—
 ¡ Raro portentoso . . . ! ¡ Levantaos patriotas
 Que descendisteis al sepulcro helado,
 Sin que jamas luciera en vuestros ojos



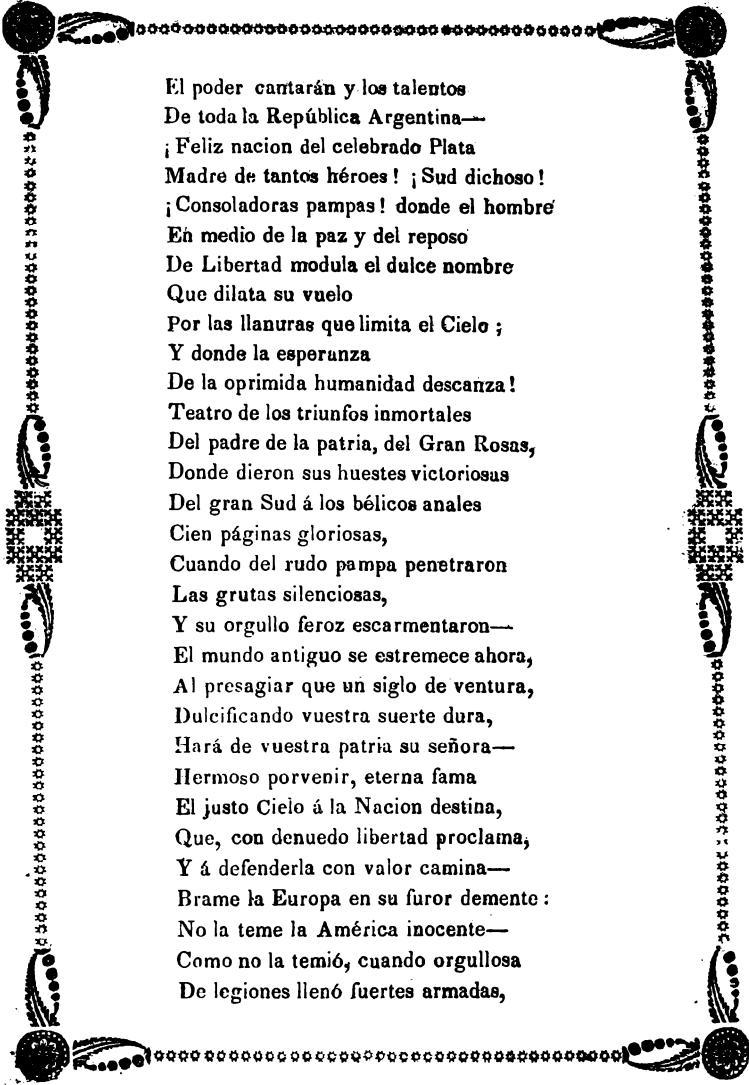
El día entre congojas esperado !
Dejad las tumbas y rodead celosos
El ilustre Santuario, do los hijos
Que las virtudes vuestras heredaron,
Peremne monumento
Al dulce amor erigen de la Patria,
Que inspirarles supisteis, cuando el velo
Del sepulcro os privó de otro consuelo—
Contemplad su entusiasmo generoso,
Sus heróicos esfuerzos y la sangre,
La ilustre sangre que corrió á torrentes .
Para arrancar la Patria de las garras .
Del ibero León omnipotentes—
Oíd los écos de salud, de gloria
Que aun se repiten en la mar furiosa !
Escuchad los acentos de victoria
Con que proclama á la Nacion gloriosa—
; Salud á la República Argentina,
Y á sus libertadores inmortales !
Asi cantar la mar, asi la tierra,
Asi los hombres á la par del Cielo,
Los Argentinos en la cruda guerra
Y entre los goces de la paz amada ;
Del caujoloso Plata entre las ondas,
Y del desierto en la region callada—
Llenáronse, por fin, ya vuestros votos :
Tranquilos reposad bajo ese suelo,
Que los libertadores
Pisarán solamente, y cuya sangre
Regará, sin que el Cielo
Le niegue sus brillantes resplandores—

Vuestras tumbas serán para los libres
 En su infortunio plácido consuelo ;
 Allí recobráran el ardor santo,
 Que á los tiranos circundó de espanto—
 ¡ Sagrada Libertad ! ¿ por qué tu nombre
 Basta para inflamar los corazones ?
 ¿ Por qué tu sola al hombre
 Despreciar haces la adorada vida,
 De su amor puro el apasible encanto,
 Y la fama de todos tan querida ?
 ¿ Por qué siempre tu reino está en el seno
 Del hombre justo de virtudes lleno ?
 ¿ Por qué te ódian los déspotas ferozes
 De la cruda ambicion adoradores,
 Que quieren acallar con roncás voces
 De la herida justicia los clamores ?
 Porque del sumo bien eres regalo,
 Y del *Santo* eres don omnipotente,
 Para humillar la frente
 De los que, con arrojo temerario,
 Profanan de las leyes el santuario—
 Porque eres la salud de las naciones,
 Tumba de la maldad, fuente de vida,
 Freno de las maléficás pasiones,
 Y luz entre las sombras encendida—
 Ante tu agusto trono se prosternan
 Llenos de gratitud los séres todos,
 Y de variados modos,
 Tus tesoros pregonan,
 Y cantos de placer y amor entonan—
 El libre pez que en la region se goza

De las aguas, el pajaró que vuela,
 Todos los séres que la luz consuela,
 ¡ Oh Libertad ! te aclaman por su diosa—
 El día en que te muestras á los pueblos
 Brilla del sol la cabellera hermosa,
 Y descienden sus rayos celestiales,
 Alumbrando á tus hijos inmortales—
 Mayo te vió de estrellas coronada
 De las ondas salir del ancho Plata,
 La igualdad en su trono se veía,
 Y la oprimida humanidad, vengada :
 La sociedad bajo tu manto de oro . . .
 Por vez primera su temor ponía,
 Y el patriótico coro,
 Que en pos de tí venía,
 Con acento sonoro
 Del júbilo los cantos repetía—
 ¡ Oh tu sol ! que inclinaste la cabeza
 Para adorarla—tú que la cediste
 La luz, la magestad, y la grandeza,
 El precursor benéfico. tu fuiste
 Que anunció al Argentino su llegada !
 Anuncia, también hoy, el justo triunfo
 De la legion de lauros coronada,
 Que de aquel lado del undoso Plata
 Mil tumbas abre á la faccion ingrata
 Anuncia ¡ oh sol ! á la soberbia Europa
 La firme decision de nuestros pechos,
 Para lidiar con ella, con el mundo,
 Con todo el mundo, sin dejar se huellen
 De nuestra Independencia los derechos—

Los que en Mayo y en Julio sofocaron
 Al rugiente Leon de las Españas,
 Y de honor inmortal en cien campañas,
 Libertad con su sangre conquistaron,
 Del Galo, ni del Anglo los furoros
 Temerán, aunque sean tan temidos ;
 Conocen de la guerra los horrores,
 Y la Europa jamas los vió rendidos :
 ¡ No han medido con ella sus espadas ?
 ¡ Miradlas de que sangre están bañadas !
 ¡ Salud, salud ! República Argentina !
 ¡ Madre de los campeones de Obligado !
 ¡ Ojalá que de Píndoro exaltado
 Tuviera yo la inspiracion divina,
 Para elevar con su robusto aliento
 A tu alta gloria digno monumento.
 Serán tus hijos de la edad futura
 Admiracion por su valor guerrero,
 Y en la feroz y asoladora guerra,
 A desafiar al despotismo fiero
 Aprenderán los libres de la tierra—
 De los pasados siglos
 Son ellos ya reflejo luminoso ;
 Y al defender la libertad querida,
 Han conquistado el título glorioso,
 Que se grangeára el invencible Heleno :
 Tú, Mancilla inmortal, como Leonida
 Entre truncos cadáveres sereno,
 Dó quier buscabas la segur temida :
 Sonó el cañon con espantoso trueno,
 Y ostentabas aún tu frente erguida—

A Grecia, empero, la privó del fuerte
Brazo, por siempre, aquella noche ingrata ;
De tí la adusta muerte
Temblando huyó para loír del Plata—
; Enaltecidas sombras !
Qué ahora habitais en la mansion del Cielo !
Gratas oíd los funerales llantos
Con que recuerda el Argentino suelo
Vuestra memoria, y los humildes cantos
Que os rinde mi laúd con tierno anhelo—
Murieron, compatriotas . . . mas no en vano
Sangre Argentina se vertió á torrentes
En la tremenda lid . . . tambien mezclada
A raudales hirvientes
Corrió sangre Europea ese gran dia ;
Y tambien desolada
La flota, que las aguas oprimia,
Clamor de muerte en torno á sus cañones
Oyó vagar mil veces, y los lutos
Que sus puentes cubrieron
Al grande Paraná venganza fueron—
Sacrificios gloriosos
De honor, faltan aún, de vida y fama
Para alcanzar los dias venturosos
Que del Gran Ser esta Nacion reclama—
Sangre correrá aún, sangre adorada
De esforzados varones
Que harán de nuestra tierra idolatrada
El modelo inmortal de las naciones ;
Y al fin del siglo, que veloz camina,
Ambos mundos con épicos acentos



El poder cantarán y los talentos
De toda la República Argentina—
¡ Feliz nacion del celebrado Plata
Madre de tantos héroes ! ; Sud dichoso !
¡ Consoladoras pampas ! donde el hombre
En medio de la paz y del reposo
De Libertad modula el dulce nombre
Que dilata su vuelo
Por las llanuras que limita el Cielo ;
Y donde la esperanza
De la oprimida humanidad descanza !
Teatro de los triunfos inmortales
Del padre de la patria, del Gran Rosas,
Donde dieron sus huestes victoriosas
Del gran Sud á los bélicos anales
Cien páginas gloriosas,
Cuando del rudo pampa penetraron
Las grutas silenciosas,
Y su orgullo feroz escarmentaron—
El mundo antiguo se estremece ahora,
Al presagiar que un siglo de ventura,
Dulcificando vuestra suerte dura,
Hará de vuestra patria su señora—
Hermoso porvenir, eterna fama
El justo Cielo á la Nacion destina,
Que, con denuedo libertad proclama,
Y á defenderla con valor camina—
Brame la Europa en su furor demente :
No la teme la América inocente—
Como no la temió, cuando orgullosa
De legiones llenó fuertes armadas,

Y sola Buenos Aires victoriosa
 Los filos embotó de sus espadas—
 Como no la temió, cuando los bronceos
 Del hijo de las Galias atronaron
 Las playas Argentinas; y ni entonces
 Ni despues nuestra gloria marchitaron—
 Brame la Europa en su furor demente :
 No la teme la América inocente—
 Como no la temió, cuando inhumana
 Lanzó vil turba en el hermoso Oribute ;
 Que, cual tigre rugiente
 De cuyas fauces mana
 Espuma inmunda de furor, si mira
 La victima inocente
 Que, apesar de sus garras, aun respira ;
 Se vió fiera y rabiosa
 Lamentar que la sangre Americana
 Circulase aun las venas
 De los hijos del Sud, y sus cadenas
 Se rompiesen con fuerza soberana
 Por el influjo mágico de un hombre
 Terror del ambicioso y descreído,
 Que siempre vencedor, jamas vencido,
 Enfrenó de la Europa la arrogancia
 Con su héroeico valor, con su constancia—
 Brame la Europa con su furor demente :
 No la teme la América inocente—
 Y bramará sin que jamas consiga
 Oscurecer de Mayo los fulgores :
 Y solo encontrará quien la maldiga,
 Pero nunca quien tema sus furoros—

Y bramará sin que jamás ; victoria !
 Pueda cantar en la region del Plata,
 En cuya márgen queda la memoria
 De pasados ejemplos
 En que dejó sus ínclitas Banderas
 Para adorno inmortal de nuestros Templos—
 Brame, pites, brame en su furor demente
 No la teme la América inocente—

MAYO 14 DE 1846.

Mis Desengaños.

; Juventud, juventud! celesste encanto,
 ; Hermoso panorama de la vida !
 Para tí no hay dolor, ni amargo llanto
 Mientras disfrutas de la edad florida.

Tú brillas con las luces ceductoras
 Que el alba del amor en tí derrama :
 Tú no ves, sino imágenes que adoras,
 Cuando en el alto mar el cierzo brama.

Te burlas ; ay ! del tiempo que delante
 Pasa de tí, cual rápida centella,
 Y en medio tus placeres delirante
 Aun no conoces su sangrienta huella.

¿ Donde está ya la angelical belleza,
 Donde la tez de rosa nacarada ?
 ¿ Y donde, donde la gentil cabeza
 De flores siempre y ambares bañada !

¡ Ay ! que ya llega el mísero momento
 De bajar á la tumba solitaria,
 A escuchar solo el funeral acento
 Del que levante fórvida plegaria !

Con los años la antorcha de la vida
 Vierte tan solo lánguidos destellos,
 Porque los años de la edad florida
 Volaron y el amor voló con ellos.

¿ Donde está la hermosura que adoraba
 Mi jóven corazon ¿ muger querida !
 Donde el amor está que me abrasaba
 En la dulce mañana de la vida ?

Tu has pasado la edad de los placeres,
 Perdiendo esos encantos seductores :
 No volverán jamas . . . jamas espores
 Oír la dulce voz de los amores.

Bella eres, juventud ! ¿ pero qué importa
 Que brilles con el sol de la esperanza,
 ¿ Si tan pronto so eclipsa, si tan corta

Tu dicha es ¡ ay ! que ni á la vida alcanza ?

Al rayar el Oriente de esa vida
 Sembrada de placer y de ilusiones,
 Se presenta la muerte aborrecida,
 Y enarbola sus negros pabellones.

¡ Infortunado jóven ! que bajaste
 En tu temprana edad al polvo frio,
 Y lleno de ambicion solo pasaste
 Momentos de ilusion y desvario !

¿ Donde están las promesas, que á tu amada,
 Hiciste el dia, en que brilló en su seno
 La pasion del amor y enamorada
 De tí esperaba un porvenir sereno ?

¿ Donde las trobas son que te inspiraban
 En juvenil edad las hermosuras ?
 ¿ Dó los himnos de amor que te brindaban
 Del firmamento azul las criaturas ?

¡ Todo acabó ! . . . do la callada huesa
 Eres hoy morador mustio y sombrío.
 Tu juventud de los sepuleros presa
 Solo es inspiracion del canto mio.

; Juventud envaneida !
 No conoces tu destino,
 Por eso huyes del camino.
 Que conduce al porvenir.
 ; Ah ! el hombre tiene solo
 Por herencia cruel quebranto,
 Al nacer, amargo llanto,
 Y gemidos al morir.

; Joven necio ! tus placeres
 Son placeres del momento,
 Que en amargo sentimiento
 Dejan luego el corazon.
 ; Insensato ! no delires
 Por las frágiles mugeres:
 Que pagarán, si las quicres,
 Con olvido tu pasión.

Con la lágrima en los ojos
 Y palabras amorosas,
 Te reservan engañosas
 En su pecho amarga hiel :
 Y protestas y suspiros
 Te repiten hora á hora,
 Cuando su alma engañadora
 A tu amor ha sido infiel.

Busca, busca objeto digno
 De ese pecho inmaculado :

No lo entregues al malvado
 Corazon de la muger,
 Tu constancia, tus desvelos,
 Tu pasion y tu ternura
 Ella vende por la impura
 Vanidad de merecer.

¡ Oh juventud ! procura nutrir tu inteligencia
 De luces inmortales, que gloria te darán
 Desprecia los placeres, conserva la inocencia,
 Y, cual manso arroyulo, tus dias correrán.

El Ser Omnipotente, para llenar destina
 Un gran debér al hombre en terrenal mansion :
 ¡ Feliz el que en su senda con rapidez camina !
 ¡ Feliz el que llenare su celestial mision !

Ese astro que del hombre dirige el sentimiento :
 Ese destello rápido de celestial fulgor :
 Esa alma que á los cuerpos dá vida y movimiento,
 Es sola quien merece tu immaculado amor.

¡ Oh juventud ! procura nutrir tu inteligencia
 De luces inmortales que gloria te darán :
 Desprecia los placeres, conserva la inocencia,
 Y, cual manso arroyuelo, tus dias correrán.

Tus dias felices, tranquilos, serenos
 Iran despreciando la muerte voraz :

Que baja el virtuoso á los cóncavos senos
Del frío sepulcro con plácida faz.

Que tema el impio, que osó en este mundo,
Blasfemias lanzando de un Dios murmurar :
Doblado en el lecho con lloro infecundo,
Que invoque á natura—no le ha de escuchar.

Que tema el vicioso que apura en la orgía
Enchida la copa de impuro placer :
Doblado en el lecho de atroz agonía,
Que invoque á natura—su juez vá ella á ser.

Que tema el injusto que mira las penas
Del hombre y rehusa su llanto enjugar :
Doblado en el lecho só duras cadenas,
Si invoca al Eterno, le manda callar.

Que tema la hermosa, que amor y hermosura
Desprecia y corrompe virtud y pudor :
Doblada en el lecho, que invoque á natura :
Tan solo las tumbas oírán su clamor.

¡ Oh juventud ! procura nutrir tu inteligencia
De luces inmortales que gloria te darán :
Desprecia los placeres, conserva la inocencia,
Y, cual manso arroyuelo, tus días correrán.

Y cuando se cortaren los hilos de la vida,
Cuando los senos se abran de la ancha eternidad,

Con animoso pecho, con fiente no abatida
Verás de los sepulcros la triste realidad.

Como sierva
Perseguida,
Vá la vida,
Van los años :
Corren, corren
Y corriendo
Recibiendo
Desengaños—

Cual las aves
Voladoras
Que señoras
Son del Cielo,
Y á la flecha
No sentida,
Dan la vida,
Y caen al suelo ;

Tal el hombre
Su esperanza
Nunca alcanza
A realizar
Gana solo,
Con los años,
Desengaños
Que llorar.

DICIEMBRE 2 DE 1847.

ALMANAQUE.

—27 DE MAYO—

- 1541—La venerable Margarita, Condesa de Salisbury, fué decapitada en la torre. Esta ilustre muger era hija de Jorge, Duque de Clarence y de Isabela, hija de Nevil, conde de Warwick, el último de la linea de Plantagenet. Este parece haber sido su único crimen, y el ser madre del Cardenal Pole, odiado por el tirano Henrique VIII.
- 1564—Muerte de Calvin.
- 1610—Ejecucion de Ravaillac, asesino de Henrique IV Rey de Francia.
- 1708—Fundacion de San-petersburgo por Pedro I.

—3 DE JUNIO—

- 1453—Fué decapitado Alvarez de Luna, el favorito de Juan II Rey de Castilla, sobre el cual habia ejercido una influencia absoluta por el periodo de 30 años.
- 1644—Muerte de Harvey, uno de los hombres que mas ha brillado en la Historia de las ciencias fisicas. Nació en Inglaterra en el condado de Kent.

¡VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!
 ¡Mueran los Salvages Unitarios!

DISCURSO

*PRONUNCIADO POR EL DIRECTOR DEL COLEGIO FI-
 LANTROPICO BONAERENSE MARIANO MARTINEZ,
 AL DISTRIBUIR LOS PREMIOS A SUS ALUMNOS, A
 CONSECUENCIA DE LOS EXAMENES PRACTICADOS
 EN LOS DIAS 4, 5, 6 Y 8 DEL MES DE AMERICA.
 (MAYO) 1848.*

JOVENES ALUMNOS—

Con el corazon lleno del júbilo mas puro os dirijo la pa-
 labra en este dia, despues que habeis exhibido ante el Pueblo
 de Buenos Aires, el resultado de vuestras tareas escolares.
 Yo que soy parte interesada en este resultado no puedo en-
 trar á juzgar de él: ni tendria derecho para exigir que tal
 juicio se considerase imparcial. Mas vuestros padres, vues-
 tras familias y todos los demas Señores circunstantes que se
 hallan en un caso muy distinto, podrán ser jueces severos.
 Sin embargo de que el peso principal de la responsabilidad
 cae sobre mis hombros; lleno de confianza espero que nues-
 tros trabajos han de ser aceptables á la generalidad. ¡Quie-
 ra el cielo que no me equivoque en este punto! En todo
 caso el testimonio de la propia conciencia es una fuente
 inagotable de consuelos para aquel que cree haber cumplido
 con sus deberes. Nadie está obligado á hacer mas de lo
 que realmente puede; pero cuando se han hecho todos los
 esfuerzos posibles, cuando se ha procedido con neta inten-

cion y buen deseo, cuando no se han perdonado sacrificios, sea de la naturaleza que fueren, cuando á costa de sus intereses y hasta de su salud, se han plantificado todos los medios para conseguir un fin, ¿qué mas puede exigirse, Señores? Al menos, verificadas estas circunstancias, hay derecho para reposar tranquilo en el testimonio de su conciencia. Asi creo haberlo hecho por mi parte, y respecto á vosotros, á vuestra conducta y moralidad, salvas muy raras escepciones, tengo motivos para congratularme y para felicitaros. Mas no por eso creais que habeis concluido la dificil obra de vuestra educacion: esta exige tiempo y asiduidad. El hombre, como ser intelectual y moral, tiene leyes establecidas por la naturaleza que no se pueden ni deben violentar: la inteligencia describe una marcha lenta, si; pero progresiva siempre. A este respecto séame lícito el decir que, es muy reprochable la conducta observada por algunos SS. Padres de familia, que siguen como máxima invariable en la educacion de sus hijos, el precipitarla lo mas posible, y el obligar á los jóvenes el que abracen á la vez diferentes ramos de enseñanza. ¡Error lamentable! Los sucesos no se deben precipitar, y si se hace, los resultados son casi siempre enojosos. De esto proviene que se adquieren sobre las cosas ideas confusas: se forma una ciencia trunca y lo peor es que, esos conocimientos indigestos, arrastran por consecuencia inevitable la fatuidad y una idea exagerada de sí propio. El verdadero sábio es tan modesto que parece ignorarse á sí mismo, y nada hay mas ageno de su espíritu que la afectacion y la presuncion de su propio valer. Por esta razon, jóvenes, debéis procurar perfeccionar mas y mas vuestra educacion y por lo tanto creo de mi deber el manifestaros mis ideas sobre este punto. Aceptadlas, sino como precep-

tos, al menos como consejos nacidos de mi buena intencion y de mi amor por vosotros.

El hombre es el único ser que sea indefinidamente perfectible en la creacion. El resto de los animales está condenado á girar eternamente en un estrecho círculo de ideas que no les ha sido concedido el traspasar. En general se puede decir de ellos, que no aprenden ni olvidan: nacen sabiendo lo que es necesario, para procurar su conservacion y el aumento de su especie, y en prueba de ello se vé que permanecen, desde el principio del mundo, en un estado completamente estacionario. No sucede así con la privilegiada especie humana: ella está destinada á describir una carrera diametralmente opuesta: el progreso incesante es su ley invariable. Si las ideas no fueran transmisibles y cada individuo estuviera limitado tan solo á su propia esperiencia, el progreso seria, de todo punto, imposible; por que cualesquiera datos y conocimientos que adquiriere una persona, en el curso de su vida, serian perdidos para los demas, pues se enterrarian juntamente con él, en la tumba. Por el contrario, poseyendo el don precioso de la palabra que sirve de signo para expresar las ideas, y la escritura que las hace perdurables, está establecido el vehiculo de los conocimientos que puede llevarse hasta un grado indefinido, por la adiccion de los que posee un individuo con los que tiene otro. Asi es como el maestro transmite, á su discípulo, lo que él ha aprendido: asi es como un siglo lega al siguiente, el tesoro inestimable de su saber.

Ahora bien: la educacion tiene por objeto el comunicar á otro los conocimientos que uno ha adquirido. Sin este auxilio benéfico estaria condenado cada hombre á no tener mas ideas que aquellas pocas que hubiere podido adquirir por

su propia experiencia. ;Qué diferencia no va de que se nos enseñe en breve tiempo lo que costó á otro mucho tiempo y mucho trabajo el descubrir! De lo cual solo se deduce cuan inmensa no será la importancia de la educación, y que diferencia no mediará entre un hombre que la ha recibido y otro que carece de ella.

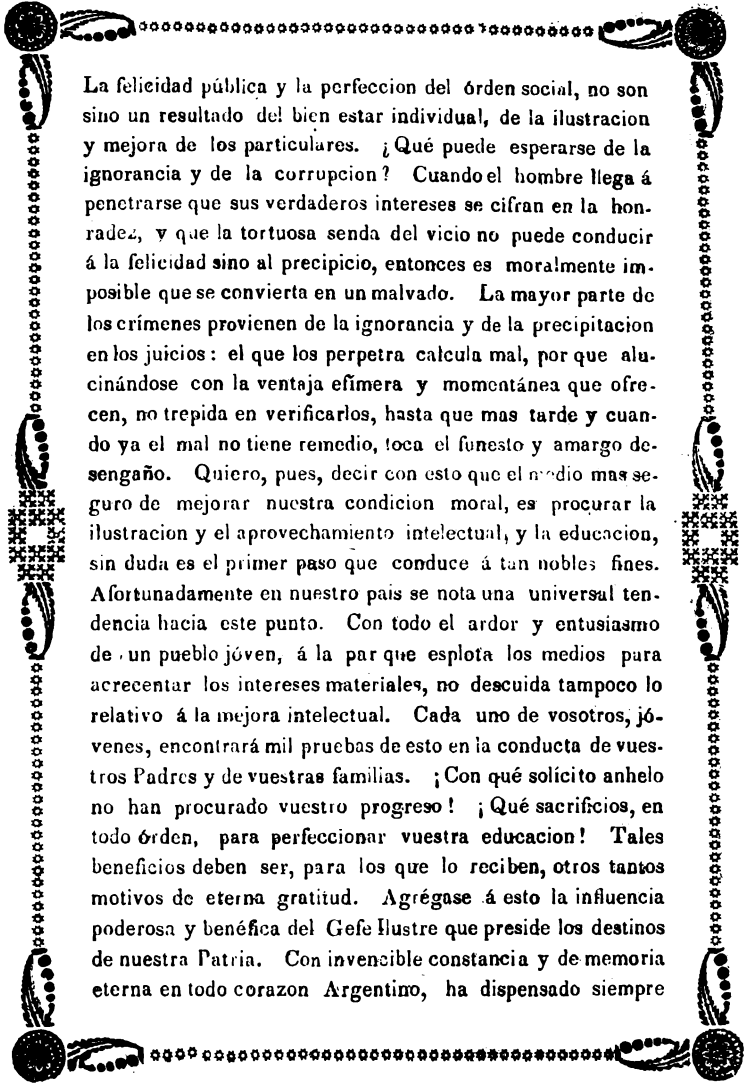
Mas la educación, como todas las cosas, puede ser bien ó mal dirigida, y aun me atrevo á decir : que el plantificar y proseguir un buen sistema de enseñanza es una obra que presenta fuertes dificultades—La prueba de ello son los gravísimos errores que en todo tiempo se han cometido en este punto : de ahí las preocupaciones, la asociación viciosa de las ideas, el espíritu sistemático ó exclusivo, y otra porcion de defectos que, generalmente, quedan ya arraigados en el ánimo para toda la vida. Sin duda que la infancia es la edad mas á propósito, y mejor dispuesta, para recibir la educación, y entre las muchas razones que hay para esto señalaré tres:—primera, por que el hombre en la infancia no tiene todavía que ocuparse de las grandes atenciones de la vida social, que absorviendo el ánimo, todo entero, no dejan tiempo para nada ; segunda, por que todos nacemos completamente ignorantes y por consiguiente el aprender algo, en la edad primera, es una necesidad vital, y tercera últimamente, por que es la infancia el tiempo en que mas predomina la fé á la autoridad de otro, lo cual hace al ánimo mas dócil y se presta con mayor facilidad á los preceptos de la enseñanza. Mas tambien esa edad tiene graves inconvenientes, y cuando estos no se tienen en vista, es que resulta el mal de que ya se ha hablado. Una grande irreflección y el predominio, casi exclusivo, de la memoria son los caracteres distintivos de la infancia. El niño lo que no quiere es que se le

enseñe á pensar por sí : aprenderá gustoso de memoria dos, tres ó mas páginas de un libro, si se le ordena, y las recitará á la letra con facilidad. Si en vez de contrariar esa propension es fomentada por los Maestros (como casi siempre sucede, por que es la via mas fácil y espedita) resultará una educacion rutinaria é imperfecta : se aprenden voces ; pero no ideas : se cree saber mucho cuando todo se ignora. No es mi ánimo el decir por esto que no deba promoverse el cultivo de la importante facultad de la memoria ; solo impugno el que se atienda á ella primordial y esclusivamente. Por lo demas ; quién puede desconocer el interesante rol que desempeña la memoria entre las demas facultades del espíritu ? Una sola observacion basta para convencerse de esta verdad. Supóngase que no tuviéramos el poder de retener las ideas que adquirimos, estaríamos entonces condenados á una perpetua ignorancia, porque no bien habríamos aprendido algo, cuando en el momento siguiente lo olvidariamos : en tal caso el progreso seria de todo punto imposible. Todo esto es verdad ; mas tambien lo es que cualquier extremo es vicioso, y nuestro principal cuidado debe ser el evitarlos.

Al espresar estos conceptos quiero decir que la verdadera instruccion debe consistir, principalmente, en enseñar al alumno á pensar y discurrir por sí, y si me es permitido usar de este lenguaje, se le debe enseñar á que se enseñe á si propio. Si asi no se hace y nada mas aprende el educando que aquello que materialmente ha oido ó se le ha repetido ; sí, en una palabra, la educacion se confia únicamente á la memoria, como es una condicion esencial á ésta el perder, con el tiempo, las adquisiciones que ha hecho, claro es que habrá de resultar al cabo una pérdida total de todo lo aprendido. Por el contrario, supongamos que sale un jóven do

las escuelas habiendo ya formado un juicio recto de las cosas; con una inteligencia desembuclta, lo bastante, para marchar por sí; acostumbrado á meditar y á reflexionar sobre lo que pasa en torno de sí; entonces ya no necesitará de otra guía, ni de otro maestro para marchar adelante; entonces el tiempo, lejos de ejercer una accion aniquiladora sobre los pocos conocimientos que ya posee, le servirá, por el contrario, para ensanchar gradualmente la esfera de sus ideas. ¿Pero cómo podrán conseguirse estos fines si al educando no se le ha dado razon de las cosas que ha aprendido? ¿Cómo se encontrará en situacion de discurrir, sin el auxilio ageno, cuando á todo se le ha enseñado menos á discurrir? ¿Cómo habrá sido educada su inteligencia cuando toda la educacion se ha dirigido á la memoria? Qué puede esperarse de una persona que todo lo que sabe es repetir las palabras que entraron por sus oidos? Me parece que es este un punto tan claro y perceptible que no debe encontrar opositores. Estas son mis ideas sobre la educacion. Deseára, á la verdad, el poder desenvolverlas algo mas, como que la materia espontáneamente se presenta á ello; mas no siendo este un lugar, ni tiempo, á propósito para producir largos discursos, me abstengó de hacerlo por temor de que se me juzgue importuno. He cifrado todos mis conatos en cimentar un sistema de educacion, bajo el aspecto que dejo propuesto: ignoro si lo he conseguido, por que á la verdad, el tiempo ha sido breve y un Establecimiento de esta clasesolo puede irse perfeccionando á fuerza de tiempo y paciencia.

¡Jóvenes Alumnos! Deseára poseer, en estos momentos, todos los dones de la conviccion y de la elocuencia, para infundir con mis palabras, en vuestros ánimos, un santo amor por el verdadero saber y la práctica de las buenas acciones.



La felicidad pública y la perfeccion del órden social, no son sino un resultado del bien estar individual, de la ilustracion y mejora de los particulares. ¿Qué puede esperarse de la ignorancia y de la corrupcion? Cuando el hombre llega á penetrarse que sus verdaderos intereses se cifran en la honradez, y que la tortuosa senda del vicio no puede conducir á la felicidad sino al precipicio, entonces es moralmente imposible que se convierta en un malvado. La mayor parte de los crímenes provienen de la ignorancia y de la precipitacion en los juicios: el que los perpetra calcula mal, por que alucinándose con la ventaja efímera y momentánea que ofrecen, no trepida en verificarlos, hasta que mas tarde y cuando ya el mal no tiene remedio, toca el funesto y amargo desengaño. Quiero, pues, decir con esto que el medio mas seguro de mejorar nuestra condicion moral, es procurar la ilustracion y el aprovechamiento intelectual, y la educacion, sin duda es el primer paso que conduce á tan nobles fines. Afortunadamente en nuestro pais se nota una universal tendencia hacia este punto. Con todo el ardor y entusiasmo de un pueblo jóven, á la par que explota los medios para acrecentar los intereses materiales, no descuida tampoco lo relativo á la mejora intelectual. Cada uno de vosotros, jóvenes, encontrará mil pruebas de esto en la conducta de vuestros Padres y de vuestras familias. ¿Con qué solícito anhelo no han procurado vuestro progreso! ¿Qué sacrificios, en todo órden, para perfeccionar vuestra educacion! Tales beneficios deben ser, para los que lo reciben, otros tantos motivos de eterna gratitud. Agrégase á esto la influencia poderosa y benéfica del Gefe Ilustre que preside los destinos de nuestra Patria. Con invencible constancia y de memoria eterna en todo corazon Argentino, ha dispensado siempre

una decidida proteccion á los Establecimientos destinados á la educacion de sus compatriotas. Su alma grande, mostrándose superior á los obstáculos suscitados por los enemigos del régimen Federal y de la Independencia Nacional, no ha descuidado, ni un momento, todo lo que pudiera conducir á la mejora de la enseñanza de la juventud. Por tanto debe ser ilimitado el agradecimiento de los Porteños, á este Géno protector, por tamaños beneficios.

Continuad, pues, jóvenes, con la misma constancia que hasta aquí, dando ejemplos recomendables de aplicacion y virtud. A todos me dirijo en general; pero lo hago en particular con los que se han hecho acreedores, en este año, á un premio, como signo de particular distincion y progresos. Considerad que este es un nuevo compromiso para vuestra conducta futura. Alimentando sentimientos de noble emulacion, procurad aventajaros á los demas y gloriosos en vuestro triunfo; pues será este un nuevo estímulo para los demas. No os espante el trabajo, las vigiliass ni los obstáculos que os será preciso superar para llegar al término de la carrera. Considerando esto á lo lejos presenta un aspecto imponente; mas visto de mas cerca, y sobre todo con el auxilio de la constancia y de la fuerza de voluntad, todo, todo es superable. Si así lo haceis, algun dia podré recordar con orgullo que he sido el Director de vuestros primeros pasos y me gloriaré en ello. Sabed, por lo menos, que mis palabras son nacidas de la mejor intencion y de mi amor por vosotros, y las terminaré deseándoos, sinceramente, el mejor resultado por vuestros afanes, á que, sin duda, os habeis hecho acreedores por vuestra comportacion.

He dicho—

PASCUAL BRUNO.

(CONTINUACION)

se de que habia sido detenido por un solo hombre, cobardemente abandonado por sus soldados, y de que en el momento en que se precipitaba sobre aquel hombre, habia caido su caballo en tierra. Despues de esto, no se acordaba de cosa alguna.

Aquel sargento era un valiente ; conoció la responsabilidad que pesaba sobre él, y su corazon se oprimió de despecho y de vergüenza ; volvió á examinar la estancia pero nada reconoció. Púsose en pié, se llegó á la ventana y vió que daba sobre el campo ; entónces le animó una esperanza que fué la de tirarse por aquella ventana, ir á buscar socorro y volver á recobrar lo perdido ; ya habia abierto la ventana para ejecutar este proyecto, cuando al echar una última ojeada por el cuarto, vió su carabina olvidada casi á la cabecera de su cama. Al verla, latió violentamente su corazon, porque otra idea que la de la fuga se apoderó al punto de su ánimo : miró si estaba solo, y cuando se hubo cerciorado de que no habia sido ni podia ser visto de nadie cogió prontamente el arma en la que vió un medio de salvacion mas arriesgado, pero mas pronto de venganza, se aseguró en un momento de que estaba cebada levantando el rastrillo, y de que estaba cargada, metiendo la baqueta en el cañon ; luego dejándola donde estaba, fué á tenderse de nuevo en el colchon como si aun no hubiera vuelto en si. No bien hubo hecho todo esto, entró Bruno.

Traia en la mano una rama de pino encendida que echó

en la chimenea, y que comunicó su llama á la leña preparada para recibirla; luego abrió una alacena disimulada en una pared, sacó de ella dos platos, dos vasos, dos frascos de vino, una pierna de carnero asada, lo colocó todo ello sobre la mesa y esperó á que saliese el sargento de su desmayo para hacerle los honores de aquella cena improvisada.

Hemos visto la estancia en que pasó la escena que vamos refiriendo: era un cuarto mas largo que ancho, con una sola ventana en una esquina, una sola puerta en la otra y la chimenea entre ambas. El sargento, que es en el día capitán de gendarmes en Mesina y que es el mismo que nos ha contado estos detalles, estaba tendido, como ya hemos dicho, paralelamente á las ventanas; Bruno estaba en pie delante de la chimenea, los ojos vagamente dirigidos hácia la puerta, y cada vez mas engolfado al parecer en una profunda meditación.

Aquel era el momento que esperaba el sargento, momento decisivo en que iba á jugar el todo por el todo, vida por vida, cabeza por cabeza.

Incorporose apoyándose sobre su mano izquierda, alargó lentamente y sin perder de vista á Bruno, la diestra hácia la carabina, la cogió por junto á la culata, luego se quedó en aquella actitud sin atreverse á hacer un movimiento mas, conteniendo las palpitaciones de su corazón que el bandido hubiera podido oír á no haber estado tan profundamente distraído; en fin, viendo que se entregaba por decirlo así, voluntariamente, recobró confianza, se apoyó sobre una rodilla, echó una postrera mirada sobre la ventana, su única escapada, apoyó la culata de la carabina sobre su hombro derecho, apuntó á Bruno como hombre que sabe que su vida depende de su serenidad, y disparó.

Bruno se agachó con gran cachaza, recogió un objeto á sus pies, le examinó á la luz y volviéndose hácia el sargento, mudo y estúpido de asombro :

“Hermano, le dijo, cuando quierais hacer fuego sobre mí, usad balas de plata porque sino, ya lo veis se aplastarán como esta. Por lo demas, celebro en el alma que hayais vuelto en vos, porque ya empezaba á tener apetito y vamos á cenar.”

Quedó el sargento en la misma postura en que habia disparado, herizado el cabello y la frente cubierta de sudor. Abrióse la puerta en el mismo instante y entró en la estancia Ali, con su cimitarra en la mano.

—No es nada, hijo mio, no es nada, le dijo Bruno en lengua francesa ; es el sargento que ha descargado su carabina. Vete á la cama y nada temas por mí.

Salió Ali sin responder y fué á tenderse al traves junto á la primera puerta, sobre la piel de pantera que le servia de cama.

—Eh, amigo ! continuó Bruno volviéndose hácia el sargento y echando vino en los dos vasos, no me habeis oido ?

—Si ta!, respondió el sargento poniéndose en pié, y pues no he podido mataros, aun cuando fuerais el mismo diablo, pardiez que hemos de beber juntos.

Esto diciendo, llegóse con paso firme á la mesa cogió el vaso, brindó con Bruno yapuró el vino de un trago.

—Cómo os llamais ? dijo Bruno.

—Paolo Tomas, sargento de gendarmes, para serviros.

—Pues bien ! Paolo Tomas, sargento de gendarmes, prosiguió Bruno poniéndole la mano en el hombro, sois un valiente y estoy por haceros una promesa.

—Cuál ?

—La de no dejar ganar á nadie mas que á vos los tres mil ducados que ha prometido el gobierno por mi cabeza.

—No me disgusta la idea, respondió el sargento.

—Sí, pero es menester meditarla con madurez, dijo Bruno: entre tanto, como todavía no estoy cansado de vivir, sentémonos y cenemos. Luego hablaremos del particular.

—Puedo hacer la señal de la cruz antes de probar bocado? dijo Tomas.

—Pues no?

—Es que podia ser que no os acomodase la especie. . . . Uno no sabe con quien. . . .

—En manera alguna.

Hizo el sargento la señal de la cruz, se sentó á la mesa, y arremetió á la pata de carnero como hombre que tiene la conciencia limpia y que sabe que ha hecho, en una circunstancia apurada, todo lo que puede hacer un buen soldado. Sostuvo Bruno el asalto vigorosamente, y á fé que quien hubiera visto á aquellos dos hombres comiendo á la misma mesa, bebiendo de la misma botella, trinchado en el mismo plato, no hubiera adivinado que, ambos por turno, y en el espacio de una hora, acababan de hacer reciprocamente todo lo posible para quitarse la vida.

Siguió un instante de silencio, producido tanto por la importante ocupacion á que ambos se dedicaban, como por los varios pensamientos que los agitaban. Paolo Tomasi le rompió el primero para dar paso á las dos ideas que mas le daban en qué entender.

“Compañero, le dijo, convengo en que no se cena mal en vuestra casa; es muy cierto que tenois buen vino; no niego que haceis lindamente los honores de la mesa; pero os

confieso que todo me parecería infinitamente mejor si supiera cuando saldré de aquí.

—Mañana temprano, si no teneis inconveniente.

—Con que no me reteneis prisionero ?

—Prisionero ! y que diablos quereis que haga con vos ?

—Bueno, dijo el sargento ; eso siempre es algo ; pero, prosiguió con notable turbacion, no es todo.

—Pues, qué falta ? dijo Bruno echándole vino.

—Falta . . . falta, prosiguió el sargento mirando la lámpara al trasluz de su vaso lleno : falta . . . es que se trata de un punto muy delicado, y no sé . . .

—Vaya, veamos.

—Y no os habeis de enfadar ?

—Me parece que ya debierais conocer mi carácter.

—Mucho, mucho . . . ya se que no sois quisquilloso.

Decia pues, que hay, ó que habia de por medio . . . vamos . . . que no estaba solo.

—Si, si, habia cuatro gendarmes.

—Oh ! yo no hablo de ellos ; hablo de una . . . de una cierta galera . . . gracias á Dios que lo dije !

—En el patio está, dijo Bruno mirando á su vez la lámpara al trasluz de su vaso.

—Y supongo que estará allí, respondió el sargento ; pero bien conoceréis que no puedo irme sin mi galera !

—Pues por eso mismo os ireis con ella.

—¿Tacta ?

—Poco faltará relativamente á la suma que contiene, pues no pienso tomar mas que lo estrictamente necesario.

—Y os hallais muy necesitado ?

—Necesito dos mil onzas.

—Vamos, eso es ponerse en razon, dijo el sargento, y á fé que no habria muchos tan escrupulosos. . . .

—Y ademas perded todo recelo, yo os daré un recibo.

—A propósito de recibo, exclamó el sargento poniéndose en pié, yo tenia unos papeles en mis pistoleras!

—No tengais cuidado, aqui están, dijo Bruno.

—Ah! gran servicio me haceis en devolvérmelos.

—Si, dijo Bruno, lo sé; porque me he enterado de su contenido y conozco su importancia. El primero es vuestro despacho de sargento, al cual he añadido una apostilla dando testimonio de que os habeis conducido bastante bien para obtener un grado; el segundo contiene mis señas, en las que me he tomado la libertad de hacer algunas pequeñas rectificaciones, como por ejemplo la de añadir "incantato" á las señas particulares; el tercero en fin es una carta de S. E. el Virey á la condesa Gemma de Castelnuovo, y estoy demasiado agradecido á esta señora de la bondad que tiene en prestarme su palacio, para poner obstáculos á su correspondencia amorosa. Tomad pues vuestros papeles, buen amigo; echemos otro trago á vuestra salud y dormid sin zozobra. Mañana á las cinco de la madrugada podreis ponerlos en marcha, y no dudeis que es mucho mas prudente caminar de dia que de noche, porque acaso no siempre tendreis la dicha de caer en tan buenas manos.

—Creo que teneis razon, dijo Tonasi guardando sus papeles, y no sé por qué me pareceis mas honrado que muchos hombres de bien que yo conozco.

—Me alegro de dejaros con esas ideas, por que asi dormireis mejor. Antes que se me olvide debo advertiros que no bajeis al patio, por que podrian devoraros mis perros.

—Gracias por el aviso, respondió el sargento.

—Buenas noches, dijo Bruno, y salió de la estancia dejando al sargento enteramente dueño de prolongar indefinidamente su cena ó de dormirse.

A las cinco de la mañana siguiente, segun lo tratado, entró Bruno en el cuarto de su huésped, á quien halló levantado y pronto á echar á andar. Bajó con él y le acompañó hasta la puerta, donde halló la galera con su tiro ya enganchado, y un magnífico caballo de montar al que habia cuidado de poner todos los arreos del que habia dejado inválido la cimitarra de Ali. Rogó Bruno á su amigo Tomasi que aceptase aquel regalo como un recuerdo de su hospitalidad: no se hizo mucho de rogar el sargento: montó en su caballo, arreó las mulas y se puso en camino, prendado de su nuevo amigo.

Bruno le miró alejarse; luego, cuando estuvo ya á unos veinte pasos: “Sobre todo, dijo, no olvidéis entregar á la hermosa condesa Gemma la carta del príncipe de Carini.” Hizo Tomasi una inclinacion de cabeza y desapareció en el recodo del camino.

Ahora, si nuestros lectores nos preguntan como no mató á Pascual Bruno el balazo de Tomasi, les responderémos lo que nos respondió el Sr. Cesar Alletto, escribano de Calvarusao. “Que es muy probable que en el tránsito desde el camino hasta la fortaleza, tomase el bandido la precaucion de sacar la bala de la carabina; pero por lo que hace á Paolo Tomasi, siempre le pareció mas sencillo creer que habia en todo aquello magia encerrada.

Exponemos á nuestros lectores ambas opiniones y dejamos enteramente á su arbitrio el adoptar la que mejor les parezca.

ALMANAQUE.

—10 DE JUNIO—

- 1190—Muerte de Federico I llamado *Barberrouisé*, Emperador de Alemania.
- 1793—Ley relativa á la organización del Museo de Historia Natural de Paris.
- 1799—Matrimonio contraido en *Miltau* por la hija de Luis XVI con el Duque de Angulema, hijo del Conde *d'Artois*, despues Carlos X.
- 1837—Apertura del Museo de *Versailles*.

CUATRO PALABRITAS

DICHAS POR UNA DE LAS ALUMNAS DEL COLEGIO ARGENTINO, EN EL ULTIMO DIA DE EXAMENES.

SEÑORES:—

Si os dijese que voy á hablar á un tiempo de cuatro ciencias ó artes (porque á la verdad no sé lo que son), os admiraríais por supuesto. Pero aunque esto es cierto, aunque la Aritmética, la Gramática, la Historia y la Geografía, han de ocupar por un rato vuestra atención (si es que atendéis); con todo, el modo de tratar estos puntos no os ha de asombrar por la erudición ni por los grandes conocimientos que demuestre, sino que á vista de él tendreis que confesar

que todo cuanto digna me pertenece, que todo es mio, que yo misma lo he escrito y ahora lo leo.

Hemos seguido cuatro clases á un tiempo, y de ellas hemos rendido exámen. Esto no podrá menos de hacer decir á unos que este método de educacion es muy defectuoso, malísimo, al fin cosas del dia, de las muchachas de hoy *que no son como las de antes*: todo esto dirán unos. Otros, que sepán dar á cada edad lo que le corresponde, dirán por el contrario que este órden de cosas es muy natural, que este método de enseñanza es muy propio á la época en que una niña no puede entender nada con perfeccion, y en que es preciso que al menos adquiera ideas, aunque imperfectas, de todo. Ahora yo me atrevo, no á dar ningun parecer, sino á seguir éste último. Nadie mejor que uno sabe apreciar hasta donde alcanzan las ideas, á nuestra edad; nadie mejor que yo por ejemplo, sabe que no puede uno saber nada, esto es, que no puede llegar á saber, una sola cosa bien. Pues Señores, aprendamos muchas aunque no sea bien. Tiempo vendrá, cuando siquiera cinco ó seis años mas pesen sobre nuestros hombros, en que ya podremos, aun cuando mas no sea, *empezar* á dedicarnos á cada ramo particular de estudio, y entonces. . . entonces de algo nos han de servir las nociones de todos ellos en general.

De la ARISMETICA ó Aritmética (como mejor os parezca) hablaré en primer lugar. ¿ Pero qué diré? ¿ que forma parte de lo que en los colegios de varones llaman Matemáticas ó cosa asi? No, por que ni siquiera del nombre que alli se le dá estoy bien segura. ¿ Diré que sin la Aritmética no se puede saber la Geografía, ni la Historia, ni la Gramática? Eso se ha dicho ya, y yo no lo creo, y por eso no lo quiero decir. Y cuando asi se habla me parece que se miente, mu-

cho mas si se agrega que sin la Aritmética no se puede ser buen ciudadano, buen patriota, y que sé yo qué otras cosas, como tambien se ha dicho. Cuando asi se habla me parece que se trata de ponderar y nada mas. ¡Pero qué ponderaciones! entonces ¡pobres de los que no han podido aprender la *tabla* ó los enredados *quebrados* ó los *denominados*: pobres! Ni podrán en su vida averiguar lo que sucedió antes de ellos y de sus padres, ni sabrán donde queda tal y cual pais, ni sabrán escribir una carta, ni sabrán defender su Patria... y todo por no saber la Aritmética. Oh! yo no arrojare esa maldición sobre tantos talentos que brillan en tantas cosas sin saber sacar una cuenta; ni bendeciré tampoco á uno que con todos sus números no sea sino un loco que solo se ocupa de apuntar millones. Pero vosotros direis que yo calumnio la Aritmética, No tal; es solamente que me parece ridiculo (será tal vez porque no lo entiendo) que se vaya á buscarle alabanzas tan descabelladas, cuando halló yo muy naturales que hacerle á la ciencia de los números. En el Comercio, Señores. Hé aquí todo. ¡Qué sería de toda clase de vendedores sin ese medio seguro de saber el precio que vale su efecto, y lo justo que se le ha de entregar? Sin la Aritmética, adios vendedores! ¡Y qué me dicen Vds. de los compradores? de los compradores que son todos, que es cada uno de Vds. y que somos todas nosotras? ¡Qué sería de nosotras en las tiendas sin la Aritmética? Hé aquí como pruebo yo su utilidad. Cualquiera otro mas instruido naturalmente se valdria para esto de otros medios, pero en cuanto á mí bastéme decir que es muy útil la Aritmética, aun cuando mas no sea, para que no nos engañen los tenderos.

Me he detenido mas de lo que debia en una cosa sola

teniendo que hablar de cuatro: seré mas corta en las que siguen.

LA GRAMÁTICA es otra cosa no menos indispensable que la Aritmética. Y cuando digo la *Gramática*, no entiendo por esta voz, como algunos, una coleccion de definiciones de cosas sabidas como de *sustantivos* y *adjetivos*, ó de nombres arveesados tales como *agèresis*, *apòcope*, *hipèrba-ton*, *enalage* y toda la doble nomenclatura de figuras de construccion y de diction. La Gramática se forma del modo de hablar sin que choque á personas instruidas; del modo de escribir con sus puntos y comas; por ella evitamos tanto hablando como escribiendo, nuestros disparates mas usuales: el *vení*, el *andáte*, el *í* á tal parte, el *vos* muy *por fiaq* y cosas semejantes que se oyen á cada paso, sin necesidad de ir á la campaña á que se nos reciba con el indispensable *dentre* y *velai* mate. La verdadera Gramática, la Gramática práctica enseña á hablar sin esos y otros lunares, á hablar un idioma sencillo y puro sin incurrir en esos feos modos de expresarse que con frecuencia se escapan á muchos por no saber *Gramática*.

LA HISTORIA—Muy pronto demostraré su utilidad. Este estudio, que junto con la verdad de los hechos nos entretiene con cuentos variados de todas las épocas y de todos los países tiene una esencial ventaja sobre todos los otros ramos para nosotras. Eso de saber lo que ha sucedido antes que viviesen nuestros padres, desde el primer dia en que hubo mundo; ver la marcha que han seguido los hombres; contemplar, como pintados, los cuadros de pueblos que se levantan llenos de poder, que caen sin fuerza, que se cambian y que desaparecen; las guerras, las costumbres, las religiones, los adelantos y los atrasos en todo... esto forma una cien-

cia rara, interesante y bella; esta ciencia, si, que me parece que toca muy de cerca á todas las otras; y que para nosotras tiene una ventaja más sobre todas ellas, y es la facilidad de aprenderla.

Pero nada sería la Historia sin la Geografía. El parage donde ha sucedido un hecho, una revolución por ejemplo, la elevación al trono de algún rey ú otra cosa semejante, es sin duda un objeto digno de estudio. La posición de un país, sus producciones, su religión y gobierno: todo está íntimamente unido con las materias de la Historia. Se ha llegado hasta decir que con la Geografía se viaja sin salir del cuarto donde se estudia. Por cierto que será un triste viajero el que así recorra el mundo; pero no se puede negar que la Geografía presenta ventajas que yo espresaré á mi modo. Bien concibo cuanto podemos gozar por ella al oír cualquier suceso acaecido en un lugar que siquiera por el *Globo* ó por el *Mapa* conocemos; cuanto podemos reírnos al oír una de esas narraciones disparatadas que se hacen frecuentemente, suponiendo estensiones inmensas á parages reducidos ó dando millones de habitantes á países que cuentan pocos miles. Por la Geografía es que está uno libre de hacer una de esas preguntas indiscretas que día á día se hacen, y que por sí solas son suficientes á dar una triste idea de la persona; preguntas semejantes á éstas ó parecidas; como si tal punto de América ó Africa se halla en Europa, ó al contrario; si tal religión, tal idioma, tales costumbres, existen en un lugar en que hay todo menos eso. Y es cosa también muy común por falta de Geografía, oír hablar de viajes por mar que sólo pueden hacerse por tierra, ó al revés. Por tantas razones comprendo lo que vale la Geografía en la sociedad. Con todo, hay una parte de esta ciencia que no es

allí la mas indispensable. La *Cosmografía* que trata de los astros, ciencia además para lo que se necesitan muchos conocimientos preparatorios no es la parte que con preferencia debemos estudiar; porque á mas de las dificultades que ofrece, en cuanto al fruto de su estudio recuerdo cuatro versitos que deben ser de algun autor español porque están en castellano.

El mentir de las estrellas
Es muy seguro mentir,
Porque ninguno á de ir
A preguntárselo á ellas.

Mayo 26 de 1846.

PASCUAL BRUNO.

(CONTINUACION)

VII.

El lector ya conocerá que la fama de semejantes hazañas no quedó mucho tiempo circunscrita á la jurisdiccion de la aldea de Bauso; en efecto en toda la Sicilia no se hablaba mas que del intrépido bandolero que se habia apoderado de la fortaleza de Castelnuevo y que, desde allí, como un águila desde su nido, se precipitaba sobre la llanura, ya para hostilizar á los grandes, ya para defender á los pequeños. No se admirarán, pues, nuestros lectores de oír pronunciar el nombre de nuestro héroe en los salones del principe de Butera, que daba un gran sarao en su palacio de la plaza de la Marina.

Conociendo el carácter del príncipe; ya se puede imaginar: lo que sería un festin dado por aquél noble personaje; el que vamos á describir, sobre todo, dejaba realmente muy atrás todo lo mas espléndido que puede imaginarse la mas fecunda fantasia. Era aquélllo algo parecido á un cuento árabe; así es que su memoria se ha perpetuado en Palermo, á pesar de que Palermo es el pais de la magia.

Figúrese el lector unos salones espléndidos, enteramente cubiertos de espejos desde el techo hasta el pavimento y conduciendo, unos á frondosas emparrados de cuyas transparentes bóvedas pendian las mas esquisitas úvas de Ciracusa y de Lípari; otros á espaciosos cuadros formados por naranjos y granados en flor y con fruta; destinados los primeros para bailar las gigas inglesas, los segundos, los rigodones de Francia. En cuanto á los walses, entrelazábanse en derredor de dos inmensos estanques de mármol, de cada uno de los cuales brotaban magníficos surtidores en forma de canastillos: de estas diferentes salas de baile, salian anchas calles de árboles enarenadas con polvo de oro. Desembocaban aquellas calles en una pequeña colina rodeada de fuentes de plata, que contenian cuantos refrescos se podian apetecer, y sombreada por árboles que en vez de frutos naturales ofrecian fruta en sorbete. En fin en la cumbre de aquella colina, frontera á las calles que conducian á ella, se alzaba un parador con cuatro alacenas laterales, renovado continuamente por medio de mecanismo interior. En cuanto á los músicos, eran invisibles y solo llegaba á los convidados el sonido de los instrumentos,—parecia una fiesta dada por los génius del aire.

Ahora, para animar esta mágica decoracion, represéntese el lector las mugeres mas hermosas y los mas galanes

caballeros de Palermo, vestidos de traje de capricho mas brillantes ó mas estraños unos que otros, con la careta en el rostro ó en la mano, respirando aquella atmósfera embalsamada embriagándose de aquella invisible melodía, pensando ó hablando de amores, y aun estará muy distante de formarse de aquel sarao una imágen semejante al recuerdo que de él habian conservado cuando pasé por Palermo, es decir, treinta y dos años despues de haberse celebrado, las personas que asistieron á él.

Entre los grupos que circulaban por aquellas alamedas y por aquellos salones, uno habia sobre todos que atraia más particularmente las miradas del concurso ; tal era el que se habia formado al rededor de la hermosa condesa Gemma y que ella arrebatava en pos de sí como un astro á sus satélites. Acababa de llegar en el mismo instante con una comparsa de cinco personas, que habia adoptado, como ella, el traje de las jóvenes damas y de los bizarros mancebos que, en la magnífica página escrita por el pincel de Orgagna en las paredes del Campo-Santo de Pisa, cantan y rien mientras viene la muerte á llamar á su puerta. Aquel traje del siglo VIII tan elegante y tan sencillo al mismo tiempo, parecia elegido de intento para hacer resaltar la esquisita proporcion de sus formas, y con él se adelantaba en medio de un murmullo de admiracion, conducida por el mismo príncipe de Buttera, que disfrazado de mandarin chino, habia salido á recibirla á la puerta principal, y la precedia para presentarla, según decia á la hija del emperador de la China. Como todos presumian que sería aquello alguna nueva sorpresa dispuesta por el Anfitrión, seguian presurosos al príncipe, y la comitiva se engrosaba á cada paso. Paróse á la entrada de una pagoda que defendida por dos centinelas chinos que, á

una señal, abrieron la puerta de una habitacion enteramente decorada de objetos exóticos y en medio de la cual, sobre un tablado, estaba sentada con un espléndido traje de China, que habia costado él solo seis mil duros, la princesa de Buttern, la cual, no bien hubo visto á la Condesa, salió á recibirla seguida de toda una corte de generales, de mandarines y de esclavos, mas brillantes, mas sérios y mas ridículos unos que otros. Tenia aquella aparicion un carácter tan oriental y tan fantástico que todo aquel concurso, aun que tan familiarizado con el lujo y la magnificencia, quedó verdaderamente pasmado. Todos rodeaban á la princesa, tocaban su vestido recamado de pedrerias, hacian sonar las campanillas de oro de su sombrero puntiagudo, y por un momento abandonó la atencion general á la hermosa Gemma para concentrarse enteramente en la señora de la casa. Todos la festejaban y la admiraban, y entre los festejantes y los admiradores mas exagerados ocupaba el primer lugar el capitán Altavilla, á quien el príncipe habia continuado admitiendo á su mesa, con notable disgusto de su mayordomo y que, sin duda á titulo de disfraz, se habia puesto su uniforme de gran gala.

“¿Y qué decis, señora, preguntó el príncipe de Buttern á la condesa de Castelnuovo, de la hija del emperador de la China?”

—Digo, respondió Gemma, que es gran ventura para S. M. Fernando IV que el príncipe de Carini esté actualmente en Mesina; porque, tierno de corazón como es, no sería extraño, que por una mirada de la hija entregase la Sicilia al padre, lo que nos obligaría á hacer nuevas vísperas contra los Chinos.”

Acercóse en aquel momento á la princesa el príncipe de Moncada Paterno, vestido de bandido calabrés.

“¿Me permitirá su S. A. qué; á título de inteligente examine su magnífico traje? la dijo—

—Sublime hija del sol, repuso el capitán Altavilla designando al príncipe, cuidado bien de vuestras campanillas de oro, por que os prevengo que tenéis delante á Pascual Bruno.

—Acaso estaría mas segura la princesa al lado de Pascual Bruno, dijo una voz, que junto á cierto “santa-fede” que yo conozco. . . .

Pascual Bruno es un asesino y no un ratero, un bandido y no un ladronzuelo.

—Bien dicho, exclamó el príncipe de Buttera, (El capitán se mordió los labios).

—A propósito, prosiguió la princesa—

¿Conoceis su última proeza?

—De quién?

—De Pascual Bruno.

—No :

Pues, qué ha hecho?

—Ha cogido el convoy de dinero que el príncipe de Carini enviaba á Palermo.

—Mi rescate! dijo el príncipe de Paterno.

—El mismo “caro príncipe;” todavía sois esclavo de los infieles.

—Diablo! como no vaya ahora el rey á exigir que le pague segunda vez! repuso Moncada.

—Tranquilícese V. E., dijo la misma voz que ya habia respondido á Altavilla: Pascual Bruno no ha cojido mas que dos mil onzas?

Y cómo lo sabeis vos señor Albanes? dijo el príncipe de la Cattólica que se hallaba junto al que acababa de hablar,

que era un gallardo jóven de veintiseis á veintiocho años, vestido con el traje de Vina. (1)

—Lo he oido decir, respondió indiferentemente el griego jugando con su alfanje; ademas, si V. E. desca mas positivos informes, aquí hay un hombre que podrá dárselos.

El hombre á quien de esta suerte designaba á la curiosidad pública no era otro que nuestro antiguo conocido Paolo Tomasi, el cual, esclavo de su consigna, se habia hecho llavar, inmediatamente despues de su llegada, á casa de la condesa de Castelnuovo, y que no habiéndola hallado en ella, y habiendo sabido que estaba en un baile, se habia servido de su calidad de enviado del Virey para penetrar en los jardines del príncipe de Buttera: en un momento se halló siendo el centro de un inmenso corro y el objeto de mil preguntas. Pero Paolo Tomasi era, como ya hemos dicho, un valiente que no se acoquinaba á dos tirones, y asi empezó por entregar á la condesa la carta del príncipe.

“Príncipe, dijo Gemma despues de haber leído la misiva que acababa de recibir, sin duda no sospechais que me dais un festin de despedida. El Virey me manda que vaya á Mesina, y por tanto, como fiel vasalla, me pondré en camino mañana mismo de madrugada. Gracias, amigo, prosiguió dando su bolsa á Paolo Tomasi; ya podeis retiraros.”

Procuró Tomasi aprovecharse del permiso da la condesa, pero estaba harto bien rodeado para que le fuese fácil la retirada: tuvo pues que rendirse á discrecion, y la condicion

(1) *Colonia Albanesa que emigrò en la época de la toma de Constantinopla por Mahomet II, y que ha conservado religiosamente el traje de sus mayores.*

(N. DEL AUTOR.)

de su libertad sué hacer una relacion exacta de su encuentro con Pascual Bruno.

Justo será decir en honor de la verdad, que hizo esta relacion con todo el noble candor de un hombre verdaderamente bizarro; contó, sin añadir punto ni coma, como habia sido hecho prisionero, como habia sido llevado á la fortaleza de Castelnuovo, como habia hecho fuego, aunque en vano sobre el bandido, y como en fin este le habia puesto en libertad regalándole un soberbio caballo en cambio del que habia perdido. Escucharon todos esta relacion, que tenia un carácter de verdad innegable, con el silencio de la atencion y de la fé, á escepcion del capitán Altavilla, que manifestó algunas dudas acerca de la veracidad del digno sargento; pero afortunadamente para Paolo Tomasi, el mismo Principe de Buttera acudió en su apoyo.

“A puesto lo que se quiera, dijo, á que nada es mas cierto que lo que acaba de contarnos este buen hombre, porque todos esos pormenores me parecen muy propios del carácter de Pascual Bruno.

—Le conoceis á caso? dijo el Moncada Paterno.

—He pasado una noche con él, respondió el de Buttera.

—Y donde?

—En vuestros estados,

Llególe entonces al príncipe su turno de contar como Pascual y él se habian encontrado junto al castaño de los cien caballos; como le habia ofrecido el grado de capitán, que Bruno habia reusado, y como en fin le habia prestado trecientas onzas. Al llegar á este último punto, no pudo Altavilla contener la risa.

“Y cree V. E. que se las volverá? le dijo.

—Estoy seguro de que sí, respondió el príncipe.

—Ahora que hablamos de esto, interrumpió la princesa de Buttera, hay alguno mas entre los presentes que haya visto á Pascual Bruno y que la haya hablado? Me muero por oir historias de bandoleros, cuando las oigo tengo un miedo!....

—Algo podria decir la condesa Gemma de Castelnuovo, dijo el Albanes.”

Estremecióse Gemma involuntariamente: todas las miradas se volvieron hácia ella como para interrogarla.

“Sería cierto? exclamó el príncipe.

—Sí, respondió Gemma tartamudeandó, pero ya lo habia olvidado.

—El no lo olvida, añadió el jóven.”

Todos se agolparon en derredor de la condesa, que en vano quiso resistir al torrente de la curiosidad general: no tuvo mas remedio que contar la cseña por donde hemos empezado esta historia, decir como Bruno habia penetrado en su cuarto, como el príncipe habia disparado sobre él, y como Bruno para vengarse, habia penetrado en la “villa,” el dia de la boda, y asesinado al marido de Teresa. Como esta historia era la mas terrible de todas, dejó una profunda impresion en el ánimo de los oyentes.

Toda la asamblea estaba consternada, y á no ser por los trages y las galas, nadie hubiera creido asistir á una fiesta.

“Por vida mia, dijo el capitán Altavilla rompiendo el silencio antes que nadie, que el bandido acaba de cometer su mayor delito en tristeciendo de esta suerte el sarao de nuestro amado príncipe Buttera, hubiera podido perdonarle todas sus fechorías, pero de ésta, juro por mis charreteras que le de tomar venganza, y por lo tanto desde ahora en adelante me consagro á perseguirle.

—Hablais sóriamente, capitan Altavilla?...dijo el Albanés.

—Si á fé de quien soy, y aseguro aquí á presencia de este noble auditorio, que nada deseo tanto, como hullarme cara á cara con él.

—No es eso dificil, dijo con indiferencia el Albanés.

—Al que me hiciera ese servicio, continuó Altavilla, le daría....

—Es inútil señalar una recompensa, capitan; yo conozco un hombre que os hará ese servicio de balde.

—Y dónde podré verme con ese hombre? repuso Altavilla afectando una sonrisa incrédula.

—Si quereis seguirme, yo me comprometo á decíroslo.” Y dicho esto se alejó el Albanés como provocando al capitan á que le siguiese.

Titubeó un momento el capitan, pero se habia ya empeñado demasiado para volverse atras: todas las miradas estaban fijas en él, y bien conoció que la menor flaqueza bastaria para dar al traste con su reputacion militar, además tomaba la proposicion por una broma.

“Adelante, dijo, todo por el honor de las damas! Y siguió al Albanés.

—Sabeis quién es ese caballero disfrazado de griego? dijo con vos trémula la condesa al príncipe de Buttera.

—No por Dios, señora, respondió el príncipe; hay aquí alguno que le conozca?”

Todos se miraron unos á otros, pero nadie respondió.

“Con permiso de V. E., dijo Paulo Tomasi echándose mano al sombrero, yo lo sé.

—Y quién es, señor sargento?

—Pascual Bruno.”

La Condesa lanzó un grito y se desmayó : este incidente puso fin al sarao.

Una hora despues estaba el príncipe de Buttera en su despacho, sentado en su bufete, poniendo en orden algunos papeles, cuando entró muy ufano y cuellierguido el mayordomo.

—Qué hay, Giacomo ? dijo el príncipe.

—Bien decia yo, señor....

—Vaya, qué decias ?

—Que la bondad de V. E. le daba alas....

—A quién ?

—Al capitan Altavilla....

—Pues, qué ha hecho ?

—Qué ha hecho, señor !... Ya se acordará V. E. do que le advertí que se metia diariamente su cubierto de plata en el bolsillo....

—Y, qué mas ?

—Y que V. E. respondió que mientras no se metiese mas que el suyo no habia nada que decir.

—Y luego ?

—Pues señor, hoy no solo se ha metido el suyo, sino todos los que ha podido pescar, por que faltan ocho.

—Eso ya es otra cosa dijo el príncipe.

Cogió un pliego de papel de cartas y escribió —

“El príncipe Hércules de Buttera tiene el honor de noticiar al capitan Altavilla, que no pensando seguir comiendo en su casa y, viéndose privado por esta circunstancia casual, del placer de recibirle en adelante, le suplica que acepte la friolera que le envia, como una indemnizacion del trastorno que causará en sus hábitos esta determinacion.”

Toma, continuó el príncipe entregando cincuenta onzas

al mayordomo ; lleva mañana esta carta y este dinero al capitán Altavilla.

Giacomo, que sabía muy bien que cuando el príncipe había dicho una cosa era escusada toda réplica, hizo un saludo y salió de la estancia ; el príncipe continuó con suma cachaza arreglando sus papeles, hasta que al cabo de diez minutos, oyendo un ligero rumor á la puerta de su gabinete, levantó la cabeza y vió una especie de jayan calabrés en pié á diez pasos de su mesa, con el sombrero en una mano y un lio en la otra.

—Quién vá dijo el príncipe.

—Yo, señor, respondió una voz.

—Y quién eres tú ?

—Pascual Bruno.

—Y qué ocurre ?

—En primer lugar, señor, dijo Pascual adelantándose y volcando sobre la mesa su sombrero lleno de oro, vengo á traer á V. E. las trescientas onzas que tuvo la bondad de prestarme. Han servido para lo que dije:—la Venta está reedificada.

—Hola, hola ! parece que eres hombre de palabra : vaya, me alegro.

Pascual inclinó la cabeza.

Ademas, añadió despues de una breve pausa, vengo á devolver á V. E. ocho cubiertos de plata con sus armas y la cifra de su nombre, que me he hallado en los bolsillos del capitán Altavilla, que probablemente los robaria en esta casa.

—Pardiez ! dijo el príncipe, no deja de tener gracia que seas tú el que me los devuelve.

Y ahora, qué traes en ese lio ?

Himno.

CANTADO EN EL COLEGIO REPUBLICANO FEDERAL
DE BUENOS AIRES EN EL ULTIMO DIA DE LOS
EXAMENES—AÑO DE 1844.

—Musica del Sr. Casali—

CORO.

¡Juventud Argentina triunfante!
De las luces cantad la victoria,
Y mil lauros de honor y de gloria
Vuestra cien juvenil señirán.

1.

Del Olimpo en la cumbre eminente,
De laureles, de mirtos y rosas,
Las Deidades, coronas preciosas
Tejen hoy entre dulce cantar;
Y á los hijos del suelo Argentino,
Que las artes y ciencias adoran,
Sus canciones divinas honoran,
Y prometen de dicha colmar.

CORO &a.

2.

Escuchad juventud bien-hadada
Entusiasta su acento sonoro,
Y la historia en sus páginas de oro
Vuestro nombre celoza pondrá—
Poderoso será vuestro suelo,
Triunfará vuestro Patria querida,

Y en el Orbe ilustrado aplaudida
Su gloriosa memoria será.

Coro &a.

3.

No mil cetros quebrados con brio,
No coronas sin cuento arrancadas,
No legiones en sangre bañadas
Nombre dieron á Grecia inmortal—
La cultura, el saber, los talentos,
Que en su seno feliz florecieron,
Perpetuar sus honores pudieron
Y acordarla una gloria eternal.

Coro &a.

4.

Hoy el Héroe ilustrado, que al frente
De un gran pueblo se vé colocado,
Vuestro orgullo fomenta embriagado
De alhagüena esperanza y placer ;
Y de gloria á los lauros convida
Vuestros pechos cedientos de honores,
Saludando con premios mayores
Al que mire en la lucha vencer.

Coro &a.

5.

Por do quier los aplausos resuenan
Y retumban sonoros clamores,
Celebrando los puros honores,
Que hoy recoge el audaz vencedor—

En la lid los atletas rendidos
 De ese jóven la frente ceñendo
 Van el carro del triunfo siguiendo,
 En sus rostros pintado el rubor.

Coro &a.

6.

¡ Loor eterno al magnánimo jóven,
 Que escuchando la voz de Minerva,
 En su pecho inocente conserva
 A sus templos sagrados amor ! . . .
 Porvenir lisongero y brillante
 En sus fastos se mira gravado,
 Y en la cumbre del Monte sagrado
 Luce ya su futuro esplendor.

Coro.

¡ Juventud Argentina triunfante !
 De las luces cantad la victoria,
 Y mil lauros de honor y de gloria
 Vuestra sien juvenil ceñirán.

—◆—
La Inmortalidad.
 —◆◆—

“ La luña que flotando se mecía
 “ En el azul del Cielo adormecido,
 “ Seguirá al fin sus moribundas huellas,
 “ Llevando en pos las lánguidas estrellas.

ZORRILLA.

¡ Sol misterioso que giras
Trazando eterna figura,
Y presidiendo á natura
Su rodar eterno miras !

Tú, Señor, del firmamento
Que gobiernas poderoso,
¡ Sabes si el órbe, reposo
Tuvo, ó tendrá algun momento ?

Las regiones que dominas
Y forman tu vasto imperio,
¡ Serán siempre el gran misterio,
Cuya esplicacion mezquinas ?

¡ Astros, mansiones del Cielo !
Yo os consulto encarecido :
Vuestro éco suene en mi oído,
Y rázguese vuestro velo.

¡ El momento aun no llegó
De terminar la carrera,
Donde el Criador os pusiera
Cuando del Caos os llamó ?

Siglos, naciones, grandeza
Pasaron, fueron, no son ;
¡ Y á vuestra eterna pureza
No ha puesto el tiempo un borron ?

¡ Solo el hombre es desgraciado
De la tierra en la mansion ?

¿ Solo el hombre es condenado
A nacer para el panteon ?

¿ Mortal, curioso, atrevido
¿ Silencio ! un éco exclamó ;
Y el Universo destruido
De esta suerte me mostró.

“Mira, me dijo, esa planta
“Que nace, crece, y matiza
“La pradera con la manta . . .
“De su flor que al alma hechiza.

“Mira, me dijo, esa nube
“Que se eleva de la mar
“¿ Cuan veloz se aumenta y sube
“De los aires á la par.

“Mira, me dijo, ese prado
“Que ha el invierno blanquecido
“Y se ostenta coronado
“De capullos guarnecido.

“Mira, me dijo, del Cielo
“Las auríferas estrellas,
“Sobre el azulado velo
“¿ Tan cándidas y tan bellas !

¿ Has visto nacer las flores ?
¿ Viste el prado encanecer ?
¿ Nubes formar los vapores,
“Y á ninguno perecer ?

“¿Has visto del firmamento
 “Las lámparas encendidas,
 “En perpetuo movimiento
 “De su zénit suspendidas ?

“Pues bien, escucha ¡ mortal !
 “El fin de toda existencia :
 “Que á la humana y celestial
 “Preparó la Omnipotencia.

“Se muestra la flor naciente
 “Bella, elegante, olorosa ;
 “Descubre, empero, su frente
 “El sol, y muere la hermosa.

“Se ven de nieve vestidos
 “Bosques, colinas y prados ;
 “Mas corroen sus tegidos
 “Los rayos del sol dorados.

“Del vasto Océano levanta
 “La nube eléctrico fuego,
 “Corre do quiera, y espanta
 “Con su ruido errante y ciego ;

“Mas surca el viento impetuoso
 “El espacio en raudo vuelo,
 “Y disipa poderoso
 “La nube en el alto Cielo—

“Las estrellas resplandecen
 “En medio de noche oscura ;

“Mas las estrellas perecen,
“Al rayar el alba pura.

“Todo, mortal, todo es nada
“En la tierra maldecida ;
“Y es solo ilusion dorada,
“La que el hombre llama vida.

“Solo tú, cuyo alimento
“Es siempre la desventura ;
“Solo tú que al firmamento
“Preguntas que por qué dura ;

“Serás el único ser,
“Que vivirá cuando el mundo
“Vuelva á la nada de ayer,
“A entrar en el caos profundo.

“El alto Cielo, que adora,
“Esa tu dulce ilusion,
“Oirá la trompa sonora
“Del Juez supremo de Sion.

“E inclinará la cabeza,
“Volviendo al primer reposo,
“Y perdiendo la grandeza,
“Que hoy despliega magestuoso.

“El mundo vivo, el inerte
“Astros y cuanto hay criado
“Las banderas de la muerte
“Seguirán con rostro airado.”

Culló el éco misterioso
Al llegar á esta espresion,
Dejando en dulce reposo
Mi afligido corazon.

Tenia en mi alma gravada
Aquella nota sublime :
“Todo, mortal, todo es nada
“En la tierra que te oprime.

“Solo tú, cuyo alimento
“Es siempre la desventura ;
“Solo tú que al firmamento
“Preguntas que por qué dura.

“Serás el único ser
“Que vivirá, cuando el mundo
“Vuelva á la nada de ayer,
“A entrar en el Caos profundo.”

Y en mi suerte complacido
Me alegraba en repetir :
Solo el hombre ha merecido
Al mundo sobre-vivir.

Infeliz es el impío
Que, con esperanza vana,
Duerme esta noche, y mañana
Desciende al sepulcro frio.

NOVIEMBRE 26 DE 1844.

ALMANAQUE.

—17 DE JUNIO—

- 1271—El Príncipe Eduardo, despues Eduardo I, fué herido con puñal por un asesino en la Tierra Santa. La reina su esposa, extrajo el veneno chupándole la herida.
- 1696—Muerte de Juan Sobieski, el heroico y magnánimo Rey de Polonia ; el guerrero mas célebre de su época, reinó 22 años, y era uno de los mas decididos protectores de las artes y las ciencias.
- 1719—Muerte de Addison literato Inglés.
- 1762—Muerte de Crébillon, poeta dramático Frances.
- 1775—Batalla de Bunker's-hill. Sobre la eminencia de este nombre, cerca de Boston, tuvo lugar un encuentro muy sangriento entre las tropas Británicas y las Americanas, en el que estos cedieron el campo.

¡ VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA !
 ¡ Mueran los Salvages Unitarios !

DISCURSO

*PRONUNCIADO POR ALEJOS GONZALEZ, AL ABRIRSE
 LOS EXAMENES DE LA CLASE DE RETORICA DA-
 DOS POR EL COLEGIO FILANTROPICO-BONAE-
 RENSE.*

Conducido siempre el hombre por el instinto de su felicidad, se dirige hácia el puerto que pueda presentársela.

Todas sus acciones, todos sus hechos acreditan ésta su inclinación natural; en los errores, en los crímenes, en los actos mas nefandos encontrareis, Señores, conspicuamente demostrada esta verdad, si reflexionais detenidamente sobre su origen, sobre sus fines. Un perturbador de la tranquilidad pública, ¿qué se propone en el desarrollo de sus temerarios planes? ¿Cuál es el término de sus criminales designios? El vé tranquilamente correr por dó quiera el horror, la desolacion, la muerte, y aunque esta intranquilidad, aunque estos hechos pugnen con su razon, sin embargo, busca él su felicidad individual y no escusa sus medios. El busca su propio engrandecimiento, y, aunque haciendo flamear el estandarte de la rebelion, huelle lo mas sagrado, infrinja las leyes patrias, proscriba las ciencias y obligue las artes á abandonar sus talleres, todo, todo lo mira desaparecer con tranquilidad, y si la inmensa bóveda del universo se desplomára, con despecho la vería precipitarse estruendosa sobre él, sepultándose gozosamente entre sus ruinas; porque desaparecian con él los objetos de su ambicion. ¡Cuántos males! ¡Cuántas desgracias no brotan de tan ominosa, tan nefanda pasion! Si somos pues inclinados á nuestra felicidad. ¿Cuáles serán los medios mas adecuados para hallarla? ¿Cuáles exige nuestra propia naturaleza? Voy á demostrarlo. Voy á probar que la elocuencia contiene en su seno el gérmen de la felicidad y de la grandeza del individuo y de la sociedad.

Es sin duda la elocuencia, Señores, un don divino otorgado al hombre para transmitir sus pasiones á sus semejantes, realizándose en esta concesion la obra mas perfecta que salió de la mano del Hacedor del Universo. Ella nace con el hombre, y aunque haya sufrido sus baibenes, y tenido sus épocas, hasta parecer que hoy llega su apogeo, aunque la

veamos mas acrisolada, mas ilustre, deberá ciertamente á la perfeccion de los preceptos que la pulimentan y debemos confesar que el arte no la forma, sino que la naturaleza la inspira. Considerad los ejemplos que el mundo os presenta. Examinad nuestra historia y ella os presentará rasgos heroicos adornados con lo mas vehemente, lo mas patético de la verdadera elocuencia. Oid al Rey de Tezcucó que exorta á los Mejicanos. . . . Á qué aguardamos, (les dice) amigos y parientes, que no abrimos los ojos al oprobio de nuestra nacion y á la vileza de nuestro sufrimiento? Nosotros que nacimos á las armas, y ponemos nuestra mayor felicidad en el terror de nuestros enemigos ¿doblamos la cerviz al yugo afrentoso de una gente advenediza? Qué son sus atrevimientos sino acusaciones de nuestra flojedad, y desprecio de nuestra paciencia? Prendieron al gran Motezuma, sacándole violentamente de su palacio; y no contentos con ponerle guardias á nuestra vista, pasaron á ultrajar su persona y dignidad con las prisiones de los delinquentes. ¿Quién habrá que lo crea sin desmentir á sus ojos? ¡Oh verdad, ignominiosa, digna del silencio y mejor para el olvido! Luego el arte, Señores, perfecciona los rasgos elocuentes hijos de una alma apasionada. Mirad los habitantes de las montañas escarpadas, mirad los habitantes de lejanos montes como huyen pavorosos del conquistador y entre el furor de las armas y la inclemencia de la victoria, muchos se salvan, porque sus lamentos, sus súplicas y querellas persuaden y conmueven: he aquí los rasgos de la verdadera elocuencia. Si solo al arte ellos se deben, quién se lo enseñó á aquestos habitantes de las soledades? ¿Dó los bebieron? Luego debemos concluir que la elocuencia se concedió al hombre por la Divinidad y que el arte solamente perfecciona este inculto

tesoro. Grandes fueron las dádivas de la naturaleza, perfectas en sí, inmensas sus ramificaciones, de modo que las obras inventadas por el hombre tienen de ellas una suma de dependencia. A la verdad las delicias de la poesía desaparecerían, Señores, sino las nutria y corroborara la elocuencia: la música misma perdería su poder sobre nuestro corazón si ella no la enseñase á impulsar nuestros afectos. A quién deben su grandeza, y felicidad todas las artes? La agricultura, la pintura, de quién reciben su poderoso aliciente? sino de la elocuencia. Yo recorro los pueblos del Universo, yo examino sus épocas, y veo á los magnánimos Reyes Macedonios que caudalosamente propagan máximas elocuentes, filosóficas y que llevan en sus Pueblos las artes al colmo de su grandeza. Los tiempos de Cesar y Augusto se recuerdan todavía con entusiasmo y placer y solo el nombre de Roma bajo su imperio nos revela su poder y magnificencia. Yo veo Señores, trasplantarse de la Grecia á la Italia las artes, que allí obtienen sus alabanzas, y ellas en recompensa la otorgan una gloria sólida que el tiempo no pudo disminuir; hable Florencia, respondan sus suntuosos monumentos y seréis vosotros convencidos. La España, la Europa toda, la misma América, qué cuadro nos presentan? su magnanimidad, su heroísmo, su fama inmortal quién los produce? dónde hallaremos la raíz de tan fécondos y lozanos vástagos? dónde está la eléctrica fuerza con que se propagan por do quiera? Cómo penetrando el corazón se enseñorean de él? Por la elocuencia, Señores, que radiando su poder sobre las perfecciones ya físicas ya morales, las anima, mantiene y corrobora. ¿Qué sería del orador? ¿qué del político? ¿qué del guerrero? ¿persuadirían sin la elocuencia? ¿cubrirían sin ellas sus opiniones con el mando de la justi-

cia y verdad? ¿podrian sin este fuego que todo lo inflama, podrian, digo, manifestar el camino de la gloria y de la felicidad, medios necesarios para afianzar y corroborar sus opiniones? Sin ella, Señores, las ideas de Patria, guerra, paz, justicia y todas las demas perfecciones metafísicas estarian despojadas de aquellas dotes, arrobadores de aquellos encantos tan seductores, que nos impelen muchas veces á acciones heroicas á sublimes virtudes. ¡Oh fuego incomprendible de la elocuencia, que radiando á todas partes tus intensos rayos produces los mas admirables efectos! En sí admiro la dádiva mas cuantiosa gratuitamente concedida por la Divinidad; en tí reconozco un poderoso móvil para armonizar y perfeccionar las sociedades, y por tí en fin, veo al hombre mas semejante á su hacedor.

Yo acato su nombre, sacrificio holocaustos en las aras que se consagraron los mortales, y convencido de su eficacia para cumplir mis aspiraciones á tí solo me consagro y de tí todo lo espero, verdad es que muchos se sirvieron de su poder para propagar sus máximas y radicar sus funestos principios; verdaderamente como cundieron las doctrinas de Volter, Rusó, Volney, Tluderoc y sus sectarios. ¿Cómo demudaron las costumbres, menoscabaron la Religion y subyugaron por decirlo así á sus caprichos la Patria y gobernantes? ¿Cómo encendieron el gas de la discordia y produgeron catástrofes tan horribles en todas las Naciones del Universo? ¿Ignorais vosotros, señores, que por la elocuencia? Luego concluiremos que ella es perjudicial á la comunidad social, que debemos proscribirla, aniquilarla? Recordemos antes de fulminar tan tremendo fallo que las leyes mas justas se tachan, se vituperan, no adoleciendo ellas sino sus observadores; traigamos á la memoria que la Religion misma sellada

por la mano de la Divinidad, la Religion que ilustra cuanto afecta, se ha combatido y acusado por los acontecimientos deplorables, por los actos inhumanos que practicaron hombres que se constituyeron intérpretes y arbitrarios aplicadores de unas leyes Divinas é inmutables, que teniendo por carácter la piedad, ellos osados mancharon tantas veces con sangre inocente en sus espantosos tribunales. ¿ La Religion misma Señores, no causa desvarios en la razon cuando toca el exceso? Nosotros vemos que muchos pueblos deploran las desgracias que produjo el mistisismo, y nosotros mismos hemos experimentado desgraciadamente sus enérgicos y destructivos efectos. Luego qué condenaremos, la religion ó sus abusos? Sus abusos, Señores, sin que estos puedan jamas destruir ni alterar lo esencial del objeto ni variar en nada su naturaleza. Demostrado, pues, que la elocuencia es el principio de la felicidad y grandeza sociales, nada me resta condiscipulos, sino exhortaros, que os consagreis al estudio de las ciencias, porque ellas son el resultado de la elocuencia, que cultiveis las artes para dar honra á nuestra Patria, para que florescan los Pueblos de la Confederacion Argentina, se radiquen en ellos la paz, se propague la ilustracion, y si hoy nuestra Capital es el ara de estos mismos Pueblos por el pacto inviolable que se selló con los mas solemnes juramentos diez y nueve años há, sea luego un caudaloso manantial que vierta corrientes científicas y artísticas y todo género de perfeccion social para el engrandecimiento y gloria de estos mismos Pueblos.

Vos ó Pueblo Porteño, vos tributais honores al vencedor en el Campo de Marte, conceded mayores encomios y alabanzas al que triunfáre en la arena literaria porque su victoria es mas ilustre mas útil á la sociedad, porque la guerra sin

ser dirigida por hombres científicos, la podemos conciderar con propiedad como un cuerpo sin alma que recibe su impulsión de una causa exterior porque su éxito feliz á ella se debe, y porque ellas, es decir, las ciencias impiden que sus crueldades, sus horrores hijos de la barbarie sean mas funestos consultando aun en esto el auge y la dicha de las sociedades. Luego las ciencias gérmen de la felicidad deben ser vuestro embeleso. Deben ser el objeto de vuestras aspiraciones, jóvenes, porque así lo clama nuestra naturaleza, la Patria así lo exige, vuestros deberes se llenarán entónces con esplendor, y recogeréis el lauro de la victoria por haber correspondido al interes, al celo del gran Padre de nuestra Patria, el Magnánimo Rosas, á los sacrificios de nuestras familias, y obtendreis tambien la inmortalidad de los héroes, por haber encumbrado á la Patria nuestra al emporio de la grandeza. Condiscipulos, repetidos triunfos obtenidos en los combates bélicos han acordado á nuestro Pueblo el dictado de invencible, descuella ahora en las ciencias, perfecciónese en las artes, pulimentese con la elocuencia y se ofrecerá la gran sociedad Argentina á los pueblos de la encanecida Europa como un modelo de valor y sabiduria.

He dicho—

PASCUAL BRUNO.

(CONTINUACION)

—Traigo en este lío, dijo Bruno, la cabeza de un miserable que ha abusado de la hospitalidad de V. E. y que le ofrezco como una prueba del afecto que le he jurado.

Esto diciendo, soltó Pascual Bruno los nudos del pañuelo, y cogiendo por los pelos la cabeza del capitán Altavilla, chorreando sangre, la puso sobre la mesa del príncipe.

—Y qué diablos quereis que haga de semejante agasajo? dijo el príncipe.

—Lo que V. E. quiera, señor, respondió Pascual Bruno y haciendo un profundo saludo, se retiró inmediatamente.”

El príncipe de Buttera, solo ya, permaneció un momento con los ojos clavados en aquella cabeza, meciéndose en su sillón y silvando su “canzoneta” predilecta; luego tiró de una campanilla y acudió el mayordomo—

—“Giacomo, le dijo el príncipe, es inútil que vayas mañana por la mañana á casa del capitán Altavilla; rompe la carta, guárdate las cincuenta onzas y tira esa carroña al bazarero.

VIII.

En la época en que pasaban los sucesos que vamos refiriendo, es decir, hácia principios del año 1804, estaba la Sicilia en aquel estado semi-salvaje, de que la medio sacaron la residencia del rey Fernando y la ocupación de los Ingleses; el camino que comunica actualmente de Palermo á Mesina, pasando por Taormina y Catania, no se había construido todavía, y el único que era, ya que no bueno, á lo menos transitable, para pasar de una capital á otra, era el que costaba la orilla del mar, pasando por Termini y Cefalú, y que abandonado por su nuevo rival solo se vé frecuentado en el día por los artistas que buscan los magníficos puntos de vista que á cada instante ofrece. Los únicos medios de viajar por aquel camino, donde no se había establecido ningún servicio de postas, eran pues antiguamente como ahora, los machos, la litera de dos caballos, ó el carruaje propio con tiro

enviados de antemano, y dispuestos de quince en quince lenguas de modo que en el momento de ponerse en camino para Mesina, adonde le habia escrito que fuese á reunirse con él el príncipe de Carini, tuvo que elegir entre estos tres medios la condesa Gemma de Castelnuovo. El viaje en machos era demasiado fatigoso y molesto para ella; el viaje en litera, amen de los inconvenientes anexos á este modo de caminar de los cuales el primero es la lentitud, ofrece además la incomodidad de causar mareos; decidióse pues la condesa sin titubear por ir en su coche, y envió de antemano cuatro firos que debian aguardarla en las cuatro diferentes paradas que pensaba hacer en el camino, es decir, en Termini, en Cefalu, en Santa Agata y en Melazo.

Además de esta primera precaucion, concerniente al mero transporte material, estaba el correo encargado de tomar otra, que era la de reunir en los puntos precitados la mayor parte de víveres posible, precaucion importante y que no nos cansaremos de recomendar á los que viajen por Sicilia, donde no se halla literalmente hablando, nada que llevar á la boca en las posadas, y donde por lo comun no son los posaderos los que dan de comer á los viajeros, sino viceversa. Así es que la primera recomendacion que á uno le hacen al llegar á Mesina y la última que recibe al salir de este pueblo, punto ordinario de partida, es la de bastecerse de provisiones, comprar un ajuar de cocina y alquilar un cocinero: todo esto aumenta habitualmente el bagaje en dos machos y un hombre que, modestamente avaluados al mismo precio ocasionan un exceso de gasto de tres ducados diarios. Algunos ingleses espertos añaden á esta caravana un tercer macho á quien ponen á cuestras una tienda de campaña; y preciso será que confesemos aquí, á pesar de nuestra predi-

lección hácia aquel magnífico país, que esta última determinación, si bien menos indispensable que las otras, no por eso deja de ser muy provechosa, atendido el lamentable estado de las ventas que se hallan en el camino y que, al par que carecen de los animales más necesarios á las primeras necesidades de la vida, están increíblemente pobladas de todos aquellos que no sirven más que para darla tormentos. La multiplicidad de estos últimos es tal y tan grande que he visto á varios viajeros caer enfermos, por falta de sueño, y tan completa también la escasez de los primeros, que he solido hallar ingleses que, después de haber agotado sus provisiones, deliberaban gravemente si harían bien en comerse á su cocinero, que les era absolutamente inútil. A tal estado estaba reducido en el año de gracia 1804, la fértil y blanda Sicilia que, en tiempo de Augusto, mantenía á Roma con las sobras de sus doce millones de habitantes.

Yo no sé si sería un sábio gran conocedor de Sicilia antigua, pero ciertamente era un observador que poseía muy á fondo la Sicilia moderna, aquel cuya cena estaban preparando una noche en la posada "Della Croce," posada que acababa de ser reedificada con las trescientas onzas del príncipe de Buttera, y que estaba situada en el camino de Paterno á Mesina, entre Ficarrí y Patti.

La actividad del posadero y de su muger que, dirigidos por un cocinero extranjero, se ejercitaba justamente sobre todo linaje de comestibles, caza, pesca y repostería, probaba que el sugeto para quien las sartenes, los hornos y los asadores andaban en revolución, no solo trataba de no carecer de lo necesario, mas era también muy partidario de lo supérfluo. Venía de Mesina, viajaba con carruaje y caballos propios, se había detenido en aquella Venta porque el sitio le agrada-

ba y había sacado de su equipage todo lo necesario á un consumado Sibarita, desde las sábanas hasta la plato, desde el pan hasta el vino. Apénas se hubo apeado, hizose llevar al mejor cuarto, encendió en pebeteros de plata esquisitos perfumes, y aguardó á que estuviese dispuesta su comida tendido en una rica alfombra turca, fumando en una pipa de ambar el mejor tabaco del monte Sínay.

Ocupado estaba en seguir con la mayor atencion las nubes de aromático humo que salian de su lábio é iban á condensarse en el techo, cuando se abrió la puerta del cuarto, y el posadero, seguido de un criado con la librea de la condesa, se detuvo á la entrada respetuosamente.

—“Señor escelentísimo! dijo el buen hombre, saludando hasta el suelo.

—Qué hay? preguntó sin volver la cabeza con un acento maltés muy marcado.

—Es la princesa Gemma de Castelnuovo que....

—Y bien?

—Que tiene que detenerse en mi pobre posada, porque uno de los caballos cogéa en términos de no poder seguir adelante....

—Y qué mas?

—Y que se proponia, no habiendo contado con este percance cuando salió esta mañana de Santa Agata, ir á pasar la noche en Melazzo, donde la esperan sus tiros, de modo que no tiene ninguna provision....

—Decid á la condesa que mi cocinero y mi despensa están á sus órdenes.

—Mil gracias en nombre de mi señora, dijo el criado; pero como sin duda la condesa tendrá que pasar la noche en esta posada, en atencion á que hay que ir á buscar los tiros

á Melazzo y traerlos aquí, y á que no tiene provisiones para esta noche ni para mañana, me envia á preguntar á V. E. si tendrá la galantería de....

—Mas puedo ofrecer á mi señora la condesa, interrumpió el viajero; aquí tiene, si quiere aceptarle, mi cuarto ya preparado, pues por lo que á mi toca, soy hombre, estoy acostumbrado á las fatigas y á las privaciones y me contentaré con otro cuarto cualquiera. Bajad pues á prevenir á la condesa que puede subir cuando guste y que la habitacion está desocupada, mientras nuestro digno huésped trata de aposentarme lo menos mal que pueda.—Dicho esto, se levantó el viajero y siguió al dueño de la venta; el criado bajó inmediatamente á desempeñar su comision.

Aceptó Gemma la oferta del viajero como una reina á quien paga tributo su vasallo, y no como una señora á quien hace un obsequio un caballero; estaba tan acostumbrada á ver plegarse todo á su voluntad, ceder á su voz, obedecer á su ademan, que miró como de todo punto sencilla y natural la suma amabilidad del viajero. Verdad es que estaba tan hechicera cuando se encaminó á la estancia, apoyada en el brazo de su doncella, que todo debía inclinarse delante de ella; llevaba un traje de camino de la mayor elegancia, en forma de amazona (1) corto, ceñido á los brazos y al pecho, y prendido por delante con alamares de seda; llevaba puesto al rededor del cuello, por miedo del frio de las montañas, un adorno desconocido en aquella época en nuestro pais, donde luego se ha generalizado tanto, y que consistia en un boa de marta que habia comprado el príncipe de Carjni á un

(1) *Vestido de montar à caballo que usan las señoras.*

traficante maltés que la traía de Constantinopla ; llevaba en la cabeza un gorrito de terciopelo negro de capricho, semejante á los que usaban en la edad media, y de aquella gorra caían sus largos y magníficos cabellos risados á la inglesa. Sin embargo, por muy preparada que estuviese á hallar una estancia adornada para recibirla, no pudo menos de pasmar-se, al entrar, del lujo con que habia hecho desaparecer el viajero incógnito la pobreza del cuarto: todos los utensilios del tocador eran de plata ; los manteles y cerbilletas que cubrían la mesa eran finísimos, y los perfumes orientales que ardian sobre la chimenea parecían destinados á embalsamar un serrallo.

—“Verdaderamente, Gidsa, que parece que estoy predestinada,” dijo la condesa ; un criado torpe hierra mal mis caballos, me veo precisada á detenerme, y un génio benéfico, que me vé apurada, me abre en el camino un palacio encantado.

—No tiene alguna sospecha mi señora la condesa de quien puede ser ese genio benéfico ?

—No por cierto.

—Pues se me figura . . . no sé si debiera decirlo . . . se me figura que la condesa debería adivinarlo.

—Te protesto, Gidsa, dijo la condesa dejándose caer en un sillón, que no caigo en quien pueda ser. Y tú, que sospechas, veamos ?

—Me parece que es muy natural . . .

—Qué ?

—Que S. A. el Virey, sabiendo que V. E. se habia puesto en camino, no haya tenido paciencia para esperar su llegada, y que . . .

—Oh ! pues ya se vé que es sumamente probable tu

idea!... En efecto, quién sino él hubiera preparado para cedérmelo un cuarto tan bien provisto de todo? Pero mira, es menester que no nos demos por entendidas de nada: si esto es una sorpresa que me prepara Rodolfo, quiero abandonarme á ella enteramente para no perder ni una sola de las dulces sensaciones que ha de causarme su inesperada presencia. Quedamos pues en que no es él; en que este viajero es un desconocido cualquiera; con que así, quédato con tus probabilidades y déjame mi duda: además si fuera él, yo seré la que he adivinado su presencia y no tú, estás?... Qué bueno es conmigo, mi Rodolfo!... cómo piensa en todo! ... cómo me ama!

—Y cree V. E. que esa cena preparada con tanto esmero?... .

—Psit!... yo nada creo; me aprovecho de los bienes que Dios me envía y á nadie se los agradezco mas que á Dios... Qué plata tan bien labrada! es una maravilla. Si no hubiese hallado á este noble viajero, cómo me hubiera compuesto para comer en otra casa? Mira ésta copa de oro... no parece cincelada por Benvenuto (1)? Dame de beber, Gidsa.

Llenó la camarera la copa de agua y echó en ella después algunas gotas de malvasia de Lípari: bebió la condesa dos ó tres sorbos, pero evidentemente mas por el gusto de acercar la copa á los labios que por sed. No parecía sino que intentaba por el contacto simpático de su boca, adivinar si era en efecto su amante el que de aquella suerte había pre-

(1) *Benvenuto Cellini, célebre escultor y platero florentino del siglo XV.*

visto todas sus necesidades de lujo y magnificencia, cosas superfluas á la verdad, pero que tan necesarias llegan á hacerse para el que se ha acostumbrado á ellas desde la infancia.

Sirvieron la cena; la condesa comió como una muger elegante, picando de todo á la manera de los colibris (1), de las abejas y de las mariposas, distraida y fastidiada, clavados continuamente los ojos en la puerta, estremeciéndose cada vez que aquella puerta se abría, oprimiendo el pecho y los ojos húmedos; luego poco á poco cayó en una deliciosa languidez que ni ella misma sabía á qué atribuir, Gidsa lo notó, no sin inquietud.

“Se siente V. E. desazonada, señora? la dijo.

—No, respondió Gemma con débil voz; pero no te parece que estos perfumes se suben á la cabeza?

—Quiéres V. E. que abra la ventana?

—No, no: se me figura que voy á morir, es verdad, pero tambien me parece que es muy dulce la muerte. Quítame este gorro que me abrumba la frente.”

Obedeció Gidsa, y los largos cabellos de la condesa cayeron en ondas hasta el suelo.

“No sientes algo parecido á lo que siento yo, Gidsa. Me parece que me corre por todo el cuerpo un bienestar desconocido, un no sé qué de celeste: por fuerza habré bebido algun filtro encantado. Ayúdame á levantarme y llévame enfrente de ese espejo.”

Sostuvo Gidsa á la condesa y la ayudó á llegar hasta la chimenea: luego que estuvo allí se apoyó de codos sobre el mármol reclinó el rostro sobre sus manos y se miró.

(1) *Pajarito de Indias, sumamente gracioso y vivo.*

(N. DEL AUTOR)

“Ahora, dijo, haz que se lleven todo eso, desnúdame y déjame sola.”

Hízolo así la doncella, los criados de la condesa quitaron la mesa, y luego que se hubieron retirado cumplió Gidsa la segunda parte de la orden de su señora, sin que se moviese ésta de delante del espejo; solo levantó indolentemente los brazos, uno despues de otro, para dar á su camarera la posibilidad de desempeñar su encargo, lo que hizo hasta al fin sin que saliese la condesa de la especie de éxtasis en que estaba engolfada; luego, en fin, como su señora se lo habia mandado, se retiró dejándola sola.

Terminó la condesa maquinalmente y en un estado semejente al sonambulismo lo que faltaba de su nocturno tocado, se metió en la cama, permaneció algunos momentos incorporada en su lecho con los ojos clavados en la puerta; luego en fin, poco á poco y á pesar de sus esfuerzos por no dormirse, se cerraron sus párpados, se dejó caer sobre sus almohadas exalando un largo suspiro y repitiendo en voz balbuciente el nombre de Rodolfo.

A la mañana siguiente, alargó Gemma el brazo como si creyera hallar á alguno á su lado, pero estaba sola. Vagaron entónces sus miradas por todo el cuarto, y fueron en fin á fijarse en una mesita que tenia junto á su cama; sobre aquella mesa habia una carta abierta. Tomóla y leyó lo que sigue—

“Señora Condesa :

“En mi mano estaba tomar de vos una venganza de bandolero, y he preferido proporcionarme un placer de príncipe; pero para que al despertaros, no creais haber soñado, os dejo una prueba de realidad. Miraos al espejo.

“Pascual Bruno.”

PASCUAL BRUNO.

(CONTINUACION)

Púsose Gemma pálida como la muerte; un sudor frío cubrió su frente; estendió la mano al cordon de la campanilla para llamar, pero conteniéndose por efecto de un instinto mugeril, echó el resto de sus fuerzas, saltó de la cama, se llegó al espejo, y lanzó un grito:—Tenia la cabeza y las cejas afeitadas.

Inmediatamente se cubrió con un velo, se metió en su coche y volvió á Palermo.

Apenas estuvo de vuelta en su quinta, escribió al príncipe de Carini que su confesor, para espacion de sus culpas, la habia mandado afeitarse el cabello y las cejas, y encerrarse por un año en un convento.

IX.

El día 1.º de Mayo de 1805 habia gran jarana en el palacio de Castelnuovo: Pascual Bruno estaba de buen humor y daba de cenar á uno de sus mejores amigos, llamado Plácido Meli, honrado contrabandista de la aldea de Gesso, y á dos mozuelas que este último habia traído consigo de Messina con ánimo de pasar una noche de broma. Este amigable propósito le habia llegado á Bruno muy al alma, y para no quedarse inferior en cortesía á un compañero tan prevenido, se habia encargado de hacer á aquella buena gente los honores de su casa; á este fin habian salido de la bodega de la pequeña fortaleza los mejores vinos de la Sicilia, de la Calabria, los mejores cocineros de Bausso habian rivalizado en

actividad y celo, y todo aquel lujo singular en que se complacía á veces el héroe de nuestra historia se habia desplegado en obsequio de las circunstancias.

Iba la orgía animándose mas de lo justo, aunque no estaban los convidados todavía mas que al principio de la cena, cuando entregó Alí á Plácido una esquila de un pastor de Gesso. Leyóla Plácido y fagando colérico el papel—

—“ Por la sangre de Cristo, exclamó, qué escoge bien su tiempo ese diablo de hombre !

—Pues qué hay, compadre ! dijo Bruno.

—Qué ha de haber ? El capitan Luigi Cama de Villa-San-Giovani . . .

—Ah ! dijo Bruno, nuestro contratista de ron ? . . .

—El mismo, respondió Plácido ; me envia á decir que está en la playa, y que tiene nada menos que un cargamento entero de que quiere deshacerse antes de que olfateen los guardas-costas su llegada . . .

—Los negocios ante todas cosas, compadre, dijo Bruno. Se te esperará ; así como así estoy bien acompañado, con qué, á menos de que tardes en volver, hallarás de todo lo que dejes y mas de lo que podrás engullir.

—Es cosa que se despacha en una hora, repuso Plácido como cediendo á las instancias de su huésped ; el mar está de aquí á unos quinientos pasos . . .

—Y tenemos toda la noche por nuestra, dijo Pascual.

—Buen apetito, compadre.

—Buen viaje.”

Salió Plácido, Bruno se quedó con las dos princesas y como se lo habia prometido á su convidado, no padeció en lo mas mínimo de resultados de aquella ausencia la animacion del festin ; Bruno era amable por dos, y la conversacion y

la pantomima empezaban á ir pasando de raya, cuando se abrió la puerta y entró un nuevo personaje. Volvióse Pascual y reconoció en el recién venido al traficante maltés de quien ya varias veces hemos hecho mención, (1) y de quien era uno de los mejores parroquianos.

—“ Ah! pardiez, le dijo, seais bien venido, sobre todo si nos trais pastillas del serrallo, tabaco de Latakia y telas de Tunez; aquí tienes dos odaliscas que esperan á que les eche el pañuelo y no llevarán á mal que esté bordado de oro, en vez de ser de simple muselina. Antes que se me olvide, tu ópio produjo un efecto maravilloso.

—Lo celebro, respondió el maltés; pero por ahora vengo para asuntos que nada tienen que ver con mi comercio.

—Vienes para cenar, no es esto? Siéntate ahí junto á esas doncellas y que seas bien venido vuelvo á decir. Ahí tienes un puesto de rey; en frente de una botella y entre dos buenas mozas.

—Este vino es excelente y estoy seguro de que estas damas no pueden ser mas amables, respondió el maltés; pero tengo que decirte cosas que importan mucho.

—A mí?

—A tí.

—Desembucha.

—A tí solo.

—Entonces dejémoslo para mañana compadre.

(1) *Escusamos decir que esto es un descuido del autor. Todavía no se ha hablado de tal traficante maltés, á menos que sea el mismo que se cita en el capítulo 8.º, y de quien no se habla además mas que una vez y muy de paso.*

(N. DEL TRADUCTOR.)

—Es cosa que no puede dilatarse.

—Pues habla sin rebozo, aquí nadie está demas, y yo tengo por principio general, cuando estoy bien, no incomodarme por nada en este mundo. Aun cuando fuera cuestion de vida ó muerte. . . .

—Ese es precisamente el caso.

—Bah! dijo Bruno llenando las copas, hay un Dios en los Cielos para los hombres de bien. A vuestra salud, señor maltés. (El maltés apuró su copa). Corriente; ahora siéntate y empieza: qué hay?"

Conoció el traficante que no tenia mas remedio que hacer lo que queria su huésped: sentóse pues.

—“Así me gusta, dijo Bruno; sepamos qué ocurre?"

—Ocurre, prosiguió el maltés, que ya sabes que los alcaldes de Calvaruso, de Spadafora, de Baussa, de Saponara, de Divieto y de Rodamita han sido presos.

—Algo de eso he oido decir, repuso Bruno con indiferencia apurando un vaso lleno de vino de Marsella, que es el madero de la Sicilia.

—Y sabes la causa de la prision?"

—La sospecho: no ha sido todo porque el príncipe de Carini, que está de mal humor porque su querida se ha retirado á un convento, los acusa de lentitud y poca maña para prender á un cierto Pascual Bruno, cuya cabeza vale tres mil ducados?"

—Precisamente.

—Ya ves que estoy al corriente de las noticias del dia.

—Hay cosas que ignoras sin embargo.

—Solo Dios es grande, como dice Alí, pero prosigue y confesaré mi ignorancia; nada deseo tanto como instruirme.

—Si? pues sábeta que los alcaldes se han mancomuna-

do y han puesto á escote veinte y cinco onzas cada uno, lo que hace ciento cincuenta.

—O en otros términos, respondió Bruno en el mismo tono indiferente que antes, mil ochocientas noventa libras. Ya ves que si no gasto muchos libros de cuentas, no es por falta de saber contar. . . . Y qué mas ?

—Qué mas ? luego han hecho ofrecer esa suma á dos ó tres hombres de quienes saben que te ven con frecuencia, si querian contribuir á que te prendieran.

—Que ofrezcan cuanto quieran, estoy bien seguro de que no hallarán un traidor en diez leguas á la redonda.

—Te engañas, dijo el maltés, porque ya le han hallado.

—Ah ! repuso Bruno, frunciendo las cejas y echando mano á su cuchillo ; y cómo lo sabes ?

—De un modo bien sencillo. Estaba yo ayer en Mesina, en casa del príncipe de Carini, que me había llamado para comprarme algunas telas turcas, cuando entró un criado á decirle cuatro palabras al oído. Bueno, dijo el príncipe en alta voz, que entre.—Hízome seña entónces de que entrase en un gabinete : obedecí, y como no podia sospechar que nos conociéramos tú y yo, oí la conversacion que tuvieron acerca de tí.

—Y luego ?

—El hombre que entró era el traidor ; se comprometia á abrir las puertas de esta fortaleza, á entregarte sin defensa mientras estuvieses cenando, y á conducir él mismo á los gendarmes hasta el comedor.

—Y sabes como se llama ese hombre ? dijo Bruno.

—Plácido Meli, respondió el maltés.

—Sangre de Cristo ! exclamó Pascual dando un fuerte puñetazo en la mesa ; aquí estaba hace un momento.

—Y ha salido ?

—Un minuto antes de que entraras.

—Pues entónces es que ha ido á buscar á los gendarmes, porque segun veo estaba cenando.

—En efecto.

—Si quereis huir, no hay que perder un momento.

—Yo huir ! dijo Bruno sonriendo. Ali ! Ali !—Ali entró en la estancia.—Cierra la puerta del palacio hijo mio : suelta tres de mis perros y échalos al patio... haz subir al otro... la Leona... y prepara las municiones.—Las mugeres pusieron el grito en el Cielo.—Eh ! hermosas, chiton, continuó Bruno haciendo un ademan imperioso ; dejémonos de cantinelas : punto en boca y cuidado conmigo !—Las mugeres callaron como unas muertas.—Acompaña á estas ninfas, buen amigo, añadió Bruno dirigiéndose al maltés ; yo tengo que hacer por ahora.

Echóse Pascual su carabina al hombro, ciñóse su canana, y se encaminó hácia la puerta,—pero se detuvo en el momento de ir á salir.

—Qué hay ? dijo el maltés.

—No oyes cómo ahullan mis perros ? El enemigo se acerca ; no les has cogido mas que cinco minutos de delantera.—Silencio, mis tigres, continuó Bruno abriendo una ventana y silvando de un modo particular ; basta, basta, ya estoy sobre aviso. Los perros callaron al punto, mientras las mugeres y el maltés daban diente con diente, preveyendo alguna escena terrible. Entró entónces Ali con la perrita favorita de Pascual ; fuése derecho á su amo el noble animal, levantóse sobre sus patas, púsole ambas manos en los hombros, le miró con inteligencia y empezó á ahullar fuertemente.

—Sí, sí, Leona, hijo Bruno, sí, eres una perra que vale mas que pesa.—Luego la pasó la mano por el lomo y la besó en la frente como á una querida :—la perra exaló un segundo ahullido, bajo y lastimero.—Ea, Leona, parece que la cosa no dá espera ; adelante hermosa, adelante.” Y salió dejando al maltés y á las dos mugeres en el comedor.

Bajó Pascual al patio, donde halló á los tres perros muy inquietos, pero sin indicar aun que fuese muy inminente el peligro ; entonces abrió la puerta del jardin y empezó á rondarle en todas direcciones. Paróse Leona de repente, olfateó todos aquellos alrededores y partió como un rayo hácia un punto de la tapia : luego que llegó á ella, se empujó sobre sus patas como para escalarla, haciendo resonar sus mandíbulas como un par de castañuelas y rugiendo sordamente, mirando si su omo la habia seguido. Pascual Bruno estaba detras de ella.

Comprendió que habia en aquella direccion, y solo á algunos pasos de distancia, un enemigo escondido, y acordándose de que la ventana en que habia estado prisionero Paolo Tomasi caía precisamente sobre aquel punto, subió rápidamente seguido de Leona que, abiertas las fauces y los ojos llenos de sangre, cruzó la sala donde aguardaban con el alma en un hilo las dos damiselas y el maltés el fin de aquella aventura, y entró en la pieza inmediata que se hallaba á oscuras y cuya ventana estaba abierta. Apenas entró en ella, arrastróse Leona sobre el vientre como una culebra hácia la ventana, y cuando estuvo á pocos pies de distancia y antes de que pensase Pascual en detenerla, saltó como una panteira por la abertura que tenia delante, sin curarse de caer por el otro lado desde una altura de veinte pasos.

Pascual estaba en la ventana al mismo tiempo que la

perra, vióla dar tres bríncos hácia un olivo aislado, y luego oyó un grito :—Leona acaba de agarrar con los dientes por el cuello á un hombre escondido detras de aquel olivo.

—“ Socorro! gritó una voz que Pascual reconoció por ser la de Plácido : aquí, Pascual, socorro! llama á tu perra ó la despanzurro.

—A él Leona, á él! Sus, Leona, cierra con brio! duro con él!!! ”

Vió Plácido que Bruno lo sabia todo ; lanzó entónces un alarido de dolor y de rábía, y empezó entre el hombre y la perra un combate mortal. Miraba Bruno aquel duelo singular apoyado en su carabina ; por espacio de diez minutos, á la incierta claridad de la luna, vió luchar, caer y levantarse dos cuerpos cuya especie y formas no podia distinguir, de tal suerte parecia que no formaban mas que uno solo : por espacio de diez minutos oyó gritos confusos, sin poder distinguir los gemidos del hombre de los ahullidos del perro :— en fin, al cabo de diez minutos, uno de los dos cayó para no volver á levantarse jamás:—el caido era el hombre.

Llamó Bruno á Leona con un silvido, cruzó de nuevo el comedor sin hablar palabra, bajó las escaleras de cuatro en cuatro y fué á abrir la puerta á su perra predilecta ; pero en el momento en que entraba toda ensangrentada de cuchilladas y de bocados, vió en la calle que subia del lugar al palacio, relucir á un rayo de la luna, dos hileras de cañones de carabina. Barreó al instante la puerta y subió á la estancia donde continuaban temblando sus huéspedes. El maltés menudeaba las copas que era un primor ; las dos mugeres se daban prisa á ponerse bien con Dios.

—“ Con qué? dijo el maltés.

—Bueno va, respondió Bruno.

Una Flor.

¡ Flor hermosa ! que destilas
 Dulce miel con que regalas
 El sentido.
 Y al traves del aura oscilas
 Dando al prado con tus galas.
 Colorido !

Te saluda enamorada
 De tus gracias y frescura
 Mi pasion ;
 Y en tu rostro vé pintada
 De una virgen la hermosura
 El corazon.

En el bosque placentera
 Te diviertes, admirando
 Con tu hechizo ;
 Y embelleces la pradera
 Los pinceles ostentando
 Del que te hizo.

Simbolizas el contento
 La tristeza y amargura
 Del mortal :
 Tú coronas el talento,
 Tú marchitas la hermosura
 Virginal.

Del guerrero la cabeza
Engalanan tus colores
Con primor ;
Y tu vívida pureza
Le recuerda los albores
De su amor.

Con esmero continuado
Cultivada en un jardín
Muy precioso,
De allí pasas al *Estrado*
Dó predices el festin
De un esposo.

En la mano de una hermosa
Que te mece con ambiente
Seductor,
; Ay! la tornás tan graciosa,
Que aun de mi alma que no siente,
Triunfa amor.

En el templo y en la escena
Roba siempre corazones
Tu candor ;
No hay placer, ó amarga pena,
Que no dejes en prisiones
; Tierna flor!

; Rica selva ! á quien natura
Engalana de colores
Guarnecida !

Dá á mi pecho una flor pura,
 Con que endulce los rigores
 De mi vida.

ABRIL 6 DE 1844.

—◆—
La Pastora.
 —◆—

“ Busquemos otros montes y otros rios
 “ Otros valles floridos y sombríos,
 “ Dó descansar y siempre pueda verte
 “ Ante los ojos míos,
 “ Sin miedo y sobresalto de perderte.

GARCILAZO.

En las márgenes de un rio
 Custodiando su rebaño,
 Una jóven pastorcilla
 Modulaba tierno canto ;
 Y la muerte prematura
 De su esposo lamentando,
 Los acentos de su voz
 Resonaban por los prados.

“ ¿ Por qué te has ido
 “ Dueño adorado,
 “ Mi amor ardiente
 “ Solo dejando ?
 “ Recien me dieras
 “ El dulce abrazo,
 “ Y ya esos ojos,

“ Que eran mi encanto,
 “ La luz renuncian
 “ Del sol dorado !
 “ ;Ay ! ¿ qué se hicieron
 “ Los dulces ratos
 “ Que en la floresta
 “ Juntos pasamos ?
 “ ¿ Dó los zagales
 “ Oirán el acento,
 “ Con que solias
 “ De amor llenarlos,
 “ Y los cabritos,
 “ Que el verde pasto
 “ Por escucharte
 “ Siempre olvidaron ?
 “ Por qué te has ido,
 “ Dueño adorado,
 “ Mi amor ardiente
 “ Solo dejando ?

Así cantó la pastora
 Vertiendo desconsolada
 En las márgenes del río
 De la muger la esperanza ;
 Y á su acento conmovida
 La corriente, que pasaba,
 Respondia á su llorar
 Con el curso de sus aguas :
 Volvió luego y conducia
 Su ganso á la cabaña,

Repitiendo en su dolor
Esta trova enamorada.

“ ¿Por qué te has ido
“ Dueño adorado,
“ Mi amor ardiente
“ Solo dejando ?

Y tornaba á los lamentos
Que el amor ya le arrancára,
Cuándo en la márgen del rio,
A su esposo recordaba ;
Mas una lánguida voz
Murmurando en la enramada,
De la jóven pastorcilla
Puso término á la marcha,
Pudiendo ella percibir
De su esposo estas palabras—

“ Asi como la flor que el grato aliento
“ Respira del benéfico rocío,
“ El capullo despliega en el momento
“ Que el alba nace en el secundo estío,
“ El vigor recobranbo, y nueva vida,
“ Que despues roba el sol con su venida ;

•

“ No de otra suerte mi amoroso pecho
“ Al rocío se abrió de la ventura,
“ Que de mi pastorcilla la hermosura
“ Un dia me ofreció ; empero el lecho

“ Del himenéo ensangrentó la muerte,
 “ Siempre envidiosa de la humana suerte.

“ Tú, mi pastora, si llegare un día
 “ Mi triste acento á merecer tu oído,
 “ Vive los años que vivir debía
 “ Mi juvenil amor al tuyo unido.

Calló la lánguida voz
 Que se oía en la enramada,
 Y la jóven pastorcilla
 Con las lágrimas regaba
 Aquel suelo bendecido
 Que ofendian sus pisadas ;
 Inspirándola el amor
 Esta endecha enamorada.

“ No me es posible,
 “ Dueño adorado,
 “ Vivir mas tiempo
 “ Bañada en llanto ;
 “ Pues que la envidia
 “ Del hado insano
 “ Ha roto impia
 “ Los dulces lazos
 “ Que me ligaban
 “ A tí ; mi amado !
 “ Yo he de buscarte
 “ Tras el rebaño
 “ Por las colinas
 “ Y por los llanos,

“ Y por los bosques,
 “ Y por los prados.
 “ ¡ Por qué te has ido
 “ Dueño adorado,
 “ Mi amor ardiente
 “ Solo dejando ?
 “ Ven de mi alma
 “ Dulce pedazo :
 “ Ven. . . . tú pastora
 “ No tiene amparo :
 “ ¡ Cielos injustos
 “ Dadme á mi amado :
 “ Pues mi amor muere
 “ Solo quedando.

De hinojos la pastora
 Quedó por un momento
 De lágrimas bañados
 Sus ojos bellos :
 Un amargo suspiro
 Hirió mi oído luego,
 Y escuché que decía,
 Mirando al cielo—

“ A tí mis ojos buscarán muriendo :
 “ Tu amante cuello buscarán mis manos :
 “ La eternidad nos mirará viviendo
 “ Entre sus selvas y floridos llanos—

“ Y nadie, nadie romperá los lazos
 “ Que unan entonces nuestro amor ardiente,

“ Sin que la muerte pueda de mis brazos
 “ Arrancarte en sn cólera impotente.

JULIO 4 DE 1845.

Rosas.

SONETO.

A L I L ti del suelo americano gloria
 egislador sublime, que has sabido
 mprimir de tu nombre esclarecido,
 ojos del Continente la memoria :

U S T R nico campeón, que la victoria
 elló con su poder nunca vencido,
 error del ambicioso y descreído,
 adiante foja de la patria historia ;

E R O s á tí que hoy aclamo entusiasmado,
 ayo del Sud, meridionalcoloso,
 ráculo del Pueblo belicoso.

S A S obre tu hombro gigantesco apoyado :
 tí te canto con loor profundo,
 aludado de un mundo y otro mundo.

NOTA—Este Soneto fué improvisado en una sociedad de
 amigos, donde se me dieron las iniciales de cada verso.

(EL AUTOR.)

PASCUAL BRUNO.

(CONTINUACION)

—Y Plácido ?

—Lo que es con ese ya hemos despachado, pero el caso es que ahora se nos viene encima una legion de demonios. . . .

—Quiénes ?

—Los gendarmes y las milicias de Mesina, sino me engaño.

—Y qué vais á hacer ?

—Lo primero y principal, á quitar de en medio los que pueda.

—Y luego ?

—Y luego . . . luego haré volar el palacio con todos los demas y conmigo de añadidura.”

Las mugeres armaron las mas terrible griteria que se puede imaginar.

—“Alí, prosiguió Pascual, lleva á estas inocentes al sótano y dalas todo lo que te pidan, menos luz, no sea que peguen fuego á la pólvora antes de tiempo.”

Las pobres muchachas cayeron de rodillas. . . .

“Ea, pocos visajes, dijo Bruno dando un culatazo en el suelo ; á obedecer y callar tocan.—Y esto dijo con un acento y un ademan tales, que ambas á dos se levantarón y siglieron á Alí sin chistar palabra.

—Y ahora, compañero, dijo Bruno apenas hubieron salido, apagad esas luces y acurrucaos por ahí en algun rincon

donde no os alcancen las balas, porque ya están ahí los músicos y vá á empezar la tarantela.”

X.

Pocos momentos despues volvió Alí cargado con cuatro escopetas de igual calibre y un cesto lleno de cartuchos: Pascual Bruno abrió todas las ventanas para hacer cara á la vez á diferentes lados. Alí cogió una escopeta y se preparó á ocupar una de las ventanas.

—No, hijo mio, le dijo Pascual, con un acento verdaderamente paternal, no, eso es cosa que á mí solo me compete. No quiero unir así tu suerte á la mia; no quiero arrastrarte adonde yo voy. Tu eres jóven, nada te ha separado todavía del camino ordinario; creeme, quédate en la senda trillada por los hombres.

—Padre, dijo el jóven con su dulce y cariñosa voz, por qué no quereis que te defienda como te ha defendido Leona? Ya sabes que no tengo mas que á tí en el mundo, y que si mueres, yo moriré contigo....

—No, Alí, eso no. Si yo muero, acaso dejaré en pos de mí el cuidado de llevar á cabo en la tierra alguna mision misteriosa y terrible que solo podria confiar á mi hijo, con que es preciso que el hijo viva para hacer lo que le mande su padre.

—Bien está, dijo Alí. El padre es el dueño, el hijo obedecerá.”

Pascual dejó caer su mano; Alí se la besó respetuosamente.

—“Pero de nada he de servirte, padre? dijo el muchacho.

—Carga las escopetas, respondió Bruno.”

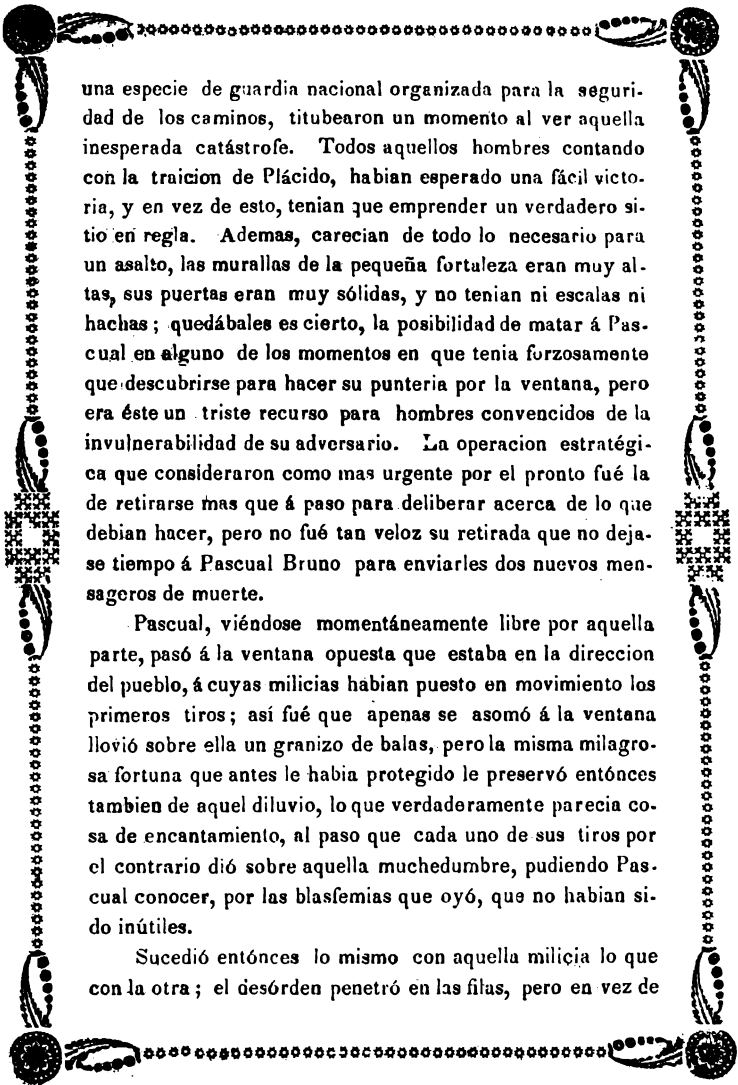
Alí empezó á hacerlo así.

—“Y yó? dijo el maltés desde el rincon en que estaba sentado.

—A tí, comendador, te guardo para enviarte de parlamento.”

Vió brillar en aquel momento Pascual Bruno los fusiles de un segundo peloton que bajaba de la montaña, y que se avanzaba tan directamente hácia el olivo aislado á cuyo pié yacia el cuerpo de Plácido, que era indudable que aquella gente iba á un punto indicado. Los que iban delante tropezaron en el cadáver; formóse entónces un corro á su alrededor, pero nadie podia reconocerle, tanto le habian desfigurado las dentelladas de Leona: sin embargo, como Plácido los habia citado junto á aquel olivo, como el cadáver estaba allí precisamente, y como no veian á nadie por aquellos contornos, era vidente que el muerto era el mismo Plácido, de donde infirieron los milicianos que se habia descubierto la traicion y que por consiguiente debia estar Bruno sobre la defensiva. Hicieron alto entónces para deliberar: Pascual seguia todos sus movimientos, de pié junto á la ventana. Salió en aquel momento la luna de detras de una nube; su luz cayó sobre él, divisóle uno de los milicianos, designóle con el dedo á sus compañeros, y el grito de *el bandido! el bandido!* corrió por todas las filas y á él siguió inmediatamente una descarga cerrada. Algunas balas dieron en la pared, otras pasaron silbando á los oidos y sobre la cabeza de aquel á quien iban dirigidas y fueron á sepultarse en las vigas del techo. Respondió Pascual á aquella descarga, disparando sucesivamente las cuatro escopetas que acababa de cargar Alí;—cuatro hombres cayeron.

Las compañías que no se componian de línea, sino de



una especie de guardia nacional organizada para la seguridad de los caminos, titubearon un momento al ver aquella inesperada catástrofe. Todos aquellos hombres contando con la traicion de Plácido, habian esperado una fácil victoria, y en vez de esto, tenian que emprender un verdadero sitio en regla. Además, carecian de todo lo necesario para un asalto, las murallas de la pequeña fortaleza eran muy altas, sus puertas eran muy sólidas, y no tenian ni escalas ni hachas; quedábales es cierto, la posibilidad de matar á Pascual en alguno de los momentos en que tenia forzosamente que descubrirse para hacer su punteria por la ventana, pero era éste un triste recurso para hombres convencidos de la invulnerabilidad de su adversario. La operacion estratégica que consideraron como mas urgente por el pronto fué la de retirarse mas que á paso para deliberar acerca de lo que debian hacer, pero no fué tan veloz su retirada que no dejase tiempo á Pascual Bruno para enviarles dos nuevos mensajeros de muerte.

Pascual, viéndose momentáneamente libre por aquella parte, pasó á la ventana opuesta que estaba en la direccion del pueblo, á cuyas milicias habian puesto en movimiento los primeros tiros; así fué que á penas se asomó á la ventana llovió sobre ella un granizo de balas, pero la misma milagrosa fortuna que antes le habia protegido le preservó entónces tambien de aquel diluvio, lo que verdaderamente parecia cosa de encantamiento, al paso que cada uno de sus tiros por el contrario dió sobre aquella muchedumbre, pudiendo Pascual conocer, por las blasfemias que oyó, que no habian sido inútiles.

Sucedió entónces lo mismo con aquella milicia lo que con la otra; el desórden penetró en las filas, pero en vez de

apelar á la fuga se formó en batalla al pié de las mismas tapias de la fortaleza, ardid que ponía á Bruno en la imposibilidad de hacer fuego sobre sus enemigos sin sacar medio cuerpo fuera de la ventana. Mas como el bandido consideró inútil esponerse á aquel peligro, resultó de estos dos actos de prudencia que cesó el tiroteo momentáneamente.

—“Se ha acabado la danza, preguntó el maltés, y podemos cantar victoria ?

—Todavía no, dijo Bruno, esto no es mas que una suspensión de armas. Probablemente habrán ido al pueblo á buscar escalas y hachas y no tardaremos en recibir noticias, tuyas...pero no tengo cuidado, prosiguió el bandido llevando dos copas, no les quedaremos á deber nada y tambien ellos las recibirán nuestras...Alí, vete á traerme un barril de pólvora. A tu salud comendador.

—Qué piensas hacer con ese barril ? dijo el maltés con cierto sobresalto muy natural.—Oh ! casi nada...ya lo verás.”

Volvió en esto Alí con el objeto en cuestion.

—“Bien está, dijo Bruno : coge ahora una barrena y haz un agujero en ese barril.

—Obedeció Alí con aquella prontitud pasiva que era el signo distintivo de su cariño á Pascual Bruno : éste entre tanto, desgarró una servilleta, la hizo hilachas, reunió los hilos, los metió en la pólvora de un cartucho, hincó esta mecha en el agujero del barril y la afirmó al agujero con pólvora mojada :—apenas habia acabado estos preparativos cuando resonaron fuertes hachazos sobre la puerta.

—Qué tal ? no soy buen profeta ? dijo Bruno haciendo rodar el barril hácia la entrada de la estancia, que daba sobre un escalera que dosembocaba en el patio, y volviendo para coger en la chimenea una rama de pino encendida.

—Ah! exclamó el maltés, ya empiezo á comprender...

—Padre, dijo Alí, vuelven por la parte de la montaña con una escalera."

Precipitóse Bruno á la ventana desde donde habia hecho fuego la primera vez, y vió que efectivamente se habian provisto sus enemigos del instrumento de escalar que les hacía falta y que avergonzados de su primera retirada volvian á la carga con nuevo brio.

—“Están cargadas las escopetas? preguntó Bruno.

—Sí, padre, respondió Alí presentándole la carabina."

Tomó Bruno, sin mirar, el arma que le presentaba el muchacho, la apoyó lentamente en su hombro é hizo una puntería con mas atencion que ninguna de las veces anteriores.—Salió el tiro y cayó uno de los dos hombres que llevaban á cuestras la escalera.

Otro lo reemplazó; cogió Bruno otra escopeta y el segundo miliciano cayó junto á su compañero.

Otros dos hombres sucedieron á los dos dichos y perdieron la vida igualmente; la escalera parecia tener la falta de propiedad del arca; el que tocaba caia muerto. Los sitiadores, renunciando á su escalera, se retiraron segunda vez, despues de haber enviado á Bruno una descarga tan inútil como las anteriores.

Entretanto los que atacaban la puerta procuraban desquiciarla á fuerza de hachazos: los perros por su parte ladraban rabiosos; y por momentos iban siendo mas frecuentes los golpes y mas terribles los ladridos. Cayó en fin una hoja de la puerta y por aquella abertura penetraron dos ó tres hombres, pero por sus gritos desesperados conocieron sus compañeros que se las habian con enemigos mas formidables de lo que habian creido al principio, vieron en efecto

á los perros, pero no habia medio de disparar sobre ellos sin esponerse á matar á los hombres. Penetró sucesivamente por la brecha una parte de los sitiadores, el patio se llenó de gente en pocos momentos, y entónces empezó una especie de lucha de gladiadores, entre los milicianos y los cuatro perrazos que defendian con encarnizamiento la estrecha escalera que conducía al piso principal de la fortaleza. Abrióse de repente la puerta que habia encima de aquella escalera, y el barril de pólvora preparado por Bruno, botando de escalon en escalon, fué á estallar como un obús en medio de aquella carnicería.

Terrible fué la explosion : una tápia entera se desplemó y cuantos en el patio estaban fueron pulverizados.

Hubo entónces entre los sitiadores un momento de estu- por : pero ya se habian reunido las dos fuerzas agresoras y aun presentaban un frente de mas de trescientos hombres. Un profundo sentimiento de vergüenza se apoderó de toda aquella muchedumbre, al verse así diezmada por un solo enemigo, y de aquella disposicion se aprovecharon los gefes para reanimarla. A su voz, formáronse en columna los sitiadores ; como la caída de la tápia habia abierto una ancha brecha, dirigieron á ella en buen orden, y desplegándose en toda su anchura, la pasaron sin obstáculo, penetraron en el patio y se hallaron en frente de la escalera ; allí, hubo de nuevo algunos momentos de indecision. En fin, empezaron algunos á subirla animados por la presencia y las exhortaciones de sus compañeros, otros los siguieron, la escalera se vió invadida y pronto fué tal el impulso general que aun cuando los primeros hubieran querido retroceder, les hubiera sido imposible ; tuvieron pues que atacar la puerta, pero contra lo que esperaban, cedió sin resistencia. Penetraron

los sitiadores lanzando gritos de victoria en la primera estancia;—en aquel momento se abrió la puerta de la segunda, y atónitos los milicianos vieron á Bruno sentado en un barril de pólvora y con una pistola en cada mano; al mismo tiempo el maltés desprovisto se precipitó por la puerta abierta exclamando con un acento de veracidad que no dejaba la menor duda:

—“Atrás! todos atrás!...La fortaleza está minada...Si alguno dá un paso mas, somos perdidos!!!”

Cerróse la puerta como por obra del diablo; los himnos de victoria se convirtieron en gritos de terror; oyóse á toda aquella muchedumbre precipitarse por la estrecha escalera que conducía al patio: algunos se tiraron por las ventanas:—parecía á todos aquellos hombres que sentían temblar la tierra bajo sus pies. Al cabo de cinco minutos, hallóse nuevamente Bruno dueño de la fortaleza; por lo que hace al maltés, se había aprovechado de la confusión para escaparse.

Pascual, no oyendo ya el menor ruido, se levantó y se asomó á una ventana; el sitio se había convertido en bloqueo; había avanzadas en las salidas, y los que las componían se habían puesto á cubierto del fuego de la plaza parapetándose con carretas y toneles. Era evidente que el enemigo acababa de adoptar un nuevo plan de campaña.

—Parece que se proponen rendirnos por hambre, dijo Bruno.

—Perros!...respondió Ali.

—No insultes á los pobres animales que han muerto por defenderme, dijo Bruno sonriendo, y llama á los hombres, hombres.

—Padre! exclamó Ali.

Desconsuelo.

“ ¡ Adán ! gritó el señor, cuenta tus horas,
 “ Porque vendrá una hora en que te veas
 “ Dando cuentas al Dios ante quien lloras,
 “ Y hasta entónces, Adán, ¡ maldito seas . . . !!!

“ ZORRILLA.”

En vano el hombre, en vano en esta vida
 Ambiciona la dicha y el placer,
 Cuando bebe de estirpe maldecida
 De amargura torrentes al nacer—

Sale á la luz y el verdadero amigo
 De su triste mision es padecer—
 Ya se lamenta de llevar consigo
 La herencia vil de criminal muger—

¡ Ay ! que ya gusta el terneuelo infante
 El sonreir de una belleza ver !
 ¡ Ay ! que su lábio de coral y amante
 Del beso busca el mágico placer !

Un instante libando sus dulzores,
 Quedan parece en voluptuosa paz ;
 Se renuevan empero los dolores,
 Y á bañar torna en lágrimas la faz—

Tal es la vida terrenal, humana
 Y el premio tal de su constante afán :

Los que hoy disfrutan juventud lozana,
Cenizas luego lívidas serán—

Desde que el hombre levantó la mano
Contra el Creador en su arrogancia impía,
Su pecho busca criminal en vano
El reino de oro que habitar debía—

En la raíz del árbol del pecado
Ha nacido de lágrimas un mar,
Que llega hasta nosotros aumentado
De diez siglos y diez con él llorar—

En vano el hombre, en vano en esta vida
Con anheloso afán busca consuelo,
Cuando nace de estirpe muldecida
Cubierto el corazón con denso velo—

Que su crimen le condena
A la ciega esclavitud
Con que el error encadena,
Y á escuchar de la Sirena
El dulce amargo laúd.

¡ Llorad, llorad! señor del Paraíso
Que la soberbia os arrancó de Adán :
Ya no busqueis el seductor hechizo
De la inocencia con prolijo afán—

Lágrimas abran el postrer camino
Que nos conduzca á la inmortal region :

Llantos desarmen al furor divino,
Que al vicio niega celestial mansion—

¡Perezca el mísero día!
Que alumbró de la serpiente
La bárbara alevosía,
Bañando de Adán la frente
Con tinieblas y agonía!

JULIO 6 DE 1845.

SONETOS.

Trofeos de la razón.

—Improvisado—

La libertad del hombre restaurada :
El poder de los déspotas temidos
Por tierra, sus deseos reprimidos,
La humanidad de gloria circundada.

La alta voz de los pueblos escuchada :
El premio y la virtud por siempre unidos :
De justicia los écos repetidos
La tiranía hiriendo ensangrentada.

Espectáculo digno representan
Del siglo manantial de luz y vida,
En que vivimos, y á la vez ostentan

La causa de esta dicha merecida.

¡ Espiritu inmortal de los mortales !
 Vos habeis reportado triunfos tales.

Súplica.

A. C. H.

T iempo que pasas con veloz carrera
I el tallo cortas con segur filosa
E n tu furor, de la naciente rosa,
R obando al prado su beldad primera.

N o burles la esperanza lisongera
A ncora de mi vida tempestuosa,
C onfundiendo mi ser en honda fosa,
A ntes que el bien porque suspiro adquiriera.

R oyes anhelan poderosos cetros :
O ro los necios con tenaz porfia :
R o auros de Vate con sonoros metros,

I el vicio goces de nefanda orgía.
N o así mi corazon que, en sus ardores,
A goniza de amor, y os pide amores.

JULIO 10 DE 1845.

Leonidas à sus soldados.

Hijos sois de la tierra belicosa,

Bravos y exforzadísimos varones,
Que los cetros rompió de cien naciones,
Abatiendo su frente vanidosa.

No os amedrente la legion colosa
Que del tirano forman los tritones,
Pues del altivo Persa los pendones
No hallarán, sino tumba ignominiosa.

Gerjes que viene de arrogancia lleno
Confiado en mil y mil fieles atletas,
Nuestro brazo verá fuerte y sereno

A la sombra lidiar de sus saetas.
Corramos. . . las Termópilas esperan
Hombres de honor que por su patria mueran.

JULIO 27 DE 1845.

• *A la muerte de un Poeta.*

¡ Funerario Ciprés del huerto mio,
Del que ilora á su amada fiel figura,
Responde á mi dolor y á la amargura
De éste mi corazón mústio y sombrío !

La inclemente segur con golpe impio
Cegó el cuello de aquel, que de natura,

Celebrando, tornóse en polvo frio—

; Lágrimas de los Bardos inmortales!
Su tumba abrid con repetido llanto;
Y el que supo verterlas á raudales

Tañendo su laüd con tierno canto,
En las altas mansiones de la gloria,
El himno entone de eternal victoria.

ENERO 10 DE 1845.

El Acento Americano.

“ *Haya luz:* ” dijo el Dios Omnipotente
“ *Y hubo luz,* ” hermosísimos colores,
Formando los radiosos esplendores,
Que alumbraron del Caos la obscura frente.

La adoró el Universo reverente,
Y la tierra brotó pintadas flores,
De vivientes llenándose y de amores
Cielos, mares, y tierra juntamente—

No de otra suerte el génio americano
“ *Libertad haya,* ” dijo: y á su acento,
Lanzó la España su postrer aliento,

Y en muda estátua se tornó el tirano.
De libertad flamearon los pendones,

Con delicado acento, la hermosa
Y del polvo se alzaron cien naciones.

JULIO 25 DE 1845.

A. C. H.

— Improvisado — Natalcio —

Rodeado de las sombras de la muerte,
Corriendo de mis ojos triste llanto;
Cubriendo el corazon con negro manto,
Solo, respiro, Carolina al verte.

Si en este dia mas feliz hacerte
De mi laúd pudiera el tierno canto,
Menor sería el lúgubre quebranto
Con que me aflige la contraria suerte.

Te miro, empero de virtudes llena,
De candor revestida y de hermosura,
Y mas y mas se aumenta la amargura

A que el feroz destino me condena.
¿Qué valen, dulce amiga, mis canciones,
Si no pueden unir dos corazones....?

1845.

Al Orador de Julio 184....

Lo fué el Sr. Moreno.

En la mansion del ser Omnipotente
Aromático incienso se quemaba,
Cuando el sacro ministro levantaba
Hasta Jesus la venerable frente.

Un silencio solemne y reverente
En el inmenso templo dominaba,
Y todo un pueblo estático, aguardaba
Al Orador de Julio independiente.

Salió... miró á su patria conmovida,
De gozo y entusiasmo enagenada,
Y tomando el pincel llenó de vida

El cuadro de su historia celebrada.
Filósofo, político, ilustrado
“ *Mi patria ha de triunfar* ” dijo exaltado.

Cumple-Años..... 1847.

AL SEÑOR DIRECTOR DEL COLEGIO REPUBLICANO-
FEDERAL DE BUENOS AIRES, PRESBITERO DON
FRANCISCO MAJESTE—LOS ALUMNOS DE LA-
TINIDAD.

Feliz, señor, la patria, que amante y cariñosa
La cuna de tu infancia, primera vez meció ;
Llamarse, empero, debe mi patria mas dichosa
Que á tu ilustrado juicio su juventud confió.

Once años de servicios y de virtudes claras
La gran Ciudad del Plata jamas olvidará :
De Buenos Aires siempre las afecciones carás,
Y gratitud perenne tu corazon tendrá.

Los jóvenes que brillan del templo en las mansiones,
En la milicia y foro, recuerdan tu saber ;
A tí lo deben todo—sus gratos corazones
A tu virtud y ciencia justicia harán do quier.

Nosotros que empezamos á percibir ahora
La luz que en nuestra mente derramas liberal,
Humildes ofrecemos á tu alma bienhechora,
El himno que mereces, con espresion filial.

¡ Salud al que dirige
La juventud hermosa
De la Ciudad gloriosa

En la region del Sud!
 Los hijos de sus hijos
 Hasta la edad postrera,
 Con lengua duradera,
 Repetirán ; salud !

¡ Oh director amado !
 Recibe bondadoso,
 El cántico amoroso
 Que te dignaste oír ;
 Y al templo de las ciencias
 Condúcenos benigno,
 Tú que eres solo digno
 De sus puertas abrir.

La dijo á viva voz al Sr. Majesté, el jóven Nicandro
 Dominguez, á nombre de toda la clase.

A. H..... Cumple-años.

En un dia tan risueño
 Para tí ; jóven hermosa !
 Yo bendigo la preciosa
 Luz del sol que te alumbró ;
 Y bendigo esos encantos
 Que realzan tu hermosura,
 Y bendigo á la natura
 Que tan rica se ostentó.

Quien me diera en este día
 Con armónico laúd
 La purísima virtud
 De tu pecho celebrar.
 Y feliz, si yo pudiera
 De esos ojos tan queridos,
 Tan humildes y dormidos
 La belleza retratar.

Mas no puedo : que á mis labios
 Sello puso mi destino ;
 ¡ Ay ! yo busco otro camino,
 El de amor no sigo, no.
 Para siempre condenado
 A vivir en sinsabores,
 La ilusion de los amores
 Concebir no puedo yo.

Goen-otros la ventura
 De querer y ser queridos,
 Y por siempre estén unidos
 Con los vínculos de amor :
 Que yo en tanto solitario
 Perseguido de cruel suerte,
 Lograré con solo verte
 Un desaogo á mi dolor.

Mas tú cándida flor, vive, respira
 El aura dulce del naciente amor,

Vive dichosa : que mi humilde lira
Ventura pide para tí al Creador.

Vive . . . tus ojos regalando vida
Presagio son de dichas que no ves :
Lo son ; que siempre vivirás querida
Por tu belleza y tierna candidez.

Pero ; ay ! que llega el maldecido instante
De que te adoren, pero no á tu honor ;
Cierra el oído al engañoso amante
Que robar quiera tu beldad mejor.

Es un tesoro que idolatra el hombre,
Y solo el hombre generoso y fiel :
De este tesoro hasta el sagrado nombre
Es del vicioso corazon la hiel.

Ten cuidado ; niña hermosa !
Que los hombres son leones,
Que devoran corazones
Sin horror y sin piedad ;
Y se burlan fementidos
De la victima inmolada
Sobre el ara ensangrentada
Por su bárbara crueldad.

Ten cuidado : que la vida

Es el mar donde naufraga
La que el mundo mas alhaga
Con alhagoş de traidor ;
Y que el mundo se sonrie,
Y alza altivo la cabeza,
Cuando mira la belleza
A los pies de un seductor.

De aqueste modo surcarás serena
Los tempestuosos mares de la vida ;
Y ceñirá tu frente la azucena.
Honor á tu pureza no perdida.

Y morirás, y de loor profundo
El origen serás para natura ;
Y morirás, sin que jamás el mundo
En tí pueda fundar su gloria impura.

Es mas bella tu inocencia
Que la luz del firmamento,
Y revela hasta tu aliento
Tu virtud angelical.
; Ojalá ! que siempre seas
Como hoy eres candorosa,
Y conserves cuidadosa,
Tu pureza celestial.

JULIO 26 DE 1845.



Ofrenda filial.

“ Atropos fiera tu existencia asesta,
 “ El raudo golpe ¡oh padre! vá á lanzarte ;
 “ Y ; cómo al triste corazón le cuesta
 “ Martirio sin igual! ¡ ay! ; cual se parte
 “ El alma al contemplar vas en la fosa
 “ Sin vida para siempre á sepultarte.

ARAUCHO.

; Sombra querida de mi amante padre
 Que en region moras de eternal olvido,
 Oye benigna de mi pecho herido
 Tristes acentos !

; Ay ! ; Cuántas veces, con amarga pena,
 Beso la tierra dó sin vida yacen
 Los restos caros que verter me hacen
 Lúgubre llanto !

Lágrimas puras, hijas de mi alma
 Que entre cadenas de dolor suspira :
 Llanto que llora mi enlutada lira
 Cabe tu tumba.

Junto á la losa donde yerto moras
 He meditado, con dolor profundo,
 ; Ay! lo que vale la amistad de un mundo
 Lleno de pompa.

Falsos placeres, fugitivas sombras
 Que se deslizan, con veloce rueda
 Sobre la vida, y en el alma queda
 Solo amargura.

Gloria, talentos, crímen y virtudes
 Doblan humildes trémula rodilla,
 Cuando la muerte sùebre cuchilla
 Alza sangrienta.

Tal la doblaste tú ; padre querido
 Delante de la reina poderosa,
 Al exhalar el postrimer gemido
 Por tus amados hijos y ta esposa.

Y quedaste sombrío y macilento
 Sin oír de tu prole tan querida,
 Los tristes ayes, ni el lloroso acento
 De la fiel compañera de tu vida.

Todos tus hijos con dolor besaron
 Los yertos lábios que otro tiempo fueron
 El puro manantial donde bebieron
 El amor á las luces que te ornaron . . .

¡ Oh ! si fuera posible ; padre mio !
 Razgar de tu morada el denso velo,
 Y que bajáras desde el alto Cielo
 Otra vez á animar tu cuerpo frio !

O al menos el Creador en fausto dia,
 Si quisiera endulzar mis amarguras,

Rompiendo las violentas ligaduras,
Que me impiden tu amable compañía!

Entónces yo de la implacable muerte
Pondría el lábio en la sangrienta mano ;
Y en la mansion, dó su poder es vano,
Lleno de amor respiraría al verte.

Pero ; ay ! que te oigo ; mi adorado padre !
Decirme al corazon, con voz sonora :
“ En el seno de Dios yo vivo ahora :
“ Ten cuidado, hijo mio, de tu madre.

“ De la que te enjugó el llanto abundoso
“ Que al hombre aqueja en el humano suelo ;
“ De la que amé con entrañable anhelo,
“ De la que aún amo el corazon virtuoso.

Digna es de tu amor ; padre querido !
La que fué tu constante compañera,
Digna es de mi amor puro, encendido
La que á mis ojos dió la luz primera.

Yo te juro ; cara madre !
Mitigar tus desconuelos,
Recordando los desvelos
Que mi llanto te causó ;
Y en tu seno cariñoso
Derramar vívidas flores,
Recordando los dolores,
Que mi infancia te costó.

PASCUAL BRUNO.

(CONTINUACION)

—Qué hay?

—No ves?

—Qué?

—Aquel resplandor?

—En efecto, qué significa?... Todavía no puede amanecer, además, viene del norte y no del oriente.

—El pueblo está ardiendo, dijo Alí.

—Sangre de Cristo!... es posible?....

Empezaron á oirse en aquel momento los mas lastimeros gritos.... Bruno se precipitó á la puerta y se halló cara á cara con el maltés.

—Tú por aquí, comendador? exclamó Pascual.

—Sí.... yo soy.... yo mismo en persona.... no te engañes y me vayas á tomar por otro. Soy un amigo.

—Bien venido: que hay de nuevo.

—Hay de nuevo que desesperanzados de cogerte, han pegado fuego al pueblo y han jurado no apagarle hasta que consientan los vecinos en marchar contra tí, porque lo que es ellos por su parte, dicen que ya no quieren mas, que ya tienen bastante por hoy.

—Y los vecinos?

—Dicen que nones.

—Sí.... sí.... ya lo sabia yo: primero dejarían ellos que se abrasáran todas sus casas que consentir en tocarme á un pelo de la frente. Bueno, bueno; vuelve hácia los que te envían y díles que apaguen el incendio.

—Cómo?

—Me rindo.

—Te rindes, padre? exclamó Alí.

—Sí...pero he empeñado mi palabra de no rendirme mas que á un solo hombre y la cumpliré; que apaguen pues el incendio como he dicho, y que vayan á buscarme ese hombre á Mesina.

—Y quién es ese hombre?

—El sargento de gendarmes, Paolo Tomasi.

—Tienes algo mas que pedir?

—Una sola condicion, respondió Bruno; y habló al maltés en voz baja.

—Supongo que no les pides mi vida? dijo Alí.

—No te he advertido ya que acaso tendria necesidad de tí despues de mi muerte?

—Perdóname, padre; lo habia olvidado.

—Ea, Comendador, vete con Dios y has lo que te he dicho; si veo que se apaga el incendio, será señal de que aceptan mis condiciones.

—No llevas á mal que me haya encargado de la comision, eh?

—No te dije que te reservaba para parlamentario?

—Es verdad.

—Antes que se me olvide, dijo Pascual, cuantas casas se han quemado?

—Ya estaban ardiendo dos cuando yo vine.

—Trescientas quince onzas hay en esa bolsa que distribuirás entre sus propietarios. Hasta mas ver.

—Adios.

El maltés salió de la estancia.

Tiró Bruno sus pistolas, volvió á sentarse en su barril

de pólvora y cayó en una profunda meditacion; el jóven árabé por su parte fué á tenderse en su piel de tigre y quedó inmóvil, cerrando los ojos como si durmiera. Poco á poco se fué apagando el resplandor del incendio; el enemigo habia aceptado las condiciones del bandido.

Al cabo de una hora poco mas ó menos, abrióse la puerta de la estancia y apareció en ella un hombre en traje militar, el cual, viendo que ni Bruno ni Alí echaban de ver su llegada, empezó á tocar con afectacion—medio de anunciar su presencia que habia visto emplear con muy buen éxito en el teatro de Mesina.

Bruno volvió la cabeza.

—¡ Ah! sois vos sargento? dijo sonriendo; es un gusto enviaros á buscar, porque no os haceis aguardar.

—Sí. . . me han encontrado á un cuarto de legua de camino al venir con mi compañía, y me han dicho que preguntabais por mí.

—Verdad es: quiero probaros que soy hombre de memoria.

—Ya lo supongo.

—Y como os he prometido haceros ganar los consabidos tres mil ducados, he querido cumplir mi palabra.

—Por vida de! por vida de!! por vida!!! dijo el sargento con una energía cada vez mayor.

—Qué quiere decir eso, compañero?

—Eso quiere decir . . . eso quiere decir que . . . que preferiria ganar estos tres mil ducados de otro modo cualquiera . . . vamos como si dijéramos á la lotería, por ejemplo.

—Y por qué?

—Porque sois un valiente y porque los valientes andan escasos.

—Bah! qué importa!... Siempre sacareis por lo menos un grado.

—Ya lo sé, respondió Paolo con ademán verdaderamente desesperado; con qué os rendis?

—Me rindo.

—A mí?

—A vos?

—Palabra?

—Palabra. Podeis pues enviar noramala á toda esa chusma, porque no quiero entenderme mas que con vos.

Paolo Tomasi se asomó al balcon.

—Podeis retiraros todos, dijo á la tropa: yo respondo del prisionero. Id á Mesina á anunciar que ya es nuestro.

Los milicianos prorrumpieron en gritos de júbilo.

—Ahora, dijo Bruno al sargento, si quereis sentaros á la mesa, acabaremos la cena que han interrumpido esos bárbaros.

—Con mucho gusto, respondió Tomasi, porque acabo de tragarme ocho leguas en tres horas, y rabio de hambre y de sed.

—Pues á ello dijo Bruno, y una vez que os hallais con tan buenas disposiciones y que no nos queda mas que una noche que pasar juntos, pasémosla alegremente.—Alí, vete á buscar á esas niñas. Entretanto, amigo mio, añadió Bruno llenando dos copas, á vuestra charretera de alfez.

Cinco dias despues de los sucesos que acabamos de referir, recibió el príncipe de Carini, en presencia de la hermosa Gemma, que acababa de cumplir su penitencia en el convento de la Visitacion, y que no hacía mas que ocho dias que habia vuelto á reunirse con su amado, la noticia de que

ya estaban en fin ejecutadas sus órdenes, y que Pascual había sido preso y conducido á las cárceles de Mesina.

—Excelente, dijo; pague ahora el príncipe de Goto los tres mil ducados prometidos, haga que le formen causa y que despachen cuanto antes.

—Oh! dijo Gemma con aquella voz melosa y zalamera á la quo nada sabia rehusar el príncipe, cuanto me hubiera alegrado de ver á ese hombre á quien no conozco y de quien se cuentan tan estrañas cosas! . . .

—Nada es mas fácil que darte ese gusto, angel mio, respondió el príncipe; haremos que le ahorquen en Palermo!

XI.

Conforme á la promesa que habia hecho á su querida, mandó el príncipe de Carini que pasasen al reo de Mesina á Palermo, y Pascual Bruno escoltado por fuerzas considerables fué llevado á la cárcel de la ciudad, que estaba situada detras del Palazzo Reale, contigua al hospital de los locos.

En la tarde del segundo dia, bajó un sacerdote á su calabozo. Púsose Pascual en pié al ver entrar al ministro de Dios; sin embargo contra lo que este esperaba, se negó á confesarse, y por mas que insistió el sacerdote, nada pudo determinar á Bruno á cumplir aquel deber religioso. Viendo el sacerdote que no podia vencer aquella singular obstinacion, le preguntó su causa.

—La causa es, le dijo Bruno, que no quiero cometer un sacrilejio.

—Cómo es eso, hijo mio?

—No es la condicion primera para hacer una buena confesion, no solamente declarar los propios pecados mas tambien olvidar los agenos?

—Sin duda, y sin eso no hay confesion perfecta.

—Pues bien! yo no he perdonado; mi confesion sería mala por consiguiente y no quiero hacer una mala confesion.

—Hablad con sinceridad, hijo mio, dijo el sacerdote; no os arredra mas bien la consideracion de que vuestras culpas son tan enormes que temeis que no baste á borrarlas el poder de la remision humana? Tranquilizaos; Dios es misericordioso, y siempre hay esperanza donde hay arrepentimiento.

—Sin embargo, padre, si entre vuestra absolucion y la muerte me ocurriese un mal pensamiento y no tuviese yo fuerzas para vencerle?... .

—Perdereis el fruto de la confesion, dijo el sacerdote.

—Pues es inútil que me confiese, dijo Pascual, porque es seguro que se me ocurrirá ese mal pensamiento.

—No podreis ahuyentarlo de vuestra mente?

Pascual sonrió con amargura.

—El es el que me hace vivir, padre mio; sin ese pensamiento infernal, sin ese último propósito de venganza, creéis que me hubiera dejado arrastrar á este calabozo para servir de espectáculo á la muchedumbre?... .No, no; antes me hubiera quitado la vida con esta cadena. Ya estaba decidido á hacerlo en Mesina, cuando llegó la órden de que me trajeran á Palermo, y conocí que *Ella* queria verme morir.

—Quién?

—*Ella*.

—Pero si moris de esa suerte, sin arrepentimiento, Dios no tendrá misericordia para vos.

—Padre mio, *Ella* tambien morirá sin arrepentimiento, porque morirá cuando menos se lo espere: *Ella* tambien morirá sin sacerdote y sin confesion: *Ella* tambien hallará

como yo á Dios sin misericordia, y *Ella* y yo nos condenaremos juntos.

Entró en aquel momento un carcelero.

—Padre mio, dijo, ya está preparada la capelardiente.

—Persistís en vuestra rebeldía, hijo mio? dijo el sacerdote.

—Persisto, respondió Bruno con sordo acento.

—En ese caso, no retardaré con nuevas instancias el oficio de difuntos que voy á decir por vuestra alma :—además, espero que mientras las escuseis, os visitará el espíritu de Dios para inspiraros mejores pensamientos.

—Es posible, padre mio, pero no lo creo.

Entraron los gendarmes, soltaron á Bruno, y le llevaron á la iglesia de San Francisco de Sales, frontera á la cárcel y que se hallaba á la sazón espléndidamente iluminada :— allí debía, según la costumbre, oír el oficio de difuntos y pasar la noche en oración, porque á las ocho de la mañana siguiente era la hora señalada para la ejecución de su sentencia. Una argolla de hierro estaba clavada en un pilar del coro ; ataron á Pascual á aquella argolla con una cadena que le ceñía la cintura, pero que era bastante larga sin embargo para que pudiese llegar á las gradas de la baranda donde se arrodillan los fieles para recibir la sagrada comunión.

En el momento en que iba á empezar la misa, entraron cuatro mozos del hospital de locos y colocaron un atahud en medio de la iglesia ; aquel atahud contenía el cuerpo de una demente que había muerto aquel mismo día, y el director del establecimiento había dispuesto que se aprovechase la difunta del beneficio de la misa dicha para el que iba á morir, lo que era además para el celebrante una economía de tiempo y de trabajo ; como esta disposición acomodaba á todos, no en-

contró la menor dificultad. El sacristan encendió dos velas, una á la cabeza, otra á los pies de la muerta, y empezó el sacrificio divino: Pascual oyó toda la misa con profunda devocion.

Apenas hubo acabado, llégose á él el ministro del altar y le preguntó si se sentia en mejores disposiciones; pero el reo le respondió que, apesar de la misa que habia oido, apesar de las fervientes oraciones con que la habia acompañado, sus sentimientos de rencor eran siempre los mismos. Anuncióle el sacerdote que á las siete de la mañan siguiente volveria á preguntarle si una noche de soledad y recogimiento en una iglesia y delante de la cruz, le habia hecho renunciar á sus culpados proyectos de venganza, y se retiró sinceramente afligido.

Quedó solo Bruno y cayó en una honda abstraccion mental. Toda su vida se deslizó delante de sus ojos como una vision fantástica, desde aquella edad de la primera infancia en que empiezan los recuerdos, y en vano buscó en aquella edad las culpas con que habia podido merecer la amarga suerte que le esperaba en su juventud: nada halló en ella mas que una filial y santa obediencia á los padres que le habia dado el Señor. Acordóse de aquella casa paterna tan pacifica y feliz algun tiempo, y que de repente habia visto, sin saber todavia por qué, tan llena de lágrimas y de amarguras; acordóse del dia en que salió su padre con un cuchillo y volvió cubierto de sangre; acordóse de la noche durante la cual aquel á quien debia la vida habia sido preso como él acababa de serlo, en que le habian conducido, á él, niño tadavia, á una capelardiente semejante á aquella en que á la sazón se hallaba encerrado, y el momento en que halló en aquella capilla un hombre cubierto de cadenas como él.

PASCUAL BRUNO.

(CONCLUYE)

Parecíale que una influencia fatal, una ciega casualidad, una victoriosa superioridad del mal sobre el bien habian de aquella suerte impelido al infortunio á toda su desventurada familia. Miró entonces como una vana ilusion las promesas de felicidad que hace el Cielo á los hombres; inútilmente buscó en su vida una aparicion de aquella Providencia tan decantada, y pensando que en aquel momento supremo le sería revelado tal vez algo de aquel eterno secreto, se precipitó la frente sobre las losas, pidiendo á Dios, con todas las fuerzas de su alma, que le diese la esplicacion de aquel terrible enigma, que levantase una punta de aquel velo misterioso y se mostrase á sus ojos como un padre ó como un tirano. Pero vana fué esta esperanza, todo quedó mudo, menos la voz de su corazon que repetia sordamente:—Venganza! venganza! venganza!

Entónces pensó que acaso la muerte estaba encargada de responderle, y que Dios habia permitido que pusiesen aquel cadáver junto á él para que fuese el intérprete de su revelacion tan cierto es que el hombre mas ínfimo hace de su propia existencia el centro de la creacion, cree que todo depende de su ser y que su miserable persona es el eje sobre el cual gira todo el universo. Levántose pues lentamente, mas sombrío y pálido de resultas de su lucha con sus pensamientos que de su lucha con la idea del patíbulo, y volvió los ojos hácia aquel cadáver:—era el cadáver de una muger.

Estremeciose Pascual sin saber por qué; buscó las facciones del rostro (1) de aquella muerta, pero una punta de la mortaja le habia caído sobre la cabeza como un sudario y la cubria toda la cara . . . De pronto un recuerdo instintivo le trajo á la memoria la infeliz Teresa, Teresa á quien no habia visto desde el día en que rompió con los hombres y con Dios—Teresa que se habia vuelto loca y que hacia tres años habitaba el hospital de dementes, de donde salian aquella caja y aquel cadáver :—Teresa que debía haber sido su esposa, con la cual se hallaba tal vez al pié del altar, á donde por tanto tiempo habia esperado á conducirla, y á donde iban en fin á reunirse, por una acerba irrisión del destino, ella muerta y él próximo á morir. No pudo soportar por mas tiempo aquella duda ; llegóse al atahud para cerciorarse de la realidad, pero sintióse de repente detenido por la cintura :—su cadena no era bastante larga para que pudiese llegar hasta el cadáver, y le tenia sugeto al pilar :—alargó los brazos, pero le faltaba una distancia de pocos pies para alcanzarle con las manos. Miró en derredor de sí para ver si hallaba á su alcance alguna cosa cualquiera con auxilio de la cual pudiese levantar aquel paño mortuorio, pero nada vió: agotó todo el aliento de su pecho soplando para apartar aquel sudario, pero aquel sudario quedó inmóvil como un pliegue de mármol. Volvióse entónces con un movimiento de rábia intima, imposible de describir, asió su cadena con las dos manos, y en un arranque en que echó el resto de todas sus fuer-

(1) *En Italia se exponen los muertos con la cara descubierta, y no se clava la tapa de la caja hasta el momento de enterrar el cadáver.*

(N. DEL AUTOR.)

zas, procuró romperla,—pero los eslavones estaban rícidamente remachados unos en otros y la cadena resistió. Heló entónces su cuerpo el sudor de una desesperacion imponente, volvió á sentarse al lado de su pilar; dejó caer la cabeza sobre las palmas de las manos, quedó inmóvil y mudo como la estatua del abatimiento, y cuando volvió el sacerdote á la mañana siguiente le halló en la misma postura.

Acércose á él el ministro del altar, sereno y grave cual convenia á su augusta misión de paz y mansedumbre, creyó que Pascual estaba dormido y le puso la mano en el hombro. Estremecióse de pronto el reo y levantó la cabeza.

—Y en fin, hijo mio, le preguntó el sacerdote, estais pronto á confesaros?... Yo estoy pronto á absolveros....

—De aquí á un momento os responderé, padre mio, pero ante todas cosas, hacedme un postrer favor, dijo Bruno. Cuál? hablad.

Púsose Bruno en pié, cogió al sacerdote por la mano, le llevó junto al atahud, al que se acercó cuanto se lo permitió su cadena, y luego, señalándole el cadáver con la mano—

—Padre mio, le dijo, quereis levantar la punta de la mortaja que me oculta el rostro de esa muger.

Levantó el sacerdote la punta de la mortaja—En efecto no se habia engañado Pascual Bruno; aquella muger era Teresa. Miróla algunos instantes con profunda tristeza, y luego hizo señal al sacerdote de que dejase caer el sudario. El sacerdote obedeció.

—Hablad, hijo mio, hablad, le dijo; os ha inspirado mas piadosos sentimientos la vista de esa muger?

—Esa muger y yo, padre mio, respondió Bruno, habiamos nacido para ser felices é inocentes:—*Ella* la ha hecho perjura y á mí asesino—*Ella* nos ha conducido, á esta mu-

ger por la senda de la locura, y á mí por la de la desesperacion, á la tumba á donde ambos bajamos en este día.... perdonela Dios, si quiere, pero yo no la perdono.

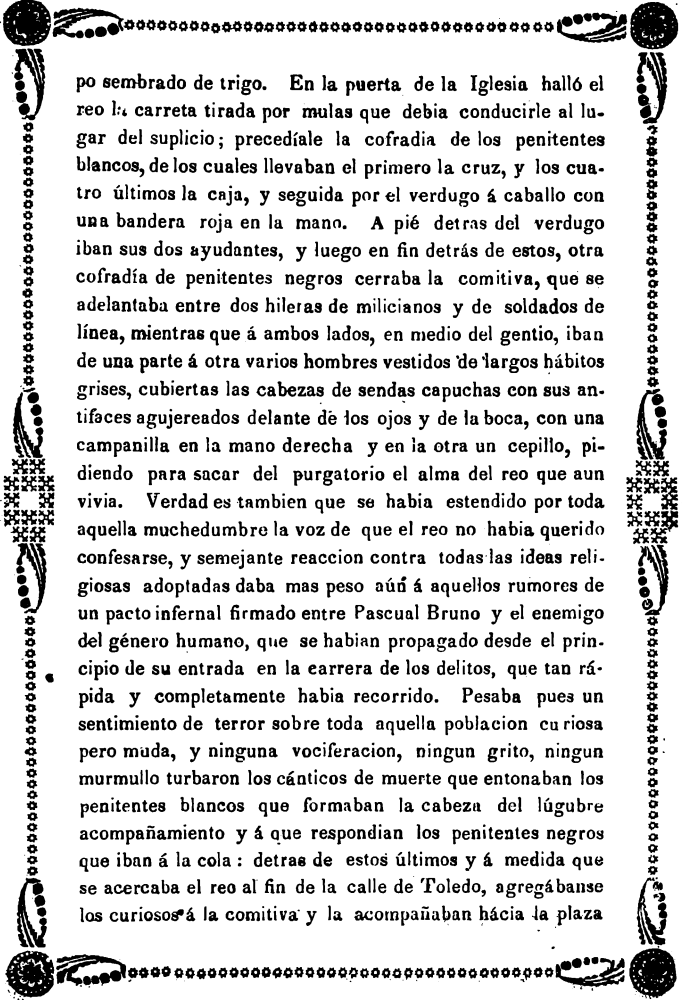
Entraron en aquel momento los soldados que venian á buscar á Pascual para conducirle al cadalso.

XII.

Estaba el Cielo hermosísimo, la atmósfera límpida, y transparente. Palermo se despertaba como para una festividad: los directores de los colegios y seminarios habian dado asueto á sus alumnos y la poblacion entera parecia reunida en la calle de Toledo, que el reo debia recorrer en toda su longitud para ir desde la Iglesia de San Francisco de Sales, donde habia pasado la noche, á la plaza de la Marina, donde debia ser ajusticiado. Las ventanas de los primeros pisos estaban llenas de mugeres á quienes la curiosidad habia sacado de su cama á una hora en que por lo comun solian disfrutar de un apacible sueño; veíanse como sombras moverse en sus galerias enrejadas (1) las religiosas de los diferentes conventos de Palermo y de sus alrededores, y sobre las azoteas de toda la ciudad ondeaba una poblacion aérea como un cam-

(1) *En Palermo, las religiosas, no pueden mezclarse en las fiestas mundanas, participan de ellas sin embargo con la vista. Todo convento algo rico posee en arriendo un piso que dá generalmente sobre la calle de Toledo. Desde aquellas ventanas enrejadas, á donde van por caminos subterráneos que tienen á veces un cuarto de legua de largo y que comunican desde el convento con la casa alquilada, presencian las santas reclusas las fiestas sagradas y profanas.*

(N. DEL AUTOR.)



po sembrado de trigo. En la puerta de la Iglesia halló el reo la carreta tirada por mulas que debía conducirle al lugar del suplicio; precedíale la cofradía de los penitentes blancos, de los cuales llevaban el primero la cruz, y los cuatro últimos la caja, y seguida por el verdugo á caballo con una bandera roja en la mano. A pié detras del verdugo iban sus dos ayudantes, y luego en fin detras de estos, otra cofradía de penitentes negros cerraba la comitiva, que se adelantaba entre dos hileras de milicianos y de soldados de línea, mientras que á ambos lados, en medio del gentío, iban de una parte á otra varios hombres vestidos de largos hábitos grises, cubiertas las cabezas de sendas capuchas con sus antifaces agujereados delante de los ojos y de la boca, con una campanilla en la mano derecha y en la otra un cepillo, pidiendo para sacar del purgatorio el alma del reo que aun vivía. Verdad es tambien que se habia estendido por toda aquella muchedumbre la voz de que el reo no habia querido confesarse, y semejante reaccion contra todas las ideas religiosas adoptadas daba mas peso aún á aquellos rumores de un pacto infernal firmado entre Pascual Bruno y el enemigo del género humano, que se habian propagado desde el principio de su entrada en la carrera de los delitos, que tan rápida y completamente habia recorrido. Pesaba pues un sentimiento de terror sobre toda aquella poblacion curiosa pero muda, y ninguna vociferacion, ningun grito, ningun murmullo turbaron los cánticos de muerte que entonaban los penitentes blancos que formaban la cabeza del lúgubre acompañamiento y á que respondían los penitentes negros que iban á la cola: detras de estos últimos y á medida que se acercaba el reo al fin de la calle de Toledo, agregábanse los curiosos á la comitiva y la acompañaban hácia la plaza

de la Marina. Pascual Bruno por su parte era el único que parecia perfectamente sereno en medio de aquella agitada muchedumbre, mirándola sin humildad como sin ostentacion, como hombre que, conociendo los deberes de los individuos con respecto á la sociedad, y los derechos de la sociedad sobre los individuos, no se arrepiente de haber olvidado los unos ni se queja de que ella venga los otros.

Detúvose un momento la comitiva en la plaza de los cuatro cantones que forman el centro de la ciudad, porque se habia reunido un gentío tal á ambos lados de la calle de Cassero, que habia roto las filas de la tropa y no habian podido abrirse paso los penitentes por estar verdaderamente atascada la calle. Aprovechó Pascual aquel momento de descanso para ponerse en pié en su carreta, y tendió la vista en derredor de sí como si buscara á alguno á quien tuviese que dar una última órden, que hacer una última señal ; pero, despues de un largo exámen, no viendo al que buscaba, se dejó caer sobre el monton de paja que le servia de asiento, y su rostro tomó una espresion sombría que fué anublándose cada vez mas hasta el momento en que llegó la procesion á la plaza de la Marina : allí un nuevo tropel de gente ocasionó una nueva parada. Levántose Pascual segunda vez, empezó por echar una ojeada indiferente al extremo opuesto de la plaza donde estaba la horca, luego, recorriendo todo el inmenso círculo de aquel recinto que parecia empedrado y hecho todo de cabezas, á escepcion de la azotea del príncipe de Buttera que estaba completamente desierta, detuvo sus miradas en un balcon ricamente colgado de damasco recamado de oro y cubierto con un docel de púrpura. Allí, sobre una especie de tablado, rodeada de las mas nobles damas y de los mas bizarros caballeros de Palermo, estaba la hermosa

Gemma de Castalnuovo que, no habiendo querido perder un minuto de la agonía de su enemigo, había hecho erigir su trono en frente de su cadalso.

Encontráronse su mirada y la de Pascual Bruno y sus rayos visuales se cruzaron como dos relámpagos de venganza y de rencor. Todavía no se habían separado una de otra aquellas dos miradas, cuando salió un grito particular de entre el gentío que rodeaba la carreta; estremeciéndose Pascual repentinamente, se volvió con indecible rapidéz hácia el punto de donde salía aquel grito, y al punto recobró su fisonomía, no solo su habitual expresión de serenidad, mas también una nueva apariencia de contento. Dieron un paso en aquel momento los penitentes para ponerse en marcha, pero los detuvo la voz sonora de Bruno diciendo:—ténganse!

Esta palabra tuvo un efecto mágico; pareció que toda aquella muchedumbre quedó en el mismo instante clavada en tierra; todas las cabezas se volvieron hácia el reo y milares de miradas ardientes se fijaron en él.

—Qué quieres? le preguntó el verdugo.

—Confesarme, dijo Pascual.

—Para que has despachado al sacerdote! Ya no está aquí y no puede ser.

—Mi confesor habitual es ese fraile que está ahí á mi izquierda entre el gentío, no he querido confesarme con otro, pero ahora quiero confesarme con ese.

Hizo el verdugo un ademán de impaciencia acompañado de un movimiento de cabeza que claramente indicaba su firme propósito de no acceder á la demanda del reo, pero en el mismo instante el pueblo, que lo había oído, empezó á gritar—El confesor! el confesor!! No tuvo el verdugo mas remedio que obedecer; todos hicieron paso al fraile que era

un joven alto, moreno y que parecia extenuado por las austeridades del claustro, y habiendo éste subido á la carreta, Bruno cayó de rodillas delante de él. Fué aquello como una señal general; sobre las piedras de la calle, en los balcones de las casas, sobre los tejados, todos se incaron de rodillas en el mismo instante, solo el verdugo y sus satélites quedaron el primero á caballo y los segundos en pié, como si aquellos hombres malditos estuvieran exceptuados de la reunion general. Al mismo tiempo empezaron los penitentes á cantar las plegarias de los agonizantes para cubrir con sus voces el murmullo de la confesion.

—Mucho tiempo te he buscado, dijo Bruno.

—Aquí te aguardaba, respondió Ali.

—Temia que no cumpliesen la palabra que me diéron.

—La han cumplido; estoy en libertad.

—Escucha.

—Ya escucho.

—Ponte aquí; á mi derecha.—Bruno volvió la cabeza, porque estaba maniatado y no podia señalar de otro modo—
En aquel balcon colgado de damasco y oro....

—Sí.

—Hay una muger joven, hermosa, con flores en la cabeza....

—Ya la veo. Está arrodillada y hace oracion como todos.

—Esa muger es la condesa Gemma de Castelnuovo.

—Al pié de cuya ventana te estuve esperando el dia en que fuistes herido en el hombro.

—Esa muger es la causa de todas mis desgracias la que me ha hecho cometer el primer crimen, la que me ha traído á este sitio.

-- Comprendo!

—No moriría tranquilo, prosiguió Bruno, si creyera que ella ha de sobrevivirme feliz, festejada. . . .

—Muere tranquilo, interrumpió el jóven árabe.

—Gracias, Ali!

—Déjame que te dé un abrazo, padre mio.

—Adios!

—Adios!

Abrazó el supuesto fraile al reo como suelen hacerlo los sacerdotes cuando dan la absolucion al pecador contrito ; luego bajó de la carreta y se confundió entre el gentío.

—Adelante! dijo Bruno, y de nuevo obedeció toda la comitiva, como si el que iba á morir tuviese derecho de mandar.

Llegado que hubo al pié del patíbulo, apeóse el verdugo de su caballo, subió al tablado, trepó á lo alto de la escalera, clavó en el madero transversal el estandarte de color de sangre, se cercioró de que la cuerda estaba bien afianzada, y se quitó la chaqueta para tener mas soltura y desembarazo en sus movimientos. Al punto Pascual saltó de la carreta, apartó con un doble meneo de hombros á los dos sayones que querian ayudarlo á apearse, subió rápidamente el tablado y fué á apoyarse de espaldas al pié de la escalera que debia subir andando hácia atrás : en el mismo instante el penitente que llevaba la cruz la hincó en frente de Pascual, de modo que pudiese verla durante toda su agonía. Los penitentes que llevaban el atahud se sentaron sobre él y al punto se formó al rededor del patíbulo un círculo de soldados, no quedando en su centro mas que las dos cofradías de penitentes, el verdugo, sus ayudantes y el reo.

Subió Pascual la escalera sin consentir en que lo sostuviesen, con la misma serenidad que habia mostrado hasta en-

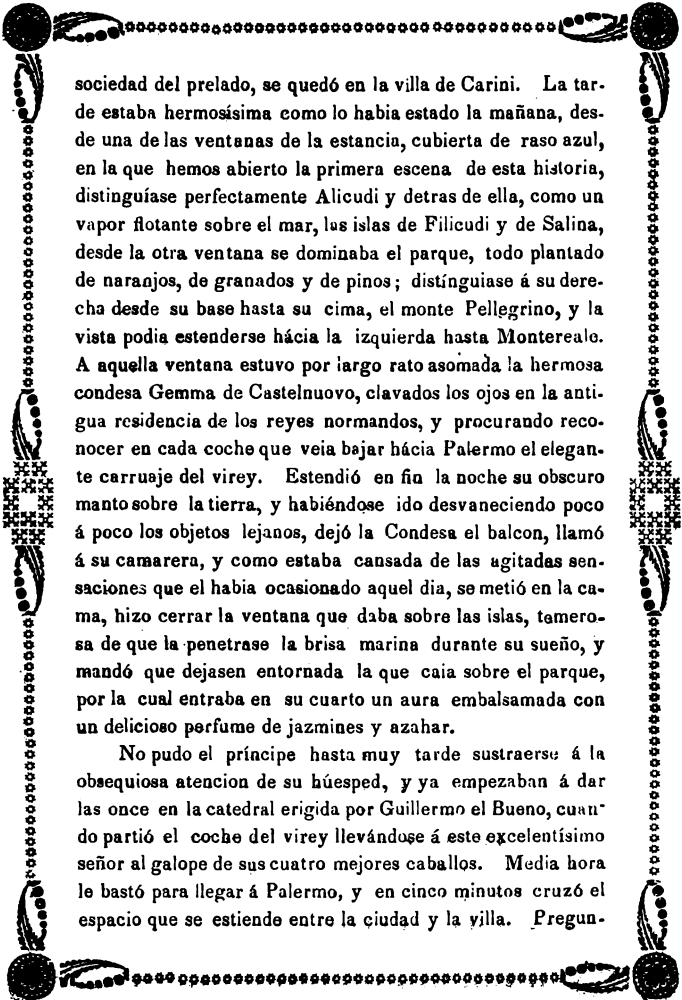
tonces, y como el balcon de Gemma estaba enfrente de él, hasta hubo quien observó que tendia la vista hácia aquella parte sonriendo. En el mismo momento le echó el verdugo la cuerda al cuello, le agarró por la cintura y le tiró desde lo alto de la escalera ; luego se deslizó á lo largo de la cuerda y se apoyó con todo su peso sobre los hombros del paciente, mientras los ayudantes colgándose cada uno de una pierna, pesaban en la parte inferior del cuerpo ; pero de repente la cuerda que no era bastante r cica para sostener aquel cuádruple peso, se rompió por la mitad, y todo aquel grupo infame compuesto del verdugo, de sus dos mozos y del reo, cayó rodando sobre el tablado. El primero que se puso en pi  fué Pascual Bruno, cuyas manos se habian desatado en aquella barahunda, y que se ponia en pié en medio del silencio general, clavando en la tetilla derecha el c chillo que el verdugo acababa de sepultar en ella hasta el mango.

—Miserable ! dijo el reo dirigiéndose al ejecutor, miserable ! no eres digno ni de ser verdugo, ni de ser bandido ; no sabes ahorcar ni asesinar ! . . .

Y esto diciendo, se arrancó el puñal de la tetilla derecha, le clav  en la izquierda del verdugo que cayó muerto.

Siguió   esta escena una inmensa griteria ; y una revolucion general en todo el concurso :—unos salieron horrorizados de la plaza, y otros se precipitaron en tropel sobre el patibulo. Los penitentes se llevaron al reo, y el pueblo hizo trizas al verdugo.

La tarde que siguió á esta ejecucion, comió el príncipe de Carini en el palacio del arzobispo de Montereale, mientras que Gemma, que no podia ser admitida en la respetable



sociedad del prelado, se quedó en la villa de Carini. La tarde estaba hermosísima como lo había estado la mañana, desde una de las ventanas de la estancia, cubierta de raso azul, en la que hemos abierto la primera escena de esta historia, distinguíase perfectamente Alicudi y detras de ella, como un vapor flotante sobre el mar, las islas de Filicudi y de Salina, desde la otra ventana se dominaba el parque, todo plantado de naranjos, de granados y de pinos; distinguíase á su derecha desde su base hasta su cima, el monte Pellegrino, y la vista podia estenderse hácia la izquierda hasta Montereale. A aquella ventana estuvo por largo rato asomada la hermosa condesa Gemma de Castelnuovo, clavados los ojos en la antigua residencia de los reyes normandos, y procurando reconocer en cada coche que veia bajar hácia Palermo el elegante carruaje del virey. Estendió en fin la noche su obscuro manto sobre la tierra, y habiéndose ido desvaneciendo poco á poco los objetos lejanos, dejó la Condesa el balcon, llamó á su camarera, y como estaba cansada de las agitadas sensaciones que el habia ocasionado aquel dia, se metió en la cama, hizo cerrar la ventana que daba sobre las islas, temerosa de que la penetrase la brisa marina durante su sueño, y mandó que dejasen entornada la que caia sobre el parque, por la cual entraba en su cuarto un aura embalsamada con un delicioso perfume de jazmines y azahar.

No pudo el príncipe hasta muy tarde sustraerse á la obsequiosa atencion de su hùesped, y ya empezaban á dar las once en la catedral erigida por Guillermo el Bueno, cuando partió el coche del virey llevándose á este excelentísimo señor al galope de sus cuatro mejores caballos. Media hora le bastó para llegar á Palermo, y en cinco minutos cruzó el espacio que se estiende entre la ciudad y la villa. Pregun-

tó á la camarera donde estaba Gemma, y fuéle respondido que la Condesa, sintiéndose cansada, se habia recogido á las diez.

Subió el príncipe apresuradamente al cuarto de su amada, y quiso abrir la puerta principal, pero estaba cerrada por dentro; llegóse entonces á la puerta falsa que estaba junto á la misma cama de Gemma, abrió con sumo tiento, para no despertar á la hermosa dormida, y se detuvo algunos instantes para considerarla en aquel desaliño del sueño, tan caprichoso y hechicero. Iluminaba únicamente la estancia una lámpara de alabastro pendiente del techo por tres cordones de perlas, y su luz estaba dispuesta de modo que no diese en los ojos de Gemma, mientras dormía: el príncipe se apoyó de codos en la cabecera, para verla mejor. Tenia Gemma casi todo el pecho fuera de las sábanas, y en rededor de su cuello estaba arrollado aquel boa de que ya hemos hecho mencion, y que á causa de su color obscuro contrastaba admirablemente con la blancura de su cutis. Consideró el príncipe algunos momentos aquella deliciosa estatua, mas pronto le sorprendió su inmovilidad: inclinóse mas hácia ella y vió que cubria su rostro una palidez singular; acercó el oido á sus labios y no oyó ningun resuello; asió una mano y la sintió fria. Ciñó entonces con su brazo por la cintura aquel cuerpo idolatrado para acercarle á su seno y calentarle en él, pero al punto le soltó desfavorido lanzando un grito de horror:—la cabeza de Gemma acababa de desprenderse de sus hombros y de caer rodando al suelo.

Al dia siguiente se halló al pié de la ventana el alfange de Ali.

FIN.

Poesia Sagrada.

EL AVE-MARIA.

GLOSADA EN VERSO EN MONTEVIDEO,

Por D. F. A. F.

*Dios te salve, celestial
Maria, Madre y Doncella
Llena eres de gracia, y bella
Sin semejante, ni igual.*

Tu planta humilla el furor
Del infernal enemigo
Porque *el Señor es contigo,*
Y tú eres con el Señor.

Mas pura que el Serafín
Bendita tu eres, Maria
Panal de rica ambrosía,
Flor del divino jardín.

Sin la mancha original,
Para que en el Cielo imperes,
Entre todas las mugeres
Te eligió Dios inmortal.

Arbol que destila miel
Y exala aroma esquisito,
Dios te cultiva, *y bendito*
Es el fruto que hay en él.

Salve hermosísima luz
 Madre de inmensa ternura,
De tu vientre, ó virgen pura,
 Nació el divino *Jesus*.

Santa Maria, en tu amor
 Se cifra nuestra esperanza,
 Porque eres la arca de alianza,
 Y asilo del pecador.

Madre de Dios, ante quien
 Pierde el Sol sus luces bellas ;
 Reina hermosa, doce estrellas
 Ciñen de rayos tu sien.

Ruega por nosotros, si
 Ante el Trino Dios ansiosa,
 Pues hija, madre, y esposa,
 ¿Qué podrá negarte á tí ?

A los *pecadores* fiel
 Salvará tu amante celo ;
 Puerta mística del Cielo,
 Por tí hemos de entrar en él.

Ahora y en la hora fatal
De nuestra muerte, Señora,
 Tu eres nuestra defensora
 Contra el poder infernal.

En fin al divino Eden
 Donde tus luces exalas,
 Dulce paloma, en tus alas
 Alzamos con gloria: *Amen*.

CARNAVAL.

Un día de Carnaval, un inglés que se paseaba por las calles de Marsella dejó caer inadvertidamente su cartera, que contenía una buena cantidad en billetes de Banco. Muchas máscaras y otras gentes pasaron y vieron la cartera, pero ninguno se atrevió, incluso los mozos de las tiendas vecinas de aquel sitio, á levantarla del suelo, creyendo todos que era uno de aquellos chascos tan comunes en tiempo de Carnaval, con que se divierten algunos en chasquear la curiosidad de los que pasan. ¡ Cuál fué empero la admiración de todos cuando el inglés, que volvía á pasos precipitados y mirando al suelo con la mayor inquietud, llegó al lugar donde estaba, intacta su querida cartera, y recogióla alborozado, la examinó y la guardó otra vez, y con mayor cuidado en su bolsillo! Entre todos los espectadores estupefactos de aquella escena, que no se habían atrevido á tocar la cartera, creyéndola engaño, algunos se arrepentirían sin duda de no haber caído en él, cuando al preguntarle al dueño, contestó que contenía 35,000 francos! Valgá el Carnaval: á fé que no hubiera tenido el inglés tanta suerte en Cuaresma!

EL JUDIO Y EL ABOGADO.

El hijo de un rico judío establecido en Londres quería casarse con una jóven inglesa; pero el padre, sin reparar quizá tanto en la diferencia de religion, como en la poca fortuna de la niña, negó su consentimiento. El amante, desespe-

rado, amenaza al padre, si no le deja otro arvitrio, que se valdria de una ley antigua que desde luego concede la mitad de los bienes de un judio, al hijo que se hiciese cristiano. El padre, asustado con la bateria que el hijo le presenta, corre á consultarlo con un abogado muy célebre: éste efectivamente le muestra la ley antedicha, pero agrega sin embargo, que sabia un medio eficaz para evitar el efecto de la ley y burlar las esperanzas del enamorado: ofreció comunicarlo por cincuenta guineas. El israelita, á fin de salvar la mitad de sus bienes, le entrega las cincuenta guineas al abogado, quien al ponerlas en el bolsillo, le dice—“Amigo, hacedos bautizar *antes* que lo haga vuestro hijo.”

DIAMANTES FALSOS.

ANECDOTA.

Un Lord de Inglaterra habia perdido al juego una gran suma de dinero, y no teniendo bastante en caja para pagarla hechó mano de las halajas de su esposa y las llevó á casa de un logrero á pedirle sobre ellas 1,000 guineas, habiéndole costado á él 4,000; pero como no queria que entretanto careciese la señora de éste adorno, le dijo al usurero—des-haga Vd. estos aderezos, numere las piedras, quédese Vd. con ellas, y ponga unas falsas en su lugar porque la señora no las distinguirá.—“Ya llegais tarde, señor mio, respondió el prendero, la señora vuestra esposa os ganó de mano; porque estas piedras son falsas, habiéndole comprado yo las finas á Su Señoría el año pasado.”

PENSAMIENTOS

HALLADOS EN LA CARTERA DE UN VIAJERO ITALIANO

A TERESA.

I.

Teresa, se cumplió ya para nosotros aquel negro presentimiento, que en los días claros de nuestros amores cruzaba por el alma para eclipsar nuestra felicidad. Se cumplió, ya estamos separados. El aire de mi existencia ya no lo aspiro en tu aliento, y la luz que abrillantaba mi espíritu, ya no la miro en los rayos tan tiernos de tus ojos.

II.

Me faltas, y el universo ha desaparecido para mí. Este corazón, que tu cabeza ha sentido palpar tantas veces con el vigor de las emociones profundas, hoy late apenas bajo la lápida de mi pecho, con toda la languidez del desencanto. Estos labios, tantas veces encendidos con el calor de los tuyos, apenas se abren hoy tibios y marchitos, como las hojas de una flor inodora del desierto, para que huya un suspiro, que yo adoro, sin embargo, porque lleva tu nombre. Estos ojos, en otro tiempo radiantes de felicidad, porque do quiera se fijaban hallaban algo que te pertenecía, algo que tus ojos acababan de ver, hoy apenas giran, místicos y perezosos, por que á cada objeto que contemplo me repito—*no es de ella.*

III.

Cuando las flores—oh! tu sabes cuanto amo yo las flores!—absorven un instante mis miradas, me retiro de ellas sin cogerlas, ¿para qué, para quién esas flores?

Cuando la luna derrama sobre el yelo su luz de plata ¡ dónde estás, Teresa, para yo esparcir sobre tu espalda, los rizos negros de tu espléndida cabellera, y, á los rayos dulces y melancólicos del astro de la noche, descubrir tu semblante mas bello, mas dulce y melancólico que esa tierna viajera de los Cielos ?

IV.

Cuando la tempestad hace temblar la tierra con sus rayos, y las nubes beben la luz en la mitad del dia, y toda la naturaleza se reviste de ese aspecto desconsolador que se comunica al espíritu ; estos dias, me digo, eran en otro tiempo el iman secreto de la poesia de mis amores ; pero hoy ¡ qué me importa ? hoy no tengo los hombros de mi amada para reclinar mi cabeza, y allí embriagado con el aroma de su aliento, cerrar mis ojos al arrullo del trueno y sus palabras. Oh ! tu voz tierna y melodiosa, como el canto del ruiseñor, confundida en los écos retumbantes del trueno : tu mirada lánguida y amorosa, que parece buscar los objetos para descanzar sobre ellos, confundida en el brillo fosfórico del relámpago ; ah ! Teresa, es todo esto el antitesis mas poética, de la sublimidad de lo bello—Ya se acabó tambien.

V.

Cuando las sombras de la tarde se esparcen lánguidas sobre el Cielo, y los últimos rayos del sol espiran dulcemente en el ocaso, como la última mirada de una virgen, cuando la palidez de la muerte cubre su rostro, y llega á mis oidos el primer golpe de la campana de visperas ; entonces, Teresa, mi corazon se estremece : quiero esconder mi cabeza entre mis manos, y mis manos se bañan en el raudal de lágrimas de mis ojos.... Angel de mi alma, tú conoces el misterio divino de esas horas.... aquella colina.... aquella Cruz.... ¡ si-

lencio! no robemos á Dios único testigo de nuestros amores, el secreto de nuestra felicidad.

VI.

Como eras bella entonces! Yo he visto á la naturaleza en todas sus perspectivas de luz, en las riberas del Indo y del Amazonas: he visto levantarse la luna sobre un mar tranquilo como el corazon de una niña, pero en tus ojos, Teresa, hay luces mas vivas, mas indefinibles, mas bellas que en el horizonte de los trópicos; y mas poesia en tu rostro, que en esa perla de los Cielos que se alza hermosa y solitaria sobre los mares sin ondas.

VII.

Yo he visto desde la cima de las montañas, descender á los valles de esmeralda las aguas cristalinas de las fuentes, en ligerísimas sierpes de plata, alumbradas con los dorados rayos de la aurora, pero cuando la brisa de la tarde agita los sedosos rizos de tu frente, y los encages de tu seno, y los pliegues de tu vestidura, blanca y leve como los vapores del alba y se agitan blandamente; la luz del alba, y las aguas de las fuentes, desaparecen de la memoria, donde queda una sola imágen—*tú*.

VIII.

Pero los encantos de tu rostro: el fuego de tus ojos, cuyas miradas tocan y vivifican al espíritu, como los rayos de sol de Mayo á la silvestre azucena de los Alpes: tus labios mas rojos y fragantes, que las clavelinas que nacen á las orillas del Gadges: tu seno cuya blancura dá zelos al alabastro florentino; cuya hermosura voluptuosa, deja sin gracia las creaciones atrevidas de Tisiano: tu cintura, fina y flexible como las palmeras del Paraguay: tu juventud que disputa á la aurora su jozania y sus esperanzas: todo, todo

desaparece al lado de la belleza de tu espíritu, como desaparecen las estrellas, á la luz cándida é inocente del alba.

IX.

Tu corazón es un ramo de flores sin espinas, y cada flor representa un afecto sublime ó tierno, delicado ó profundo. Amas porque el amor es una necesidad de tu existencia. Amas á Dios, porque en el fondo de tu alma, está viva y brillante la recordacion de tu primer morada:—el Cielo. Amas la Libertad, por ese instinto supremo de los corazones nobles, que se rebela contra todo lo que pone cadenas á sus ambiciones generosas. Amas la música y las flores; porque entre ellas y tú hay esa armonía misteriosa, esa comunidad indefinible, que ha establecido Dios, entre sus creaciones delicadas. Amas á tu querido; porque sientes esa necesidad casi divina de los espíritus angelicados; de armonizar su corazón á otro corazón, su pensamiento á otro pensamiento, su destino á otro destino, su vida á otra vida; ¿por tí? no, tú no amas por tí misma, como los espíritus vulgares: amas para la felicidad del ser amado.—He aquí tu amor—el amor de Dios sobre la tierra.

X.

El amor sublime, santo, de abnegacion y de sacrificio, ese es el tuyo, divinidad sin alas. Oh! si alguna vez hubiera yo cortado con una sola palabra, los lazos que nos ligan á las preocupaciones sociales, diciéndote:—“Teresa, sigúeme en mi vagabunda vida de proscrito,” tú, alma del alma mía, habrias conmigo atravesado los desiertos; ó, sentada en mis rodillas, sobre la popa de un bajel, te habrias dormido en mis brazos, feliz y tranquila al arrullo del viento y de las ondas: y tu Dios, tu mundo, tu patria, habria sido ¿quién? tu querido. Habrias seguido mi suerte, sufriendo contenta

todas las veleidades de mi estrella ; y si el drama de mi vida se terminára con un cadalzo, cuando yo hubiera pisado de él la segunda grada, tú habrias pisado la primera ¿ no es verdad, Teresa ? y tú no verterias una lágrima ¿ no es verdad, Teresa ? Y en el Cielo irias todavia á decirme : TE AMO, ¿ no es verdad, bien amada de mi corazon ?

XI.

Pero quisimos respetar el código de las aberraciones sociales ¿ por quién ? ¿ por tí ? ¿ por mí ? no : por la sociedad misma, y . . . ya estamos separados. ¿ La sociedad nos agradece este sacrificio ; el mayor de los sacrificios humanos ? Aplauda nuestra virtud ? no. Sin embargo, ella habria descargado su anatema sobre tu nombre y el mio, si la hubiéramos dicho : “ no teneis derecho de esclavizar el destino de dos seres libres. ”

XII.

Ya estamos separados. ¿ Qué nos queda de aquellos claros dias de nuestros amores ? el recuerdo. Y sabes, Teresa, lo que es el recuerdo de la felicidad pasada ? es el veneno de la felicidad futura : parece que zelosa de su pasado imperio, quiere destruir en el alma todo otro gérmen de felicidad nueva. El corazon puede amar dos veces, pero si fué feliz en su primer amor, esa felicidad no se reproduce en el segundo ; porque el alma ha perdido ya su virginidad para las impresiones felices ; y mas se goza entonces con las recordaciones de lo pasado que con las impresiones reales de lo presente.

XIII.

El espíritu, como el cuerpo, se postra y languidece despues de los esfuerzos poderosos ; y esa languidez del espíritu, que viene en pós de las pasiones profundas, es lo que

se llama melancolia. ¿ Por qué huimos entonces del mundo ; por qué buscamos la soledad y el silencio ? porque está en nuestra memoria el único bálsamo, para aquella enfermedad terrible, para aquella *Iisis* del corazón : están los recuerdos ; y el ruido, la luz, el aire, todo parece que lastima y ausenta los recuerdos ; que se apoderan de nuestra alma, y á quienes el alma misma ama y venera y santifica como la única herencia de una felicidad que ha pasado apesar suyo.

XIV.

Y qué objeto puede sustituir estos recuerdos ? cuál otra muger puede desvanecer los tuyos en mi memoria ? ah ! cuan despóticas son ciertas felicidades en la vida del corazón humano ! amar á ciertos seres, es hacerles un juramento de constancia eterna ; pues una vez que se les ha conocido, todos los otros aparecen inferiores y sin encanto. Sin quererlo, la memoria establece las comparaciones, y entonces el recuerdo de aquel ser privilegiado, de aquel ser primero de nuestros amores, nos hace ver pálidos y sin prestigio todos los objetos que nos rodean.—Amar á una muger como tú, Teresa, es renunciar para siempre á encontrar la felicidad en otras mugeres.

XV.

Antes de conocerte, yo amaba á la muger por el placer ; y el placer lo encontraba en los encantos de cada una. Te conocí, y amé á la muger por su corazón, por los afectos íntimos y delicados de su alma. Esa llama ardiente y sutil que discurre por los sentidos en la primera época de la juventud, reconcentróse en mi pecho, y formó sobre mi corazón esa aureola espléndida del amor, á cuya luz divina, divisamos esa felicidad pura, ese deleite casto y espiritual,

que hace la esencia de las pasiones íntimas y nobles en el hombre.

XVI.

Así amanecieron para mi vida esos días perfumados de inmortalidad: esos encantamientos sin nombre que, á una mirada, á una palabra tuya, descendían á mi espíritu para arrebatarlo á las mas altas regiones de la poesia, de lo idial, de lo divino; porque es acercarse á la divinidad, gozar como ella esos momentos inefables, donde la vida, en estasis de amor, parece dilatarse en espacios de otra existencia, que no es por cierto, la existencia pesada y trabajosa de la tierra.

XVII.

Pero todo esto pertenece al pasado. Ayer todavía, sentados frente á la Cruz bendita, que ha escuchado tantas veces nuestros sentidos juramentos; ayer, mi brazo izquierdo rodeando tu cintura, y mi mano derecha oprimiendo las tuyas de azúcana y rosa, contemplaba embelesado tu cabeza encantadora, como aquella que hizo la gloria de Miguel Angel. Oh! si las coronas de la tierra fuesen ganadas por la esplendidez de la frente que las lleva, la corona imperial del mundo estaría hace tiempo sobre tus sienes!

Bien pues, ayer todavía, tu cintura, tus manos, tu cabeza: ayer todavía tus labios donde iban á conversar los míos con el alma tuya que se deslizaba hasta ellos en tus besos: ayer todo, ¡y hoy? el mar, el espacio, los recuerdos—he aquí la herencia de ayer.

XVIII.

Los recuerdos! Si, ellos van á ser mi vida: mi paraíso perdido serás tú. El ángel condenado á recordarlo y llorarlo seré yo. Cuando los rayos de la aurora, menos bella que tú, hieran tus ojos: has que tu corazón te repita siem-

pre estas palabras :—“ él piensa en mí,” cuando las sombras de la tarde, menos dulces y melancólicas que tu espíritu, se derramen por el espacio :—“ él piensa en mí,” cuando las estrellas, menos preciosas y brillantes que las imágenes de tu caprichosa fantasía, borden los Cielos :—“ él piensa en mí.” Oh! Teresa, muger adorada hasta lo ideal del delirio ; esas palabras repítelas siempre como una oracion de tus recuerdos ; porque en cada momento de mi vida mi pensamiento tendrá un solo, pero dulcísimo ejercicio :—*pensar en tí.*

XIX.

¿Cuál será mi destino en el mundo? no sé. ¿Cuál será el fin de mi existencia tan borrascosa, tan dramática? no sé. ¿Qué aspiraré en el mundo? nada. ¿Qué sé, qué quiero? Sé que todos los instantes de mi vida serán pocos para consagrarlos á la adoracion de tus recuerdos. Teresa ; y quiero vivir mucho, porque no sé si en la otra vida, podré tan libremente como en ésta pensar en tí, hablar de tí con mi corazon, y consagrar mi espíritu á la recordacion santa de la felicidad que me diste.

XX.

Quiero mas : quiero no volver á hallarte sobre el mundo : ¿podríamos ser lo que hemos sido?—nó. Entonces conservemos el recuerdo de la felicidad perdida, y no pidamos á una situacion nueva, la misma felicidad de una situacion que acabó ya. Nuestra felicidad cayó á su tumba ; vertamos sobre ella las flores fragantes de nuestra memoria y el llanto purísimo de nuestro corazon—pero...que duerma en su tumba.....Teresa, ¿te acordarás de mí?

EN EL MAR—Abril de 1846.

Un Amor Funesto.

I.

LA MARQUESA DE LUIGI.

Todos extrañaban la precipitada partida de la Marquesa de Luigi, viuda de un General Napolitano, que, habiendo venido á Francia á principio de Otoño de 1846, estaba desidida á dejar á París, á pesar de las súplicas de sus nuevos amigos. Cuando le preguntaban la causa de este viaje, respondía solamente estas palabras insignificantes: “he terminado mis negocios.” Y si acaso añadían: “Pero, señora Marquesa, os disgusta acaso París? su clima húmedo daña á vuestra salud?” Se apresuraba á afirmar que París le parecía una ciudad sin igual, y que su hermoso Cielo le recordaba el de Nápoles y Florencia. Pero estas respuestas evasivas no satisfacían á nadie; y aquellas mismas reuniones que le habían recibido con los brazos abiertos y con la sonrisa en los labios, la veían con frialdad; y se podría asegurar que á no ser por su carruaje, su groom y su título de Marquesa, le hubieran cerrado enteramente sus puertas. Algunos la tacharon de egoísta y falsa; otros llevaron la maledicencia hasta pretender que había dejado en Italia algún amante; y otros en fin, tuvieron la caridad de contarle, palabra por palabra, todo lo que se decía á proposito de su cercana desaparición. La Marquesa fingió sentirlo vivamente, pero no por eso dejó de apresurar sus preparativos, pues en el fondo del alma se burlaba de las interpretaciones del mundo.

Algunos días antes de su partida, paseaba la Marquesa

por las Tuilleries, seguida de un lacayo con librea color amaranto, cuando se le acercó una señora vestida á la última moda. Esta señora de edad como de treinta y cinco años era horriblemente fea, su cutis granugiento, sus lábios blancos y animados y sus ojos vizcos, hacian mas notable aun su presumido buen tono. Por lo demas, la condesa de Fulbert tenia un talle elegante, un pié pequeñísimo, un andar distinguido; pero semejante al pecado, de lejos era tan hermosa, que haría caer de rodillas delante de ella, mientras que de cerca era horrible y repugnante.

—Y bien! querida amiga, vais á dejarnos? dijo acercándose á la Marquesa.

—Condesa, debo pareceros una muger extraordinaria; yo no sé si esto consiste en una organizacion particular, ó si nosotras las italianas sentimos simpatias mas violentas: pero París con su sol fresco y puro, sus paseos, sus maravillas... me deja un vacio en el alma, me hace desear ardientemente otra cosa... El qué, no lo sé! ¡Acaso mi bello golfo de Venecia, mi hermoso Cielo de Italia, el aire embalsamado en Florencia! Condesa, vuestras tertulias son hermosísimas, hay en ellas una profusion de sueños deliciosos, un diluvio de placeres... los elegantes parisienses agotan en ellas todos los recursos de la mas delicada galanteria, y es tanta la dicha que os rodea, que uno se creeria transportada al séptimo Cielo. Pues bien, yo prefiero á todo eso, un paseo sobre el Arno á la luz de la luna, y la cancion del gondolero.

—Concibo como vos, Marquesa, esa adoracion de la Patria, porque no soy exclusiva; pero comprendo vuestro carácter italiano, al modo que comprendo el Vesubio, es decir, con sus lavas, sus erupciones, sus lluvias de fuego, sus mangas de azufre, de betun y de ceniza. Vuestras pasio-

nes están desenvueltas de modo diferente que las nuestras ; pero como tienen un hogar eterno, necesitan diariamente nuevas chispas, que les comuniquen la llama. Ahora bien, qué ciudad debe agradaros mas que París, donde todas las cosas resuenan, donde todos los placeres se chocan entre sí ? Cuál, mas que la ciudad de las cien bocas, de las cien lenguas, de los cien ojos ?— Mirad, Marquesa, la Italia es el crisol donde se funden nuestras pasiones ; París el molde en que cada una de ellas recibe una forma !

— Señora Condesa, parto dentro de ocho dias.

— Y ni aún os despedireis del Comendador San Mauricio ? vamos haced al menos alguna cosa por un hombre, que no habla de vos sino con la mas profunda admiracion. Marquesa de Luigi, el Comendador vá esta noche á mi palco en Feydeau ; os guardaré una silla.

— No me gusta el Teatro.

— Pero esta noche hay una funcion extraordinaria, representan un drama.

No me gusta la literatura.

— Dios mio ! Marquesa, considerad que el haber pasado una noche á vuestro lado, dejará al Comendador un año de recuerdos. Vamos, aceptais, ¿ no es cierto ?

II.

COQUETERIA.

Aquella noche la Condesa entraba en su palco en el momento en que los espectadores cansados de la música del Nuevo Señor, hacian imperiosamente bajar el telon. La Marquesa de Luigi se habia vestido esa noche á la italiana : sus hermosos cabellos negros, elegantemente alisados y

echados hácia atrás con gracia, hacian sobresalir aun mas la brillante blancura de su cutis. Paseó desdeñosamente por el salon sus grandes ojos azules.

—Federico, dijo Mme. de Fulbert, dirigiéndose á un jóven que estaba sentado en un rincon, el Comendador os ha encargado de presentar sus respetos á su linda preferida.

El jóven se inclinó respetuosamente delante de la Marquesa de Luigi diciéndole algunas galanterias con la mas presumida amabilidad. Pero por mucha alegria que se esforzase en mezclar en medio de sus palabras, y por grande que fuese la inmovilidad de sus facciones, no fué sin embargo bastante señor de sí mismo, para que la Marquesa no se apercibiese de que su voz temblaba; y ella que ni aun había echado una mirada sobre él, puso en obra todos los recursos de la coquetería de una muger para seducirlo. Federico, aturdido, no sabia si lo que oia era real, si lo que veia, no le engañaba, y la Marquesa de Luigi temiendo que se destruyese demasiado pronto este súbito encantamiento no respiraba, y sus palabras se sucedian rápidamente llenas de entusiasmo y de pasion.

—; Debia triunfar, y triunfó!

Federico estaba estasiado. Toda su atencion, todas sus miradas eran para ella; todo lo que lo rodeaba pasaba por delante de sus ojos sin fijarlos; las mas delicadas toillettes no obtenian una mirada, ni las mugeres mas encantadoras un suspiro! su conversacion era la cosa mas estraña del mundo; sucesivamente alegre ó severa, versaba ya sobre las artes, ya sobre las ciencias, la sociedad las pasiones. Se hubiera dicho que esta muger jugaba con todo: trataba con formalidad un objeto jovial, y reia al tratar de objetos graves.

Habían todavía cuando se levantó el telón. La Marquesa se volvió hácia el proscenio sin connoccion alguna, como sino hubiera tenido mas que una conversacion ordinaria. Federico llevó la mano á la frente como un hombre que acaba de tener un sueño, en seguida bajando la vista hácia el palco, vió á Leontina y creyó notar que temblaba pero no hizo alto en ello. Leontina era la hija única de la Condesa de Fulbert.

Aquella noche representaban á *Teresa*. La Marquesa de Luigi preguntó á Federico que le parecia el primer acto, este le respondió que no lo habia escuchado.

—Hay alguna verdad en esta pintura de la Italia, continuó la Marquesa; pero los detalles matan la accion del drama.

Viendo que Federico volvia á caer en sus sueños Georgina preguntó á Leontina qué pensaba de la esposicion de Teresa.

—Señora, se apresuró á responder el jóven, ese primer acto presagia un horrible desenlace; aborrezco á esa italiana, que viene casi de sangre fria á destruir la felicidad de dos personas.

El golpe era directo, la Marquesa lo dejó caer.

—¿Sabeis señor, que estais muy poco galante? murmuró casi al oido del jóven.

Y su voz estaba llena de esa dulzura, que solo se encuentra en Italia, y que parece un canto; y sus miradas tenían esa suavidad que embriaga sin saber por qué.

—En lugar de estar tan sério, decidme que pensais de la señora Teresa.

—Señora, me parece una muger... hechicera.

—Hechicera, no es cierto? repitió la Marquesa, miran-

do á Leontina con una amarga sonrisa, y continuó hablando en voz baja con el jóven.

III.

LOS RECUERDOS.

El segundo acto empezó. Aun que Georgina tenia los ojos constantemente fijos en los actores, sin embargo, no oyó nada de lo que decian; nada comprendió del horrible y bello drama que se preparaba: estaba enteramente entregada á sus recuerdos! He amado ardientemente en otro tiempo, decia para sí, y á pesar de ser jóven y bella, me han desdenado. Lo he seguido por todas partes, en el baile, en el teatro, en el Templo y ha paseado con frialdad sus miradas sobre mí; y aun que todos murmuraban á su oido que la señora Georgina, marquesa de Luigi, era el encanto de Florencia, y que aun no se pagaba su amor con un asesinato en este mundo, ó una eternidad de dolores en el otro, ese hombre ha permanecido frio é indiferente. Mas tarde, encontrándome sola con él *le confesé que lo amaba con los ojos llenos de lágrimas*; y ha tenido la audacia de responderme—“señora lo siento infinito”. Pero ah! qué bien me he vengado de los demas hombres! El coronel Veneroni se hizo matar en desafio por mí; el duque de Anfelli se envenenó por mí; este jóven, del mismo modo que los otros, morirá tambien por mí! le rodearé de seducciones, fingiré si es preciso, que lo prefiero; si me toma la mano, la haré temblar entre las suyas; y en fin, cuando le haya conducido hasta un punto tal, que ya no pueda vivir sin mí, le haré saber con frialdad que no le amo, y entonces...entonces se matará.

La Marquesa hechó una mirada sobre Federico y murmuró —

—Que feliz es una muger cuando puede decirse como yo, dentro de algunos días, este brillante caballero me pertenecerá todo entero en cuerpo y alma! en seguida, despues de haberme burlado á mi gusto de las pasiones que haya desenvuelto en él, haré pedazos su amor, solo por tener el placer de hacerlo pedazos; anonadaré su porvenir, solo por el placer de anonadarlo; hoy está gozoso y soberbio, hoy sueña en la felicidad, y dentro de un mes tendrá por lecho el ataúd!... despues añadió: sin embargo, sentiría que muriese del mismo modo que los otros: si se fuese á ahogar!... dicen que el alma tiene mas trabajo para salir del cuerpo!... Rezaré una novena á Santa Maria, mi patrona, para que se ahogue.

—Señor, le dijo á Federico hace un calor sofocante en este palco, ¿tendreis la bondad de llevarme á las galerias?

Apoyada en el brazo del jóven, le habló con fuego de su pais, de la Francia; en seguida, como sabia que él era escultor, le habló tambien con entusiasmo de las artes; le dijo que sin ellas, lo mismo que sin el amor, la existencia le parecia despreciable, y añadió con seduccion —

—Tal vez os canso, señor, hubiera debido antes preguntaros lo que pensais de las artes.

Federico ardia por responderle.

—“Señora soy artista!”

Pero su encanto era tan grande, que no tuvo fuerzas para pronunciar una sola palabra.

—Es mio, dijo en voz baja la Marquesa, Santa Maria, concededme lo que os pido! En seguida le habló de los pla-

ceres del mundo, del lujo de Paris, de las fiestas encantadoras y de un baile que pensaba dar antes de partir.

—Partis! exclamó Federico: partis añadió en voz mas baja.

—No es ya tiempo, señor, de que volvamos al palco? murmuró la Marquesa con indiferencia.

—Mi hija está un poco indispuesta les dijo Mme. de Fulbert. Federico pasó varias veces la mano por la frente.

A media noche, antes de que el nombre del autor de *Teresa* (1) fuese proclamado y recibido con aplausos frenéticos, Federico acompañó á Georgina hasta su carruage. Esta al subir le dijo—

—Si vuestro tio el Comendador, ó vos señor, deseais asistir á mi baile, tendrá lugar el jueves próximo, víspera de mi partida.

Un cuarto de hora despues, Federico, inmóvil sobre las gradas del peristilo, miraba todavia con un aire estúpido la calle Dalayrac por donde habia desaparecido la Marquesa. No salió de este estado de estupor hasta que la gente que empezaba á salir del teatro le empujó por todos lados. Entonces se acordó de que habia dejado á Mme. de Fulbert y á su hija; subió al palco para acompañarlas, pero ya se habian ido.

—“Pobre Leontina!” murmuró al bajar la escalera.

IV.

EL BAILE.

Algunos días despues, numerosos carruages obstruian la calle de Chaussée d'Antin. Hacía una hora que los salones

(1) *Alejandro Dumas.*

de la Marquesa de Luigi se habian abierto á todas las personas nobles y célebres de Paris. La señora de la casa entró despues de haberse hecho esperar largo tiempo y fué recibida con un murmullo de admiracion; todos procuraban alhagarle. Federico, retirado en un rincon la miraba con entusiasmo y no se atrevia á acercarse.

Dieron las once; entonces empezó una música cuya armonía parecia venida del Cielo. A bailar! á bailar! exclamaron los jóvenes. En un momento se formaron infinitas cuadrillas. Oh! cuan hermoso era ver esos grupos de niñas, que un instante antes estaban frias y presumidas, y ahora sometidas á la magia del placer, con el color encendido y animado por el baile, daban vueltas, vestidas de blanco, semejantes á coros de arcángeles y serafines al compas de los sonidos de una invisible melodía.

La Marquesa de Luigi llena de belleza y seduccion se acercó á Federico que contemplaba los bailarines recostado en un ángulo de la pared.

—Señor, le dijo, pareceis pensativo; la tristeza sienta mal á un joven como vos.

—Señora, balbució Federico, jamás he sido tan feliz como hoy.

—Federico, nadie ha tenido la galanteria de ofrecermos su mano para bailar; ¿quereis ser mi caballero?

—Debo confesaros con vergüenza que hasta este dia, he sentido un profundo desprecio por el baile, respondió Federico, pero, en este momento, daría de buena gana diez años de mi vida por saber bailar.

Y se calló: parecia que su cerebro habia absorbido ó desordenado todos sus pensamientos. Despues de haber tenido por mucho tiempo los ojos fijos en la tierra, los llevó hácia

la Marquesa de Luigi y le tomó ávidamente la mano, pero la volvió á soltar al instante como asustado de su accion. Sin embargo, á pesar de la sorpresa que habia sentido, Georgina no procuró arrancar su mano de las de Federico y su mirada alterada parecia solo estarlo por la felicidad.

—Federico, le dijo en fin, en un tono de reproche hechicero, no os comprendo. . . .

—Señora, estoy loco, loco de atar, le respondió el jóven.

—Por qué ? . . . por qué no sabeis bailar ?

—Porque os amo, repuso con viveza Federico.

Al pronunciar estas palabras se apoderó de la mano de la Marquesa. En aquel momento entraron Leontina y la Condesa de Fulbert ; Georgina fué á recibirlas con la sonrisa en los lábios, y al dirijirles los cumplimientos de costumbre, su voz no temblaba. Federico corrió maquinalmente hácia la Condesa y su hija, y, maquinalmente también se escusó de su pasada impolítica.

—Querida hija mia, voy á buscaros un bailarín, dijo Georgina á Leontina ; pero no será el señor, porque acaba de hacerme su profesion de fé á este respecto.

—Leontina está enferma, respondió Mme. de Fulbert ; hace algunos dias que está muy débil ; yo no queria traerla á vuestra fiesta, pero ha mostrado tanto pesar de no veros, y me ha repetido que os amaba tanto, que he condescendido, pero mirad que pálida está ! En efecto, Leontina estaba pálida como un cadáver.

Georgina se estremeció de placer. Fué á recibir á otras señoras que entraban en ese momento. Federico quedó cerca de Leontina.

Despues de esperar inutilmente que su amigo le dirigie-

se la palabra, la jóven se acercó á él con timidez, le preguntó en voz baja si acaso sufría, añadiendo que ya no era el mismo, que la tristeza cubria su frente, y que en tres días que no le habia visto, le parecia que habia envejecido tres años. Federico no respondió y apesar de los ruegos de la jóven, se alejó de ella, absorto en sus ideas sombrías.

—Ay! dijo ella para sí, ya no me ama! Desconsolada se sentó en un sofá, y pensó largo tiempo en su amor.

Una hora despues, dirigiendo la vista por casualidad á los bailarines, vió á Federico hablar á la Marquesa, su corazón se oprimió; esperó hasta que se alejaron, y entonces quiso bajar al jardín para refrescar su cabeza que estaba ardiendo; pero al atravesar una pieza cercana, cayó helada en el suelo.

Acababa de oír á Georgina que prometia á Federico que ya no partiria para Italia, y le daba al mismo tiempo una cita.

V.

LA REPARTICION.

Al dia siguiente del baile, Leontina no sentia en la apariencia nada de su indisposicion de la víspera. al contrario, se habia levantado muy temprano, y mas alegre que lo acostumbrado, habia bailado de placer, y en seguida se habia echado al cuello de su madre. En fin, toda la casa no sabia que pensar de su locura. A las seis, poco tiempo antes de comer, subió á su cuarto, y despues de encerrarse bien, abrió su cómoda, sacó uno por uno sus vestidos, sus jollas, sus cachemires, los miró sonriéndose y dijo—

—“Qué espaldas cubriréis? qué talles embelleceréis?

qué cabellos adornareis, cuando yo muera? Oh! quiero al menos que la que os lleve, despues de mí, sea linda y sea feliz.”

Despues añadió—

—“Herminia gusta muchísimo de los vestidos de muselina, de ella serán los míos! Clotilde sueña toda la noche con cachemires, á ella le daré los míos! Rosa daría su corazón por un aderezo, Rosa tendrá los míos!

—Qué insensata soy! continuó cuando hubo concluido esta reparticion. Qué insensata! me despido de todo lo que me cerca, de todo lo que me podia hacer amar, como si partiese para un viaje muy largo, un viaje del que no debiera volver!

En la mesa Leontina estuvo hechicera; jamás habia reido con tanta gracia, jamás habia mostrado tanto talento.

—Cómo se vá á asombrar la Marquesa de Luigi al verte tan contenta, le dijo su madre, ella que te cree enferma!

—Mamá, respondió Leontina, cuanto placer tendré en verle! la amo tanto!

La visita de un consejero de estado interrumpió la conversacion.

VI.

LA VENGANZA.

Daban las siete cuando llegó la Marquesa de Luigi.

Leontina la abrazó con efusion. Despues de haber hablado de teatros, de modas &c. Georgina les dijo que habia diferido su partida, dando por causa de esta dilacion las noticias politicas de Italia. En seguida admiró la buena salud de Leontina, esa alegria que no le habia conocido aun, y la

jaleó sobre su desmayo de la víspera. A eso de las ocho se iba ya á retirar, cuando Leontina le dijo en voz baja que sabía que tenía tan buen gusto que quería consultarla sobre un regalo que pensaba hacer á una amiga suya.

Georgina la siguió á un cuarto. Al ver que Leontina cerraba la puerta con llave le preguntó por qué.

—Para que no nos espíen, respondió cerrando al mismo tiempo la ventana.

En esto empezaba á inundar la pieza un ligero vapor y Leontina haciendo rodar su lecho hácia la ventana, tomó la Marquesa de la mano.

Esta lanzó un grito de horror: en el lugar en que había estado el lecho, se veía un brasero lleno de carbones encendidos.

—Y bien señora, dijo Leontina, qué os parece mi regalo?

—Desgraciada niña! abrid la puerta, abrid la puerta exclamó.

Y viendo que Leontina sonreía y miraba con frialdad el vapor que se exhalaba del brasero, le tomó las manos y las apretó con angustia; pero como estas súplicas mudas no le servían de nada, se echó á los pies de la jóven, abrazó sus rodillas y exclamó—

—Tened piedad de mí! tened piedad de mí!

—Tener piedad de vos! respondió Leontina; y vos señora, la habeis tenido de mí. Ah! yo amaba con toda la fuerza de mi alma, y vos por puro placer, por coqueteria, habeis destruido mi felicidad sobre la tierra! Tener piedad de vos! Oh! no soy mas que una niña, no soy italiana, se lo que abandono dejando la existencia, pero no tendré piedad de vos, Marquesa! . . . Mirad, aunque os viese muerta,

en lugar de estar ahí pálida, prosternada á mis pies, envilecida ; aunque os viese muerta, digo, no os perdonaria !

Llorando de r bia y de desesperacion Georgina se levantó y procuró romper los postigos y la puerta.

—No lo conseguireis, murmuró Leontina.

—Media loca Georgina, empezó   gritar horriblemente.

—No os oirán, continuó Leontina, tres puertas ahogan vuestros gritos.

Georgina se arrojó furiosa sobre el brasero, para volcarlo y apagar en seguida los carbones encendidos con sus manos y pies.

—Qué ! no veis esa rejilla ? impide que salga el carbon, dijo Leontina riendo.

—Ah ! me ahogo ! me ahogo ! Gracia ! todavia es tiempo, abrid este cuarto ; os prometo partir para Italia y no ver mas   Federico ! ; Piedad . . . si, lo confieso, he sido una infame en haberlo querido robar   vuestro amor . . . pero ya me arrepiento. Dios mismo no es inexorable . . . lo seis vos ?

Y viendo que Leontina no respondia, la Marquesa se arrojó de nuevo á sus pies, se lament  : pero como el humo se iba espesando, cayó para atras desgre ada y medio ahogada.

—Georgina, Georgina, despierta ! le grit  Leontina ; mira, con esta llave podria volverte la vida, una vida feliz . .

Y le mostraba la llave del cuarto.

—; Perdon ! ; Perdon ! murmuró con voz débil la Marquesa. Entonces vió brillar alguna cosa sobre la cómoda, se arrastr  con trabajo hasta all , y apoderándose avidamente de aquel objeto, murmuró—

—Todavia puedo vivir ! . . .

—No hay perdon para vos, respondió Leon tina.

—Ah ! tampoco os lo pido, ayudadme solamente á morir más pronto ; acercadme al brasero.

La jóven quiso responder, pero le faltó la voz, y á su vez cayó sofocada en el suelo.

—Cuánto sufre uno al sentirse morir ! dijo Georgina ; qué horribles convulsiones ! qué falta de aire, Dios mio !

Ayudándose de sus manos y uñas, se acercó á Leontina, y quiso apoderarse de la llave que podia todavía salvarla ; pero como la jóven la tenía entre sus dedos muertos, ya encogidos y estrechados, la Marquesa se vió obligada á cortar-le lentamente los dedos con el cuchillo que habia tomado de éncima de la cómoda.

En seguida se arrastró hácia la puerta, se levantó con esfuerzo, pero volvió á caer bien pronto ; las convulsiones la estrecharon en sus prensas de hierro y le faltó la respiracion.

Algunos minutos despues, la eternidad empezaba para ella.

ALFONSO BROT.

Buenos Aires, á 18 del mes de América (Mayo) de 1848.

Traduccion hecha en el pais, por J. A. G.

ECONOMIA DEL TIEMPO.

HISTORICO.

Tienen los hombres célebres algunas ocurrencias graciosas que dejan á la posteridad el gran bien del buen ejemplo, cuyo influjo no es mero saludable en las ciencias, que en la moral. El Canciller Argenceau, notando que su muger le hacia esperar un cuarto de hora, desde que se avisaba

estar la comida en la mesa, hasta que ella bajaba á comer, resolvió aprovechar este tiempo y libertarse de la mortificación que causa la espera. Empezó pues escribir una obra de Jurisprudencia, que dejaba de la mano hasta el día siguiente, luego que la señora se presentaba en la mesa. Tuvo constancia, y el fruto fué una obra en cuatro tomos, digna de su autor. Tenemos mas tiempo del que creemos : faltanos saberlo aprovechar.

EL HOMBRE DE MIEMBROS POSTIZOS.

Se sabe al grado de perfeccion que se ha llevado el arte de sustituir los miembros de que, á causa de enfermedades ó guerras, se ven privados los hombres continuamente. A propósito de esto se refiere: que un general frances que habia perdido sucesivamente una pierna, un brazo, y un ojo y se hallaba perfectamente con sus equivalentes de palo y de cristal, llamó una noche á su criado para entregarle tan bellos presentes para ponerlos sobre la mesa, y acostarse así mas franco.—“Tira de esa pierna,” le dijo el general, lo cual hecho por el criado, la colocó sobre la mesa; hizo lo mismo con el brazo, creciendo por grados su admiracion; luego le entregó un ojo el general; y como el criado le pidiese el otro y este penetrase la confusion en que se hallaba el pobre, le dijo maliciosamente alargando el pescuezo:—“Ahora saca mi cabeza y ponla allí con eso llevas todo de un viaje”—Pero ya le faltó la presencia de ánimo, y sin acabar de oír sino la mitad de la frase, echó á correr gritando desfavorido.

Delirios.

A. C. S.

Qué fuego es el que me abraza
 A mis fibras carcomiendo ?
 ¿ Por qué al dolor sucumbiendo
 Se marchita mi existir ?
 ¿ Por qué cual pálida estrella
 Que entre sombras se sepulta
 Palideciendo se oculta
 De mi vida el porvenir ?

¿ Por qué no vió la ventura
 Mi fatigosa existencia,
 Y al rigor de la inolemencia
 Ya caduca del dolor ?
 ¿ Por qué sedienta en mi pecho
 Una pasión se entroniza ?
 ¿ Por qué el placer se desliza,
 Al deslizarse mi albor ?

Y esa sed que me debora
 Con frenesí tan ardiente,
 Por qué ha gravado en mi frente
 Las huellas del padecer ?
 ¿ Por qué un corazón de fuego
 Dentro del pecho yo siento,
 Y en alas del pensamiento
 Busco en la esfera otro ser ?

¡ Por qué, ¡ gran Dios! me formaste
 Con tanta vida en mi mente
 Si fué el destino inélemente
 Cuando quise algo pensar?
 ¡ Por qué entre nubes, vedadas
 Que abortó mi pensamiento
 Vi una muger, que al momento
 Con mi ilusion ví pasar?

Una muger! Luz de vida
 Que ví en mis sueños, flotante,
 Aerea, cándida y amante
 Hacia el Empíreo correr,
 Y pasó: pasaron horas,
 Las horas de mi existencia....
 ¡ Fué por rigor ó clemencia
 Lo que el hadó me hizo ver?

Pasaron horas y dias;
 Yo la esperaba...mas ella,
 Tras de sí llevó mi estrella,
 Del porvenir mi fanal;
 Y en la noche de mi suerte
 Quedé entre sombras perdido,
 Cual pétalo desprendido
 Que arrebató el vendaval.

Pasaron horas y dias,
 Pasaron y van pasando,
 Y las horas van rodando
 Con los dias de ilusion;

De ilusion! El panorama
Que en la infancia conocemos,
El meteoro que creemos,
Que alimenta el corazon.

Que siempre á la faz camina
De aquel astro fulgurante,
Que va del hombre delante,
Como va siempre su cruz;
Que en la vejez, en la infancia,
En la edad de las pasiones,
Germinan mil sensaciones,
Radia su mágica luz.

De aquel astro: la esperanza,
Flor entre espigas vedada,
Mas del hombre retratada,
Se mira en el corazon;
Imágen de formas mil
Que la vemos, la tocamos,
Creemos que la palpamos,
Mas tambien es ilusion.

Pero al fin es esperanza,
Esperanza!... y esperamos,
Aunque al dolor sucumbamos
Vivimos con esperar;
Porque allí otra vida se halla
Que es innata á nuestra vida,
Y en esa imágen mentida
Vivimos con delirar.

Delirios son nuestros sueños,
 Nuestra esperanza delirios,
 Deliramos con martirios,
 Deliramos con placer ;
 Y en este insomnio sin tregua
 En que es delirio la muerte
 ¿ Delirio será la suerte
 Y el amor de una muger ?

Porque al amor de una bella
 Del hombre la suerte se ata
 Y el destino se dilata
 Lacerando el corazon ;
 Delirios son las promesas,
 Delirios son los placeres,
 Las palabras de mugeres,
 Frenesí, delirios son.

Delirio quizá es el ángel
 Que siempre busco, que espero,
 Que fué un instante lucero
 De mi ardiente fantasia :
 Porque lo ví en mis ensueños
 Y deliraba soñando ;
 Fué delirio . . . y despertando
 Deliraba y lo veía.

¿ Ilusion de la esperanza
 Que es el foco de mi vida !
 Fátua luz que desprendida
 De mi estrella yo la ví ;

Se deslizó en el espacio,
La vi en mis sueños pasando,
Y de entonces voy luchando
Con la ilusion que sentí.

¿ Por qué soñé si al instante
Los sueños se desvanecen,
Y se aglomeran y crecen
Las penas del corazon?
¿ Por qué ficticias deidades
Mi mente van absorviendo
Y crecen y van creciendo
En torbellina ilusion ?

¿ Por qué radiante en el pecho
Ignea una llama se ostenta,
Y con recuerdos se alienta,
Con ilusiones de ayer ?

¿ Por qué de amor brota fuego
Mi corazon ? ; Dios eterno !
¿ Por qué me abraza un infierno
Pensando en esa muger ?

¿ No soñaba al contemplarla
No soñaba, Cielo santo,
Cuando ayer flotar su manto
En la atmósfera yo vi ? . . .
¿ Oh Cielos ! de mi memoria
Despejad locas viciones . . .
¿ Sois hermosas iluciones,
Y yó infelice nací.

¡ Por qué vagais agrupadas
 En torno de mi memoria ?
 ¡ Optica idea, ilusoria
 De mi mente despejad !
 Terso espejo do pintais
 Lo que mis ojos miraron,
 Y si ellos ya se eclipsaron,
 ¡ Oh sueños ! tambien pasad.

Pero nó : yo no deliro
 El sueño no me entorpece ;
 Pero si quiero que cese
 Mi fantástico sopor.
 ¡ Acaso de algun recuerdo
 Una chispa desprendida
 Fué lo que ví ? ¡ De mi vida
 Ya se deshoja la flor ?

Fué realidad, fué misterio,
 Fué muger, ángel, delirio,
 Demonio, placer, martirio,
 Ese fantasma que ví ?
 ¡ Salió del Cielo, cual blanca
 Inspiracion de Poeta ?
 Del infierno cual cometa
 Para llevarme tras sí ?

.....

No—De ficciones mentidas
 No se formó su existencia,
 Diáfana, neble su esencia....
 Obra fué del Hacedor !
 Para consuelo de un hombre,
 Para aliviar su amargura
 Nació : como nace pura
 Entre espinas una flor.

Y lo que mis ojos vieron
 Aunque un instante dudaron
 Cuando al traves se fijaron
 De mi infortunio y dolor,
 Lo que busqué delirante
 Hora tras hora do quiera,
 Fué una muger hechicera
 Que al mirarme, me sonrió.

Realidad son mis ensueños !
 Soñé lo que vi despierto,
 Mas ora vagaba incierto
 Porque al soñar deliré.
 ¡ Mi corazon es tan pobre !
 ¡ Al placer es tan sensible !
 Que al traspasar lo posible
 De mi dicha, vacilé.

Pedro Rivas.

AGOSTO DE 1848.

TEATRO MODERNO ESPAÑOL.

DON VENTURA DE LA VEGA.

En uno de nuestros anteriores artículos de teatros ya nos lamentabamos del lastimoso estado en que se hallan los de España; y hallamos la causa en la escèsiva cendescendencia de las empresas, que se prestan á representar cuantas obras les presentan imberbes autores, periodistas la mayor parte, para evitar tener por enemiga á la prensa.

Hay sin embargo honrosas escepciones. Un aventajado escritor frances, M. Mazade, ha publicado últimamente en la *Revue des deux Mondes* un artículo ocupándose con bastante inteligencia del teatro español, hablando, aunque ligeramente, de las obras dramáticas de los señores Breton, Rubi y Vega. Este último es sin disputa el autor que conoce mas profundamente todos los misterios de la escena. Sin embargo, es quien ha dado al teatro menos obras originales; pero como es opinion de todos los célebres escritores, que mas vale un verso bueno que un tomo de poesias medianas, el señor de Vega, aunque menos fecundo, nada tiene que envidiar á los primeros autores dramáticos de la España contemporánea.

Ha arreglado al español,—y siempre con singular acierto,—infinidad de comedias francesas; logrando hacer de algunas,—*La Famille Glinet* entre otras,—una traduccion tan acabada y tan perfecta, que sobrepuja y escede en mérito al original.

No obstante, y por mas que nosotros conozcamos toda la dificultad que hay y el mérito que tiene hacer una buena traduccion para el teatro, un hombre de génio como el señor

de Vega no debía limitarse á eso ; el autor de la oda *La Inspiracion* demostraba estar siempre *inspirado* ; y quien produjo tan hermosas ideas no podia someterse á interpretar las de otros. Así debió comprenderlo él mismo cuando lanzó al público y á la posteridad su primera comedia original titulada *El hombre de Mundo*.

Se dice que en poesia lo mas dificil es hacer un soneto bueno : en nuestra opinion lo mas dificil de hacer en literatura es una buena comedia. No diremos nosotros que *El Hombre de Mundo* esté exenta de defectos, pues no hay obra humana perfecta ; pero las faltas de esta comedia han de ser tan imperceptibles, que han escapado á nuestra perspicacia y á la del público, pues España entera la ha aplaudido con entusiasmo, no habiendo un solo teatro entre los de Madrid y las provincias donde el número de representaciones que de ella se han dado no esceda, con mucho, al de las otras comedias que mas agradaron antes. M. de Mazade hace de ella grandes elogios.

Hubo, sin embargo, *Aristarcos* severos que lanzaron su anatema sobre ella, echando á volar la palabra *inmoralidad* ; tan grave acusacion fué sobremanera infundada. Precisamente la idea del autor no puede ser mas moral, estando reducida á probar *que es mentira que todas las mugeres casadas sean infieles á sus maridos* ; doctrina afortunadamente falsa, y que solo proclaman los hombres despreciables que, por estar arrojados de la buena sociedad, solo tratan á mugeres fáciles ó corrompidas ; el hombre que, como Don Juan (el libertino de la comedia),—profesa esos principios, queda, sino vencido, porque cierra ojos y oidos á la razon, al menos burlado ; el marido (protagonista de la pieza) se persuade de que muchos de los malos juicios que ha formado en su

vida galante y aventurera han podido ser falsos, como ve por las injustas sospechas que ha concebido de Antoñito, mientras nada temia del verdadero seductor; presentando de este modo el ejemplo *de que el libertinage es dañoso hasta en los recuerdos que deja en los arrepentidos.*

Este es el fin de la comedia... esto lo que de ella se desprende... esa la leccion que resulta... ¿Dónde se halla, pues, esa pretendida inmoralidad? En los medios, nos contestarán quizá. ¿Famosa razon por cierto! Pues ¿qué valor tendria la virtud de Clara, si el que trata de seducirla no emplease todos los ardidés que su maldad le sugiere? ¿Logra su objeto? No; antes se estrella contra una heroica resistencia. Entonces cuanto mas immoral sea Don Juan, puesto que queda castigado, mas moral resulta la comedia. En poesia, como en pintura, para que destaque bien el cuadro una tinta clara, es preciso que esté sobre fondo obscuro.

Otra de las dotes principales de la obra de que nos ocupamos, es lo fácil, florido y correcto de la versificación. ¿Qué ideas... qué verdad, y qué interes! El marido hablando con el libertino, pinta así las dulzuras del matrimonio—

...Mira que es cosa

De que no tienes idea,
Lo que cautiva y recrea
El cariño de una esposa.
Es fuego que da calor
Al alma sin abrasar:
Es conjunto singular
De la amistad y el amor.

Describe luego la posicion del hombre casado y rodeado de una cariñosa familia—

La mente y los ojos fijos
 En el porvenir tendrás,
 Porque esta patria, dirás,
 Es la patria de mis hijos.

Clara, que sin ser infiel á su esposo se cree engañada por él, prorrumpo en sentidas y amargas quejas sobre la injusticia social que con tal blandura absuelve al hombre y con tanto rigor castiga á la mujer—

Pues qué, es justicia, es razon
 Que el marido nos provoque,
 Y si faltamos, invoque
 Las leyes de la opinion ?

El placer con que saboreamos tantas bellezas nos hace estendernos tal vez demasiado sobre una obra que, para apreciarla debidamente, es preciso leerla toda, ó verla representada. No contento el señor de Vega con el triunfo obtenido en la comedia, se propuso conseguir otro en el drama; regocijaronse sus enemigos,—que por desgracia siempre el mérito los tiene,—con la esperanza de que *D. Fernando de Antequera* marchitara los laureles de *El Hombre de Mundo*; mas tan innoble deseo se vió burlado. El drama ha sido la segunda obra original de su autor, y su segundo triunfo cosa que rara vez acontece.

Don Fernando de Antequera, drama histórico é íntimo ademas,—para valernos de esta calificacion de conveniencia adoptada entre los autores franceses; es una de las mejores obras escritas estos últimos años. El primer día de Pascua del presente año se abrió con esta produccion el teatro del Príncipe de Madrid, y tambien en la misma noche se estrenó con ella el Gran Teatro de Barcelona.

Las minorías de edad de los reyes han sido siempre

tempestuosas en España. Al fallecer el rey Enrique el Doliente, instituye por heredero al trono á su hijo don Juan II, que solo contaba á la sazón dos años de edad, y por regente del reino al infante don Fernando de Antequera. Los Grandes quieren obligar al infante á que usurpe el trono, bajo el pretesto de que en el reinado de un niño no puede salvarse la nación, amenazada de una parte por el rey moro de Granada, de otra por los altivos portugueses, y hasta por el duque de Benavente, que, escapado de la prisión, y al frente de sus parciales, pretende también la corona con las armas en la mano; pero D. Fernando, con la noble abnegación de que tan pocos imitadores nos presenta la historia de siglos posteriores, escuchando solo la voz de su conciencia, y sin seguir más impulso que el de su deber, conspira contra sí para conservar á su sobrino el cetro de sus mayores. También en Aragón arde la guerra civil entre varios pretendientes á aquella corona; pero más fuerte que las intrigas de los partidos se hace sentir la voz de fray Vicente Ferrer (el Santo) que como emanada del Cielo, persuade á cuantos la oyen, que el legítimo rey es D. Fernando; por eso, cuando éste se inclina ante el niño rey, diciendo—

-- Todos aquí, y yo el primero,
Doblemos con sumisión
A sus plantas la rodilla
¡Salud al rey de Castilla!
— ¡Salud al rey de Aragón!

Contesta fray Vicente, que llega con la diadema, añadiendo—

... Dios galardona
La virtud. Renunciais vos

Aquella corona y Dios
Os envia esta corona.

Esta situación tan altamente dramática, pone fin á una obra llena de interes, y en que los caracteres—sin haber uno que pueda llamarse odioso—están delineados con gran maestria. Por lo que respecta á la versificacion el señor de Vega ha subido un punto las cuerdas de su lira, y despues de tos lindísimos versos de *El Hombre de Mundo*, he aquí los que pone en boca del protagonista del drama—

REINA. ¡ Qué falta á un hijo

Si las caricias de su madre goza ?

FERNANDO. ¡ Qué le falta, decís ? Pluguiese al Cielo

Que esa inocencia en que le veis ahora
Eternamente conservar pudiera,
Cual conserva la flor fragante aroma.
Edad feliz, en que el hogar paterno
Es nuestro mundo, y lo demas se ignora ;
En que un beso de amor enjuga el lianto
Que solamente de los ojos brota,
; Y no del corazon ! . . . Mas ; ay ! que pronto
El huracan de las pasiones sopla,
Y por su aliento abrasador, marchita
La flor de la inocencia se deshoja.
Cuando ese niño en varoniles años
Siente la régia sangre generosa
En sus venas hervir : cuando esos lazos
En que hoy le sugetais, brioso rompa,
Y desdeñando juegos infantiles,
Arda en su corazon ansia de gloria :
“ Tú no naciste, le dirá la fama,
“ En esa humilde condicion que ahoga

“ Tus ímpetus magnánimos ; un trono
 “ Heredaste al nacer : si de él ahora
 “ Para siempre arrojado te contemplo,
 “ De tu madre, y no mas, la culpa es toda.”

Quien escribe estos versos, quien posee tal fondo de verdad y sentimiento, y quien conoce tan profundamente los resortes escénicos, bien puede abordar sin temor al terreno de la tragedia. Hágalo y conquistará la tercera y última corona que puede ambicionar un poeta dramático.

En otros artículos nos haremos cargo de las principales producciones de los señores Rubi, Breton, Hartzenbusch, Gil y Zarate, y Zorrilla.

J. DEL PERAL.

París, 11 de Agosto 1847.

(*Del Correo de Ultramar.*)

LO PEOR DE TODO.

Habia en cierto lugar un Cura celoso de sus deberes y mas que mediano predicador, el cual habia echado de menos muchos dias en la iglesia á un feligrés, labrador honrado de buena reputacion. Sucede al mismo tiempo que prevalecía un cisma que habia hecho titubear en fé á muchos de los creyentes que se habian separado de la congregacion, y amenazaba la disolucion de la escogida grei, cuya desgracia queria evitar el buen pastor. Receloso con tal motivo, de que se le hubiera descarriado ésta oveja, exclamó un dia desde el púlpito. “ ¿ Qué podrá ser lo que ha hecho retirar de este auditorio á nuestro buen amigo el labrador N? . . . Há tres semanas que no le veo entre nosotros, espero en Dios que no será el socinianismo el que le ha hecho desviar de nuestra

compañía.” “Oh! no señor,” respondió el sacristan, “es otra cosa peor que el socinianismo.” “Dios nos libre de que sea el Deismo,” replicó el predicador. “Oh? no, señor, algo peor,” repuso el sacristan. “Peor que Deismo!” “Santos Cielos! no permitais que sea Ateismo.” “No señor, es algo peor que eso todavía.” “Peor que Ateismo! eso es imposible; nada puede hacer peor que el Ateismo.” “Si lo hay, crealo Vd., señor, es el *reumatismo!*”

—Cierta médico que se hallaba en una reunion, dijo que habia pasado una semana en el campo. “Sí, repuso uno de los presentes, la Gaceta citaba su paseo de Vd.” Ah! dijo el médico, tomando un aire de importancia, “¿en que términos señor? “Poco mas ó menos en estos, replicó el otro—76 entierros menos ésta semana que la anterior.”

LA CACHAZA.

¡ Oh cachaza ! rico don
 Del humano entendimiento !
 Tú del arrepentimiento
 Libras siempre el corazon.
 El militar que ligero
 Se arroja al combate audaz
 Y todo lo arrolla . . . mas
 Queda al cabo prisionero :
 ¡ A quién debe el mal que pasa ?
 A su falta de cachaza.
 La que en claustro preocupada
 Busca la gloria cumplida,
 Y despues vé que la vida

Sin libertad es un—nada :
 ¿ A quién debe el mal que pasa ?
 A su falta de cachaza.

El romántico atrevido
 Que zeloso de un cualquiera
 Vela, rabia, desespera,
 Sale á un duelo y queda herido :
 ¿ A quién debe el mal que pasa ?
 A su falta de cachaza.

El que nadando en riqueza
 Quiere más, se lanza al juego,
 Gana, quiere mas, y luego
 Llega á sentir la pobreza :
 ¿ A quién debe el mal que pasa ?
 A su falta de cachaza.

Y el amante que creyendo
 Dar con un buen serafin
 Se casa, y halla que al fin
 Su esposa es un tigre horrendo
 ¿ A quien debe el mal que pasa ?
 A su falta de cachaza.

¿ O cachaza ! rico don
 Del humano entendimiento !
 Tú del arrepentimiento
 Libras siempre al corazon.

En estudios, en amor,
 En todo estado y esfera,
 Y hasta en la hora postrera
 La *cachaza* es lo mejor.

Storch y Siquès.

VIAJES

DE LOS POETAS Y MUSICOS EUROPEOS EN AMERICA, A PROPOSITO DEL SEÑOR SIVORI.



Tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores la Biografía del brillante músico que Valparaiso hospeda en este instante.—Por ella y por los artículos, que repetiremos, de célebres escritores de esta época y de los primeros órganos de la prensa europea, se verá que tenemos de visita en Chile, al biolinista mas eminente que haya venido al Nuevo Mundo.—Los que estrañan, que talentos tan altos visiten estos apartados mundos, hacen un cumplimento poco generoso á la América. Aunque sea verdad que los hombres de génio en el arte son especie de Reyes en Europa, no debemos estrañar sus escursiones tras-atlánticas, pues hemos visto que los Reyes mismos se han hecho viajeros en este siglo.

Chateaubriand, no visitó las soledades de América? *Lamartine* y *Byron*, no han viajado en el desierto Oriente? Los viajes, fecundan el talento; dán al pensamiento colores nuevos, y al alma impresiones, desconocidas para el que no ha visto alguna vez la patria y el techo paterno á tres mil leguas de distancia.—La América llama hoy á los poetas, á quienes las descargas de la guerra auentan del otro Continente como á aves armoniosas.—Mientras la Europa ensaya la República, vengan ellos á verla triunfante en el mundo de *Washington* y *Bolívar*.—A su regreso llevarán inspiraciones para el arte nuevo, para el arte Republicano

(porque cada sociedad tiene su arte) á ejemplo de las que Chateaubriand, Lafayette, San-Simon y Tocqueville, llevaron para las letras y las instituciones, que hoy abraza la Europa.—Cuando la Europa estudiaba el pasado, sus poetas iban á inspirarse en sus misterios al Oriente: hoy que se ocupa del porvenir, deben dirigirse al Mundo de Occidente, al *Nuevo Mundo*, al Mundo de la esperanza y del porvenir, en busca de esa fé en lo desconocido, que es la veta de oro de la moderna poesía.

Echad la vista á Occidente, poetas y pensadores de Europa, cuando querais algo nuevo, imitad al Homero de los viajes, á *Cristobal Colon*, que para buscar el *Cipango* tomó un rumbo desconocido y dió á luz un Mundo.—Aquí está el Parnaso de los nuevos tiempos: los colores virginales de la poesía de Chateaubriand son originarios de las selvas de América.—San-Simon, sirviendo á las órdenes de Washington, en la conquista de la República, concibió las inspiraciones del socialismo moderno en Europa.—Todo el programa de la revolucion democrático-europea en este instante es una traduccion Americana. Así, poetas, á la América! Thalberg, Litz, Verdi, Sue, Dumas, se os emplaza al mundo de Washington, en busca de la poesía que conviene á la sociedad que el otro Continente recibe del nuestro.—Imitad á Sivori, cuyo violin conoce ya el éco de las tempestades del Océano y las notas nuevas de las aves de nuestras selvas tropicales.—El tenia ya los lauros que le dieron los príncipes: de aquí lleva las palmas frondosas de las Repúblicas Americanas.

CAMILO SIVORI.

— * —
Bosquejo de su vida,

TALENTO, VIAJES Y TRIUNFOS.

POR E. JAMES PH. Y LIT. D.

LONDRES 1845.

—TRADUCCION—

No dudamos que será muy aceptable á nuestros lectores, el bosquejo de la vida de este artista eminente que sacamos de las fuentes mas auténticas.

Los padres de Camilo Sivori son ciudadanos distinguidos de Génova. Su padre, comerciante de acomodadas circunstancias, jamás habria inducido, ni aun permitido, á su hijo dedicarse á la profesion que hoy adorna, á no haber observado en él, desde la cuna, esa extraordinaria pasion por la música, que nada, sino el instinto del génio, podia haber mostrado tan prematuramente, y al que ningun padre, que no estuviese obstinadamente ciego, podia oponer obstáculo.

El que es objeto de este bosquejo nació en Génova, lugar del nacimiento de Paganini, el 6 de Junio de 1817. Debemos mencionar como una circunstancia remarcable, que la noche en que nació Sivori, su madre á pesar de lo delicado de su situacion, fué inducida á concurrir á un concierto que daba Paganini en el Teatro de *San Agostino*, en Génova, y la ejecucion del gran maestro produjo tal efecto en su ánimo y nervios que precipitó su parto, saliendo Sivori al

mundo un poco ántes del debido tiempo. Los médicos no permitieron á su madre que lo criara, y Camilo fué encomendado á una nodriza que vivia á unas treinta millas de de la ciudad. Apénas habia alcanzado á la edad de diez y ocho meses, cuando dió manifestaciones casi milagrosas de ese impulso innato y mental que lo conducia al camino peculiar de su futura gloria.

Se nos asegura, que en la imposibilidad de haber nunca oido ni visto tocar el violin, el niño á esa edad se entretenía constantemente en jugar con dos palitos como si no fuese el arco y otro el violin, entonando "centelleos de música" que le venian á la cabeza. Antes de cumplidos los dos años, temprano en una mañana de verano, pasaban algunos aldeanos á una fiesta acompañados de tres ó cuatro músicos que tocaban. No bien oyó la música el niño Camilo, cuando se escapó de su casa y siguió á la alegre comitiva por muchas millas á su destino. Luego que le echó de menos la nodriza, corrió afligida por toda la aldea, buscándole por todas partes, y ya le consideraba perdido, cuando, al regreso de los aldeanos por la tarde, descubrió en medio de los tocadores, con quienes se lo habia llevado todo el dia, al pequeño truan, embebido en un raptó de éxtasis y admiración. Con mucha dificultad y no sin el empleo de la fuerza, pudo separársele de sus nuevos camaradas, quedando sumergido en lágrimas y sollozos.

A los dos años Sivori fué llevado á la casa paterna, y apenas se habia reconciliado con su nueva morada, cuando lloraba y gritaba pidiendo un violin. Su padre le dijo repetidas veces que tendria uno luego que fuese de mas edad; pero el niño le atormentaba de tal modo, que para verse libre de sus importunidades, le compró al fin un violin de niño.

A los tres años principió á dedicarse, mañana, tarde y noche, á tocar este instrumento, y, sin auxilio ó leccion de nadie, pudo en poco tiempo tocar muchos aires que oia en la guitarra á su hermana mayor : á los cuatro ya podia tocar cuanto su hermana tocaba ó cantaba. Su reputacion se extendió por toda Génova, y el niño fué llamado *prodigioso*. Se le invitaba á todas partes, y la mas alta nobleza lo llevaba á sus tertulias. Se le buscaba y se le entretenía en las mas selectas reuniones. Mañana y noche se daban conciertos en que el niño era el objeto y papel principal. Cuando tocaba, lo ponian sobre una mesa en medio de la sala. El mismo Rey y la Reina viuda, cuando supieron la habilidad admirable del niño, lo invitaban con frecuencia al palacio y lo colmaban de regalos. Sería imposible enumerar la cantidad de obsequios que recibió por ese tiempo.

Una circunstancia tambien muy extraordinaria es que no podia conseguirse que Camilo entrase de ningun modo ni á la iglesia ni á lugar alguno de reunion pública, sino se oia allí música ; pero si al pasar delante de esos lugares sucedia que oyese el menor sonido, nada podia contenerlo de entrar; y para que no llorase y gritase, se le complacia en su deseo.

A los seis años, un giro notable tuvo lugar en su destino. Llegó Paganini á su ciudad nativa, y oyó por todas partes relaciones milagrosas del niño Sivori, de cuyo padre era amigo. Al dia siguiente le escribió suplicándole tragese consigo á su hijo para oirlo. Cuando le oyó, aconsejó al padre que hiciese instruir á su hijo. El padre de Sivori no deseaba que su hijo tomase la música como una profesion, temiendo que el tiempo que á ella dedicase fuese perdido ó distraido de ocupaciones mas ciertas y lucrativas. “ Dejad al niño bajo mi enseñanza por un poco de tiempo.” dijo Pa-

ganini, “ y yo os diré si su tiempo será ó no perdido dedicándose á la música y al violin.” Hizo tales adelantos en sus estudios y práctica bajo Paganini, que á los dos meses tocó en público un concierto escrito espresamente para él por su gran maestro, junto con seis sonatas cortas. Todas estas piezas, compuestas para él y escritas por el mismo Paganini, las conserva Sivori con amor y respecto, y le acompaña á todas partes.

Es imposible describir el trabajo que se tomó Paganini con aquel niño, y el interés que por él manifestaba. Y esto era muy opuesto á su costumbre, pues nunca consintió en dar lecciones aun cuando se le ofrecieran sumas considerables. Trataba á su discípulo con severidad durante la leccion; pero era afectuoso y amable con él cuando concluía. Solia con frecuencia decirle: “Tocad ese pasage mil veces, hasta ejecutarlo con perfeccion:” el niño se deshacia en lágrimas; pero por otra parte su inteligencia precoz y viva le mostraba la inmensa ventaja que reportaba de la enseñanza del grande artista.

Seis meses despues Paganini partió para la Alemania; y tal era su afecto por el niño Sivori que suplicó á su padre, permitiese que este lo acompañase á fin de continuarle la instruccion principiada y para hacerlo tocar en público bajo su direccion. Pero el padre, que conocia el carácter caprichoso de Paganini, no se atrevió á entregarle su hijo idolatrado, y alegó como excusa que su hijo era tan niño (tenia solo siete años) que necesitaba mas bien de los cuidados de su madre que de emprender un largo y fatigoso viaje. Paganini recomendó entónces al padre de Sivori, pusiese á su hijo bajo la direccion de Costa, que habia encaminado al grande artista en sus primeros estudios. Por tres años su-

frío Camilo una severa enseñanza, limitándolo Costa casi enteramente á la música de Corelli, Tartini, Pugnani, Viotti, &ca. y otros maestros clásicos de la antigua y buena escuela italiana. Paganini regresó á Génova, y quedó encantado de los progresos que notó en su joven discípulo. Volvió á aconsejar al padre de Sivori respecto de su hijo, y le dijo que era ya tiempo de dividir las severas tareas del niño, haciendo que estudiase el gusto y espresion en la ejecucion del violin así como su fuerza y grandeza. Con este fin se dió á Camilo otro maestro ademas de Costa, y se le colocó con M. Dellepiane, íntimo amigo de Paganini, y á quien como instructor, respetaba y apreciaba el gran violinista. Bajo la direccion de estos artistas Camilo hizo progresos sorprendentes. Tenia entónces de diez á once años, y su padre deseaba que hiciese un viaje á Francia é Inglaterra. Partió en efecto, en 1827, en la compañía de su segundo maestro M. Dellepiane. En Paris tocó dos veces en el Conservatorio, obteniendo un triunfo completo.

Tal vez nuestros lectores gustarán de saber lo que entónces dijo de él el *Journal des Débats*, el mismo papel que quince años despues, debia alabar tan pomposamente los frutos que solo prometia entónces aquella preciosa flor—y cuan bien realizó su promesa!

“ Entre los numerosos placeres que han ocupado los momentos de los *dilettanti* de la Capital, debemos hacer especial mencion del concierto dado el 10 en las Salas de la Escuela Real de Música. Los artistas que trabajaron fueron Mma. Demeri, cuya voz pura y armoniosa ha sido tan admirada en Italia en su morada en aquel pais; M. Clementine, M. y Mma. Pagliardini, que aun no habian aparecido en Francia, Mma. Durand, y M. Dell’Oro fueron escuchados

con interes; pero los honores de la funcion pertenecen esclusivamente al jóven Camilo Sivori de Génova. Este niño extraordinario de diez años de edad, y cuya fisonomia encantadora interesaba á la brillante reunion presente en el concierto, mostró que no necesitaba de aquella ventaja para cautivar el favor del auditorio. Su destreza en el violin anuncia un talento que podria creerse llegado á su madurez. Vence las mayores dificultades con la perfecta facilidad de los grandes maestros, apesar del impedimento natural proveniente de la pequenez de la mano. Pero lo que particularmente lo distingue, es la alma que pone en su ejecucion—primera cualidad en un artista que no pueden dar ni el estudio ni el tiempo. Es esta circunstancia, principalmente, la que nos conduce á esperar que Camilo Sivori llevará el arte del violin mas allá de sus límites actuales, y que no se limitará al talento de un instrumentista, en que ya escede; le creemos reservado á mas altos destinos. Fué recibido, estimulado y seguido por unánimes y prolongados aplausos, aun despues de haber dejado el proscenio. Era interesante ver la emocion del jóven artista, y el público creyó ser un deber suyo, así como era un placer, darle pruebas de su estremada satisfaccion.”

(*Journal des Débats*, 24 de Febrero de 1848.)

Tocó en Londres por primera vez, para el beneficio de Mma. Pasta, en el Teatro de S. M., y despues dió dos conciertos por su cuenta como lo habia hecho en la capital francesa. Todas las noches durante su permanencia en Londres, fué llamado á saraos, y con frecuencia se halló comprometido para tres en una misma noche. En todas partes era recibido con entusiasmo. De Londres volvió á Paris,

donde quedó nueve meses estudiando. De allí pasó al Havre, Rouen, Amiens, Abbeville, Lille &c. y llegó á Génova después de una ausencia de diez y ocho meses, dando ciertos en su ruta que causaban furor.

Se aplicó entónces al estudio del *Contrapunto*, con el célebre Serra, compositor ingenioso de la escuela de Mozart, aunque poco conocido fuera de su ciudad nativa de Génova. La música y especialmente los cuartetos de este maestro son dignos, y gozarán algún dia, del aprecio general. Sus lecciones de armonía (que nunca daba á nadie, y solo á Sivori por amistad y á instancias de Paganini y de la familia del jóven Camilo) eran rigurosas é inflexibles. Sivori estudió con él ocho años.

Cuando Paganini regresó de Francia é Inglaterra, le iba á ver con frecuencia el jóven artista, para oírle y tocar y pedirle sus consejos; y aun que por ese tiempo el gran violinista se hallaba muy indispuerto, ni dejó de tocarle, ni negó su auxilio á su jóven amigo. M. Dellepiane, que era primer violin en el Teatro Carlo Felice de Génova, y maestro en el Conservatorio de la misma ciudad, cayó enfermo, y Sivori á fin de conservar le su puesto y su sueldo, lo reemplazó en el Teatro y en el Conservatorio dando á M. Dellepiane todo el beneficio de sus servicios. A los dos años murió Dellepiane, y el jóven artista siguió por espacio de un año desempeñando los dos cargos á beneficio de la viuda de su maestro, hasta que obtuvo ella una situación que le permitia vivir sin necesidad de auxilio extraño. Todo comentario sobre semejante conducta sería superfluo. Sivori aunque tan jóven fué retenido en la dirección del Teatro y del Conservatorio, y permaneció en estos cargos por un año y medio mas, sabiendo bien que ninguna situación po-

dia serle mas ventajosa para hacerse un buen tocador de orquesta y desenvolver sus ideas místicas.

Durante las vacaciones viajó por varios de los Estados Italianos, tales como Milan, Turin, Liorna Florencia, Nice, &a. &a. dando conciertos en cada lugar y aumentando en gran manera su reputacion. Su triunfo era prodigioso. Alejandro Rolla, de Milan el célebre maestro de Paganini, le solia llamar " su hijo querido y su segundo Paganini " y daba reuniones con el esclusivo objeto de aumentar la fama del jóven violinista. Sivori era incorporado como miembro de todas las asociaciones de las ciudades por donde pasaba. En este período adelantaba él gradualmente hácia esa perfeccion de entonacion, facilidad de ejecucion, delicadeza y pureza de estilo que lo han elevado á su actual opogeo. Sus progresos eran el tema de todas las conversaciones, cuando se le oia con algun intervalo de tiempo; y si nos abstemos de hacer mencion de lo que de él decian los periódicos italianos (de los que tenemos un gran número en nuestro poder) es de temor de que se les acuse de parcialidad nacional. Bastarán los extractos de los diarios de otros países.

Una sola cosa pesaba sobre el ánimo del jóven artista en esta época de su gloria y grandeza : el violin en que tocaba, fabricado por Andres Guarnerius, aunque el mejor que habia podido procurarse despues de mucho buscar, no alcanzaba á realizar su idea de un verdadero instrumento. Poseyendo el oido mas sensible y refinado, nada que no fuese la última perfeccion podia satisfacer su eleccion de un violin. Sabia que Paganini poseia varios de los que en su corazon deseaba; pero cómo procurarse uno de ellos era lo difícil. Habló á su padre y le indujo por sus ruegos que

escribiera á Paganini, ofreciéndole la suma que indicase por uno de sus mejores instrumentos. La contestacion de Paganini fué una prueba, tanto de su generosidad, como de su alto concepto por el jóven artista. “No os vengo el violin sino que os lo regalo, en testimonio de vuestros grandes talentos ” Este es el mismo violin en que actualmente toca en público, Sivori.

Sivori se trasladó á Nice con el objeto esclusivo de recibir el violin de la misma mano de Paganini. Esto era el año de 1840. Halló al gran violinista en la situacion mas deplorable. Casi no podia articular con claridad una palabra, y lo que pronunoiaba solo podia entenderse é interpretarse por su hijo. A pesar del estado peligroso en que se hallaba, manifestó el deseo de oir tocar una vez mas á su discípulo; y como el ruido del instrumento sería demasiado para la vivienda del enfermo, Sivori se trasladó á otra á alguna distancia y tocó desde allí lo que indicaba Paganini. Cuando volvió cerca del enfermo lo felicitó éste en los términos mas lisonjeros, y aunque de un modo incoherente, le dijo con énfasis: “Sereis el único que sobreviva de mi estito. Idos á Paris—estudiad allí—allí se forma la reputacion de todos los grandes artistas.—Id á Paris.—Despues de Paris, de nada mas necesitais.” Siguió despues de esto aconsejándolo, hasta que su hijo, temiendo malas consecuenias del estado exitado de su padre, con cordura puso fin á la entrevista. A los seis dias tuvo Sivori que partir. Sentia que ya no volveria á ver á su primero y mas grande maestro y bienhechor, y este pensamiento pesaba con fuerza sobre su corazon é hizo que su viaje á su hogar fuese triste y pesaroso. Y su vaticinio era demasiado cierto; á los quince dias de su regreso á Génova recibió una carta en

que se le participaba la muerte de Paganini. Sus últimas palabras se adherían á la imaginación de Sivori, como el mandato de un moribundo, y siguió fielmente sus consejos y sus gestiones. Renunció la dirección del Conservatorio y emprendió su gran recorrida por el Continente. París era el centro de sus aspiraciones, mas como la Francia por aquel tiempo se hallaba muy inquieta, postergó su visita á su Capital para mejor ocasión, y salió para Milan, de donde siguió á Venecia, Trieste, Viena, Pesth, Dresde, Frankfort &c., &c. hasta San Petersburgo y Moscow, donde fué acogido con extraordinario entusiasmo y con un grande incremento á su bolsillo, mas especialmente en Berlin, Varsovia, San Petersburgo, y Moscow. En cada una de estas ciudades dió de cuatro á seis conciertos.

JUICIO DE LOS PERIODICOS RUSOS SOBRE SIVORI.

Sivori manifiesta tal gracia y delicadeza de ejecución, que no recordamos haber oído cosa igual entre los mas celebrados violinistas; ninguno de ellos podría cantar un aire como él lo hace con tanta dulzura y sentimiento. No sabemos á cual de sus cualidades dar la palma. En la *Plegaria de Moises*, desplegó tal grado de energía, que igualó á los encantadores sonidos de Paganini y exitó el entusiasmo general. . . . Pero fué en el *Carnaval de Venecia* en el que sin disputa demostró que habia penetrado el estilo fantástico del gran maestro. Su prodigiosa ejecución dió lugar á inmensos é incesantes aplausos.

(Gaceta de Petersburgo)

BIOGRAFIA.

KOTZEBUE, LITERATURA ALEMANA.



Perteneciendo de derecho el título de escritor universal á todo autor que se ha ensayado en gran número de géneros, bien que en ninguno haya sobresalido y ántes en muchos de ellos ni haya alcanzado siquiera la medias ni disputaremos á Kotzebue su universalidad. Poesía, filosofía, historia, romances, viajes, crítica literaria y política todo lo acometido; sin embargo, solo bajo el aspecto de autor dramático merece ser estudiado y juzgado: doble tarea que ha desempeñado madama Staël con su sagacidad acostumbrada, “Ningun juez imparcial, dice, puede negarle un conocimiento perfecto de los efectos del teatro. *Los dos Hermanos, Misantropía y Arrepentimiento, los Hussitas, los Cruzados, Hugo Gotius, Juana de Montfaucon, la Muerte de Rolla, &c.* escitan el mas vivo interes do quiera se representen. No obstante; fuerza es confesar que Kotzebue no sabe dar á sus personajes ni el colorido de los siglos en que vivieron, ni los rasgos nacionales, ni el carácter que les designa la historia. A cualquiera pais, á cualquiera siglo que pertenezcan se manifiestan siempre contemporáneos y compatriotas, con las mismas ideas filosóficas, las mismas costumbres modernas; y ya se trate de un hombre de nuestras ideas, ya de una hija del Sol, jamás se vé en sus piezas sino un cuadro del tiempo presente, natural y patético. Si Kotzebue, á su talento único en Alemania, hubiese podido reunir el don de pintar los caracteres tales como nos los trasmite la historia;

y su estilo poético se hubiese elevado á la altura de las situaciones de que es ingenioso inventor, el éxito de sus piezas sería tan duradero como brillante.”

Nació Kotzebue el 3 de Mayo de 1761 en Weimar, donde ocupaba su padre una plaza de consejero de legacion. Ya desde la infancia se manifestaron sus disposiciones poéticas, sin embargo de que se distinguiera tambien en el estudio del derecho. Contaba veinte años cuando el conde de Goertz, ministro de Prusia en Rusia, lo llamó á S. Petersburgo, adonde se trasladó Kotzebue en calidad de secretario del conde de Bauer. La recomendacion de este último y algunas piezas de teatro representadas en la *Ermita*, le granjearon el favor de la emperatriz Catalina, que le nombró consejero titular, y le colocó en la administracion de Reval, en Esthonia, donde llegó á ser en 1783 asesor del tribunal, y luego presidente del gobierno, con el título de lugarteniente coronel. En 1795 habiendo sido aceptada su dimision, retiróse junto á Narve, en una propiedad que adquiriera por su enlace con una señorita rusa de noble origen. Allí entregóse entero á su aficion á la literatura dramática. En 1796 aceptó la plaza de director del teatro imperial de Viena, que abandonó al cabo de dos años. Volvió á Rusia á instancias de su esposa, en la primavera de 1800; cuando no bien llegára á las fronteras, la órden de Pablo I le priva de su libertad y le manda á la Siberia, Kotzebue ha contado la historia de su destierro, del cual le acusan de haber hecho un romance en un libro titulado: *El año mas notable de mi vida*. Orientado luego el príncipe por los amigos del autor, mandólo llamar, escusóse con él; y le confió la direccion del teatro de S. Petersburgo. Muerto Pablo I, Kotzebue volvió á Weimar: celoso de la supremacia que ejercia

Goethe en esta ciudad, recorrió la Francia y la Italia; y á pesar de la buena acogida que le hicieron ambas naciones, no por eso ultrajó menos á una y otra en sus *Recuerdos de París, de Roma y Nápoles*.

Hácia últimos de 1803, Kotzebue emprendió en Berlin la publicación de un periódico titulado el *Sincero*; dedicándose alternativamente hasta 1813 á los asuntos políticos y literarios, por lo cual se le atribuyen muchos de los manifiestos que espidiera el gabinete ruso. El emperador Alejandro recompensó sus servicios nombrándole príncipe cónsul general en Kœnigsberg (1813), luego agregándolo con el título de consejero de estado, al departamento de negocios estrangeros (1816). En 1817 el emperador permitióle volver á su patria y le nombró su corresponsal literario en Alemania con el encargo de darle cuenta del espíritu público de este pais. Y si bien en otros términos era convertir al célebre escritor en espía de sus compatriotas; aun fué mas allá Kotzebue y constituyóse su calumniador. Su correspondencia, verdaderos folletos contra las nuevas ideas y sus adeptos, atacaba con furor las mas altas reputaciones de la Alemania y los privilegios de sus universidades. Una generosa indignacion se apoderó del corazon de los jóvenes estudiantes cuya mayor parte habia defendido la independencianacional en el campo de batalla: y habiéndose encargado uno de ellos llamado Sand de la comun venganza, trasladóse á Mahon donde residia Kotzebue. Admitido en audiencia particular, presentóle un papel en el cual estaban escritas estas palabras: *sentencia de muerte contra Augusto Kotzebue el 23 de marzo de 1819* y sacando su puñal hundiólo en el corazon de su victima, la cual dió algunos gritos y espiró.

Así pereció un notable por sus eminentes cualidades, de

que con alta frecuencia hiciera deplorable uso, y á quien como á tantos otros faltaba solo la virtud para hacer apreciable su ingenio.

El Avaro.

SONETO.

En el rigor del áterido invierno,
Sin mas candil que la luna macienta,
Enormes su mas de adquirida renta
Beltran escribe en sórdido cuaderno.

De cofre antiguo su caudal moderno
Saca en talegos, otra vez los cuenta,
Los besa, los encierra, y se lamenta
Del tiempo malo, y de peor gobierno.

Se acuesta sin cenar, por fin dormita,
Y ligero rumor oye el mezquino,
Ah! ladrones serán... *ladrones*, grita.

Y espanta un ratoncillo que roía
Dó su libro de cuenta el pergamino,
La única cosa que roer podía.

